



*Te regalaré  
pensamientos*

*Jessa C. Martin*

Te regalaré pensamientos

Tessa C. Martín

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción histórica. Los nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: Te regalaré pensamientos  
Copyright © 2018 - Tessa C. Martín  
Primera edición, noviembre 2018

Corrección: Syra Rct  
Imagen de portada: © Andrey Kiselev - Dreamstime.com  
Fondo: Designed by GarryKillian / Freepik

Maquetación y portada: Romanticamente.es

Contacto:  
<https://tessacmartin.com>  
[tessacmartin15@gmail.com](mailto:tessacmartin15@gmail.com)

Todos los derechos reservados.

**Gracias por comprar esta novela.**

A mi madre, por todo.

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[CAPÍTULO 20](#)  
[CAPÍTULO 21](#)  
[CAPÍTULO 22](#)  
[CAPÍTULO 23](#)  
[CAPÍTULO 24](#)  
[CAPÍTULO 25](#)  
[CAPÍTULO 26](#)  
[CAPÍTULO 27](#)  
[CAPÍTULO 28](#)  
[CAPÍTULO 29](#)  
[CAPÍTULO 30](#)  
[CAPÍTULO 31](#)  
[CAPÍTULO 32](#)  
[CAPÍTULO 33](#)  
[CAPÍTULO 34](#)  
[CAPÍTULO 35](#)  
[CAPÍTULO 36](#)  
[CAPÍTULO 37](#)  
[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTRAS NOVELAS DE TESSA C. MARTÍN](#)

# CAPÍTULO 1

*El mundo es un escenario y todos los hombres y mujeres son meros actores: tienen sus salidas y sus entradas; y un hombre puede representar muchos papeles.*

William Shakespeare

*Oxfordshire*

*Primavera de 1869*

La mañana amaneció soleada en los campos de Oxfordshire aquel día de la recién estrenada primavera. Aun así, los jardines de la casa estaban embarrados por las continuas nevadas de aquel crudo invierno, sustituidas ahora por ligeras lloviznas sobre los capullos en flor del parterre preferido de las féminas de la familia Foster. De puntillas, asomada a la ventana de su habitación, Maddison Foster vio llegar el coche de los barones Dacre. Detrás de la puerta escuchó a la servidumbre correr escaleras abajo para recibir a tan insignes invitados y se preparó para ser lucida por primera vez ante gente de la aristocracia.

Para alguien de origen tan humilde como William Foster, codearse con lord Benedict y lady Florence Relish, barones de Dacre, alimentaba su ya de por sí crecido orgullo y aseguraba interminables cenas y reuniones en las que la hazaña se contaría a lo largo de los años a amigos y empresarios que, como él, soñaban con codearse con la alta sociedad londinense. Lo que Maddison no sospechaba es que las ínfulas de su padre iban más allá de meros encuentros sociales y que ella era la pieza principal de todos sus planes. Como la mayoría de hombres de su posición, aunque nadaban en la abundancia, deseaban ser vistos como los nobles y ser aceptados en sus círculos. Para ese propósito se había preparado durante años William, y del mismo modo preparaba a su hija. Los barones Dacre tenían grandes propiedades que requerían de mucho dinero para ser mantenidas. Efectivo que la reciente

burguesía poseía gracias a sus florecientes negocios que había favorecido la industrialización. Dinero que William había prestado a lord Dacre y no de manera desinteresada. Enrevesadas conveniencias que se escapaban de la mente de una niña de solo doce años, que contuvo el aliento cuando vio descender al honorable Cameron Relish del vehículo de su familia. Su cabello negro y ojos oscuros como la noche se dirigieron de inmediato a la ventana desde la que curioseaba. Maddy se sintió tan abrumada por haber sido descubierta que se dejó caer al suelo para ocultarse, ganándose así una reprimenda de su niñera por estropear el impoluto vestido elegido por su madre para la ocasión.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado? Levántate ahora mismo si no quieres que tu madre nos regañe a ambas.

Emma se acercó hasta la pequeña y la ayudó a incorporarse, sacudió su vestido y recolocó los exagerados tirabuzones de su peinado, de normal apenas sujeto por unas horquillas y ahora convertido en una maraña de rizos.

Tan solo unos minutos después, sus padres solicitaban su presencia en el salón de té. Bajó los escalones de la mano de Emma mientras esta le recordaba todas las normas de educación que habían ensayado durante las interminables tardes de invierno, encerradas en casa, al abrigo del fuego de la chimenea. Maddy se limitó a asentir a todos y cada uno de los consejos, nerviosa por enfrentarse a una situación tan inusual como importante para su familia.

Tras llamar con delicadeza, Emma abrió la puerta, hizo una reverencia y cedió el paso a Maddison. Cinco pares de ojos se fijaron en ella. Avanzó unos cuantos pasos, más vacilantes de lo que deberían, e hizo su estudiado saludo. Sus padres y los barones sonrieron con cariño, pero Cameron entrecerró los ojos y en sus labios apareció una sonrisa de burla que la hizo sentirse todavía más insegura.

—Maddison, acércate —solicitó su padre.

Desvió la mirada de aquel muchacho insolente, que la observaba con una superioridad nada disimulada, y los posó en los astutos ojos verdes de su padre. Sonrió complaciente y caminó en su dirección, ahora más segura tras ver la aprobación de sus progenitores, hasta que Cameron estiró apenas un pie, ella tropezó y cayó sobre la mesa en la que estaban dispuestas las pastas, las tazas de té, la tetera y la jarra de leche. Las capas de muselina, los lazos de raso y las puntillas que adornaban su caro vestido de un pálido color amarillo

se vieron de inmediato empapadas por el líquido caliente, que empezó a quemar la suave piel de sus manos al intentar limpiarse. Presta, Elizabeth acudió en la ayuda de su hija, al tiempo que lord Dacre fulminaba con la mirada a su hijo y William Foster observaba la situación, en apariencia tranquilo.

—Cielo, ¿te has lastimado? —susurró su madre al tiempo que Emma se afanaba en eliminar los rastros de galletas pegadas a su falda.

Maddy negó con la cabeza, pero fue incapaz de levantar la mirada de la punta de sus zapatos, ahora sucios también.

—Emma, acompáñala a su habitación y que se cambie el vestido. Si te sientes indispuesta, puedes permanecer allí hasta la hora de la cena.

Cuando estaba a punto de asentir, infinitamente agradecida a su madre por la salida que le ofrecía, su padre intercedió.

—Aguardaremos a que se cambie y regresará de inmediato. Lo importante no es tropezar, es levantarse y seguir adelante. ¿No es eso lo que te digo siempre, Maddison?

—Sí, padre —susurró con su dulce voz.

—Pues levanta esa cabeza. No tienes nada de qué avergonzarte.

Cuando Maddison lo hizo, comprobó que su padre no la miraba a ella, sino a Cameron. Pero no quiso mirar al susodicho, tomó la mano de Emma y salió todo lo rápido que el decoro le permitió de la estancia. Una vez fuera, las lágrimas de la vergüenza y la rabia comenzaron a correr por sus mejillas mientras su adorada niñera susurraba palabras de consuelo que poco o nada la reconfortaban.

Al llegar a su habitación, Emma se afanó en cambiar el manchado vestido por otro de color rosa, no tan pomposo como el anterior, pero igualmente elaborado. Sustituyó las cintas de sus tirabuzones por otras a conjunto con el vestido y, por último, con un paño de lino secó las lágrimas que todavía corrían por sus redondas mejillas.

—¿Por qué lloras, mi niña? —Arrodillada a sus pies, su institutriz la miraba con cariño y algo de compasión, lo que provocó que llorase con más pena aún.

—He avergonzado a la familia.

—Maddy, creo que ambas sabemos que tu tropiezo no ha sido casual. Sí que los avergonzarías si te recluyeras aquí, en estas cuatro paredes y no hicieses frente a, entre tú y yo, ese mimado de Cameron Relish. No te

mortifiques más.

La falta de contención de Emma a la hora de expresarse sobre el hijo de los barones provocó una tímida sonrisa en Maddison. Su padre tenía razón, había sido educada para levantarse y hacer frente a las adversidades, y algo le decía que Cameron Relish sería una calamidad en su vida.

Cuando se volvió a incorporar a la reunión, se excusó por su tropiezo, evitó pasar frente al causante del incidente y se acomodó en el sillón al lado de su madre, con las manos sobre el regazo y la espalda bien recta.

—Querida Elizabeth, tiene usted unas hijas preciosas —apuntó lady Dacre.

La pequeña Eleanor, de apenas cinco años, protestaba de la mano de su niñera, a todas luces incómoda por el vestido que le impedía moverse con libertad. Tras un par de gritos de enfado, Elizabeth dio su permiso para que la sacaran de la estancia.

—Preciosas y con carácter —apuntó con una sonrisa el barón.

—No tengo barones, lord Dacre, así que mis conocimientos los he transmitido a mis hijas para que sepan abrirse paso en la vida.

—Querido —Elizabeth apoyó la mano sobre el brazo de su esposo—, cierto sería también afirmar que parte de su naturaleza es heredada.

Las dos parejas rieron la gracia de la señora Foster mientras Cameron seguía taladrando con la mirada a una desconcertada Maddison, que no sabía a qué se debía la hostilidad de su invitado.

—Maddison, querida, sería estupendo que amenizaras esta velada con la última pieza musical que aprendiste. Toca para nosotros el pianoforte.

—Como desee, madre —aceptó avergonzada por ser de nuevo el centro de atención.

Si había algo de lo que Maddison se veía incapaz de hacer en aquellos momentos era relajarse delante de su instrumento preferido. Estaba demasiado tensa y el resoplido burlón de Cameron no la ayudó en absoluto. No obstante, no era el momento de protestar. Se levantó con delicadeza, no demasiado deprisa ni con demasiada lentitud, y se sentó en la banqueta.

—Su profesor afirma que para ser tan joven posee un talento excepcional para la música. Aunque lo cierto es que no es la única cualidad que tiene, sus bordados son exquisitos y la profesora de danza asegura que su gracilidad es difícil de superar. —La madre de Maddison no escatimó en alabanzas, que si bien tenían el propósito de ensalzarla, la hicieron sentirse avergonzada por la profusión y exaltación de aptitudes que poseían la mayoría de jovencitas de su

edad.

Deseosa de que aquella situación llegara a su fin, carraspeó con delicadeza, apoyó los dedos sobre las teclas y, como cada vez, acarició la fría textura del marfil antes de empezar a tocar.

—Cuando desees, querida —la autorizó su madre.

Entonces la música llenó el salón y Maddison pudo embeberse de ella y olvidarse por unos minutos de la mirada de desagrado de Cameron.

Sentado en el sillón junto a su padre, jamás había visto tal alarde de fastuosidad como en aquella casa. Los nuevos ricos, como los llamaba su progenitor, parecían encontrar de buen gusto la exageración en los detalles, condición que llevaban al extremo incluso a la hora de vestir. Como era el caso de aquella insulsa y timorata joven que aporreaba aquel instrumento del demonio. Maddison Foster era una niña sin gracia, no tenía picardía en la mirada, no sonreía, era apocada y ni siquiera poseía el porte que los de su clase tenían desde nacimiento. Su cuerpo era rechoncho, la tez pálida y tenía un color de cabello anodino, ni rubio ni oscuro. Como sus ojos, que no llegaban a ser marrones ni verdes. Todo en ella era mediocre, cualidad que sus padres habían intentado disimular bajo capas y capas de telas caras. Cameron tan solo tenía dos años más que Maddison, pero su agudeza mental ya le hacía intuir el propósito de aquella extraña visita. Su madre había insistido en que se comportara, y su padre lo había amenazado con enviarlo a un internado mucho antes de lo que le correspondía si no se contenía y era agradable —sobre todo con la primogénita de los Foster—, lo que lo había llevado de inmediato a retar sus órdenes y urdir un plan para desobedecer sus indicaciones. La primera parte no había salido mal del todo; aunque intuían que había sido el causante del tropiezo, nadie lo había visto ni tenía pruebas, excepto la insulsa de Maddison Foster, que estaba seguro de que no abriría la boca, pero debía ser más discreto si no quería que averiguaran sus propósitos y terminara interno después de aquella visita.

Los aplausos lo sacaron de sus cavilaciones. Observó a Maddison sonreír por primera vez, más tensa que las cuerdas del pianoforte, y sentarse junto a su padre demasiado cerca, como buscando su protección. Y falta que le haría.

—Padre —Cameron llamó la atención de todos los presentes—, me gustaría que nos diesen permiso a la señorita Maddison y a mí para salir al jardín. Hacía días que no lucía el sol con tanto esplendor.

Maddison lo miró asustada y tensó la espalda ante la idea de estar a solas

con aquel jovencito que a todas luces no tramaba nada bueno.

—Me parece una idea estupenda —aprobó la madre de Maddison con una sonrisa emocionada ante la idea de que Cameron quisiese compartir la compañía de su hija—. Emma les acompañará.

Cameron se levantó y apenas se inclinó hacia sus anfitriones con una sonrisa de gratitud que escondía una mucho más taimada.

—Señora Elizabeth, señor Foster, me encargaré de cuidar de su hija.

—Estoy seguro de ello, joven. —Aquel apelativo se ganó una mal disimulada mirada de reprobación de Cameron por tratarlo con tanta familiaridad y lejos de su tratamiento como miembro de la nobleza, gesto que agradó sobremanera a William Foster—. Pero lo más adecuado será que Emma les acompañe a visitar el invernadero, la tierra está todavía demasiado húmeda y no nos gustaría que hubiese otro tropiezo que estropeará el vestido de Maddison, ¿verdad?

—Como guste —se vio obligado a contestar.

—Disfrutad de la compañía en este precioso día. —Lady Florence dedicó a su hijo aquella frase como una advertencia, lo que todavía lo incitó más a convertir su estancia en el hogar de los Foster en un infierno para aquella familia.

Salieron del salón de té y en silencio bordearon la casa hasta llegar al pequeño pero coqueto invernadero que tanto agradaba a la señora Elizabeth y a la mayor de sus hijas.

—No parece gran cosa —dijo Cameron mirando el edificio de cristal—. Como todo lo que he visto hasta ahora, en realidad.

—Lo-lo... —Maddy titubeó y dejó escapar una tosecilla para aclararse la voz—. Lo realmente bonito está dentro.

—Permíteme que lo dude. —Cameron abrió la puerta y un cálido y agradable aroma lo envolvió. Pero se cuidó de no hacer ningún comentario satisfactorio.

Maddy avanzó por uno de los pasillos y se paró a acariciar una de las recientes florecidas plantas.

—En-en realidad este es mi lugar favorito de la casa. —Se odió por estar tan nerviosa ante la presencia de Cameron.

—No me extraña. Entre tanto verde te resultará más fácil ocultarte.

Maddy sonrió con timidez, dejándole ver que no había tomado su comentario como un insulto, más bien todo lo contrario. Era demasiado

ingenua y bien intencionada, lo que todavía lo enervó más.

—Y dime, Mad-Maddy —se burló de ella por su repentina tartamudez—, ¿cuál de todas estas plantas es tu favorita?

La niña enrojeció tanto que por un momento temió arder. Se apartó de su lado y avanzó hasta colocarse frente a una preciosa maceta de orquídeas.

—Es... esta.

—Una flor preciosa —intercedió Emma, incapaz de permanecer más tiempo callada observando los desplantes de aquel joven.

—Ya veo. ¿Y aquella de allá? —Cameron señaló el lado opuesto del invernadero, de manera que sus acompañantes le dieron la espalda, momento que aprovechó para rodear con uno de los lazos del vestido de Maddy el tallo de la flor—. Aquella que trepa por el cristal. Me gustaría verla.

—Por supuesto.

En cuanto avanzó un paso, Maddy sintió que algo tiraba de su cintura. Se giró para averiguar qué, pero el movimiento fue demasiado brusco. El lazo tiró de la planta, lo que provocó que la maceta se hiciese añicos en el suelo.

Ahogó un jadeo y se dejó caer para intentar amontonar la tierra. Emma se agachó a su lado y acarició las húmedas mejillas de la niña.

—No te preocupes, cielo. Las flores, aunque delicadas, son más fuertes de lo que parecen. Buscaré otro recipiente y la trasplantaremos. —La institutriz se apresuró a llegar al fondo del invernadero mientras Cameron observaba desde su apuesta altura cómo Maddison intentaba ocultar los sollozos de pesar. Una punzada de culpabilidad lo golpeó en el pecho. Hizo amago de arrodillarse y ayudarla, pero en el último momento se incorporó. Justo cuando Emma llegó junto a ellos, y Maddison, sin importarle que su nuevo vestido se ensuciase de nuevo, comenzó a llenar de tierra el recipiente con sus propias manos.

Aunque hubiese querido hacerlo, no pudo ayudarla. Se quedó ensimismado viendo los intentos de Maddy por recuperar su planta predilecta. La delicadeza con la que sus pequeñas manos sujetaban las flores y la tristeza por tener que desechar las que habían quedado destrozadas.

—Déjalo ya, Maddison —propuso Emma con dulzura—. Buscaré a Ben y le diré que se ocupe de ella, ¿de acuerdo?

Maddy asintió. Ben era el jardinero de la casa y al igual que todas las mujeres Foster, tenía pasión por aquel invernadero. Se miró las manos sucias de tierra y el vestido de color rosa, manchado también, y supo que se ganaría

una reprimenda. Se incorporó y con el dorso de la mano se limpió las lágrimas. Cameron permaneció quieto en todo momento, sin perder detalle de la situación, pero poco dispuesto a ofrecer siquiera una disculpa, aunque todos los presentes sabían de quién había sido la culpa de aquel estropicio. Ante el incómodo e inculpatario silencio, Cameron carraspeó.

—Si esto es todo lo que había que ver, mejor regresemos a la casa.

Como el niño malcriado que era, avanzó hasta la puerta y salió del invernadero. No obstante, había sido instruido en exceso en las normas de decoro y, aunque deseó marcharse sin compañía, esperó a que Maddison y su institutriz se reunieran con él para acompañarlas de regreso.

Una vez dentro, sabía lo que le esperaba. Seguro que aquella niña insulsa no tardaría en acusarlo. Así que levantó la barbilla y se preparó para los reproches y las amenazas que la mirada de sus progenitores auguraban. En público no lo harían, por supuesto, pero en privado tendría que aguantar de nuevo el sermón de lo que se esperaba de él.

En cuanto William Foster vio aparecer a su hija manchada de tierra, apretó tanto los puños que le dolieron los nudillos. Sin embargo, no se movió. No así su esposa, que se levantó rauda y acudió al lado de Emma para interesarse por lo sucedido.

Excepto la señora Elizabeth Foster, el resto de adultos parecieron no dudar ni un instante quién había sido el causante del desastre en el vestuario de Maddison. Lord Dacre taladró con la mirada a su hijo, y lady Florence lo miró con algo parecido al resentimiento y mezcla de reproche, consciente de lo que ocurriría cuando estuviesen a solas.

—Cielo, ¿qué te ha sucedido esta vez? —Elizabeth acarició las mejillas coloradas de su hija, segura de que había estado llorando. Ya no solo por el rubor de su rostro, la conocía lo suficiente como para saber que, apenas unas lágrimas se derramaran de sus ojos, se le volvían de un verde más claro. Justo como los tenía ahora mismo. Ante lo azorada que estaba su hija, Elizabeth pidió explicaciones a la institutriz—. Emma...

—Madre —interrumpió Maddy antes de que Emma hablara. Ahora tenía más que nunca la atención de todos los presentes—, lo cierto es que la suela de mis zapatos estaba mojada y cuando entramos en el invernadero resbalé, tiré sin querer una maceta y Cameron tuvo la amabilidad de ayudarme.

Ahora todos los ojos se dirigieron al hijo de los barones Dacre, que se vio obligado a cambiar su semblante de sorpresa y adoptar una actitud soberbia.

Como si lo que había contado Maddison fuera cierto y las miradas acusatorias de sus padres fuesen injustificadas.

—¿Es eso cierto, Cameron? —insistió lord Dacre.

—Por supuesto, padre.

—Bien hecho, hijo. —El barón asintió y le dedicó una sonrisa satisfecha. No así William Foster, que repasó con su mirada el atuendo de aquel jovencito, demasiado limpio e impoluto para haber estado ayudando a Maddison a recoger la tierra de la maceta.

—No te preocupes, Maddy. Afortunadamente tienes muchos más vestidos. Emma, acompaña la y que se asee de nuevo —pidió su madre.

Horas después, tras una cena sin incidentes, cuando Maddison se disponía a abandonar la compañía de los adultos, Cameron apareció a su lado y se acercó para susurrarle en su oído.

—Si piensas que estoy en deuda contigo por no haberme delatado, te equivocas. Lo que has hecho no hace más que confirmar mis sospechas sobre lo ignorante y pobre de espíritu que eres, Mad-Maddy.

Sonrojada y avergonzada porque alguien a quien sus padres habían alabado durante meses tuviese una opinión tan pobre sobre ella, agachó la cabeza y aguantó un sollozo. Pero en el último momento, levantó la mirada y la fijó en los oscuros e insondables ojos de Cameron.

—Por desgracia, no eres el único decepcionado con este encuentro.

Maddy se dio la vuelta con rapidez para acudir junto a Emma y que la acompañase a su habitación, sin ver la expresión de sorpresa de Cam, pero con la certeza de que su relación con aquel joven jamás sería fácil.

## CAPÍTULO 2

*El amor consuela como el resplandor del sol después de la lluvia.  
William Shakespeare*

*Oxfordshire  
Verano 1875*

Desde que los barones Dacre visitaran por primera vez la casa de campo de la familia Foster, sus visitas fueron más o menos asiduas. La deuda que había contraído lord Dacre con William Foster, no solo no había sido saldada, sino que se había visto incrementada con el paso de los años. Dispuesto a salir de aquella situación de dependencia, el barón había invertido parte del dinero prestado en negocios de dudosa reputación que solo le acarrearón más deudas, por lo que se vio en la obligación de pedir más dinero a Foster. Sus posesiones no correrían peligro siempre y cuando William consiguiera aquello que había deseado casi desde que nació en la más triste y desagradable pobreza: ser valorado como los nobles por su posición social, condición que lograría con el enlace pactado desde hacía seis años entre su hija Maddy y el hijo de lord Dacre.

El barón se había visto en la obligación de confesar a su hijo dicho pacto, no así los motivos por los que había tenido que aceptar unirlo con alguien que no fuese de su misma condición social. Tanto él como su esposa Florence habían tenido mucho cuidado de guardar en secreto la razón de la buena relación que, aparentemente, mantenían con los Foster. Ni siquiera su hijo conocería la verdad por temor a que lo contara a alguno de sus amigos y su imagen se viese degradada. Preferían ser considerados benevolentes por aceptar la amistad de los nuevos ricos, casi como un acto de caridad como se habían encargado de propagar, que aceptar que podían seguir llevando el mismo modo de vida gracias a ellos y ser la comidilla de todos los salones de Londres.

Mientras el carruaje se acercaba a la impresionante casa de campo,

Florence miró preocupada a su marido. Su salud había mermado a pasos agigantados, cada vez estaba más pálido y acusaba continuos dolores de estómago que lo mantenían en vela noches enteras.

—Querido, ¿cómo vamos a explicar la ausencia de Cameron esta vez?

Benedict, cansado, se frotó los ojos. Hacía años que había enviado a su hijo interno. Ante la imposibilidad de controlarlo y para evitar que no se metiese en líos, puesto que temían que sus travesuras costasen más de lo que se podían permitir, habían optado por llevarlo a una de las instituciones para jóvenes con mayor reputación de Londres. No obstante, si pensaron que así lograrían doblegarlo, se equivocaron. Cada regreso de Cameron a su mansión de Holland Park, había puesto a prueba a sus progenitores con continuos retos y desafíos. El último se llevó a cabo ni más ni menos que dos días atrás, cuando lo esperaban para su visita anual a los Foster. Cameron no llegó, pero sí una escueta carta que relataba la imposibilidad de acompañarlos a causa de un incidente que lo mantenía postrado en cama en casa de su amigo Harald Bates. En otras circunstancias, Benedict hubiese ido en persona a por su hijo, pero dado su delicado estado de salud y el hecho de que debían partir hacia Oxfordshire en apenas unas horas, prefirió evitar un enfrentamiento.

—Diremos exactamente lo mismo que nos ha indicado tu hijo en la carta —dijo el barón con amargura—: que ha sufrido un accidente que lo obliga a permanecer en cama.

Florence suspiró y miró por la ventana de su carruaje. Como en las visitas anteriores, el servicio ya formaba a pie de escaleras para su recibimiento. Al igual que William, Elizabeth y sus hijas.

Maddy intentó controlar los latidos desbocados de su corazón cuando la portezuela del coche se abrió y lady Florence bajó; inspiró hondo cuando lo hizo lord Benedict y retorció las manos a la espera de ver descender a Cameron. Sin embargo, la puerta se cerró y ella dejó escapar un discreto suspiro, aliviada por la falta de asistencia de aquel primogénito endemoniado. Había tenido que sufrir sus gamberradas cada año, en todas y cada una de sus visitas. Lejos de hartarse de que Maddy no le siguiese el juego, parecía disfrutar especialmente con sus silencios y sus elaboradas disculpas que, en contra de lo que él pudiese pensar, no eran para excusarlo y salvarlo de un castigo, sino para después no tener que escuchar una charla de su padre sobre el valor de ser fuerte de espíritu y demostrar de qué pasta estaban hechos los Foster.

—Lady Dacre, bienvenida a nuestro hogar. —William tomó la mano de la baronesa e inclinó la cabeza levemente—. Lord Dacre.

—Viejo amigo —lo saludó el barón de manera cordial.

Los saludos se sucedieron entre ambas familias hasta que la madre de Maddy señaló lo evidente, la ausencia de Cameron.

—Veo que su hijo no nos acompañará en esta ocasión.

—Desafortunadamente, Cameron sufrió un accidente a caballo durante la visita a uno de los amigos con los que estudió en Eton. El incidente lo mantiene en cama, pero nos ha pedido que les trasmitamos su pesar por no poder acompañarnos en esta ocasión. Sobre todo lamenta perderse la compañía de su hija Maddison. Saben que la tiene en alta estima.

—Por supuesto —afirmó Elizabeth. Como si fuese imposible creer lo contrario—. Nosotros también lamentamos que no haya podido venir y esperamos que su... incidente no revista importancia.

—En absoluto, de lo contrario no hubiésemos podido aceptar su invitación. Pero sí es lo bastante molesto para impedirle viajar —se apresuró a aclarar.

—Entiendo —aceptó William. Pero Maddy conocía a su padre demasiado bien y el brillo acerado de sus ojos evidenciaba que no se había creído ni una sola palabra—. Por favor, entremos. Deben de estar cansados del viaje.

William hizo un gesto con la mano y les cedió el paso. Ya en el recibidor, las mujeres se dirigieron hacia el salón para tomar unos refrigerios, pero él detuvo al barón.

—Lord Dacre, acompáñeme a mi despacho. Hay algunos asuntos que me gustaría tratar con usted.

—Por supuesto.

Florence miró con preocupación a su marido mientras se marchaba con Foster. El miedo de que de un momento a otro William quisiese cobrarse la deuda de su familia con la cesión temporal de sus tierras o sus posesiones la atormentaba. La única salida era el matrimonio de Cam, pero se había mostrado reacio a mantener cualquier tipo de relación desde el primer encuentro con Maddison Foster y este desplante no mejoraba la situación. Ya en el salón, tomó asiento y aceptó la limonada con una sonrisa. Dirigió la mirada hacia la muchacha que, silenciosa, permanecía erguida en la silla. Comprobó lo que había cambiado en apenas un año. Ya era casi una mujercita. Las formas demasiado redondeadas de su figura ahora se habían suavizado, tenía la cintura estrecha y un pequeño busto que empezaba a destacar.

—Su hija está preciosa, señora Elizabeth. Apenas puedo creer lo que ha cambiado durante estos meses.

Elizabeth sonrió orgullosa.

—Maddison es casi una mujer. No nos gusta alardear de ello, pero ni se imagina la de familias que están interesadas en prometer a sus hijos con nuestra pequeña, algunos de ellos con una posición social más que envidiable.

Florence forzó una sonrisa para ocultar la desagradable pulla, pero se tomó muy en serio la velada amenaza. No estaba obteniendo los resultados deseados con su hijo, pero quizá sí pudiese conseguir que Maddison Foster tuviese suficiente interés en aquel matrimonio por los dos.

William se sentó frente a su mesa de caoba, de espaldas al enorme ventanal que daba a los jardines, entrelazó los dedos de las manos delante de su rostro y miró con atención a lord Dacre.

—No tiene muy buen aspecto.

—Mi salud no ha sido buena, demasiadas preocupaciones —confirmó el barón.

—Y, dígame, aparte del tema económico, ¿es su hijo un malestar más?

Benedict sabía que William no solía andarse con rodeos, pero había mantenido la esperanza de que el rechazo de Cameron a aquella familia hubiese pasado desapercibido.

—Ambos hemos sido jóvenes, Foster. Sabemos lo complicada que es esa etapa.

—Mi vida fue complicada desde que nací, Relish —lo trató con la misma familiaridad con la que se había dirigido a él el barón—. No tuve tiempo de chiquilladas porque estaba demasiado ocupado en procurar no morir de hambre.

—Lamento si le ha parecido demasiado frívola mi respuesta.

William asintió, pero lejos de olvidar el tema volvió al mismo.

—Entiendo pues, que Cameron le está causando problemas.

—Nada que deba preocuparle.

—Eso espero, porque nuestro acuerdo depende de que su hijo cumpla con su parte y se despose con mi hija.

—Cameron lo hará. No lo dude.

William se levantó y sirvió dos vasos de bourbon. Tendió uno al barón y se sentó de nuevo en su silla en un incómodo silencio.

—Sé que lo último que desea su familia es emparentar con la mía. Jamás

habría aceptado esta unión si su posición social no dependiese de mí. Así que ya debe de saber que si no consigo esta boda, además de ser más rico si cabe, conseguiré que Maddison se case con otro noble. Pretendientes dispuestos a cazar su dote, parte de la cual serán los bienes que me cederá, sobrarán. Dicho esto, hablemos claro, querido amigo —dijo con ironía—: no voy a tolerar un desplante más. Me da lo mismo si su hijo viaja con una pierna vendada, incluso si lo hace con un ojo colgando. Cortejará a mi hija y, lo que es más importante, me tendrá a mí contento y tranquilo. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente.

—Estupendo. A partir de este momento podemos disfrutar de unos días en el campo, que seguro que su salud lo agradece.

Levantó su vaso y brindó con el barón, que tuvo que tragar el líquido como si millones de agujas se clavaran en su garganta.

Para Maddison, el verano era la mejor estación del año. El sol lucía con fuerza y las comidas en el campo eran habituales, lo que le permitía pasar horas al aire libre y dedicarse al cuidado de las plantas sin temor a que las visitas entorpecieran su rutina más de lo previsto. La presencia de los barones Dacre no era tan insufrible sin Cameron. Pero, pese a la ausencia de su único hijo, Elizabeth no dejó de hablar sobre él en todas y cada una de las conversaciones. Aquello no hubiese sido extraño para Maddison, puesto que estaba acostumbrada a que los progenitores alabaran las cualidades de sus hijos, pero el hecho de que cada vez que se nombrara a Cameron Relish todos le dedicaran miradas significativas la puso en alerta, ya que poco o nada sabía a qué se debían. Fue así, arrodillada junto a un parterre, donde la encontró lady Florence la tercera mañana de su estancia en Rousham House.

—Son unas flores preciosas —apuntó la baronesa para hacerse notar.

Maddy se levantó de inmediato e hizo una perfecta reverencia.

—¿Son tus preferidas? —insistió.

—Son pensamientos. En realidad las adoro a todas, pero ahora les dedico más tiempo a estas porque se marchitarán pronto. Algunas ya están perdiendo sus pétalos.

Florence la observó con atención.

—Por muchos cuidados que le prodigues, no podrás evitar el desenlace.

—Con más motivo merecen mis mimos, pues.

—Eres una muchacha muy sensible. —Maddy enrojeció y agachó la cabeza —. Es un halago, querida. Vamos, demos un paseo.

La joven asintió, se limpió las manos con el paño que había llevado y tomó el brazo que le tendía la baronesa. En silencio se encaminaron hacia el laberinto de jardines que había en el ala este de la propiedad.

—Mi hijo lamenta no poder disfrutar de tu compañía —insistió una vez más —. Parece ser que te has convertido en alguien importante para él.

Maddison, incrédula, miró a lady Florence, que sonreía con picardía.

—Es un honor —acertó a decir aunque sonó más a una pregunta que a una afirmación.

—Lo es, querida. No debería decirte esto, pero ante la frustración de Cameron, le he prometido que intercedería por él ante ti. Mi hijo es como esas flores que con tanto cuidado tratas. Puede parecer un caso perdido, pero todavía tiene sus espinas para defenderse.

—¿Es que acaso su hijo está en peligro? —preguntó Maddy alarmada.

—No de muerte, mi adorable jovencita. Pero mucho me temo que sus sentimientos por ti lo harán cometer una locura.

—No comprendo...

—Cameron tenía tantas ganas de verte que desoyó las órdenes de su padre. Decidió partir de Eton a caballo para llegar aquí lo antes posible, pero sufrió una desafortunada caída que ahora lo retiene postrado en la cama sin poder acercarse a ti, desesperado por no poder disfrutar de tu compañía,

El corazón de Maddison comenzó a latir con más fuerza ante la insinuación de que Cameron guardara sentimientos románticos por ella.

—¿Quizá te he sorprendido? —Lady Florence se detuvo en uno de los bancos de piedra y tomó asiento.

—Lo cierto es que su hijo jamás demostró simpatía por mí —dijo Maddison todavía confusa—. Perdóneme si mis palabras la ofenden.

—En absoluto. Sé cómo es mi hijo y cuánto le cuesta demostrar sus sentimientos. Me temo que ante tu serena y frágil apariencia, se encuentra desarmado y, erróneamente, cree que la única manera de que correspondas a sus afectos es llamar tu atención. Y si para conseguirlo debe molestarte, lo hará.

En silencio y con las palabras de lady Florence todavía resonando en su cabeza, Maddison se levantó del banco y se acercó hasta una de las enredaderas. Acarició las hojas de yedra y con un dedo siguió una de las

ramas hasta que se entrecruzó con otra y esta a su vez con otra, como sus pensamientos se agolpaban en su aturdida cabeza. Desde que se habían conocido, Cameron la había hecho pasar por infinidad de calamidades. El pistoletazo de salida fue la caída sobre la mesa de té, luego le siguió el incidente con la orquídea, la rana dentro de la cesta de su pícnic, sufrir de urticaria por aceptar unas flores con ortiga escondida... Y así, un largo etcétera. Pero las palabras de lady Florence la habían hecho dudar. ¿Sería posible que todos aquellos desagradables encuentros tuviesen como finalidad reclamar su atención?

—Esta carta es para ti —interrumpió la baronesa sus pensamientos. Cuando Maddison se giró, lady Florence le tendía un sobre—. Llegó esta mañana dentro de otra carta que era para el barón y para mí. En ella, Cameron nos pedía que te la entregásemos en la más estricta intimidad. Por supuesto, no la hemos leído.

Maddison tomó el sobre con manos temblorosas, pero no se atrevió a abrirlo.

—Querida, será mejor que la leas a solas. —Sonrió comprensiva. Lady Florence se marchó y Maddy se sentó de nuevo. Con el sonido del piar de los pájaros de fondo y del agua de la fuente de piedra que había apenas unos metros más allá, abrió el sobre y comenzó a leer.

*Querida Maddison:*

*Hace apenas unos días mi corazón danzaba de júbilo ante la idea de poder verte de nuevo. Ahora, late atormentado por no poder estar junto a ti. El ímpetu por estar a tu lado, avivado por mis sentimientos, ahora me obliga a privarme de tu compañía. Te extrañaré todas y cada una de las horas que habría disfrutado en tu presencia, y sufriré las que resten hasta nuestro próximo encuentro.*

*Tuyo,*

*Cameron Relish*

Emocionada, Maddy apretó la carta contra su pecho. Jamás había recibido una carta de amor y desde luego nunca pensó que lo haría de manos de Cameron.

—Relish, te apuesto diez libras a que no eres capaz de sacar a bailar a lady Penélope Thorpe.

Cameron dejó la copa de champán, ya vacía, sobre la mesa y dirigió la mirada hacia donde le señalaba su amigo Harald. La chica en cuestión no era fácil de mirar. Tenía los ojos demasiado pequeños y juntos, la nariz aguileña y la boca grande en exceso, amén de un cuerpo desgarrado y un cabello indomable. Sin embargo, Cameron jamás rechazaba una apuesta.

—Ve preparando el dinero, amigo.

Harald soltó una sonora carcajada.

—Muy poco agraciada debe de ser la señorita Maddison Foster para que prefieras bailar con lady Penélope a estar con ella.

Cam se encogió de hombros con desinterés.

—Maddison es insulsa, pero no posee una belleza tan difícil de encontrar como la de lady Thorpe.

—¿Por qué no aceptaste acompañar a tus padres, pues?

—Porque no me gusta que intenten manejar a su antojo. La joven señorita Foster no tiene nada que ver.

Recordó la última vez que la vio. A escondidas la escuchó contar un cuento a su hermana y reír con los intentos de la pequeña por pronunciar algunas de las palabras que escuchaba de boca de Maddy. Fue la primera vez que la vio menos tensa que las cuerdas de un arpa. Pero claro, ella no sabía que la observaba, ni estaba alerta a la espera de alguna de sus gamberradas. Antes de ser descubierto, dio la vuelta y decidió que tardaría en volver a aquella casa.

—Bueno, ¿guardo las diez libras entonces? —lo sacó Harald de sus pensamientos.

—No las escondas demasiado. Ahora, si me disculpas, querido amigo, debo sacar a una dama a bailar. —Le guiñó un ojo y se alejó hacia lady Penélope, que emocionada, le tendió la mano para que comenzase su baile.

## CAPÍTULO 3

*El amor, como ciego que es, impide a los amantes ver las divertidas tonterías que cometen.*

William Shakespeare

**T**ras la sorprendente carta de Cameron, Maddy corrió hasta su habitación, desmontó el joyero y dejó el sobre oculto debajo del terciopelo que separaba la madera de los compartimentos para sus alhajas. Se sentía extrañamente eufórica y al mismo tiempo confusa y alterada. Delante del espejo comprobó el rubor que teñía sus mejillas y la respiración agitada que elevaba su busto. Se acarició la garganta y sonrió ante la imagen que vio. Aquella joven tan emocionada y con ese brillo especial en los ojos no parecía ella. Dos golpes en la puerta la devolvieron a la realidad. Presta, tomó el libro que había en su mesilla de noche, y que debía aprenderse de memoria como el mejor manual de la buena esposa que era, lo abrió al azar y dio permiso para que entraran en la estancia. Obediente, Emma entró.

—Querida, tu madre ordena que te vayas preparando para el té. —Su institutriz se acercó hasta ella y le quitó el libro de las manos—. ¿Te encuentras bien? —Puso una mano en su frente y le tomó la temperatura—. Pareces acalorada...

—He estado muchas horas bajo el sol, quizá se deba a eso.

—No deberías estar tanto tiempo expuesta, al final la nariz se te cubrirá de pecas. —Se alejó de ella y abrió el armario. Sacó el vestido blanco de seda con flores azules bordadas y lo dejó sobre la cama.

—¿Madre ha ordenado que vaya tan elegante?

Emma la miró como si de repente le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Acaso no recuerdas la cena de esta noche? Los invitados empezarán a llegar de un momento a otro y la señora Elizabeth quiere que luzcas hermosa y que te vean antes de que te retires.

Hasta hacía unas horas lo recordaba, pero ahora solo un nombre y una imagen ocupaban su mente.

—¿Te parezco hermosa, Emma? —Maddy se volvió a mirar en el espejo.

Tras la emoción inicial, las dudas la asaltaron de nuevo. Casi le parecía imposible que con su aspecto, tan corriente, hubiese despertado la admiración de un joven como Cameron Relish, al que solo había visto un par de veces al año durante los últimos seis años.

—Pues claro que eres hermosa —la defendió Emma—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso la madre de ese endemoniado te ha insinuado algo? Os vi hablando en el jardín. —Emma dejó las cintas para el pelo sobre el tocador y se volvió a mirarla.

—No. Lady Florence es amable conmigo.

—Menos mal. Me tranquilizó saber que su hijo no había venido y suspiré aliviada porque por fin podríamos disfrutar de las reuniones sin incidentes inesperados.

—Sí, eso pensé yo también.

Maddy se puso de espaldas a Emma y esta empezó a desabotonar su vestido.

—Vendrá gente muy ilustre de la vida social londinense —continuó la institutriz—. Amigos de tu padre, por supuesto, y además hay mucha expectación por la reaparición del misterioso marqués Cavendish.

—¿Quién es ese hombre?

—Jovencita, sabes que no soy muy dada a chismorreos, pero ya que acudirá a la cena, es justo que sepas que mucho se ha hablado sobre él en los salones de Londres y en las revistas de sociedad. Se marchó de Inglaterra tras el triste fallecimiento de su joven esposa. De aquello hace ya casi diez años, y nada se ha vuelto a saber de él. Se dice que se marchó a América, pero podría ser solo un rumor.

—Pobre marqués. Debió de sufrir mucho con la muerte de su amada.

—No lo dudo.

Después de acomodarle el vestido, la sentó frente al tocador para retocar el peinado y cambiar las cintas del cabello por otras azules.

—¿Crees que si se lo pido, madre me dejará acudir a la cena?

—Tu padre es posible, pero tu madre jamás aceptará. Es más una reunión de negocios que una fiesta.

—Me gustaría estar presente. Seguro que hablan de temas interesantes.

—No para una jovencita como tú.

Maddy hizo un mohín y se resignó a lo que ya sabía: que mientras la fiesta tenía lugar en el salón, ella estaría recluida en su habitación.

—No te apenes. He escuchado decir a tu padre que la señorita Rebecca Stone acompañará a sus padres en esta visita. —Emma sonrió ante la cara de emoción de Maddy—. Seguro que tendréis muchas cosas de las que hablar.

—Es la mejor noticia que podrías darme. —Se volvió en la silla y abrazó a Emma, que a su vez sonrió y acarició con cariño los suaves cabellos de su pupila.

Más animada, se encaminó hacia el salón de té. Rebecca era la mejor amiga de Maddy, ambas tenían la misma edad y sus padres eran socios en algunos negocios; además, James Stone era el abogado de la familia. Desde pequeñas, entre ellas se había establecido una conexión que ni siquiera los meses sin verse y la distancia, ya que la familia Stone vivía en Londres, habían podido borrar.

Sentada junto a su madre, los invitados fueron llegando. Primero el señor y la señora Latimer, después los Wood y finalmente hicieron su aparición los Stone. Tras los saludos de cortesía, las jóvenes se tomaron de las manos y se miraron con la misma emoción contenida, deseosas de que llegase el momento de poder estar a solas y compartir confidencias. Sin embargo, mientras Rebecca y Maddy estaban enfrascadas la una en la otra, la atención de todos los presentes se dirigió hacia el hombre que acompañaba al señor James Stone, el marqués Cavendish.

—Lord Cavendish, es un honor que haya aceptado unirse a nuestra reunión.

—El gusto es mío, señor Foster —asintió agradecido.

Cuando Maddy escuchó su nombre, la curiosidad hizo que lo mirase con interés mientras su padre hacía las presentaciones pertinentes. De complexión fuerte, tenía el cabello ligeramente canoso, sin embargo no era tan mayor como en un principio había pensado. Pero sí tenía ese halo de tristeza que empañaba sus ojos azules y las arrugas que los enmarcaban.

—El marqués es amigo de mi padre —susurró Rebecca a su oído—. Acaba de llegar de América y, según pude escuchar, pretende hacer negocios con nuestras familias.

—Algo me contó Emma sobre él.

—Seguro que sabes lo de la muerte de su esposa. Mi madre dice que la amaba muchísimo, tanto que no pudo soportar su muerte y se marchó dejando todas sus posesiones en manos de sus abogados, o lo que es lo mismo, de mi padre.

—Es una historia muy triste.

—Y eso que no te he contado los detalles, la joven marquesa murió mientras intentaba dar a luz a gemelos. Todos fallecieron durante el parto.

—¡Eso es horrible! —exclamó Maddison, consternada, más alto de lo que debería, puesto que todas las miradas se desviaron hacia ella. Sonrojada, bajó la cabeza y entrelazó las manos en su falda.

A partir de ese momento se mantuvo en silencio hasta que los hombres se retiraron a otro salón y las mujeres marcharon para arreglarse para la cena. No obstante, antes de subir a su cuarto, lady Florence detuvo a Maddison.

—Querida —susurró apartándola a un lado—, espero que las palabras de mi hijo fuesen satisfactorias para ti.

Maddison enrojeció.

—Han sido sorprendentemente bonitas.

La baronesa sonrió complacida.

—Seguro que espera una respuesta de tu parte. No debes preocuparte, yo me encargaré de hacérsela llegar. —La besó con delicadeza en la mejilla y se retiró.

Aturdida, entró en su habitación y se sentó frente al tocador, mirando el joyero. No había reparado en que quizá Cameron esperase una respuesta y, aunque la asustaba la idea de dejar plasmados sus pensamientos en el papel, no le parecía correcto no corresponder a sus atenciones. Estaba a punto de cerrar con llave la puerta de su habitación para escribir la carta cuando Rebecca se coló, sin llamar, con una sonrisa en los labios.

—¡Deseaba tanto estar a solas contigo! Oh, Maddy, he conocido al hombre más maravilloso del mundo.

Rebecca rodó por la habitación como si estuviese bailando y en una de esas vueltas, la tomó a ella de las manos para que la acompañase. Muertas de risa, mareadas y eufóricas, se dejaron caer sobre la cama.

—Es el hombre más guapo que he visto —suspiró Rebecca—. Es apuesto, galante y no escatima en elogios hacia mí.

Maddy apoyó un codo sobre la cama y miró a su amiga.

—¿Estás enamorada?

—¡Cómo no estarlo, querida amiga! Cuando me besa es como si todos los ángeles del cielo cantaran a coro.

—¡¿Has dejado que te besara?! —preguntó Maddy alarmada.

—Oh, sí..., y ha sido maravilloso. —Rebecca se incorporó—. Me ha prometido que a nuestro regreso a Londres hablará con mi padre para

comprometernos oficialmente.

—Pero si todavía no has sido presentada en sociedad y solo tienes diecisiete años...

—El mes que viene tendré ya dieciocho. No obstante, ha prometido que esperará el tiempo que sea necesario. ¿No es maravilloso?

—¿Y quién es él, si puede saberse?

Emocionada, Rebecca la tomó de las manos.

—Su nombre es Alfred Kinsale. —Suspiró—. Es que hasta al pronunciarlo besa mis labios. Acabará sus estudios en Eton este año y pronto trabajará en la empresa de su padre. Así que no ve motivo para que retrasemos nuestro enlace.

—Si es así, me alegro tanto por ti. —Maddy abrazó a su amiga.

—No veo el momento de que ambas estemos casadas y podamos acudir a fiestas con nuestros esposos, visitarnos en nuestros hogares... ¡Será maravilloso! Pero ahora hágame de ti. ¿Hay algún caballero que haya logrado captar tu interés?

Maddison se levantó y miró por la ventana la bonita puesta de sol de verano.

—Quizá lo más acertado sea saber si yo he captado la atención de algún pretendiente.

—¿Qué tonterías dices? Por supuesto que lo harás. Pero recluida en el campo dudo que lo consigas.

—Padre me ha prometido que la primavera que viene nos trasladaremos a Londres para mi presentación en sociedad.

—Eso es una gran noticia. —Rebecca abrazó a su amiga—. Estoy segura de que te lloverán las propuestas y de que los pretendientes caerán rendidos a tus pies. Vas a tener que ir apartándolos con tus preciosos zapatos de raso, pero cuidado no se te manchen con sus lágrimas por tu desprecio.

Ambas soltaron una carcajada ante la imagen que se representó en su mente.

—Pero dejemos de hablar de ellos y hablemos de ti. ¿No hay ningún caballero que no puedas quitarte de la mente?

Dudó si contar a Rebecca la extraña carta de Cameron, pero finalmente, ante la sinceridad de su amiga, decidió corresponderle de igual forma. Se acercó hasta el joyero y sacó el sobre con la carta.

—¿Qué es eso? —quiso saber Rebecca de inmediato.

—Es una carta de Cameron Relish —susurró—. Dice sentirse interesado

por mí.

—¡Oh, Maddy, un barón! —Ante la mirada dudosa de su amiga, Rebecca moderó su entusiasmo—. ¿Dónde está el problema?

—Es que desde que lo conozco, Cameron se ha esforzado en hacerme la vida imposible y me ha sorprendido su nota.

—Déjame ver. —Tomó el papel de entre sus manos y leyó la carta en voz alta provocando que el sonrojo de Maddison aumentara—. ¡Oh, Dios mío! Muero de amor. ¿Cómo puedes dudar de su interés?

—¿Crees que alberga sentimientos románticos por mí?

—Santo cielo, Maddy. Este hombre está loco por ti. Ni siquiera mi Alfred ha pronunciado palabras tan románticas. ¿A ti te desagrada? ¿Es eso?

—No, solo es que jamás había pensado que yo suscitara su interés. Cameron es... muy atractivo, sí, no lo puedo negar, pero temo sus visitas por las bromas de mal gusto que acostumbra a gastarme. Según lady Florence es porque no sabe cómo gestionar nuestros encuentros y está ansioso por llamar mi atención.

—¡Maddison! Si hasta ha hablado a sus padres de sus sentimientos por ti. No me puedo creer que dudes.

—¿Crees que debería escribirle yo una carta también? Lady Florence dice que Cameron la estará esperando.

—Por supuesto. De hecho, nos pondremos manos a la obra de inmediato. Me necesitas, estoy segura. Si por ti fuese, escribirías una carta de cortesía cuando él ha desnudado su corazón para ti.

Rebecca la obligó a sentarse frente al escritorio y la animó a comenzar, pero se vieron interrumpidas por los golpes en la puerta de Emma. Presurosas, guardaron la carta de nuevo en el joyero y se sentaron frente a las butacas que había al lado de la ventana con la espalda erguida y las manos enlazadas en la falda.

—Señoritas, cualquiera diría que han quedado atrás los años en los que en cuanto os dejaba un rato a solas os poníais a saltar en la cama.

—Por supuesto, Emma. Ahora somos señoritas respetables —apuntó divertida Rebecca.

—No me cabe la menor duda. —Emma se acercó hasta la cama y estiró la colcha, arrugada de su arretrato anterior, dándoles a entender que sabía perfectamente que ambas se habían dejado caer sobre ella.

Incapaces de aguantar la risa, las jóvenes estallaron en carcajadas y Emma

no tardó en unirse a ellas. En cuanto dispuso que les servirían la cena en sus habitaciones, se retiró de nuevo para vigilar a la pequeña Eleanor, que estaba a punto de volver loca a su nodriza. Una vez a solas, entre Rebecca y Maddy terminaron la carta, mucho más explícita de lo que la autora habría deseado y, con discreción, acudió a la estancia de lady Florence para entregársela.

Cameron esperaba en el despacho de su padre. Hacía casi un año que había terminado sus estudios y este lo había pasado de fiesta en fiesta, cortejando damas y entregado completamente a la diversión que su posición y la renta asignada de sus padres le proporcionaba. Sin embargo, ya no podía postergar más su regreso y debía trasladarse definitivamente a la residencia oficial de su familia en Holland Park. Los barones hacía un mes que habían vuelto de Oxfordshire y sabía lo que sucedería, ahora llegarían las incómodas recriminaciones, las discusiones y finalmente las amenazas. Era lo de siempre, solo que ahora debería soportarlas más a menudo. Quizá pudiese hablar con Harald y pasar una temporada más con él en su casa de campo. Cualquier cosa sería mejor que soportar los continuos hostigamientos de sus padres.

El barón entró en la estancia y Cameron se puso en pie, como había sido educado. Pero relajó su postura arrogante en cuanto vio como había mermado la salud de su padre en estos meses.

—Padre —lo saludó.

Lord Benedict caminó fatigado hasta el sillón que había tras su escritorio y prácticamente se dejó caer en él.

—Hijo —contestó en cuanto pudo recobrar el aliento.

—No tiene muy buen aspecto —apuntó con cautela.

—Me alegra no decir lo mismo de ti. Te has convertido en todo un hombre.

Cameron había doblado su complexión gracias a su pasión por los deportes, en especial el remo. Había dejado de ser un muchacho delgado y espigado para convertirse en uno de los jóvenes más apuestos de Londres, condición que sabía aprovechar en todas y cada una de las fiestas a las que había asistido.

—Gracias, padre.

—No me las des aún. ¿Cuánto crees que tardará el señor Foster en averiguar que mientras deberías haber estado cortejando a su hija has estado paseándote de fiesta en fiesta con tus amigos? Ser un hombre también implica

aceptar los compromisos y actuar en consecuencia.

—No me importa lo que ese nuevo rico sepa o piense de mí.

Pese a su débil estado de salud, lord Benedict dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—¡Maldita sea, Cameron! Acepta de una vez que estás comprometido con la hija de los Foster y no nos avergüences más.

—Jamás me casaré con Maddison Foster.

—Tú harás lo que se te ordene o no verás ni un centavo, ¿me has oído?

—Todavía no me conoce, padre. Sus amenazas no hacen más que instigarme a desobedecer.

—Di mi palabra a Foster. Y los Relish no fallamos a nuestros juramentos.

—Desesperado, lord Benedict se mesó los cabellos—. ¿Qué tiene de malo esa muchacha? ¿Tan repulsivo te resultaría desposarla y luego hacer con tu vida lo que quieras? Podrías tener cuantas amantes deseases.

—Maddison Foster no llama la atención, ni siquiera es fea. Es anodina y no suscita ningún interés en mí.

—Como si la noche de bodas tienes que ponerle una capucha para cubrir su rostro, apagar las velas e imaginar que estás con otra. No me importan tus sentimientos, hijo. Cuanto antes asumas que este matrimonio es un hecho, mejor.

Lord Benedict se levantó demasiado deprisa y en el último momento las fuerzas le fallaron, cayó desmadejado sobre el sillón y Cameron acudió presto a su lado.

—¡Padre! ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llamemos al médico?

El barón negó con la cabeza y se recostó sobre el sillón con los ojos cerrados.

—Cameron, te lo ruego. Dentro de tres meses será el cumpleaños de Maddison, la joven cumplirá dieciocho años y se realizará una fiesta por todo lo alto en Oxfordshire, la última antes de que los Foster trasladen su residencia aquí a Londres. Prométeme que podré contar contigo. Prométeme que nos acompañarás. Por la salud de tu viejo padre, júramelo.

Cameron estuvo tentado a negarse a aquella burda manipulación, pero ciertamente la salud de su padre le preocupaba. ¿Qué mal podría hacerle ver a la muchacha una vez más?

—Le doy mi palabra.

# CAPÍTULO 4

*Mejor que con palabras, la sinceridad se muestra con acciones.*  
William Shakespeare

*Oxfordshire*  
*Septiembre 1875*

*Querida Maddison:*

*Debería calmarme la idea de saber que pronto tendrá lugar nuestro reencuentro. Pero no es así. Me siento enfermo de anticipación. Los minutos, las horas y los días parecen detenerse y ralentizar su paso. No hay nada que pueda aplacar la desesperación por tu lejanía. Ansío calmar mi alma con tu presencia, como ansío escuchar de tus labios cuánto acusas mi ausencia.*

*Siempre tuyo,*  
*Cameron Relish*

Maddison guardó la última carta que había recibido de Cameron junto con las otras cuatro que atesoraba en su compartimento secreto. Desde que recibiera la primera, cada mes esperaba con ansia a que llegase la correspondencia. A ojos de su familia, era lady Dacre, así rezaba el nombre del remitente, quien se carteaba con ella. Casi siempre con el pretexto de que al ser su protectora y la encargada de presentarla en sociedad la próxima primavera, debían estar en contacto para ir ultimando los detalles. Pero dentro del sobre siempre encontraba otra misiva que la hacía suspirar y soñar día y noche con el próximo encuentro con el hijo de los barones. En esta ocasión no esperaría demasiado, puesto que el correo había llegado con casi quince días de retraso debido a las abundantes lluvias de semanas atrás, y se esperaba para esa misma tarde la llegada de los barones Dacre y de su hijo. Era una ocasión especial y como tal la esperaba Maddy. Al día siguiente se celebraría la fiesta de su decimotavo cumpleaños. Ya solo debería aguardar a la primavera para ser presentada en sociedad y acudir a fiestas en la capital. Pero si había algo que hacía que su corazón galopase sin control, era poder ver por fin a Cameron. Inspiró hondo para intentar calmarse y abrió el armario para elegir

el vestido con el que lo recibiría. De entre todos los nuevos que le habían confeccionado, eligió uno de color verde manzana con flores bordadas en blanco, escote cuadrado, entallado y con seda blanca y lazos de raso verde en el polisión. Desde que la modista se lo entregó, se había convertido en su preferido, si obviaba el que llevaría para la fiesta, claro. Pero este en concreto la hacía sentir femenina y realzaba su recién descubierta figura. Dejó el vestido con cuidado sobre la cama y se sentó de nuevo frente al tocador para preparar los pendientes y el collar a conjunto. Así la encontró Emma cuando llegó para ayudarla a prepararse.

—Emma, pensé que no llegarías nunca. —Maddison comenzó a quitarse el vestido a toda prisa.

—En esta casa andan todos como locos y de paso me están volviendo loca a mí. —Se colocó a la espalda de la joven y la ayudó a deshacerse del viejo vestido que tanto gustaba usar cuando visitaba el invernadero.

Tras apretar las cintas del corsé, ató las enaguas y ajustó el polisión. En cuanto deslizó el vestido por el cuerpo de la joven, el sonido de la llegada de un carruaje las detuvo en seco.

—¡No me puedo creer que los barones ya estén aquí! —exclamó Emma.

Maddy se alejó con rapidez de ella sujetándose el vestido contra sus pechos y se acercó a la ventana.

—¡Maddison Foster! ¡¿Qué estás haciendo?!

Desoyó los reproches de su institutriz porque el deseo de comprobar que Cameron había llegado fue más fuerte que el sentido común. Apartó apenas las cortinas y en ese mismo momento se encontró con la mirada de Cameron fija en su ventana. Como la primera vez que lo vio. De repente el aire de la habitación desapareció y fue incapaz de respirar ante la imagen de aquel hombre imponente, de anchos hombros, cabello negro e indomable, y ojos oscuros y penetrantes que desprendía un aura peligrosa y desafiante.

Cameron apenas pudo apreciar los detalles sobre los cambios que había sufrido la pequeña Maddison, pero sí acertó a comprobar que tenía los hombros al aire y el cabello suelto. Así como también percibió, por su experiencia, la admiración con que lo miraba.

Le sonrió de medio lado, se quitó el sombrero y le hizo una pequeña reverencia. Acto que provocó que ella soltara las cortinas y se escondiera.

Acalorada, Maddy se apoyó en la pared e inspiró, por fin, mientras una sonrisa tonta se dibujaba en sus labios. Todo ello ante la atenta mirada de

Emma, que no perdía detalle de todos y cada uno de sus gestos.

—Mi joven niña... —susurró la institutriz con pesar—. Sabía que este día llegaría, pero jamás habría apostado a que el hombre que robara tu corazón sería Cameron Relish.

—¡Oh, Emma! —Corrió Maddy hacia la mujer que amaba como a una madre—. Guárdame el secreto, por favor.

—Querida... —Le acarició la mejilla consciente de que mañana se anunciaría el compromiso con Cameron Relish y que la única que no estaba al tanto de ese hecho era la propia Maddison. Dicho anuncio sería el regalo de cumpleaños de su padre, por lo que todos habían tenido cuidado de guardar silencio. Si algo debía agradecer Emma tras ver la reacción de la joven, es que en contra de lo que ella creía, la muchacha sería feliz con ese anuncio—. Te lo prometo.

Terminó de vestirse, esperó impaciente a que Emma la peinase y se miró una última vez en el espejo. Le gustó la imagen que le devolvió, no obstante, las dudas comenzaron a asaltarla. Cameron ya era todo un hombre y ella seguía asimilando los cambios en su cuerpo. Tenía un busto todavía pequeño, pero la cintura definida. Gracias al corsé sus pobres atributos se veían realzados. Tocó con cuidado el peinado, no era nada del otro mundo, algunas trenzas entrelazadas que recogían su largo cabello, pero al menos ya no lo llevaba lleno de tirabuzones.

—Estás preciosa, Maddison. —Emma la tranquilizó y la animó a salir de la habitación.

En lo alto de la escalera, se sujetó al pasamanos y volvió a dudar.

—Temo decir o hacer algo inapropiado.

—¿Insinúas que no he hecho bien mi trabajo?

Emma la hizo sonreír y con esa sencilla frase la convenció de que estaba preparada para ver a su enamorado.

Cameron permanecía de pie junto a la ventana, viendo como las nubes iban oscureciendo el cielo al igual que la estancia en aquella casa ensombrecía su ánimo. De fondo escuchaba la conversación de sus padres con el señor Foster y su esposa, pero su mente estaba en otro lugar, lejos de acuerdos tomados a sus espaldas y que lo arrastrarían a un matrimonio que no deseaba y en el que, estaba seguro, sería tremendamente infeliz. La mayoría de sus compañeros y

amigos de Eton se casarían con jóvenes herederas de su misma condición social, sin embargo, sus padres parecían querer castigarlo con un enlace con alguien de menor alcurnia.

—Lord Cameron —William se acercó hasta él—. No parece disfrutar de su visita.

—El viaje ha sido largo —respondió esquivo.

—Espero que su actitud se deba al cansancio. De lo contrario, me disgustaría enormemente pensar que tal muestra de apatía se debe a que no desea hacer oficial el enlace con mi hija. Sería un grave inconveniente para usted, por supuesto, porque no tiene opción.

Cameron apretó la mandíbula hasta que le dolieron las encías. Odiaba a aquel hombre que tenía la desfachatez de tratarlo como a un igual y odiaba más aún la seguridad con la que daba por hecho el enlace, situación con la que Foster parecía disfrutar.

—Una última cuestión, lord Cameron —apuntó antes de retirarse—: espero que mi hija no albergue ninguna duda sobre su interés. Por su bien.

Sin esperar respuesta, volvió a tomar asiento junto a su esposa y lo dejó con el humor más negro todavía.

Los suaves golpes en la puerta lo alertaron de que había llegado el momento de reencontrarse con la apocada Maddison. Con las manos en los bolsillos, apoyó la espalda en la pared y esperó la entrada de la joven. En cuanto Maddison puso un pie en la estancia, fue al primero que vio. Flexionó de manera elegante sus rodillas y se dispuso a saludar a sus padres. Sorprendido, la observó de arriba abajo. Ya no quedaba nada de la niña rolliza que él había conocido. Ahora tenía frente a él a una mujer, que si bien no era la más espectacular que había visto, era agraciada y de una belleza serena. Tras los saludos iniciales, la atención se centró en él y en lo que haría. Caminó con seguridad hasta situarse a unos pasos de ella, tendió la mano y esperó a que la joven la aceptara para depositar un suave beso sobre ella.

—Señorita Maddison, su presencia es un regalo, y su belleza un éxtasis para mis sentidos. —Acarició con la yema del dedo el interior de la muñeca de la joven y percibió el ligero escalofrío en su piel.

Si lo que quería William Foster es que cortejara a su hija, lo haría hasta las últimas consecuencias.

—Querida Maddison, estás todavía más bella que la última vez que te vi. —La baronesa la tomó de las manos y la guio hasta sentarla junto a ella. —

Estamos deseando que te traslades a la capital. Es triste solo tener dos ocasiones al año para vernos.

—Es muy amable conmigo, lady Dacre. A mí también me entusiasma la idea de formar parte la vida social de Londres.

—Oh, estoy segura de que la disfrutarás muchísimo.

—Después del invierno ordenaremos que empiecen a trasladar todas nuestras posesiones para poder instalarnos en la mansión de Chester Square. Me encanta vivir aquí en el campo, pero no dejo de reconocer que estamos aisladas de la vida social. Aunque por supuesto recibimos visitas tanto o más ilustres que la suya —empezó a parlotear Elizabeth.

Harto de la banal conversación y ansioso por alejarse de William, Cameron interrumpió la cháchara ególatra de la señora Foster.

—Señorita Maddison —interrumpió. La joven lo miró ruborizada—, si le complace, estaría encantado de que me mostrara de nuevo el invernadero. Recuerdo que la última vez que lo visitamos quedé fascinado con algunas de las especies que cuidaba con tanto mimo.

Maddy miró a su padre, que con un breve asentimiento le dio permiso para acompañar al joven.

—¡Oh! Es una idea estupenda —se entusiasmó Elizabeth—. Emma les acompañará.

Cameron rodeó el sillón y extendió el brazo para que Maddison se lo tomara. En silencio salieron del salón y llegaron a la puerta principal. Emma aguardaba unos pasos detrás sin quitarles ojo. El cielo amenazaba tormenta y el aire traía la humedad de la tierra, pero Maddy no tenía frío. El calor del cuerpo de Cameron calentaba sus manos y su cercanía la ponía lo suficientemente nerviosa como para no reparar en lo mucho que habían bajado las temperaturas en unas horas. Llegaron hasta el invernadero y él le cedió el paso. Tras Emma, cerró la puerta y al momento alcanzó a la joven.

—Veo que algunas plantas han crecido considerablemente y aumentado su belleza.

Maddy lo miró para saber a cuál se refería en concreto, pero los ojos de Cameron estaban fijos en ella. Sonrió y le dio la espalda para acariciar las hojas de la mata más cercana.

—Mi ma-madre y yo —Maddy carraspeó para sacudirse de encima el incómodo tartamudeo que la acompañaba cada vez que hablaba con Cam—, hemos disfrutado creando el rincón especial que... —Se detuvo antes de

añadir que se refería al que le había mencionado en sus cartas, pero puesto que no estaba segura de querer hablar abiertamente sobre su correspondencia cara a cara y menos con la exhaustiva vigilancia de Emma a una discreta distancia, dejó la frase a medias—. Pasamos muchas horas de lectura y costura aquí, no es lo habitual, pero madre dice que nadie tiene por qué enterarse.

—¿Es un secreto lo que me estáis contando? —coqueteó con ella con una amplia sonrisa.

Maddison no supo qué decir.

—¿Es lo que he hecho? —dudó.

—Si es algo que nadie sabe a excepción de usted y yo, sí. Sin duda lo ha hecho. Pero tranquila, no será el único ni el último que compartamos. —Cameron sonrió, pasó por su lado y rozó, como al descuido, la mano de la joven—. Muéstreme ese misterioso rincón —susurró cerca de su cuello.

Emma carraspeó y Cameron acrecentó la distancia con Maddy un par de pasos.

—Es p-por aquí —volvió a tartamudear.

Avanzaron por el pasillo central del invernadero entre aromas y colores de diversas flores, lo que trajo a Cameron el recuerdo de aquella primera vez en la que había destrozado su planta favorita.

—Señorita Maddison, ¿qué fue de su flor predilecta? Me gustaría verla.

Ella se detuvo y lo miró con indecisión. Que durante esos meses se hubiese enamorado perdidamente de él, no quería decir que hubiese borrado de su mente lo sucedido en el pasado, ni que no tuviese presentes las palabras de la baronesa. Si Cameron necesitaba provocarla para conseguir alguna reacción en ella, esta vez no se lo pondría tan fácil. Apenas tuvo unos segundos para pensar. La orquídea estaba a unos metros de distancia, pero ella pasó de largo y se detuvo delante de uno de los cactus más grandes del invernadero.

La carcajada de Cameron la sobresaltó.

—Así que no se fía de mí, después de todo. —Chasqueó la lengua y se volvió a acercarse más de lo que el decoro recomendaba—. No la culpo. No obstante, creo que ha llegado el momento de que eso cambie, ¿no le parece?

—No depende mí, señor.

—Déjelo en mis manos, pues.

El cielo eligió ese preciso momento para hacer estallar un trueno que reverberó en las paredes de cristal y la sobresaltó hasta el punto de, en un movimiento involuntario, pincharse la mano con una de las espinas.

—Oh... —se quejó ante el dolor punzante y la gota de sangre escapó por la herida.

—Señora Emma —Cameron llamó a la institutriz de inmediato—, busque algo para curar la herida de la señorita Maddison.

—Querida... —Emma se acercó para comprobar el arañazo, no sangraba en demasía, pero si no encontraba algo para cubrirlo, se mancharía el vestido nuevo. En el fondo del invernadero guardaban un botiquín. Indecisa, observó a los jóvenes.

—Si no quiere hacerlo usted, dígame dónde puedo encontrar algo para sanarla —la instigó Cameron.

—No es necesario, lord Relish. Usted tardaría en encontrarlo. —Emma se marchó con rapidez.

En cuanto Cameron la perdió de vista, tomó la mano de Maddison y, sin apartar la mirada de sus ojos, acercó la boca, posó los labios sobre la herida y con la suave caricia de su lengua borró todo rastro de sangre.

Las pupilas de Maddison se dilataron y un discreto jadeo escapó de sus labios. Jamás había sentido un roce tan íntimo, ni había deseado que aquel contacto se extendiese por su cuerpo. Cameron, con lentitud, volvió a impregnar de cálida humedad y sensuales roces su piel, hasta que presionó ligeramente con los dientes y dio el último toque con la lengua antes de apartarse.

—La próxima vez será en sus labios. —Despacio, se retiró, justo a tiempo de la llegada de Emma cargada con una venda y un ungüento.

—Déjame ver, querida. —Inspeccionó la mano, pero no vio resto de sangre. Confusa, miró a la joven—. ¿Ha dejado de sangrar?

Maddison fue incapaz de pronunciar palabra. Los oídos le zumbaban y solo escuchaba su acelerada respiración junto con el bombeo alocado de su corazón.

—Ante el temor de que se manchase el vestido, he utilizado mi pañuelo para presionar la herida —mintió Cameron ante el silencio de Maddy.

—Se lo agradezco, milord. Préstemelo y lo llevaré a lavar.

—No será necesario. Sin embargo, sí que urge que salgamos de aquí si no queremos que la tormenta nos sorprenda.

Gruesas gotas empezaban a golpear los cristales del techo, por lo que Emma aceptó la sugerencia e instó a Maddison a que caminase para salir lo antes posible del invernadero.

Ya fuera, avanzaron con rapidez mientras la lluvia se precipitaba sobre ellos. En cuanto entraron en la casa, Maddy se excusó para retirarse a su habitación, cambiarse el vestido, ahora embarrado, y retocarse el peinado. Cameron asintió y la vio subir por las fastuosas escaleras de madera hasta que la perdió de vista.

Después de todo, su estancia en Rousham House sería mucho más interesante y entretenida de lo que en un principio auguraba.

# CAPÍTULO 5

*Los viejos desconfían de la juventud porque han sido jóvenes.*  
William Shakespeare

**E**l día siguiente amaneció con un tímido sol que luchaba por brillar entre las nubes que amenazaban con eclipsarlo. Cameron se había levantado al alba para ser el primero en salir de la mansión sin ser visto por nadie de la familia Foster. Los pocos criados que se encontró lo miraron extrañados, pero nadie osó a preguntar el motivo de su temprana aparición y él no tenía por qué rendir explicaciones a nadie. Tan solo se justificó frente al mayordomo al anunciarle que salía a cabalgar por si los barones lo buscaban. Tras varias carreras sintiendo el aire frío clavarse como agujas en su rostro, tenía más claro que nunca lo que debía hacer. Apenas había pegado ojo y durante toda la noche se había reproducido en su mente la conversación que había mantenido con su padre y el señor Foster en el despacho de este último. Las damas ya se habían retirado y, aunque él deseaba hacer lo mismo, William tenía otros planes. Su anfitrión le tendió un vaso de whisky y se sentó junto al fuego, al parecer en su sillón preferido y frente a lord Dacre. Cameron se mantuvo de pie, al lado de su padre, apoyado en la chimenea observando cómo las llamas devoraban la leña y cómo el humo ascendía para escapar al exterior. Lo envidió, deseó poder escapar también de aquella claustrofóbica situación que lo tenía asfixiado. No soportaba ver como su padre se rebajaba delante de aquel hombre con ínfulas de grandeza que tenía la osadía de considerarse un igual a ellos. Durante toda la cena fue testigo de las lisonjas y alabanzas de sus padres hacia los Foster, y como estos, cual pavos reales, alardeaban de sus posesiones. Todos menos ella. Maddison parecía incómoda y odiar esa situación tanto como él, por lo que al final optó por divertirse un poco poniéndola nerviosa. Y lo hizo, la acarició con descuido cuando nadie la miraba y disfrutó con todos y cada uno de los gestos azorados de la joven. Al recordarlo, sonrió porque, para su sorpresa, aquellas caricias también le gustaron a él. Pero después, encerrado con

William, no tuvo escapatoria y de nuevo volvió todo su rencor.

—Mañana, en la fiesta de cumpleaños de mi hija, haré oficial el compromiso matrimonial entre nuestras familias.

Cameron apretó el vaso y bebió para evitar estrellarlo contra aquel hombre.

—Es una situación perfecta para ello —volvió el barón a adular las decisiones de Foster.

—Además de lo beneficioso que es este enlace para ambas familias, quiero que para mi hija también lo sea.

—No le entiendo... —dudó lord Dacre.

La astuta mirada de Foster se dirigió a Cameron.

—Quiero que mi hija esté convencida de que su hijo desea este enlace. Quiero que, pese a ser algo pactado, se sienta feliz. Quiero que se la adule, lisonjee y corteje. Y por supuesto quiero que se sienta amada y respetada.

—Quiere que mienta —interrumpió Cameron incapaz de permanecer callado por más tiempo.

—¡Cameron! —lo amonestó su padre—. Lo que mi hijo intenta decir es que quizá es demasiado pronto para que sus sentimientos...

William levantó una mano y detuvo la explicación.

—Sé perfectamente lo que ha querido decir. No se ofenda por pedirle que finja, joven. No sería la primera vez que lo hace.

—Si lo que quiere es un matrimonio cuya principal premisa sea el amor, se ha equivocado de hombre —atacó de nuevo Cameron deseoso de llevarle la contraria.

—No he dicho que sea el principal motivo, pero sí es importante, sobre todo para Maddison. Yo sabré que finge, su padre lo sabrá, puede que incluso su madre —William dejó el vaso sobre la pequeña mesa redonda que había junto a su sillón, recostó la espalda y lo apuñaló con la mirada—, pero mi hija jamás dudará de sus sentimientos. Por su bien.

—¿Me está amenazando, señor Foster? —Cameron dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea con más fuerza de la que debiera.

—Por supuesto —contestó William con tranquilidad—. Joven, convertiré su vida en un infierno. Créame.

—Ya basta, Cameron —pidió el barón visiblemente nervioso—. Señor William, le doy mi palabra de que no tendrá ninguna queja, ni usted ni su hija.

—¡Padre! —protestó Cameron.

—Hijo, madura y asume de una vez tus responsabilidades. Este matrimonio es un hecho. De ti depende como quieras afrontarlo.

—Ya que mi opinión no se va a tomar en cuenta, creo que lo mejor que puedo hacer es retirarme. Buenas noches, caballeros —pronunció la última palabra con retintín.

Volvió del recuerdo de la conversación de la noche anterior cuando el caballo se detuvo frente a las caballerizas. Se lo entregó al mozo y caminó indolente a cumplir el propósito que se le había encomendado.

Cuando Maddison despertó, mucho más temprano de lo que solía ser habitual, el sol todavía no brillaba con fuerza y los tímidos rayos que se colaban por la ventana a veces desaparecían, seguramente tapados por las nubes. Pero a Maddison le pareció el día más bonito de cuantos había vivido. Tras lo ocurrido en el invernadero, las atenciones de Cameron habían sido mucho más sutiles. Apenas un ligero roce de manos, en apariencia casual, sobre la mesa a la hora de la cena. Un cruce de miradas y una sonrisa cómplice, un halago como hecho al descuido... Acciones que habían provocado sentimientos y sensaciones que atesoraría para siempre.

Estaba desperezándose en la cama, sonriente y emocionada por saber qué nuevas experiencias le depararía el día, cuando pequeños golpes en el cristal de la ventana la sobresaltaron. Al principio pensó que podrían ser gotas de lluvia, pero dudó. Aunque pobre, la luz del sol se filtraba entre las cortinas. Esperó sin moverse hasta que de nuevo se sucedieron los golpes. Intrigada, se levantó de la cama, anudó la bata a la cintura y se aventuró a averiguar a qué eran debidos aquellos sonidos. Apartó las cortinas y lo que vio hizo que aflorara una sonrisa tonta en sus labios. Cameron esperaba bajo su ventana con un ramillete de flores silvestres.

—Abre —gesticuló con los labios.

Por supuesto, a ella no se le ocurrió desobedecer. Sin tener en cuenta lo incorrecto de mostrarse con ropa de cama, abrió para recibir el frío y con él la primera felicitación del día.

—Feliz cumpleaños, Mad-Maddy —susurró Cameron.

La joven compuso un gesto de desagrado como hacía cada vez que él la llamaba por aquel apelativo. Ya se sentía lo suficientemente avergonzada por

tartamudear cada vez que se encontraban a solas como para encima tener que soportar sus burlas.

—¡Oh, vamos! No te enfurruñes conmigo. Sabes que te lo digo con cariño, como cada palabra que te dirijo. Mis sentimientos me prohibirían hacerlo de otra forma.

La sonrisa volvió a aparecer en los labios de Maddison y el corazón de Cameron se saltó un latido.

—Las flores son preciosas, pero me temo que desde aquí arriba no podré alcanzarlas.

Eso era algo que Cameron ya había deducido y, cómo no, también había calculado la forma de solventarlo. Con la picardía que lo caracterizaba, tiró del nudo del pañuelo que llevaba anudado al cuello, ató las flores con él y sujetó el ramo con la boca. Sorprendida, fue testigo del ascenso de Cameron por la enredadera, cual Romeo, hasta llegar a su ventana.

—¿Estás loco?! Podrías caer, romperte algún hueso o incluso morir.

Cameron se sujetó con una mano y con la otra le tendió el ramo. Maddy lo tomó de inmediato y, risueña, se lo acercó al rostro para olerlo.

—Mi osadía bien merece un premio, ¿no te parece?

La joven asintió y se atrevió a lanzar una coqueta respuesta.

—Te dedicaré un baile esta noche.

—Me dedicarás más de uno. —Una vez anunciado su compromiso, podría bailar más de tres piezas con ella sin desatar habladurías ni faltar a las rígidas normas de moralidad—. Pero son demasiadas horas para cobrarme mi recompensa.

—¿Qué sugieres, pues?

—Quiero ser el primero en felicitarte.

—¡Ya lo has sido! —rió Maddy.

—Como mujer —aclaró Cameron. Sus cabellos volaban rebeldes con el viento y sus ojos negros la atraparon, la hicieron caer al pozo oscuro de sus deseos y la hipnotizaron, imposibilitando cualquier movimiento.

Cam apoyó una mano sobre el alféizar de la ventana y estiró su cuerpo hasta dejar el rostro a escasos centímetros del de la joven. De cerca, sus ojos eran más verdes, sus labios más llenos y el cabello suelto enmarcaba un rostro de facciones delicadas. Ciertamente no supondría ningún esfuerzo actuar como un devoto esposo, porque como apasionado novio no tenía que hacer ningún esfuerzo.

Se acercó con tiento, tomándose un tiempo del que no disponía, hasta besarla con delicadeza. Ella lo acogió con dulzura e inexperiencia y eso le agradó más lo que había imaginado. Cameron sabía que debía detenerse ahí, pero no pudo evitar entreabrir la boca y rozar con la punta de la lengua la textura aterciopelada de sus labios. Absorbió el suspiro de la joven y se atrevió a penetrar para dejar una sutil caricia. Para Maddison fue como si todos sus sentidos hubiesen estado dormidos durante diecisiete años y con ese beso despertaran de golpe. Apretó las flores contra su pecho como deseaba hacer con Cameron y se rindió a que él la explorase y a explorar ella misma la mecánica de los besos. Para su disgusto, el contacto cesó y Cameron se retiró igual de despacio que se había acercado. Su rostro parecía sorprendido también, pero se recompuso y con rapidez se despidió.

—Felicidades, Maddison —repitió con voz ronca antes de empezar a descender. Cuando sus pies ya casi tocaron el suelo, volvió a mirar hacia arriba—. Esperaré ansioso esta noche para nuestro baile.

Acabó de bajar. Iba a entrar en la casa, pero en el último momento se arrepintió y caminó en dirección contraria. No tenía ganas de tropezarse con nadie.

Maddy permaneció con la ventana abierta, sin acertar a moverse hasta que perdió de vista a Cameron. Volvió a acercarse el ramillete al rostro y besó los pétalos de las flores para guardar con ellas el sabor de los labios de Cam. Escuchó al otro lado de la puerta movimiento y supo que Emma no tardaría en llegar para despertarla y arreglarla. Corrió hasta el joyero y guardó el pañuelo junto con las cartas, y las flores las dejó entre las hojas del libro que descansaba en su mesilla de noche. Acababa de cerrar el libro cuando Emma golpeó la hoja de madera y, con rapidez, se volvió a meter en la cama.

Emma entró y se abrazó a sí misma.

—Querida, hace demasiado frío aquí dentro. Te vas a resfriar.

—Yo apenas lo noto. —Y era cierto, el cuerpo de Maddison todavía vibraba de algo que ella no acertaba a reconocer.

—Quizá porque llevas la bata encima del camisón. —La miró con escepticismo.

—Tienes razón.

La institutriz sonrió y se acercó hasta su pupila, se sentó en el borde de la cama y acarició su rostro con ternura.

—Mi dulce Maddy, te deseo toda la felicidad del mundo. Disfruta de estos

últimos meses de tranquilidad antes de que la vorágine de la temporada te absorba.

—Emma, pero yo lo estoy deseando. —Se sentó y tomó las manos de la institutriz—. No veo el momento de viajar a Londres y acomodarnos allí definitivamente. Siento que me pierdo demasiadas cosas por estar aquí, alejada de toda vida social.

—Ahora crees eso, pero dentro de unos años valorarás la educación que tu padre te ha facilitado al insistir en criarte aquí, en Rousham House. Añorarás la libertad sin preocupaciones, la falta de protocolo que te permite hacer y deshacer a tu antojo, las lecciones de economía del señor Foster. Todo eso desaparecerá cuando te desposes y tengas que atender a tu marido y a tus hijos.

—Pero ansío que todo eso llegue.

—Y yo que la dicha te acompañe en todos y cada uno de los cambios que sufrirá tu vida, querida niña.

Maddy abrazó a Emma con infinita gratitud. Cada año, en su cumpleaños, había sido la primera en felicitarla, menos en esta ocasión. Se ruborizó al recordar a Cameron de nuevo asomado a su ventana y se recreó en la, todavía presente, sensación de su beso. Sería una injusticia que alguien no experimentase la dulce ambrosía del amor alguna vez en su vida.

—Emma, ¿por qué no te has casado nunca? —Se separó de ella y la miró con tristeza.

La institutriz tenía la misma edad de su madre. Sin embargo era mucho más sencilla, tanto en lo referente al trato como a la hora de vestir y comportarse.

—Por más veces que me le preguntes, no cambiaré mi respuesta —contestó Emma.

—¿Pero te has enamorado alguna vez? Sería muy triste que no lo hubieses hecho nunca.

—Casarse puede ser una cuestión de voluntad, enamorarse no.

—¿Es eso una afirmación? ¿Quién era él?

Emma se levantó para poner distancia entre ellas y tomar el tiempo necesario para recomponerse de los recuerdos. Abrió el ropero y sacó un vestido de mañana blanco con diminutas flores en naranja y verde.

—Alguien del todo inadecuado —contestó al fin—. Y ya está bien de cháchara y de holgazanear. Ha llegado la hora de levantarse, jovencita.

Cameron subió a la habitación que le habían asignado y ordenó que le preparasen el baño antes de bajar a desayunar. En cuanto estuvo todo listo y despachó a los sirvientes, se quitó la chaqueta de malos modos, las botas de montar todavía peor y el resto de la ropa sin miramientos. Tener que fingir interés por Maddison no suponía ningún inconveniente. Empezaba a pensar que le gustaba. Era diferente a todas las mujeres con las que se había encontrado. Aquella dulzura e inocencia la hacían desconocer lo apetecible que resultaba y por eso era más tentadora todavía. Aquel beso lo había desarmado por completo. El deseo lo había empujado a entrar en la habitación, cerrar la puerta y saborear cada palmo de su piel. Pero conseguir que ella se enamorase de él, si no lo estaba ya, para después llevar a cabo su plan era de las peores cosas que había hecho. La joven no se merecía el engaño. Estaba de acuerdo con William Foster en que debía ser feliz. Era demasiado confiada, siempre lo había sido, buena de corazón y de sentimientos. Pero él tampoco quería ser desdichado. Así que con pesar, borraría toda esa inocencia y sus sentimientos de un plumazo. Porque nada ni nadie haría flaquear sus intenciones y estaba dispuesto a llevar a cabo el plan que se había trazado hasta las últimas consecuencias.

# CAPÍTULO 6

*Es amor bien pobre el que puede evaluarse.*  
William Shakespeare

**L**os invitados comenzaron a llegar a media tarde, cuando todo estaba dispuesto ya para la fiesta. El salón de baile había sido decorado con flores del invernadero. La orquesta contratada para el baile amenizaba la llegada de los asistentes mientras los criados repartían copas de champán. Las damas lucían sus mejores galas y las joyas de mayor valor, como si de una competición por exhibir el mayor grado de ostentación se tratase; mientras los caballeros, impecables, con sus pañuelos de seda y sus chaqués de exquisita confección, se saludaban. Los corrillos se sucedían en cada rincón del salón o de la terraza que daba a los enormes jardines, donde se hacían los mismos comentarios y se especulaba sobre el gran anuncio que el señor William Foster había prometido.

En su habitación, Maddison aguardó impaciente los últimos retoques que Emma le estaba dando a su vestido. Debatida entre la ansiedad y el nerviosismo, dejó que la institutriz arreglara los pliegues de su polisón, estirara la cola de su traje y terminase de ajustar los guantes, antes de mirarla de arriba abajo.

—Ya está, ya puedes mirarte —dijo Emma con orgullo.

Maddy, despacio, temerosa de que la imagen no estuviese a la altura de sus expectativas, giró sobre sí misma y se miró en el espejo. Sin embargo, no pudo evitar el sentimiento de vanidad que la poseyó, e hizo que la sonrisa floreciera en su rostro. Se veía hermosa aun cuando ella jamás se había considerado así. El vestido de un rosa pálido con bordados de perlas y encaje en el escote y el bajo de la falda era exquisito. Se sentía orgullosa de haber insistido a su padre que en esta ocasión fuese ella la que tratase directamente con la modista y no su madre, como había sido costumbre. Durante meses se cartearon y recibió varios bocetos y muestras de tela hasta que por fin encontró el idóneo para la ocasión. Llegó desde Londres hacía apenas una semana, y no había día que no

lo sacase de su guardarropa para contemplarlo. Según su madre, era demasiado sencillo y apocado, y por supuesto puso el grito en el cielo para que William consintiese que Maddy llevase un vestido más adecuado a su condición social y menos simple. Pero gracias a Dios, William no se dejó convencer y hoy Maddy lucía el traje que había deseado y con el que se sentía, por fin, una dama.

—Estás bellísima, Maddy. No lo dudes.

La joven se acarició el cabello trenzado y recogido a lo alto de la coronilla. Con la punta de los dedos tocó la joya que se lo sujetaba y volvió a sonreír.

—Creo que es la primera vez que me siento hermosa.

—Pues deberías tener esa certeza hasta si te vistieses con harapos.

—No busco halagos por vanidad. Sé que no soy fea, Emma. Al igual que también sé que no destaco por mi belleza, físicamente soy corriente. Pero hoy me siento distinta.

—Lo que te hace realmente hermosa es cómo eres por dentro, cielo.

William escuchó la conversación detrás de la puerta de la habitación de su hija. Acarició el estuche de terciopelo azul que sujetaba entre sus grandes manos y, no por primera vez, se cuestionó si sería feliz al lado de Cameron Relish. Sabía que quizá estaba anteponiendo sus deseos de emparentar con la nobleza a la felicidad de su hija, pero mientras él tuviese el futuro de los barones en sus manos, se aseguraría de que a Maddy la dicha no la abandonara. Su inteligente, educada y buena hija Maddy...

Inspiró hondo y llamó a la puerta. Sabía que se habría engalanado para la ocasión y que tenía especial ilusión en lucir el vestido nuevo, pero no estaba preparado para ver a una joven tan sofisticada y, aunque ella lo negase, hermosa. No una belleza salvaje, pero sí armoniosa, dulce y delicada.

—No creo que haya en el mundo padre más orgulloso que yo —dijo con convicción.

Ella lo recibió con una tímida sonrisa y esperó a que él llegase junto a ella. La besó con delicadeza en la mejilla y le tendió la caja de terciopelo.

—Este es uno de mis regalos de cumpleaños.

—¡Oh, padre! —Maddy abrió el presente y con dedos temblorosos sacó el camafeo de oro, nácar y piedras preciosas. En el centro una orquídea del mismo color que el vestido que lucía lo hacía el complemento perfecto—. Es lo más hermoso que he visto jamás —murmuró emocionada.

—Me alegro de que te guste. Espero que mi otro obsequio también te haga feliz.

—Padre, no tiene que regalarme nada más.

—No obstante, lo haré. —William tomó aliento y apretó las manos de su hija.

Emma, que había estado retirada en una esquina de la habitación, entendió que aquella conversación deberían mantenerla a solas. Se disculpó con una reverencia y se dirigió hacia la puerta, pero William la detuvo.

—Señora Emma, no es necesario que se marche.

—Como guste —asintió, incómoda, y se mantuvo alejada de la escena.

—Maddison —retomó su padre la conversación—. Esta noche anunciaré tu compromiso.

Sorprendida y confusa, el temor comenzó a apoderarse de ella. ¿Quién sería su prometido? ¿Con quién debería casarse? Palideció y todo comenzó a rodar a su alrededor. ¿Qué haría Cameron cuando se enterase?

—Señor —Emma llamó la atención de Foster al ver como Maddison se iba desmoronando—. Perdone mi interrupción, pero quizá debería decirle ya a su hija con quién se casará.

—¿Con quién ha dispuesto mi enlace, padre? —la voz le temblaba al igual que el resto del cuerpo.

—¡Oh, Maddy! Eres tan inocente. Cualquiera se habría dado cuenta de mis intenciones desde hacía mucho tiempo, pero tú no, tú jamás te planteaste a qué eran debidas las reiteradas visitas de los barones.

Entre la confusión del momento, Maddy acertó a comprender la palabra *barones*.

—¿Se refiere a lord y lady Dacre? —preguntó con temor.

—Los mismos. Te casarás con Cameron Relish el próximo verano, después de tu presentación en sociedad.

La joven sintió ganas de llorar de alivio, dicha y emoción. De hecho no pudo evitar que una lágrima rodara de sus húmedos ojos.

—Lamento profundamente que mi decisión te haga infeliz —malinterpretó William—. Pensé que al ser ambos de edad similar y un joven apuesto, no te desagradaría esta unión.

—Padre —lo interrumpió con una sonrisa radiante—, me ha hecho la mujer más feliz que habita sobre la faz de la tierra.

William la miró sorprendido. Dudó si Maddison estaba siendo

complaciente o, en realidad, el joven Relish estaba cumpliendo su palabra y la estaba enamorando.

—¿Me lo prometes?

—Doy gracias a Dios por su elección y le estaré eternamente agradecida.

—Se acercó hasta su padre y dejó un beso en su mejilla.

William sonrió con afecto.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy. Te espero en el salón, querida. —Besó sus manos enguantadas y salió de la estancia.

Maddison no cabía en sí de gozo. Rio, rodó y corrió a abrazar a Emma que, contagiada por la joven, también dejó que algunas lágrimas empaparan sus mejillas.

—Emma, ¿te lo puedes creer? Me voy a casar con Cameron, con el hombre al que amo. Ni en mis mejores sueños habría imaginado un futuro tan perfecto.

—Te diré lo mismo que el señor William: si eres feliz, yo también.

Cuando los invitados ya estaban en el salón, los barones Dacre hicieron su entrada. Al igual que en las otras ocasiones, la mayoría de los invitados eran empresarios, médicos, abogados, pero no había nadie de la nobleza excepto ellos y, según lady Florence había podido saber de boca de su anfitriona, también se esperaba la asistencia del marqués Cavendish, aunque no se sabía con certeza si acudiría a la cena o directamente al baile. Lo que sí era una novedad en aquella fiesta era la presencia del señor Thomas Bridge, famoso por sus columnas de sociedad en el más prestigioso periódico de la ciudad. Ninguno de los miembros de la familia Relish tuvo dudas de por qué Bridge estaba allí. A partir de esa noche, todo Londres conocería que los barones emparentarían con los Foster. Serían la comidilla de su círculo social y los supuestos motivos de dicho enlace correrían de boca en boca. Quizás algunos se acercasen peligrosamente a la verdad y el rumor de su crítica situación económica se extendiese como la pólvora. Por ello, lady Florence se aseguraría de que a nadie le cupiese la menor duda de que ese matrimonio se llevaría a cabo porque su hijo se había encaprichado de Maddison Foster. No obstante, ese argumento solo lo utilizaría si su plan inicial fallaba, que consistía en que Cameron comprometiera a la muchacha antes del anuncio del compromiso y con ello justificar la unión.

Ajeno a las maquinaciones de su madre, pero no muy lejos de sus propias

intenciones, Cameron fue saludando educado a todos y cuantos caballeros se cruzaron en su camino. Contento de encontrarse a alguien conocido, se detuvo a saludar a Alfred Kinsale, antiguo compañero en Eton.

—Señor Kinsale, me alegra encontrarle aquí.

—Lord Dacre, a mí particularmente me sorprende verlo. Más con la ausencia de su compañero inseparable de fechorías, lord Bates.

Cameron soltó una carcajada. Sus gamberradas en Eton habían sido épicas, pero no sabía que fuesen tan famosas.

—Lord Bates tenía un compromiso con su familia —lo excusó, aunque lo cierto es que Harald estaba dispuesto a asistir y él se lo impidió. Aquel trago lo pasaría solo.

—Una lástima, sin duda.

Cam asintió y se fingió apenado.

Maddison temblaba como una hoja a merced del viento cuando se agarró al pasamanos y comenzó a bajar las escaleras que la conducirían al recibidor y posteriormente al salón, desde donde llegaban murmullos amortiguados y música de fondo. Sería la primera de muchas fiestas a las que acudiría, pero sin duda, ninguna sería como esta. Justo cuando alcanzó el último escalón e inspiró hondo para armarse de valor, el marqués Cavendish hizo su aparición. Con su habitual tristeza, la miró de arriba abajo y correspondió a su saludo con un ligero cabeceo.

—Señorita Maddison, tan hermosa como siempre.

—Lord Cavendish. Es un honor que haya aceptado la invitación para acudir a la fiesta —contestó educada.

—El honor es mío.

Lord Arthur Bakley, marqués Cavendish, miró hacia la puerta del salón y después a la joven.

—Creo que retrasaré mi entrada unos minutos. Mi reaparición restará atención a su presencia y no es justo que un viejo como yo reciba más miradas y cuchicheos que su elegante belleza.

Maddy no estaba de acuerdo en la aseveración del marqués con respecto a su edad. Según Emma, rondaba la cincuentena. Sin embargo, seguía siendo apuesto pese a la tristeza que empañaba sus ojos y que lo dotaba de cierto halo de experiencia. La tragedia vivida por el marqués había dejado su impronta en

el rostro y los cabellos, algo más canos de lo habitual a esa edad, y lo hacían parecer más mayor de lo que era en realidad. Según su buena amiga Rebecca le había hecho notar, el marqués tenía un porte atlético y un cuerpo bien formado debido a las horas que pasaba a caballo y a los trabajos que realizaba en su hacienda, aquella que poseía en América y que lo había mantenido alejado de Londres durante años.

—No me parece correcto que posponga su entrada por mí. Usted es un marqués; si alguno de los dos debe aguardar, esa seré yo.

Un asomo de sonrisa tensó los labios de Arthur. Era innegable que el señor Foster había educado a su hija para codearse con la alta sociedad londinense, como si ello fuese un regalo y no un nido de víboras que no tardarían en acecharla para analizar con minuciosidad cada gesto, mirada o comentario de la joven y la diseccionarían en sus selectos salones bajo falsas sonrisas y miradas de superioridad. En el fondo parecía una buena muchacha. Sintió pena por su futuro y la ilusión que leía en sus ojos. Más le valía a William desposarla bien o sufriría lo indecible.

—No quisiera contradecir a una dama y menos en una fecha tan especial como esta, pero le agradecería que me concediese unos minutos antes de entrar y tener que hacer frente a miradas curiosas y preguntas indiscretas. Así que se lo pediré como un favor personal: ¿sería tan amable de salvarme de esa situación, señorita Maddison?

Maddy le dedicó una tímida sonrisa a sabiendas de la estrategia del marqués para salirse con la suya. Pero le agradeció que fuese lo suficientemente amable para no restarle protagonismo. Ya que en el fondo tenía razón, fue incapaz de negarle unos minutos de paz antes de que lo que lord Arthur temía se hiciese realidad en cuanto pusiese un pie en el salón.

—Estaré encantada —sonrió radiante, hizo una reverencia y se retiró. Detuvo sus pasos delante de las puertas del salón y dio la orden a los criados para que las puertas comenzaran a abrirse.

—No tema, señorita Maddison. Usted está por encima de todos ellos.

Escuchó a su espalda la voz grave del marqués antes de que todas las miradas se dirigiesen a ella y, tras el silencio, comenzasen los cuchicheos.

William se acercó presto a su hija y le tendió el brazo para acompañarla por el salón hasta el lugar donde aguardaba su esposa.

Durante el trayecto, Maddy dedicó educados saludos y sonrisas, agradeció las buenas palabras y disfrutó como una niña pequeña de cada detalle que

había sido preparado para la fiesta. Mientras recorría la estancia, a lo lejos, divisó a Cameron. Estaba al lado de otro joven pelirrojo y bebía de su copa sin apartar los ojos de ella. Era arrebatadoramente atractivo. Tanto sus ojos como su cabello brillaban bajo la luz de las velas y le conferían un aspecto peligroso, casi siniestro. Cualquier dama convendría en que era el hombre más apuesto de la fiesta, y hoy se comprometería con ella. Todavía estaba en una nube. De todas las mujeres con las que Cameron podría desposarse, la había elegido a ella.

Maddison tenía las manos frías, pero el resto del cuerpo parecía arder en fiebres; sentía la mirada de Cam fija en ella, pendiente de todos sus movimientos. Lo miró con disimulo, pero aun así, algunas de las damas presentes captaron la dirección de sus atenciones y empezaron a cuchichear. Deseó hacer desaparecer a aquellos extraños y quedarse a solas con su amado, no tener que disimular la necesidad de su compañía o la ansiedad de escuchar su voz. Ahora, más que nunca, entendió a qué se refería el marqués Cavendish.

William la acomodó al lado de su esposa y de la baronesa Dacre, y se retiró a conversar con el resto de caballeros hasta que se anunciase que la cena estaba lista.

—Querida, me veo en la obligación de decirte que estás preciosa. Ninguna joven te eclipsa hoy —comentó lady Florence. Acercó su rostro a la muchacha y susurró a su oído—. No me extraña que mi hijo ansíe tenerte solo para él.

Maddy se ruborizó, pero las palabras de la baronesa alimentaron más aún sus ilusiones.

—¿Usted cree?

—Jovencita, me consta que mi hijo desea verte a solas —cuchicheó—. Pero la duda de si aceptarás lo tortura.

—Nada me complacería más, baronesa —replicó con tristeza—. Pero me temo que será del todo imposible.

Había demasiada gente, demasiados ojos pendientes de todos y cada uno de sus movimientos como para que pudiese retirarse sin pasar desapercibida.

—Querida, déjalo en mis manos. —Lady Florence sonrió ladina y se incorporó en su silla. De momento su plan marchaba viento en popa.

De pronto, el salón fue enmudeciendo y todos los presentes miraron hacia la puerta. A Maddy ya no le cupo ninguna duda, el marqués acababa de hacer su aparición.

# CAPÍTULO 7

*La sangre joven no obedece un viejo mandato.*  
William Shakespeare

**L**os deliciosos manjares que se prepararon para la ocasión ocupaban la totalidad de la mesa haciendo alarde, una vez más, de la ostentación que tanto gustaba a Elizabeth Foster. Pese a que todo era exquisito, sobraron cantidades ingentes de comida que, de inmediato y con disimulo, Maddison preguntó a su padre si podrían llevar a los más desfavorecidos. Con un ligero cabeceo, William aprobó la decisión de su hija. Desde luego, ella no había colaborado para que la cantidad de viandas menguase; con Cameron en la silla de enfrente, poco o nada pudo llevarse a la boca.

Él, en cambio, divertido por los continuos remilgos de la muchacha cada vez que la miraba, había disfrutado de la cena por los dos. El joven barón no cesó en su propósito de incomodarla. De vez en cuando Maddison lo sorprendía mirando la marfileña piel de su escote, lo que provocaba que su pulso se acelerase y retorciera las manos inquieta en su regazo, y que él se mostrase orgulloso por conseguir alguna reacción de una muchacha tan discreta como era Maddison Foster.

Tras la tarta, Maddy esperó a que su padre hiciese el anuncio de su futuro casamiento, sin embargo, Foster parecía querer alargar unas horas más su agonía.

—Padre —llamó su atención con delicadeza—, ¿cuándo va a hacer el anuncio?

William palmeó la mano de su hija.

—El joven Relish bailará contigo un par de piezas antes de que yo haga oficial vuestro compromiso. Así lo he convenido con sus padres.

Y así quería él que se hiciese. Se aseguraría de que todo el mundo viera que el joven barón tenía interés en su hija y que por ello habían acordado el enlace. Si había algo más importante para William Foster que emparentar con la nobleza, es que en apariencia se hiciese de mutuo acuerdo. Sin presiones y,

por supuesto, sin mencionar que aquel enlace se debía a una deuda monetaria. Aunque si para conseguirlo debía renunciar a la última parte y filtrar los problemas económicos de los barones Dacre, sin duda alguna lo haría.

—Cuando estimes oportuno, padre —aceptó obediente la joven.

Elizabeth se levantó de la mesa acompañada de su marido, lo que dio por concluida la cena y los invitados comenzaron a abandonar el salón.

Maddy apenas había podido cruzar un par de palabras con su amiga Rebecca, pero sí las suficientes para que esta le hubiese hecho saber que su enamorado, el encantador señor Alfred Kinsale, era el apuesto pelirrojo con el que conversaba Cameron cuando ella entró en el salón. A partir de ese momento, las atenciones de Rebecca hacia Kinsale, descaradas según los comentarios de algunas de las damas de la sala, se sucedieron con naturalidad. Algo que, en secreto, Maddy envidiaba. Ojalá ella pudiese reaccionar de manera tan espontánea como lo hacía su amiga. Ardía en deseos de hablar con Cameron a solas antes del anuncio de su compromiso. Esperaba que él delatara sus intenciones y, cual fantasía romántica, había imaginado bellas palabras de amor y una declaración sincera y emocionada de sus sentimientos. Al igual que desnudaba su corazón en todas y cada una de las cartas recibidas. Pero todo apuntaba a que no sería así. Decidió que no iba a dejar que la ansiedad de sus anhelos enmascarara una noche perfecta y una felicidad que a duras penas podía contener. Sentía deseos de gritar de júbilo, de reír y bailar hasta desfallecer. Al fin y al cabo tenía mucho que celebrar, pronto se desposaría con el joven al que amaba.

—Maddison, querida. —La baronesa la tomó por el codo y la acompañó hasta el salón de baile al tiempo que la apartaba de oídos indiscretos—. Mi hijo desea hablar contigo tras el primer baile. A solas —enfaticó.

—¡Oh, baronesa! Yo también lo deseo —confirmó ansiosa a su futura suegra.

—Cameron ha sugerido que el encuentro tenga lugar en el invernadero. Sabe cuánto te agrada aquel lugar y quiere que sea una ocasión que recordéis durante muchos años.

—Es el lugar perfecto. —Maddy se emocionó ante la idea de que Cameron se declarase en un sitio tan especial para ella.

—Entonces, tan solo tienes que confirmarle durante vuestro baile el lugar. Él lo estará esperando.

Maddy se giró y tomó las manos de la baronesa entre las suyas.

—Ya la considero casi como una madre para mí, pero además, tengo el honor de poder compartir con usted confidencias. Es una de las mejores damas que conozco.

—¡Oh, querida! No exageres —soltó una pequeña carcajada—. ¿Qué no haría una madre por su hijo?

Lord Dacre se acercó hasta Cameron y, con disimulo, retiró la copa de sus manos. Lo había estado observando durante toda la noche y era consciente de que debía detenerlo si no quería que se organizase un escándalo y William Foster montara en cólera.

—Deja de beber —ordenó autoritario.

—¿También me va a prohibir fumar?

—No seas insolente. Tienes que sacar a bailar a la señorita Maddison, ¿acaso quieres convertirte en el hazmerreír de la fiesta?

—No sería la primera vez —contestó indiferente, pero con una sonrisa socarrona en los labios. Sin embargo, estaba seguro de que para Maddison sí sería la primera vez. La primera en acudir a una fiesta, la primera vez en bailar delante de los invitados, y sí, la primera en quedar en ridículo, y de esto último no se sentiría orgulloso.

—El anuncio de tu compromiso se hará durante el baile. Comportate a la altura de tu linaje.

—Entonces mucho me temo que necesitaré más de una copa.

—¿Tan repulsiva te resulta la muchacha?

Cameron buscó a su futura prometida por el salón y la observó en la distancia. Hoy estaba realmente hermosa. No llevaba un peinado exagerado ni el vestido era ostentoso. Seguía siendo una joven de rasgos comunes, pero no desagradables. Es más, los encontraba incluso bellos y delicados. No, el problema no era Maddison Foster, el problema era todo lo que rodeaba su compromiso. La obligación de contraer nupcias con alguien que no era de su misma condición social y que lo convertiría en el hazmerreír de su grupo de amigos. Aquello iba de doblegarse ante una situación con la que no estaba de acuerdo y de la cual no le habían pedido su opinión. Aquello iba de rebeldía y de orgullo. Iba de él.

—¿Acaso importa mi opinión? —terminó por contestar.

—Aunque no lo creas, es por tu bien.

—Tiene razón, padre. —Cameron arrebató la copa de manos de su padre y se la bebió de un solo trago—. No lo creo.

Las notas del primer vals comenzaron a sonar y Maddy rodó por la pista de baile en brazos de su padre bajo la atenta mirada de los invitados. Cualquier paso de la joven, expresión o mirada era examinada por los curiosos que cuchicheaban alrededor de la pista de baile hasta que el salón se llenó de parejas bailando.

—Esto es como un sueño, padre —comentó entusiasmada.

—Daría toda mi fortuna por que todos tus días fuesen igual de felices.

—Lo serán. No podría haber elegido mejor esposo para mí.

William lo dudaba, pero mientras tuviese a los Relish bajo el yugo de sus deudas, se aseguraría de que Maddison fuese la mujer más feliz sobre la faz de la tierra. Sonrió a su tierna e ilusionada niña y besó su mano enguantada cuando terminó la primera pieza. Tras acompañarla hasta su madre, se retiró a hablar con el barón.

Cameron sabía que era su momento y que a partir de ahí, ya no habría marcha atrás. Sacar a Maddison Foster a la pista de baile supondría evidenciar un interés hacia ella y que empezasen a relacionar sus nombres más si cabía.

—El señor Foster se acerca —apuntó el barón—. Ha llegado la hora.

Con disimulo, empujó a su hijo para alejarlo.

—Le agradeceré mi infelicidad cada día de mi vida, padre. —Cameron se apresuró a acercarse hacia su inminente prometida antes de que William llegase junto a ellos.

—Lord Dacre—saludó William.

—Señor Foster —correspondió Benedict.

—Después del segundo vals anunciaré el compromiso de nuestros hijos.

—Sí, lo recuerdo.

—Sígame a la biblioteca un momento, pues.

El barón comprobó que Cameron estaba hablando con Maddison antes de asentir y seguir a William fuera del salón de baile. Una vez dentro de la estancia privada del anfitrión, Foster sirvió una copa de brandy para cada uno y lo invitó a tomar asiento frente a su escritorio, lo cual evidenció que no se trataría de una conversación distendida y el barón intuyó que, una vez más, se trataba de negocios.

—He decidido modificar las cláusulas de nuestro acuerdo —anunció

William y acto seguido tomó un sorbo de su copa sin apartar la mirada de su futuro consuegro.

—¿Qué quiere decir? —palideció el barón—. Teníamos un trato. Nuestra deuda quedaba saldada en cuanto nuestros hijos se casaran.

—Y en cierta manera así será.

—Pero no del todo, ¿no es cierto?

—Cierto. Me reservaré cierta parte de su adeudo, una lo suficientemente grande como para asegurarme de que su hijo jamás le hará daño a mi hija.

—Cameron jamás sería violento con ella —lo defendió su padre con vehemencia.

William entrecerró sus astutos ojos verdes y el brillo peligroso que vio el barón en ellos, aquel que le recordaba que William Foster había sobrevivido en la calle y que se había hecho a sí mismo, le hizo comprender que había cometido un error.

—Por supuesto que no lo hará si no quiere aparecer muerto en cualquier barrio inmundo de Londres. A lo que me refería, es a que su hijo hará lo que considere oportuno para que mi hija jamás sea infeliz en su matrimonio. Maddison está enamorada de Cameron y él se asegurará de que lo siga estando el resto de sus vidas, ¿lo ha comprendido?

—Cameron también siente interés por ella, no es necesario que me amenace y falte a su palabra al negarse a saldar la deuda.

—Me toma por un necio —afirmó con voz fría e impersonal—. He conocido a muchos hombres como usted. Jamás se habría relacionado conmigo si no hubiese necesitado mi dinero. Jamás habría accedido a emparentar con mi familia si yo no lo hubiese obligado a ello. Y por supuesto, su adorado hijo jamás habría fijado sus ojos en mi hija, ni la habría cortejado, si usted no lo hubiese forzado. Por lo tanto, no intente engañarme —William se sacó una llave que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y abrió el primer cajón de su escritorio—. Este es el documento inicial que ambos firmamos.

Lord Dacre lo recordaba perfectamente. Ahí escrita estaba la salvación o la vergüenza de su familia. William hizo sonar la campana y su ayuda de cámara personal entró de inmediato.

—Llama al señor Stone —ordenó.

El barón lo miró atónito. El señor Stone, además de ser amigo íntimo de los Foster, era su abogado.

—¿Va a modificar ahora mismo nuestro acuerdo?

—Por supuesto.

—Pero está a punto de hacer el anuncio del compromiso... —intentó presionarlo.

—Lo primero es lo primero, barón. —William se recostó en la silla y bebió de su copa mientras esperaba la llegada de su buen amigo James.

Tan solo unos minutos después, el señor Stone accedía a la estancia. Lord Dacre presenció atónito la conversación entre su futuro consuegro y el abogado, así cómo entre ambos modificaban algunas de las cláusulas. Como si él no existiera o su opinión no contara para nada. Solo reaccionó cuando William le tendió la pluma para que estampara su firma en el nuevo acuerdo. Parpadeó varias veces, como si intentara despertar de un sueño, pero fue incapaz de moverse.

—Puede firmar y cederme el uso de todas sus posesiones o negarse y avergonzar el buen nombre de su familia. Si todo sale bien, no tiene de qué preocuparse.

—Jamás estaré tranquilo mientras me tenga en sus manos.

—Si le sirve de consuelo, su futuro no depende de mí, sino de su hijo. Es a él al que debe controlar, no a mí.

—¿Acaso se me deja otra opción?

William se encogió de hombros.

—Sea como fuere, yo salgo ganando.

El barón arrebató la pluma de la mano de su anfitrión y estampó su firma en el nuevo documento.

Los últimos acordes del vals más maravilloso de su vida estaban tocando a su fin. Cameron la movía por la pista de baile con destreza y elegancia al tiempo que iniciaba provocadores acercamientos. Mientras bailaban había elogiado su vestido, la belleza de su peinado y la exquisitez de la joya que adornaba su escote. Pero también la había hecho sonrojar con comentarios susurrados relacionados con la suave textura de sus labios, aludiendo al beso compartido en el alféizar de su ventana esa misma mañana. El tiempo para confirmar el lugar de su encuentro terminaba. Pronto tendrían que separarse y ella no encontraba el valor suficiente para hablar sobre ello. Solo cuando entre vuelta y vuelta divisó a Rebecca, recordó cuánto había deseado ser tan intrépida y se dijo que ese era el momento.

—Espérame en el invernadero —le confirmó con voz trémula.

—¿Perdón? —se sorprendió Cam con una sonrisa pícaro en los labios.

—Iré al invernadero contigo —aceptó con voz más firme—. Aguárdame allí.

La pieza llegó a su fin y Cameron se inclinó.

—Te estaré esperando —confirmó antes de abandonar el salón y dirigirse hacia su sorprendente cita.

Maddison regresó nerviosa junto a su madre, que satisfecha, palmeó su mano y empezó a elogiarla delante de las demás damas que las rodeaban.

—Ninguna de las jóvenes casaderas aquí presentes tiene la elegancia y el porte de mi hija, heredados de su madre, por supuesto.

Como era de esperar, el comentario no obtuvo ninguna respuesta que no fuese un ligero cabeceo acompañado de una sonrisa forzada. Muchas de las señoras que las rodeaban eran madres de dichas jóvenes, pero Elizabeth estaba demasiado ocupada ensalzando a Maddy como para percatarse del inapropiado comentario.

La baronesa contempló la mirada inquieta de la joven hacia la puerta y, consciente de la marcha de su hijo por ese mismo lugar hacía apenas unos minutos, entendió que debía tomar medidas para que la señora Foster soltara a Maddison o su plan se iría al traste.

—Querida Maddison —interrumpió la baronesa la cháchara incesante de su anfitriona—, ¿serías tan amable de acompañarme a la terraza? El ambiente aquí dentro resulta un poco asfixiante y necesitaría un poco de aire fresco.

Maddy, esperanzada, miró a su madre a la espera de que accediera.

—Por supuesto, hija. Acompaña a la baronesa. —Soltó su brazo y la dejó marchar. Mientras la joven se alejaba con lady Dacre, escuchó a su espalda como su madre alardeaba de la estrecha relación que los unía—: La baronesa será la encargada de la presentación de Maddison en sociedad la próxima primavera en su primera temporada. Tanto ella como el barón son muy buenos amigos de nuestra familia...

Ya en la terraza, lady Florence la alejó de curiosas miradas. Tenía que darse prisa o la chismosa de la señora Elizabeth soltaría lo del compromiso antes del anuncio oficial de su esposo.

Bajaron en silencio, ambas con el mismo propósito en mente, los escalones que daban acceso al laberinto de jardines. Una vez seguras de que nadie las podía ver y escuchar, lady Florence la tomó de las manos.

—Querida niña, corre a encontrarte con tu amado. Aguardaré aquí tu regreso para entrar juntas de nuevo en el salón. Confía en mí.

—¡Oh, baronesa! Jamás le agradeceré lo suficiente todo lo que está haciendo por mí. —Sin perder más tiempo, Maddy se sujetó la falda y corrió por el lateral de la casa hacia el invernadero.

—Será un placer, querida... —susurró lady Dacre antes de dar la vuelta y regresar al salón—. Será un placer.

En cuanto entró, sus pasos se dirigieron hacia Elizabeth Foster, que parloteaba sin cesar sobre las exquisitas telas que habían adquirido para ampliar su ropero.

—Querida —la interrumpió—, además de su buen gusto para la costura, creo que nuestros invitados también deberían saber cuánto amor profesa a su invernadero. Es un lugar digno de admirar, cuidado al mínimo detalle... ¡Oh, señora Foster! Sería maravilloso que lo mostrase a sus invitados —la lisonjeó.

—Tiene razón, baronesa. ¿Cómo se me ha podido olvidar mostrarles uno de los orgullos más importantes de esta casa? Por favor, síganme.

—Será un placer —sonrió la baronesa y se unió al séquito de mujeres y hombres que tuvieron a bien acompañar a la anfitriona.

## CAPÍTULO 8

*En la amistad y en el amor se es más feliz con la ignorancia que con el saber.*  
William Shakespeare

**M**addison tenía la respiración acelerada cuando cerró la puerta de cristal del invernadero tras de sí. Durante su escapada había temido que en algún momento la sorprendieran, por lo que había tenido especial cuidado de caminar por la oscuridad, alejada de los faroles de velas que rodeaban la casa y atenta a cualquier sonido cerca de ella. Solo exhaló el poco aire que le quedaba cuando se supo a salvo de miradas indiscretas.

El aroma de las flores la envolvió mientras avanzaba por los pasillos repletos de tupidas plantas que le impedían ver a Cameron. Oteó dudosa la galería hasta que se decidió a pronunciar su nombre.

—¿Cam-Cameron? —titubeó al llamarlo.

Cada vez más nerviosa, divisó la luz de una vela al fondo del invernadero, allí donde su madre había ordenado que se colocase un sillón y una pequeña mesilla para bordar, coser o simplemente leer. Sin embargo, cuando llegó no había ni rastro de Cameron. Inquieta, se frotó los brazos y volvió a llamarlo por su nombre.

—Cam... —susurró. Pero justo cuando iba a darse la vuelta, un brazo envolvió su cintura y el cálido aliento de Cameron acarició su cuello.

—No te asustes, Mad-Maddy. —Respiró el aroma de su piel. Rozó con su nariz el lateral del cuello de la joven y dejó que los mechones de cabello sueltos cosquillearan en su rostro antes de colocar las manos en su estrecha cintura y girarla entre sus brazos. Hechizado, contempló las pupilas dilatadas, la respiración acelerada y el movimiento involuntario de su garganta. Realmente era deliciosa. Un dulce y exquisito bocado que debía estar loco para rechazar. Y no por primera vez sintió el deseo por ella correr por sus venas como si de veneno se tratara—. O sí. Témememe porque no tengo nada decente en mente.

La llama de la vela se reflejaba en sus oscuros ojos negros confiriéndole un aspecto lúgubre, pero al mismo tiempo hipnotizante. Sabía que debía alejarse de él, que no era correcto lo que estaba haciendo, pero jamás había sentido tal estado de emoción ni la necesidad de estar cerca físicamente de otra persona como en aquel momento.

—¿Me besarás? —Solo cuando vio la sonrisa ladina de Cameron comprendió que había expresado su pensamiento en voz alta.

—Por supuesto. No solo ansío volver a probar el sabor de tus labios, también quiero comprobar la suavidad de tu piel bajo mis dedos y descubrir las curvas secretas de tu cuerpo. ¿Y tú, Maddison? ¿Deseas que lo haga? —Acortó la escasa distancia entre ellos hasta que respiraron el mismo aliento—. Dilo. Di que deseas mis besos.

Acercó los labios a los de su inminente prometida, pero en el último momento se retiró, haciendo que la frustración creciese en la joven.

—No te he oído. —Jugueteó con ella dejando besos como aleteos de mariposa en su mandíbula y debajo del lóbulo de la oreja—. ¿Quieres que te bese?

—Por favor, hazlo de una vez —rogó antes de rendirse en los brazos del que sería su esposo y dejase que sus sentimientos se apoderasen de ella.

—Como ordenes.

Esta vez no hubo tiento, ni dulzura ni contención. Hubo un beso apasionado y dominante, un saqueo de todos sus sentidos y una lucha de voluntades que Maddison supo que había perdido incluso antes de comenzar. Jadeó en su boca y se abrazó con desesperación a sus hombros por temor a que las piernas no la pudiesen sostener. Las delicadas curvas de su cuerpo encajaron con las de Cameron y la excitación se apoderó de él. Subió una mano hasta enredarla en el cabello de la joven y con la otra la guio por la cintura hasta obligarla a inclinarse hacia atrás. Bajó sus labios hasta el cuello de Maddison y trazó espirales con la lengua que la catapultaron a un estado de excitación jamás descubierto. Murmuró su nombre, desesperada por conseguir más de aquellas atenciones y mostró una audacia que no sabía que tenía cuando enredó los dedos en los cabellos negros de su prometido y lo obligó a besarla de nuevo en los labios. Su cuerpo ardía en fiebres y lo único capaz de calmarlo eran los dedos de Cameron mientras se deslizaban por el borde de su escote en búsqueda de la turgencia de sus pechos.

Todo aquello era una locura, una embriagadora y dulce imprudencia que

Cameron debía detener. Y lo hubiese hecho si él no sintiese que lo necesitaba tanto como ella. Si entre sus brazos no hubiese encontrado cierto consuelo para su desdichada vida. Si hubiese sido mejor persona. Si no hubiese pensado primero en él y luego en la dulce y enamorada Maddison. Si no sintiese el amargo deseo de vengarse de sus padres y de los de Maddison por obligarlos a contraer matrimonio cuando en otras circunstancias, aquella sorprendente y recién descubierta apasionada joven, habría despertado su interés de igual forma, independientemente de su posición social. Porque Maddison tenía todo lo que un hombre podía desear, pero también un padre al que odiaba con toda su alma. Había demasiado orgullo y resentimiento en aquella relación. Y sí, también excitación y deseo, que era, en realidad, lo que le impedía detener aquella locura.

Con la dificultad que el atuendo le confería, logró colar un dedo por el escote de la joven y bordear el corpiño por el montículo de sus senos. La poseería allí mismo. Porque lo había planeado, porque así debía ser, porque era demasiado obstinado para echarse atrás y sobre todo, porque aquello le producía tanto placer que era incapaz de detenerse.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó Elizabeth justo antes de desvanecerse y de que Thomas Bridge la sujetase entre sus brazos.

Cameron se retiró de inmediato ante el grito de la señora Foster e impasible, observó la escena. Mientras el afamado periodista sostenía a la anfitriona entre sus brazos, sonreía consciente de que aquel escándalo catapultaría su columna de sociedad al éxito. Las damas que les acompañaban condenaban entre cuchicheos la actitud de aquellos jóvenes, sobre todo la de la muchacha, por haberse rendido tan fácilmente a los pecados de la carne como era costumbre en los hombres y deber de ellas detenerlos. La pobre Maddison de la que él, como el caballero que no era, se había olvidado por completo, empezó a temblar a su lado. La miró y la descubrió llorando desconsolada. La rabia comenzó a consumirlo. Volvió a girarse y se fijó de nuevo en los invitados allí congregados con más atención hasta que divisó saliendo a escondidas a su madre.

—Ya basta —la voz grave del marqués Cavendish los silenció a todos y pareció ser el antídoto para que la señora Foster recuperase la consciencia—. Márchense todos de aquí.

—¿Cómo has podido hacernos esto, Maddison? —lloraba su madre mientras la acompañaban a la salida—. Necesito retirarme a mis aposentos.

Esta vergüenza nos pondrá en boca de todos. ¿Qué he hecho yo para merecer una hija como tú? —seguía lamentándose.

En apenas dos zancadas, el marqués llegó hasta la muchacha, se quitó la chaqueta y cubrió el desordenado corpiño de la joven con ella, a la vez que la ocultaba de las miradas indiscretas mientras las damas allí reunidas abandonaban el invernadero presurosas por compartir lo allí acontecido con el resto de los invitados.

—Señorita Maddison —llamó su atención cuando solo quedaron la joven, su institutriz y Cameron—, salgamos de aquí.

Al momento, Emma estaba junto a ellos y sostenía el brazo de Maddy mientras la ayudaba a caminar. Cameron no pronunció palabra alguna. Permaneció quieto, incapaz de comprender los motivos por los que su madre había orquestado toda aquella representación, hasta que el marqués volvió junto a él y le hizo frente.

—No es un caballero.

—No. No lo soy —confirmó a sabiendas de que había agravado la afrenta de la joven al no protegerla de las miradas indiscretas.

—Ni la merece.

—De nuevo estamos de acuerdo, lord Cavendish. No tengo defensa posible.

Arthur entrecerró los ojos y lo miró con atención. Había algo en el gesto de ese muchacho, en su mirada, que le llamaba la atención. No parecía arrepentido por lo sucedido, pero sí incómodo por la situación y, de alguna manera, supo que preocupado por Maddison.

—Le gusta la muchacha —afirmó.

—Sí —confirmó Cameron. Porque era cierto y porque aquel hombre había sabido ver la verdad—. Pero no quería este compromiso —se sinceró con él.

—Sin embargo, ahora ya no tiene alternativa.

—Eso parece.

Rodeó al marqués y salió del invernadero todo lo rápido que pudo. En la oscuridad, no localizó a Maddison, supuso que se había retirado a su habitación. Le hubiese gustado verla una última vez, dedicarle algún gesto que la calmase. No obstante, sí encontró a su madre aguardándolo cerca del laberinto de jardines. La amplia sonrisa de la baronesa confirmaba las sospechas de Cameron. Apretó los puños y se acercó hasta ella a grandes

zancadas.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó con dureza.

—En lugar de recriminar mis actos, deberías darme las gracias, hijo. Te he salvado de la vergüenza que suponía para ti emparentar con los Foster sin motivo. Pues bien, yo te he brindado el pretexto perfecto. Este matrimonio se llevará a cabo por obligación. Porque comprometiste a la muchacha.

Enfadado por aquella maquiavélica artimaña y por haber sido de nuevo el títere de sus padres, explotó.

—¿No lo entiende? No me importa el motivo por el cual la gente piense que me desposaré con Maddison Foster. ¡No quiero casarme con ella!

La mirada de lady Florence se endureció.

—Pues es un hecho. Así que deja de lamentarte. Algún día nos darás las gracias y sabrás por qué estamos haciendo todo esto. —Inspiró hondo y se ajustó los guantes, un gesto para relajarse que solía hacer a menudo—. Además, tampoco me ha parecido que te disgustara tanto tu prometida. Ahora, si me disculpas, debo preocuparme por el estado de salud de la señora Elizabeth y disculparme por tu deshonesto comportamiento.

Cambió la expresión de su rostro y entró en la casa, en apariencia compungida y avergonzada. Cameron, en cambio, se dirigió al laberinto para estar a solas. Estaba harto de todo. De los desprecios y reproches de su familia, de que no le dejasen elegir el tipo de vida que quería vivir, de los padres de Maddison... Pero no de Maddison. Ella no era la culpable de nada de eso. Pensó que quizá había llegado el momento de hacer frente a sus responsabilidades y desposarse con ella. Una vez casados, podrían irse a vivir lejos de las maquinaciones de sus familias. Después de lo sucedido en el invernadero, no dudaba de que pudiesen llegar ser felices juntos.

—No puedo hacerlo, padre. No puedo bajar —lloraba Maddison en su habitación mientras intentaba convencerlo de que no la obligase a volver al salón.

—Por supuesto que puedes y lo harás —dijo William en aparente calma aunque por dentro se lo llevasen los demonios—. Eres una Foster. Y los Foster no nos escondemos de los problemas. Hacemos frente a las adversidades con la frente alta.

—Padre, se lo suplico y le vuelvo a pedir perdón cuantas veces sea

necesario, pero no me obligue a enfrentarme a los susurrados reproches ni a las miradas de burla y superioridad de los invitados. Se lo ruego —lloró desconsolada, incapaz de encarar la mirada de su padre.

—Señor William, creo que en esta ocasión Maddison merece un poco de intimidad —intervino Emma con tiento. Lo que no evitó que Foster la fulminara con una mirada de reproche.

—Déjenos a solas —ordenó a la institutriz.

—Creo que todos estamos alterados —insistió incapaz de abandonar a Maddison por temor a lo que pudiese suceder. Sabía que William jamás había levantado la mano contra sus hijas, pero en la situación de la joven, quizá resultaran más hirientes sus palabras que el dolor de unos azotes.

—¡Emma, por el amor de Dios! —estalló Foster y con dos dedos se masajeó el puente de la nariz—. Nadie ha pedido su opinión, así que abandone la estancia de una maldita vez.

Maddison dejó de llorar. Por primera vez desde que había entrado en su habitación, miró con sorpresa a su padre. Jamás lo había escuchado tratar así a Emma, al igual que jamás la había visto a ella tan afectada por sus palabras.

—Disculpe, señor Foster. Me he excedido en mis funciones, no volverá a ocurrir. —Emma cuadró los hombros y se dirigió a la puerta. Salió no sin antes forzar una sonrisa para intentar tranquilizar a Maddy.

William maldijo para sus adentros la pérdida de contención. Esperó a que Emma lo mirase para disculparse, pero les dejó a solas sin que sus ojos coincidieran. Suspiró y se sentó en la cama al lado de su hija.

—¿Sabes qué, Maddison? No has hecho nada que ninguno de los que hay abajo no hayan hecho ya.

Sin salir de su asombro, la joven se secó las lágrimas con el dorso de su mano.

—¿No está enfadado? —pronunció con voz llorosa.

—Por supuesto que sí. Pero eso es algo que ahora tengo que controlar y gestionaré más tarde. En estos momentos, lo importante es que si Cameron Relish puede volver a entrar en el salón, tú también.

—Pero a él jamás se le recriminará lo sucedido del mismo modo que a mí. Padre, lo lamento tanto —repitió de nuevo bañada en lágrimas—. No he actuado como una dama, he deshonrado y avergonzado a mi familia en mi propia casa.

—Amas al joven Relish —no lo preguntó, lo confirmó.

—Le prometo que si no fuese así, jamás habría arriesgado el buen nombre de nuestra familia.

—Amar no debe ser motivo de vergüenza, hija. No te mentiré y fingiré que no me importa lo que ha sucedido porque sí lo hace. Yo quería que el anuncio de tu compromiso fuese motivo de alegría, un orgullo que emparentásemos con la aristocracia y que lo disfrutases. Ahora todo el mundo pensará que tu matrimonio se debe a una cuestión de honor, de obligación, ¿entiendes?

Maddy asintió apenada.

—No obstante, seamos prácticos y pensemos fríamente. Lo importante es que lo sucedido no cambia los hechos. El anuncio del matrimonio iba a producirse de igual manera. Solo si decides esconderte y no hacer frente a la situación, les estarás dando la razón a todos los hipócritas que critican lo que ha sucedido mientras ellos se escondían en los jardines con sus amantes. — William obvió el gesto de sorpresa de su hija—. Así que recomponete, cámbiate el vestido si lo prefieres, y deja que te acompañe de nuevo al salón.

—¿Todavía se siente orgulloso de mí?

William la miró con calidez y acarició con sus grandes manos las mejillas de su hija.

—Hacen falta algo más que unos besos y unas caricias a escondidas para que mi opinión sobre ti cambie. Y si lo que te preocupa es lo que digan los demás, recuerda y ten presente siempre esto: el dinero es la mordaza más poderosa que existe. Todo lo compra, lo acalla y lo silencia. Mientras tengas dinero, tendrás poder.

Los ojos de Maddison se empañaron de lágrimas de nuevo. Esta vez de agradecimiento y se abrazó al cuello de su padre.

—Padre, lo quiero tanto.

—Y yo a ti, pequeña. Y yo a ti. —Besó a Maddison en la frente y se levantó—. Esperaré en la biblioteca a que estés lista. Ordenaré que te ayuden y en cuanto me avisen regresaré a buscarte. Estaré a tu lado para lo que necesites.

—Gracias.

En cuanto su padre salió por la puerta, Maddy se acercó hasta el espejo. Tenía los ojos rojos, hinchados y brillantes, mucho más verdes que de costumbre a causa del llanto, y las mejillas arboladas. El cabello lucía despeinado y el corpiño de su hermoso vestido no estaba tan ajustado a su cuerpo como debiera. Sin embargo, detrás de la máscara de vergüenza todavía existía el rastro de la excitación, la marca de la boca de Cameron sobre su

piel y una sensibilidad extrema en todos y cada uno de los lugares donde él la había tocado. Inspiró hondo y una a una empezó a quitarse las horquillas al tiempo que se deshacía de los prejuicios de lo que abajo pudiese suceder. Al fin y al cabo su padre tenía razón, nadie osaría decirle nada abiertamente si no querían agraviarlo, más en su propia casa. Porque pesara a quien pesase, todos temían y respetaban a William Foster.

# CAPÍTULO 9

*Todos aman la vida, pero el hombre valiente y honrado aprecia más el honor.*  
William Shakespeare

Cameron entró en la casa por la puerta principal dispuesto a pasar desapercibido y retirarse a su habitación lo más rápido posible. No tenía ganas de aguantar habladurías ni de hacer frente a más situaciones embarazosas, sin embargo, William Foster parecía tener otros planes. El mayordomo de la familia lo interceptó en cuanto puso un pie en la casa y amablemente lo obligó a acompañarlo hasta la biblioteca. No tenía que ser muy listo para imaginarse qué iba a ocurrir allí dentro y se preparó para recibir la ira del anfitrión.

—Adelante, el señor William le espera. —El mayordomo abrió la puerta y Cameron entró a la defensiva.

William lo observó desde su sillón. Era un joven gallardo y apuesto, entendía por qué Maddison se había enamorado de él. Sin embargo, el amor intenso y superficial de la juventud con el paso del tiempo debía ser alimentado por sentimientos más profundos para que la unión fuese feliz. Y William tenía serias dudas de que aquel muchacho tan egocéntrico lograra ocuparse de hacer feliz a alguien más que no fuese él mismo.

—Tome asiento —ordenó.

—Estoy bien de pie, gracias —respondió obcecado.

—Como guste. Lo que le voy a decir no nos robará mucho tiempo. En cuanto Maddison esté lista, ambos volverán a entrar en el salón y seguiremos la velada tal y como estaba planeada. Bailará con ella un segundo vals y haré el anuncio de su compromiso con mi hija. ¿Lo ha entendido?

Cameron lo miró sorprendido. Tras ver el desconsuelo de Maddy al retirarse a sus dependencias privadas, no esperó que volviese a aparecer en público.

—¿Qué sucede? ¿Acaso pensaba que después de su desliz en el invernadero se suspenderían los planes para anunciar el enlace? No me

conoce, joven Relish. Cuando algo se me pone en mente no hay nada ni nadie que se interponga en mi camino.

Cameron se sorprendió a sí mismo por sentir rabia hacia aquel hombre, no por él, sino porque fuese capaz de hacer pasar por todo aquello a su hija.

—Habla todo el rato de usted, ¿pero qué sucede con Maddison? ¿Ha pensado cómo se sentirá ella cuando entre de nuevo en ese salón?

—Yo sí. ¿Lo pensó usted cuando la comprometió en mi propia casa?

La rabia y el resentimiento hacia aquel hombre hicieron que el filtro de sus pensamientos saltase por los aires.

—¿Acaso no es eso lo que me pidió? —lo retó—. No he hecho más que seguir sus indicaciones, demostrarle mi afecto y mostrar interés —terminó insolente.

William tuvo que contenerse para no levantarse y estampar su puño en aquel bonito rostro. Así que reaccionó como los años y la experiencia le habían enseñado, atacando donde sabía que más le dolería. Mal que le pesara, reconocía en ese joven la fuerza de espíritu y la rebeldía que él mismo tenía y que lo habían conducido a ser uno de los hombres más ricos de Londres y, de manera discreta, temido.

—Me alegra que sea tan obediente y disciplinado con mis órdenes. No se preocupe por ahora de mi hija. Más adelante no tendrá otra función.

Ahora fue el turno de Cameron de hacer gala de la exquisita educación que sus padres habían pagado. Si había algo que lo enervaba sobremanera era que lo considerasen dócil y servicial. Se había pasado su infancia retando la paciencia de sus progenitores y de sus tutores para reclamar una libertad que cada día se le antojaba más lejos. William había puesto el dedo en la llaga y lo sabía.

—A usted no le importa su hija —lo atacó—. Solo le interesa emparentar con la nobleza y para ello la sacrificará. Aunque sepa que no soy la mejor elección.

—Me importa más que a usted. Así que no intente darme lecciones sobre lo mejor para mi familia. Por la cuenta que le trae, la hará feliz.

El mayordomo llamó a la puerta antes de que Cameron pudiese contestar para anunciar que Maddison ya estaba lista.

—Ha llegado el momento —anunció—. Relish, adelante.

Hizo un gesto con la mano y lo invitó a abandonar la biblioteca. La rabia bullía dentro del joven barón cuando llegó a la impresionante escalera de

mármol, pero se aplacó en cuanto vio a la que sería su esposa intentar mantener la cabeza erguida y aguantarse las lágrimas. Llegó junto a ella y con un dedo bajo su barbilla la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Te encuentras bien? —susurró preocupado de verdad, un sentimiento que le dio la sensación de que caía al vacío.

Maddy asintió.

—Agradezco tu interés. —Su cuerpo tembló de nuevo ante su tacto y volvió a experimentar el anhelo de sus caricias con ese ligero roce.

Cameron supo con certeza en aquel momento en que lo miraba como si fuese el mejor de los hombres, el más valiente y honrado sobre la faz de la tierra, que Maddison Foster se había enamorado de él. Con la misma certeza que supo que merecía alguien mejor. Que Dios lo perdonara.

—Espérenos en el salón —ordenó William a Cameron.

Con una ligera reverencia hacia ella, caminó indolente hasta que las puertas se abrieron y el silencio lo acompañó en su camino hasta el lado de su familia. Los murmullos no tardaron en sucederse, pero como estaba acostumbrado, ni siquiera fingió molestarse. Tomó una copa de champán y comenzó a beber.

—¿Qué has hecho, Cameron? —lo reprendió su padre mucho más pálido y alterado que al inicio de la noche.

—Obedecer —respondió escueto y zanjó la conversación justo a tiempo de ver aparecer a Maddison del brazo de su padre y de que los rumores se intensificaran. Sintió lástima por ella, por ser expuesta de aquella manera, por cómo habían sucedido las cosas, por ser un títere de su padre, como él, y también de su propia madre. Pero sobre todo porque tarde o temprano le rompería el corazón, porque ella no merecía un hombre como él. Ni él una mujer tan perfecta. Aquella verdad lo golpeó con fuerza en la boca del estómago.

William sujetó con firmeza a su hija y desafió con la mirada a cualquiera que se atreviera a mostrar algún gesto de chanza. Por supuesto, ninguno de los invitados osó a molestar al anfitrión y Maddison poco a poco fue relajándose. Tan solo se escuchaban los acordes de los instrumentos de cuerda con total nitidez cuando William la acomodó al lado de Emma. Su esposa estaba recluida en su habitación y no quiso obligarla a bajar por temor a que sus ganas de llamar la atención y sus lloros incesantes echasen a perder el anuncio. Besó la mano de su hija y se dirigió hacia la orquesta para ordenarles el segundo vals que bailarían la pareja. En cuanto las notas comenzaron a sonar,

todas las miradas estaban fijas en ellos. Cameron sabía lo que tenía que hacer, pero dar aquel paso suponía aceptar su destino. Dejó la copa sobre la mesa dispuesto a darse la vuelta y marcharse para no seguir haciéndose daño de aquella manera, pero cometió el error de mirar a la muchacha y ver la esperanza reflejada en sus ojos.

—La señorita Foster está esperando, hijo —lo apremió su madre con disimulo.

—Por el amor de Dios, Cameron, hazlo de una maldita vez —presionó el barón.

No fueron las palabras del barón, ni los discretos empujones de su madre lo que hicieron que se acercase hasta su inminente prometida. Fue su mirada ilusionada, la certeza de saber que ella lo consideraba mucho mejor persona de lo que era, lo que lo animó a salvarla de aquella situación. Caminó decidido hacia ella y le tendió la mano.

—Señorita Maddison, concédame este baile.

La enguantada mano de la joven tembló hasta que él la sujetó con firmeza entre las suyas y la condujo al centro del salón. Entre sus brazos comenzó a moverse y a confirmar lo que todos los invitados ya sabían: los Foster emparentarían con los barones Dacre.

—¿Seguro que estás bien? Lamento lo sucedido en el invernadero —las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese detenerlas. Jamás se había disculpado con nadie y el sentimiento de querer responder a las expectativas de la joven era nuevo para él.

—¿Te-te arrepientes de haberme besado? —preguntó Maddison decepcionada.

Cameron dejó aflorar una sonrisa triste y la acercó a su cuerpo más de lo adecuado.

—No, Mad-Maddy. De eso no. En todo caso lamento la interrupción.

—Yo también —murmuró ella con sinceridad ante la sorpresa de Cameron.

—Nada que no podamos subsanar.

—¿Eso, lo que compartimos en el invernadero, ocurrirá a menudo cuando estemos casados?

La alusión al matrimonio volvió a revolverle las tripas y agrió su gesto, lo que Maddison interpretó como una falta grave de corrección.

—Las muchachas no deberían hablar abiertamente de estos temas, y menos con un hombre —la reprendió y confirmó así que había cometido un error.

—Lo lamento. No volverá a suceder. —Sintió ganas de llorar de nuevo. El nudo que atenazaba su garganta se apretó más e involuntariamente soltó un jadeo para ahogar un sollozo

Cameron suspiró.

—No, Maddison. Mírame, por favor. —La muchacha lo hizo y él sintió ganas de besar aquellos ojos verdes para absorber sus lágrimas—. Discúlpame. Es solo que todo lo sucedido me ha puesto más nervioso de lo normal. Me siento culpable y lo peor es que sé que lo soy.

—No te culpes, por favor. Yo también quise que sucediera.

Se miraron a los ojos durante segundos, quizá minutos, incapaz de retirarse la mirada, hasta que el vals terminó y se vieron obligados a separarse.

William tomó la palabra. Cameron y Maddy permanecieron uno al lado del otro mientras se hacía oficial el anuncio de su compromiso y escuchaban el discurso de Foster.

—Lo que prometía ser una sorpresa, la impetuosidad de estos jóvenes la han convertido en una mucho más grande de la esperada —bromeó el anfitrión con una sonrisa tensa—. Os prometí un anuncio, pero me temo que se ha destapado la noticia mucho antes de que yo la hiciese oficial. Así que no me queda más que confirmar, con orgullo, que mi hija Maddison Foster se desposará el próximo verano con el hijo de mis queridos amigos los barones Dacre. —Tomó una copa de champán y procedió al brindis—: Por la unión de nuestras familias y la felicidad de nuestros hijos.

Los invitados imitaron el gesto de William y bebieron a la salud de la pareja. A partir de ese momento los falsos deseos de felicidad para los jóvenes se sucedieron y las preguntas sobre el día o el lugar del enlace comenzaron a sobrepasarlos, sobre todo a Cameron, que no quería oír hablar de aquella unión. Con una disculpa, se retiró a su habitación y dejó a Maddy acompañada de la baronesa, encargada de aparentar una alegría que los Relish estaban lejos de sentir.

A la mañana siguiente, la casa amaneció en un incómodo silencio. Cameron había salido a cabalgar igual que el día anterior, pero esta vez no tentaría a la suerte trepando hasta la ventana de su prometida, aunque lo deseaba y quería saber cómo estaba. Pero ahora más que nunca William la tendría vigilada. Sus familias ya tenían lo que deseaban y él ansiaba sobre todas las cosas

abandonar Rousham House para deshacerse de ese extraño sentimiento que igual lo hacía sentirse eufórico y capaz de superar todas las adversidades, que lo sumía en la más absoluta inquietud. Un sentimiento que no sabía qué nombre tenía.

Llegó a los establos y descabalgó dispuesto a entregarle al mozo el caballo, pero para su sorpresa no había nadie, se internó en uno de los cubículos y dejó amarrado al animal antes salir y dirigirse a su habitación y preparar su equipaje para regresar a Londres con el pretexto que fuese. Sin embargo, detuvo sus pasos al comprobar que dos hombres a los que no había visto nunca le cerraban el paso.

—Apártense —ordenó con el tono de voz innato en la gente que había nacido con los privilegios de los nobles y que, por lo tanto, tenían asumido que les debían obedecer. Ante la pasividad de aquellos individuos, Cam intentó rodearlos.

—No tan rápido, muchacho —contestó el que estaba más cerca, el otro permanecía apoyado en la pared de brazos cruzados.

—¿Muchacho? ¿Acaso no sabes quién soy yo? —Se irguió con insolencia.

—Lord Cameron Relish, futuro barón Dacre. Único hijo de los barones Dacre, lord Benedict y lady Florence. ¿Me equivoco?

—Entonces sabes qué trato debes dispensarme.

—Para eso estamos aquí.

Sin más preliminares, aquel hombre propinó un puñetazo a Cameron en la ceja y lo tumbó en el suelo. La sangre y el dolor le nublaron la vista por un momento. Intentó levantarse, pero recibió una patada en las costillas que lo dejó sin respiración. Aquel individuo se inclinó y lo sujetó por el pelo para que lo mirase.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? —preguntó Cameron enrabiado.

—No nos hagas reír —se carcajeó el agresor—. ¿Quién nos lo iba a dar? ¿Tú? ¿Tu familia?

—Si no es dinero, qué es.

—Esto simplemente es una advertencia. ¿Lo entiendes, niño rico? —dijo con ironía—. Nadie ofende al señor Foster y se marcha de rositas. Por tú bien, acepta el destino que ha sido planeado para ti o recibirás muchas de estas.

Soltó el cabello del joven y lo dejó tumbado en el suelo. Antes de darse la vuelta para marcharse, le propinó otra patada en el estómago que le provocó arcadas.

—Por cierto —se detuvo el hombre de Foster mientras Cameron se sujetaba las costillas y se levantaba—, desafortunada caída la que has sufrido a caballo —advirtió así lo que debía decir y se marcharon silbando.

La rabia lo consumió mientras se dirigió hacia la mansión y fue creciendo a medida que cada respiración enviaba una punzada de dolor a su costado. No se extrañó que ya hubiese dispuesto en su dormitorio una jofaina con agua caliente, paños y un unguento. Miró en el espejo la brecha de su ceja y el ojo cada vez más morado e hinchado. Limpió la sangre de su rostro maldiciendo una vez más a William Foster y aquel compromiso. Afortunadamente la herida no requeriría de sutura, pero le quedaría una marca de por vida. Se aplicó la pomada con tiento y procedió a desprenderse de la ropa para mirarse las costillas. Apretó los dientes por el dolor que le producía cada pequeño movimiento y que le cortaba la respiración. Cuando por fin pudo quedarse desnudo de cintura para arriba, estaba pálido y un sudor frío le recorría la espalda. Palpó con cuidado la zona afectada y se aplicó una generosa cantidad de bálsamo. No obstante, lo más seguro es que tuviese una fisura en las costillas y tuviera que vendarse el torso. Pero para ello necesitaría ayuda y ni muerto pensaba solicitarla. Se pasó una camisa de lino limpia por la cabeza y se tumbó en la cama, no sin dificultad, para recuperar un poco el aliento. Si la intención de Foster con aquel «aviso» había sido que Cameron se doblegara, es que no lo conocía en absoluto, ahora estaba más resuelto que nunca a alejarse de aquella familia para siempre. Porque aunque se desposase con ella, aunque hubiese albergado la esperanza de ser feliz con Maddison, su padre jamás desaparecería de aquella ecuación. Se marcharía de allí lo más pronto posible y regresaría a Londres. Una vez en casa, pensaría cómo golpear a Foster donde más le doliese: en su orgullo.

# CAPÍTULO 10

*El amor de los jóvenes no está en el corazón, sino en los ojos.*  
William Shakespeare

**M**addison se levantó el día después de su cumpleaños con la noticia de la caída del caballo de su prometido. Lady Florence lo disculpó por su ausencia a la hora del desayuno y lo siguió haciendo el resto del día. Los pocos invitados que quedaban en la mansión se marcharon tras el almuerzo y a la hora del té, Maddy seguía manteniendo la esperanza de verlo para comprobar que su estado no revestía gravedad, tal y como la baronesa le había asegurado. Pero deseaba verlo con sus propios ojos y si era preciso sanar sus heridas. La preocupación, la ansiedad y el enamoramiento eran un cóctel demasiado peligroso que convirtieron a la apocada y silenciosa Maddy en una joven intrépida, capaz de escabullirse por los pasillos de la mansión hasta llegar a la habitación de Cameron. Nerviosa, miró a un lado y a otro del corredor para cerciorarse de que nadie la veía y con timidez llamó dos veces a la puerta. Esperó escuchar alguna respuesta, pero no llegó ningún sonido del otro lado y el tiempo corría en su contra. En cualquier momento podría ser descubierta, así que se apresuró a entrar sin ser invitada, cerró tras de sí y apoyó la espalda en la hoja de madera de la puerta. La habitación estaba casi en penumbra. Las últimas luces del atardecer se colaban por un hueco de la ventana que las cortinas no llegaban a cubrir y que parecían iluminar el lugar exacto en el que Cameron descansaba. Despacio, acompañada por el sonido de sus enaguas y entretelas que crujían al caminar, se acercó hasta el lecho. Ahogó un grito cuando vio el ojo de su amado y se cubrió la boca con una mano mientras acortaba la escasa distancia. Cam parecía dormir, no quería molestarlo, pero un mechón negro le rozaba la herida y no pudo reprimir apartarlo con sumo cuidado. En cuanto sus dedos lo tocaron, la mano de Cameron voló hasta su muñeca y la apretó con fuerza. Solo cuando escuchó el grito lastimero de la muchacha y enfocó la visión con el ojo sano, comprendió que no era ningún asaltante. Al menos no uno que fuese a herirlo de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con dureza y la voz demasiado áspera.

—Es-estaba preocupada. Tu madre me aseguró que la caída no había sido grave, pero haberte ausentado incluso a la hora del té me ha hecho dudar.

—Pues ya lo has visto. Ahora márchate. —Soltó su mano y giró el rostro hacia el otro lado para zanjar la conversación.

Acongojada, Maddy dio un paso atrás.

—Lamento si mi presencia ha perturbado tu estado. Pensé que te agradaría mi visita, pero es evidente que ha sido un error. Por favor, discúlpame. —Con las últimas palabras intentó tragar el nudo de pesar que la ahogaba. Giró sobre sus talones y presurosa se dirigió hasta la puerta.

Cameron aguardó en silencio mientras escuchaba las excusas de la muchacha, quería permanecer callado. Debía hacerlo. Dejarla marchar y causarle sufrimiento. Si no físico, como el que estaba sufriendo él, sí al menos emocional para que se desilusionase y viera la clase de persona que era. Pero en el último momento las palabras brotaron de sus labios. Aunque sabía que se arrepentiría más tarde.

—No es tu culpa, Maddison. No eres responsable de nada de lo que sucede, sin embargo estás en medio. —Ella se giró y lo miró sin comprender—. Por favor, entiende que nada de lo malo que suceda será por ti.

—No te comprendo.

—Lo sé. Pero llegará un día en que sí lo harás y mis palabras cobrarán sentido para ti.

—¿Te encuentras bien? ¿Tienes fiebre? —se preocupó ante el alegato incomprensible de Cam. Se acercó hasta la cama y posó su suave mano sobre la frente del joven barón.

—Es posible, porque si no, te aseguro que no habría abierto la boca —respondió sarcástico.

—Oh, entonces ordenaré que alguien te suba un remedio. Aunque no podré decir con certeza que tienes fiebre porque delataría mi inapropiada visita —murmuró perdida en sus pensamientos.

—¿Sabes qué, Mad-Maddy? —sonrió Cameron a su pesar y tomó la mano que reposaba en su frente entre las suyas—. Eres mucho más intrépida y divertida de lo que pensaba, y aunque corro el riesgo de agravar este escandaloso encuentro, debo reconocer que la pasión es otra de tus cualidades que me ha sorprendido gratamente.

La joven enrojeció y a sus labios afloró una tímida sonrisa al recordar la

intimidad compartida en el invernadero.

—Reconozco que he descubierto esa naturaleza de mis actos gracias a ti. ¿Es eso malo? —dudó.

Cam hizo una mueca. Eso sería maravilloso si algún día fuesen marido y mujer, algo que no iba a suceder y que tenía la certeza que tras comprometerla, no sucedería con ningún otro hombre. Maddison pagaría por la culpa de ambos, por el desprecio que sentía hacia su padre y por el resentimiento que tenía hacia los suyos. Una víctima inevitable.

—No puede haber nada malo en mostrarse tal y como uno es y luchar por aquello que se desea —se justificó a sí mismo también.

La amplia sonrisa de Maddison iluminó la habitación.

—Debo reconocer que mis recelos eran infundados. Estoy segura de que seremos muy felices. Eres un buen hombre, Cameron Relish.

Ante sus palabras, Cameron sintió como si un nuevo puñetazo lo golpease en el pecho. Depositó un suave beso en el dorso de su mano y presionó sus labios contra la piel de su todavía prometida más tiempo de lo que debiera.

—No deseo otra cosa —murmuró antes de soltarla y girar el rostro hacia el otro lado de la habitación, avergonzado por lo que iba a hacer.

—No tienes nada de lo que preocuparte, yo me ocuparé de que nada empañe nuestra felicidad. —Acarició con los dedos el lugar del beso y salió de la habitación dejando a Cameron mucho más destrozado por aquella visita que por la paliza recibida.

Dos días después, los barones Dacre abandonaron Rousham House y regresaron a Londres. Maddison los vio marchar apenada por no haber podido hablar de nuevo a solas con Cameron. Él no había abandonado la habitación hasta el momento de su marcha y ella, aunque intentó visitarlo de nuevo, no pudo hacerlo. Siempre parecía haber alguien rondándolo o vigilándola a ella, en especial Emma.

—No te apenes —comentó la institutriz—. Pronto viajarás a Londres para tu presentación en sociedad y lo verás de nuevo.

—Este será uno de los inviernos más crudos que viviré, Emma.

—Ojalá sea cierto y esta espera sea lo peor que te suceda en la vida —le deseó de todo corazón.

Maddison no se equivocó. Aquel fue un invierno especialmente frío y desapacible. Las copiosas nevadas inutilizaron los caminos y las cartas de Cameron se espaciaron en el tiempo. Sin embargo, cuando el cartero aparecía, volvía a ser el día de Navidad y corría a encerrarse en su estancia para leer las pocas líneas con avidez e ilusiones renovadas a la espera de que la primavera asomase y pudiese viajar a Londres.

En la capital el tiempo no fue mejor, pero Cameron no dejó que nada ni nadie arruinase su diversión. Acudió a todas las fiestas de sociedad a las que fue invitado y algunas otras no tan oficiales, y de dudosa reputación, también. Desoía las recriminaciones de sus padres con los que discutía a menudo y cuya vida se convirtió en un infierno. Su único hijo se esmeró en que sus correrías fuesen la comidilla de los salones y puso su nombre en boca de todos, más porque el mismo periodista que se encargó de narrar con pelos y señales el encuentro con Maddison Foster en el invernadero de su propia casa se preocupó por seguir y contar sus salidas, lo que empeoró la salud del barón y el carácter de la baronesa. Fue en una de aquellas reuniones faltas de cortesía donde conoció a la exuberante Lilith Bradbury. Aquella joven de cabellos de ébano y ojos de un azul intenso que recordaban al mar embravecido era puro pecado. Tenía un descaro innato y la sonrisa más cautivadora que se hubiese visto. Con solo estirar sus carnosos y bien delineados labios tenía rendidos a sus pies a cuantos hombres deseaba. Y para mayor satisfacción, lo deseaba a él. Lilith no pertenecía a la nobleza, sus padres no tenían título alguno ni negocio próspero, pero su belleza era suficiente garantía como para que su suerte cambiase y Cameron no pudo estar más de acuerdo. Encontró en Lilith su venganza perfecta.

*Londres*

*Marzo 1876*

Maddison, emocionada, bajó del carruaje y miró a su alrededor. Su mansión en Chester Square la esperaba con las puertas abiertas, pero ella solo deseaba empaparse del bullicio de la calle, disfrutar al ver a las parejas pasear con sus hijos e imaginarse así en un futuro próximo. Miró al cielo y dejó que el sol calentara sus mejillas, pero sobre todo, lo que en verdad ansiaba era la visita

de Cameron. En su última carta lo había avisado del día de su llegada, por lo que de un momento a otro los barones acudirían a su hogar y volvería a verlo de nuevo. Inspiró hondo y con una sonrisa entró en la casa. Vio a su madre pasearse de una estancia a otra revisando que todo estuviese en orden al tiempo que ponía pegas a detalles insignificantes como el lugar donde se había colocado el jarrón o la posición de los cojines en el diván. Apenas reparó en ella excepto para ordenarle que subiese a su habitación y cambiase su atuendo. Desde su indecoroso comportamiento el día de su cumpleaños, su relación con ella no había sido la misma. En más de una ocasión, ese invierno, le hizo saber que jamás le perdonaría su comportamiento y que hubiese arrastrado el nombre de su familia por el fango. Si no hubiese sido por la compañía de su hermana Eleanor, que se estaba convirtiendo en una jovencita algo alocada, pero que la adoraba, por los cariños de Emma y las interminables lecciones de economía de su padre, no habría podido resistir la ausencia de Cameron por más tiempo. Ahora más que nunca deseaba tener su propio hogar junto con su esposo y formar una familia. Pero Cameron no la visitó a la hora del té ni durante la tarde. Nadie entró ni salió de la mansión a excepción de su padre, que se marchó con el semblante serio y preocupado y tras la cena todavía no había regresado.

William entró en el club de caballeros más prestigioso de Londres como si lo hiciese en su propia casa. Los cuchicheos lo seguían a cada paso que daba e incluso algunos se atrevieron a seguirlo en la distancia para saber dónde se dirigía y, en especial, para saber a quién andaba buscando. El Whites Gentlemen's Club estaba lleno a esas horas. Foster saludó de manera escueta a los conocidos que se encontraba en su camino hasta que llegó a la sala preferida de los jóvenes. En ella las conversaciones eran mucho más escandalosas y el alcohol corría a raudales entre los insignes miembros del club. William divisó a Cameron mucho antes de que este tuviese tiempo para reaccionar.

—Caballeros, déjenos solos —ordenó con voz lúgubre.

El silencio se hizo en la pequeña sala. Los amigos de Cameron dudaron si obedecer o no, al fin y al cabo William Foster no era nadie allí para darles órdenes. Sin embargo, la inesperada aparición del marqués Cavendish, dueño del club, cambió las cosas. Arthur Bakley se posicionó del lado de Foster y los invitó a marcharse. Nadie osó a contrariar al dueño, por lo que en apenas un par de minutos, los dos hombres se quedaron solos.

—Señor William, qué grata sorpresa —ironizó Cameron.

—Permítame que lo dude. —William tomó asiento frente al joven—. He sabido que ha estado muy ocupado últimamente.

—Lo suficiente como para no haber podido visitar a Maddison hoy, si eso es para lo que ha venido.

—Que no haya visitado a mi hija le ha hecho más daño a ella que a mí. —Aquellas palabras lo golpearon en el pecho y le hirieron más de lo que quería reconocer—. Sin embargo, que sus escarceos estén en boca de todo Londres y que hasta se escriba sobre ellos me atañe más.

—¿Y qué va a hacer? ¿Ordenar que me den otra paliza? Todavía soy un hombre libre.

William tuvo la desfachatez de carcajearse en su cara, lo que hizo que el semblante de Cameron cambiase.

—Aún no lo ha comprendido, ¿verdad? No es ni será libre jamás. Tengo a su familia en mis manos. Así que le voy a decir lo que va a pasar: mañana visitará a Maddy y pasado será la fiesta de compromiso.

—¿Pasado? —Cameron se incorporó en el sillón—. Se suponía que sería dentro de dos semanas.

—Después de lo ocurrido en el invernadero, no tiene sentido demorarlo más.

—Es todo demasiado precipitado.

—El amor de juventud no puede esperar —ironizó. William se levantó, estiró su chaqueta y caminó hacia la puerta, pero justo antes de salir, giró la cabeza y se dirigió de nuevo a su futuro yerno—: Con respecto a la otra cuestión que le preocupaba, la... «caída del caballo», fue un inocente aviso en comparación con lo que le sucederá a usted o a algún miembro de su familia si falta a su palabra. Y la cuestión del dolor físico no es lo que más le debe preocupar.

Sin más, abandonó el salón y dejó a Cameron solo. De nuevo, frustrado y rabioso.

El marqués Cavendish esperaba a William en la antesala donde se había producido la conversación entre el joven barón y su consuegro.

—Señor Foster, acompáñeme. —Arthur guio a su amigo a su despacho a través de una escalera privada para alejarlo de las especulaciones que los miembros del club estaban haciendo sobre su encuentro con Cameron.

Una vez dentro, Arthur sirvió una copa para ambos y lo invitó a tomar

asiento frente a la chimenea.

—¿Así que has vuelto a tomar las riendas del club? —Una vez a solas, dejó de tratarlo con cortesía. Desde su primer encuentro hacía ya varios años, habían entablado una sincera amistad además de embarcarse en varios negocios juntos. William era el encargado de fabricar las telas con el algodón que recibía de Charleston, donde el marqués tenía sus plantaciones, y que después enviaba a la India para comerciar.

Foster aceptó la bebida y tomó un generoso trago.

—Una vez instalado en Londres de nuevo, no veía motivo alguno para desatender mis finanzas. Además necesitaba algo en lo que ocupar mi tiempo, sobre todo por las noches. —La mirada del marqués se volvió ausente y William comprendió lo que supondría para aquel hombre regresar a la casa en la que había fallecido su familia.

—¿No te tienta volver a América?

—Cada día y casi cada hora. Y lo haré porque no me puedo alejar mucho tiempo de la plantación. Pero regresar a casa era algo que tenía que hacer tarde o temprano.

—La fuerza de espíritu te honra. —Levantó el vaso y brindó por él.

—Me consideras demasiado bueno, querido amigo —sonrió de mala gana—. Lo cierto es que mis sobrinos me habían vuelto a pedir ayuda. Parece ser que Ethan dilapida la herencia familiar a pasos agigantados mientras el joven Andrew lidia con la enfermedad de su madre. Ojalá y con el tiempo, Andrew forje un carácter diferente al de su hermano, pero creo que su influencia es demasiado grande y terminará siguiendo sus pasos.

William negó con la cabeza consciente de la perdición de algunos jóvenes aristócratas.

—Ojalá te hubiese conocido antes de prometer a mi hija con ese petimetre de Cameron Relish —se lamentó Foster.

—Me halaga que me consideres digno de tu hija, pero algo me dice que ella está mucho más satisfecha con el actual acuerdo.

—Y así debe seguir siendo, pero no puedo borrar el presentimiento de que estoy cometiendo un error que hará infeliz a Maddison.

—Cameron no es un mal muchacho. Es joven, rebelde y no ha tenido en sus padres precisamente un buen ejemplo al que seguir. El barón ha sido un derrochador y un pésimo inversor. Mientras que su madre ha cuidado más las apariencias que a su único hijo. Estoy seguro de que con el tiempo, madurará y

se convertirá en el hombre que Maddison merece.

—Ojalá estés en lo cierto.

—Brindemos por que así sea. —Ambos levantaron el vaso y, en silencio, bajo el calor de las llamas, cada uno volvió a sus preocupaciones.

# CAPÍTULO 11

*Cuidado con la hoguera que enciendes contra tu enemigo, no sea que te chamusques a ti mismo.*

William Shakespeare

**E**l salón de té estaba dispuesto, los sirvientes perfectamente uniformados y los miembros de la familia Foster preparados para recibir la visita oficial de los barones Dacre en su mansión de la capital. Maddison apenas había podido probar bocado en todo el día. Desde que recibieran a la hora del desayuno la confirmación de que Cameron y sus padres asistirían al té de la tarde, había sido un manojo de nervios. Emma había hecho y deshecho unas cinco veces su peinado y sacado como diez vestidos distintos antes de que se decidiese por uno de un suave tono melocotón con cintas y puntillas de encaje en color crema. Era sencillo pero elegante al mismo tiempo, así que inspiró hondo y bajó al salón de té a aguardar la llegada de su prometido. A solas con su madre, intentó hacer un poco de costura, pero tras pincharse dos veces con el bordado lo dejó a un lado. Tomó un libro, pero cuando se dio cuenta de que pasaba las páginas sin entender nada de lo leído abandonó el propósito de lectura. Se levantó y se acercó a la ventana para ver la actividad que se desarrollaba en la calle, o al menos esa fue la excusa que le dio a su madre cuando esta la amonestó por su impaciencia, pero en realidad se había asomado para ver si el coche de los barones se acercaba.

—Ya está bien, Maddison —estalló su madre de nuevo—. No sería correcto que los barones te sorprendieran asomada a la ventana, desesperada por la llegada de tu prometido.

—Lo lamento —se disculpó y tomó asiento de nuevo.

—Ese impetuoso carácter tuyo lo debes haber heredado de tu padre. Una señorita no demuestra sus afectos tan libremente y mucho menos hace lo que hiciste en el invernadero.

Maddy tuvo que controlarse para no poner los ojos en blanco. De nuevo tendría que atender al mismo sermón, el problema es que no estaba de humor

como para permitir que su madre mermara aún más la poca seguridad que tenía en sí misma. A veces dudaba del origen humilde de su familia. Su padre jamás olvidaba de dónde venía, pero Elizabeth parecía haber borrado todo rastro de su pasado como hija del panadero del pueblo tras el éxito comercial de su marido.

—Fue bochornoso. Un espectáculo digno del peor de los burdeles —siguió Elizabeth sermoneándola. Cada vez clavaba la aguja con más ímpetu sobre el telar—. No sirvió de nada criarte en el campo, alejada de Londres y de las frívolas compañías que aquí pudieses encontrar.

—Quizás ese fue el error, madre —la interrumpió—. Aislarme del mundo y no dejarme experimentar lo que la mayoría de jóvenes de mi edad aprendían.

Elizabeth ahogó un grito estrangulado y la fulminó con la mirada.

—Eres una desagradecida. Además de una inconsciente. ¿No se te ha pasado por la cabeza qué ocurriría si Cameron Relish rompiera su compromiso contigo?

Maddison parpadeó dos veces, como si las palabras de su madre la hubiesen abofeteado. Lo cierto es que jamás había pensado en esa posibilidad. Él le aseguraba en sus cartas que la amaba y ella había correspondido a sus palabras de igual forma. El compromiso era un hecho.

—¿Por qué podría suceder eso?

—Porque le facilitaste demasiado las cosas. Porque los hombres disfrutaban del cortejo y de la seducción, pero una vez catada la presa, pierden interés y buscan otra.

—Eso que me está diciendo es muy cruel. Cameron me ama y prometió casarse conmigo.

—Cierto, lo prometió, ¿pero en verdad te ama?

—Quiere hacerme daño, ¿no es cierto? —Maddy no quiso, pero finalmente se alteró—. ¿Es esta su manera de castigarme?

—¡Controla ese tono de voz, jovencita! Esta es mi manera de enseñarte cómo es desenvolverse en un mundo de adultos. Si tan segura estás de tus sentimientos, pregúntale por qué te eligió. Por qué de entre todas las jóvenes casaderas de Londres, con títulos nobiliarios, quiso comprometerse contigo.

Ninguna de las dos había escuchado la puerta ni entrar a William en la estancia. Habían estado tan absortas en su discusión que la presencia del cabeza de familia les pasó desapercibida.

—¡Ya basta, Elizabeth! —su voz retumbó en la estancia y ambas

enmudecieron—. Después tendremos una conversación en privado. Ahora, los barones acaban de llegar.

Maddison tuvo el tiempo justo para recomponerse y serenarse antes de que los barones aparecieran.

Cuando Cameron entró en la estancia y de inmediato vio a Maddison, el sentimiento de culpa comprimió su pecho. Jamás nadie lo había mirado con tanta adoración. Ni él se había sentido tan indigno de dicho sentimiento. Estaba mucho más hermosa de lo que recordaba. Más mujer, más redondeada y mucho más apetecible.

—Lady Dacre, es un placer volver a verla —Elizabeth saludó a la baronesa—. ¿No nos acompañará su esposo?

La baronesa hizo un gesto de pesar.

—Lamenta profundamente no asistir a su invitación, pero este invierno ha mermado su salud y apenas sale de casa. De hecho, dudamos que pueda asistir a la fiesta de compromiso.

—¡Oh! No sabe cuánto lo lamento. ¿De qué adolece en concreto?

La conversación entre las dos mujeres se escuchaba de fondo, pero los ojos de Cameron y de Maddy estaban fijos el uno en el otro. Al final, ella le dedicó una tímida sonrisa y él fue incapaz de no corresponder el gesto. Se sirvió el té y ambos permanecieron en silencio, sentados el uno frente al otro con la pequeña mesilla entre ellos. Cameron agradeció que la conversación la acapararan la señora Foster y su madre, y que no se le brindara la oportunidad de hablar con Maddison. ¿Qué se le dice a alguien tan inocente al que vas a destrozar?

—Creo, lord Cameron —interrumpió William la conversación intrascendente de su esposa—, que ha llegado el momento de anunciar, tal y como acordamos ayer, que ha decidido adelantar la fiesta de compromiso.

Maddy, que había estado ausente hasta el momento, desvió la mirada interrogativa hacia su padre, que respondió a su silenciosa pregunta con un asentimiento de cabeza.

—¿No es cierto? —lo presionó William.

Cameron lo fulminó con la mirada. Y habría negado las palabras de Foster si no hubiese sido por su madre, que se apresuró a interceder.

—Señor William, la impaciencia de mi hijo nos tomó por sorpresa. Hemos reaccionado todo lo rápido que hemos podido, pero no creo que la confirmación de asistencia de los invitados llegue hasta mañana o a lo sumo

pasado. He hablado con Cameron para convencerlo de retrasar la fiesta y, aunque renuente, por fin ha comprendido que no conviene precipitar las cosas o podrían sucederse comentarios malintencionados.

—Lady Dacre, agradezco profundamente el interés que se ha tomado, pero mucho me temo que es tarde para preocuparse por dichos comentarios. Le aseguro que mañana se realizará la fiesta, haya diez o quinientos invitados. Y si tuviese que apostar, lo haría a favor de que no cabrá ni una aguja en la fiesta. Es demasiada la expectación que este futuro enlace ha despertado —dejó claro así William que no pensaba cambiar de opinión.

—Pero si ni siquiera nos ha dado tiempo a presentar a Maddison en sociedad...

—Estoy seguro de que no habrá mejor presentación en sociedad que saber que Maddison se desposará con su hijo.

—Me preocupa que la fiesta no esté a la altura —interrumpió desesperada la baronesa.

—Sin embargo, estoy seguro de que usted sabrá cómo conseguirlo.

Lady Florence no tuvo más opción que guardar silencio. Si William Foster quería que se celebrase el compromiso de su hija el día siguiente, nada ni nadie podría detenerlo.

Cameron apretó los puños en su regazo. Aquel hombre lo asfixiaba. Incluso si el matrimonio llegase a celebrarse, lo tendría siempre a su espalda, vigilante.

—Maddison, querida. Sé que te hubiese gustado disfrutar un poco más de los preparativos, y sé lo duro que ha resultado este invierno para ti. Espero que comprendas los motivos por los cuales insisto en que es la mejor solución.

El corazón de Maddy latía desbocado. Sabía que su padre pretendía que la presentación en sociedad ocurriese al mismo tiempo que el compromiso para, en cierto modo, protegerla de las habladurías. Pero qué podía ella objetar si el tiempo no pasaba lo suficientemente rápido como para que llegase el día de su enlace.

—Me hace muy feliz la decisión de lord Cameron de adelantar la fiesta —contestó al fin con las mejillas sonrosadas y una sonrisa radiante. Cam deseaba casarse con ella lo más pronto posible, qué mejor demostración de amor podría tener.

—Perfecto entonces. No se preocupe, lady Dacre, yo también he estado ocupado con los preparativos y puedo asegurar que la celebración estará a la

altura de un compromiso tan importante como es el de nuestras familias.

—Yo también puedo asegurarlo —el murmullo de Cameron pasó desapercibido porque Elizabeth comenzó a farfullar sobre detalles de la fiesta y William se había levantado para colocarse tras su hija.

—Creo que hace un día espléndido para que los jóvenes paseen por la ciudad —sugirió William—. Maddison no ha tenido tiempo de salir de casa y seguro que lo agradecerá.

—Sería maravilloso. —Los ojos de la muchacha brillaron de emoción. Por fin saldría de la mansión y además pasearía acompañada de su prometido.

—Una sugerencia muy acertada, señor William —apoyó la baronesa.

Poco o nada tenía que decir Cameron al respecto, como siempre. Ahora debía hacer frente a su agradable compañía, a sus dulces palabras, a su mirada enamorada.

Emma caminaba apenas unos pasos detrás de la pareja mientras contemplaba con una sonrisa la expresión de Maddison. Para ella todo era nuevo: la elegancia con la que las damas se vestían en Londres, los escaparates de las tiendas, los parques con niñeras que se hacían cargo de los pequeños mientras los matrimonios paseaban. La joven, entusiasmada, se empapó de todos aquellos estímulos con la mejor compañía que jamás pudo imaginar.

—Mis padres sí que han acudido a veces a fiestas aquí en la capital, pero yo jamás había estado. Londres es mucho más hermoso de lo que en un principio me había imaginado —comentó a Cameron—. Bueno, pero eso tú ya lo sabes —sonrió avergonzada.

—¿Perdón? —acertó a contestar confuso por el comentario y atribulado por la cantidad de gente que cuchicheaba a su paso—. ¿Es tu primera vez en la capital?

Maddison detuvo sus pasos y entrecerró los ojos al mirarlo.

—Te lo conté, ¿recuerdas? —Si Maddy no recordaba mal, fue en la primera carta tras el anuncio de su compromiso donde le confesó sus ganas de trasladarse y visitar por primera vez Londres.

—Perdóname, no lo recordaba. —Y seguía sin hacerlo, pero era probable que surgiera una conversación al respecto y su mente estuviese ausente.

—No tienes por qué disculparte. Entiendo que te muestres algo taciturno y que no estés del todo cómodo.

Ahora fue el turno de detenerse de Cameron y mirarla inquisitivo.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Esto debe ser muy duro para ti.

—¿El qué exactamente? —preguntó con precaución.

—No tienes que contarme cómo te sientes si no quieres, pero me gustaría que pudieses confiar en mí.

Cameron pensó que no existía mujer más dulce, comprensiva y sin artificios que Maddison Foster. Pese a todos sus recelos, tenía que reconocer que su naturaleza distaba mucho de la de su padre. No había ni un ápice de egoísmo en ella, y el darse cuenta de ello todavía lo hizo sentir peor.

—Maddison... —empezó a hablar. Tuvo la ínfima esperanza de poder sincerarse con ella, de poder evitarle el sufrimiento. Y lo que es peor, aún la más pequeña posibilidad de que se pusiese de su lado y rechazase el compromiso. Pero solo tuvo que observarla un instante para comprobar con cuánta adoración lo miraba. Estaba seguro de que lo amaba, Dios sabría por qué. Porque él tenía claro que no era merecedor de ese sentimiento, aunque lo hacía sentirse puro. Que ella lo considerase en tan alta estima, que pensara que era un dechado de virtudes, también lo incomodaba, porque nada estaba más lejos de la realidad.

—Sé que estás preocupado por la salud de tu padre —interrumpió sus pensamientos—. Pero quiero que comprendas que si eso es lo que te aflige, nuestro compromiso no supondrá un dolor de cabeza más añadido. La familia es lo primero y la tuya será también la mía.

—Mi padre... —Su ánimo se desinfló y empezó a caminar de nuevo.

—¡Oh, Cameron! Debes sentirte angustiado por su estado de salud. Si fuese mi padre, yo tampoco podría disfrutar de los momentos tan dichosos que se acercan como lo estoy haciendo —dijo sonriente, pero al momento se arrepintió y se mostró azorada—. Lo lamento, no pretendía parecer tan superficial. No quiero que pienses que no me preocupa el estado de tu padre, me apena profundamente que no se encuentre en situación de celebrar con nosotros nuestro compromiso.

Ante tanto parloteo, Cameron la detuvo, incapaz de seguir soportando por más tiempo la buena disposición de la joven, pero sobre todo el peso de la culpa.

—Está bien. Te he entendido. Será mejor que cambiemos de tema —dijo mucho más contundente de lo que quería.

—Sí, cierto —musitó avergonzada—. Disculpa.

—¡Por el amor de Dios, no vuelvas a disculparte! —perdió los nervios de nuevo—. ¿Acaso es culpa tuya que esté enfermo? ¿Que pueda o no acudir a la dichosa fiesta de compromiso?

La joven, ruborizada, negó con la cabeza y miró a un lado y a otro con disimulo. La mayoría de gente de su alrededor se había parado a observarlos y cuchicheaba.

—Entonces no vuelvas a disculparte por algo de lo que tú no tienes culpa —siguió Cameron ajeno a la curiosidad que había despertado su acalorado diálogo—. A veces dudo de si las cosas que dices son por compromiso o porque realmente eres así de bondadosa. Si es por lo primero, ahórratelo. Y si es por lo segundo, quizá deberías haberte planteado la posibilidad de consagrar tu vida a Dios.

Maddy parpadeó varias veces para ocultar las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos. Entrelazó las manos en su regazo y agachó la cabeza, como si fuese una niña pequeña ante la reprimenda de sus padres. Pero eso era mucho peor, era su prometido el que había alzado la voz y recriminado su comportamiento en pleno barrio de Mayfair.

—Lord Cameron —interrumpió Emma incapaz de permanecer por más tiempo callada—. Creo que el paseo se ha excedido suficiente y deberíamos regresar.

Hasta ese momento, Cameron no fue consciente de la situación que había desencadenado. Maddison parecía a punto de llorar y a su alrededor, con mal disimulada discreción, se había congregado un generoso grupo de gente. Su comportamiento lo hundió más en su miseria personal y acrecentó los remordimientos.

—Cierto. Regresemos —Tendió el brazo a Maddy, que lo tomó con manos temblorosas y lo sujetó con menos entusiasmo que al principio de su paseo.

La joven no volvió a pronunciar palabra, lo que todavía mortificó más a Cameron. Estaban llegando ya a la casa de la muchacha cuando sintió deseos de disculparse con ella, de no dejarla marchar.

—Maddison, lo lamento. No debí alzarte la voz ni dedicarte palabras tan desagradables. Mi comportamiento ha sido del todo inadecuado. No mereces que nadie te trate así.

Estaban ya en los escalones de la casa y pronto el mayordomo abriría la puerta. Maddy solo deseaba entrar y retirarse a su habitación. Pero la mirada torturada de Cameron apaciguó un poco su desilusión.

—A-Acepto tus disculpas —murmuró con voz trémula—. Puedo imaginarme la presión a la que estás sometido. Solo espero poder aligerar tu carga y que no sientas que soy un lastre.

El nudo en el estómago de Cameron se apretó todavía más, causándole un dolor físico que lo hizo sentirse enfermo

—Tú no tienes la culpa de nada de lo que va a suceder. Lamento que tengas que estar en medio de todo este asunto. Por favor, recuérdalo. No es por ti.

Maddy asintió. Comprendió que él se refería a la salud de su padre y a las obligaciones a las que tendría que hacer frente cuando heredara el título y las posesiones del barón. Nada más lejos de la realidad.

El mayordomo abrió la puerta principal y la pareja, acompañada de Emma, entró en la casa para ultimar los detalles de la fiesta del día siguiente. Sin duda, la más sonada que se viera en años en la capital.

# CAPÍTULO 12

*¡Oh, amor poderoso! Que a veces hace de una bestia un hombre, y otras, de un hombre una bestia.*

William Shakespeare

**W**illiam Foster había reservado el salón más selecto de Londres con solo dos días de antelación. Que era un hombre influyente, al cual muchos debían favores, nadie lo dudaba. Pero seguía sorprendiendo la capacidad que tenía para manipular las cosas y que todos quedaran satisfechos. A cambio de anular la fiesta que estaba programada para ese día, había pagado (y muy bien), tanto a los Benson por anular la fiesta de cumpleaños de la octogenaria de la familia como a los propietarios del salón.

Tal y como había previsto, las familias más influyentes y gran parte de la aristocracia de Londres se dieron cita el 26 de marzo de 1876 para ver cómo el único hijo de los barones Dacre se prometía en matrimonio con una plebeya, de gran dote y familia influyente, pero sin título aristocrático.

Maddison, radiante, llegó del brazo de su padre y de la compañía de su madre. Llevaba un precioso vestido blanco con flores bordadas en hilo de plata que lejos de apagar su pálida piel parecía resaltar el tono rosado de esta. Las peinetas que adornaban su cabello habían sido obsequio de su padre, así como los zarcillos de amatista y diamantes que brillaban con cada movimiento de su cabeza, por delicado que fuese. Tanto ella como su atuendo despertaron admiración e interés. Muchos eran los que habían especulado que la joven no era agraciada o por el contrario lo era en demasía, y por ello Foster la mantenía recluida y alejada de la capital. No obstante, tras comprobar que era una muchacha de belleza elegante pero común, parte de la expectación se vio apagada. Ahora solo quedaba que llegara el prometido y ver a la pareja junta.

Los barones hicieron acto de presencia apenas unos minutos más tarde. Lord Dacre entró apoyado en un bastón, mucho más demacrado y delgado que desde la última vez que Maddy lo había visto, pero la baronesa lucía su habitual porte erguido para hacer gala de su mejor atuendo y de las joyas más

caras. Bajo toda aquella fachada elitista se escondía un temor, un presentimiento de que aquella noche algo grave iba a suceder, empezando por la desaparición de Cameron horas antes de la fiesta. Excusaba su ausencia con una austera nota y prometía acudir más tarde sin su compañía. Si algo sabían los barones es que no podían confiar en su hijo.

Tanto para los invitados como para la propia familia de la novia, la falta de la presencia del prometido creó desconcierto y los murmullos se sucedieron en todos los corrillos, por lo que lady Florence tuvo que excusarlo alegando que Cameron tenía preparada una sorpresa para la joven Maddison. Un detalle que por supuesto ella misma había tenido que improvisar y que llevaba el barón guardado en el bolsillo interior de su chaqueta, para que cuando su hijo se dignase a acudir y se lo entregara a Maddison, cubriera su coartada.

Puede que los invitados creyesen en mayor o menor medida las palabras de lady Florence, pero William por supuesto que no lo hizo. En cuanto la gente comenzó a dispersarse, apartó a los barones a un discreto rincón.

—¿Dónde está su hijo?

—Cameron llegará de un momento a otro. No tiene nada de qué preocuparse. —Lady Florence intentó tranquilizarlo y que no se notase su inquietud, pero la mirada de William era demasiado astuta como para no captar el desasosiego de la baronesa.

—Así lo espero. Por su bien. Porque si su adorado hijo intenta jugármela, me encargaré de hacérselo pagar.

Lord Benedict ni siquiera osó contestar. Estaba demasiado cansado, le dolía horrores la cabeza, y sabía de sobra que Foster cumpliría con su amenaza. Porque no habría otra opción, conocía a su hijo y no tenía ninguna duda de que hoy, Cameron firmaría la sentencia de su familia y la suya propia.

Mientras, no muy lejos de allí, Maddison miraba ansiosa a la puerta hasta que alguien reclamó su atención.

—Señorita Maddison, permítame que le diga que hoy está muy hermosa.

El marqués Cavendish se acercó a saludarlas. Maddy respondió con una vergonzosa sonrisa al tiempo que su madre acaparaba la atención de lord Arthur.

—Lord Cavendish —interrumpió Elizabeth y le tendió la mano.

—Usted también está hermosa hoy, señora Foster.

—Oh, tan galante como siempre. ¿Qué le parece la fiesta?

—Digna del compromiso de su hija.

—Mañana todos los periódicos de la ciudad hablarán de este compromiso —continuó la señora Foster.

—Estoy seguro de ello.

De pronto, el silencio fue imponiéndose en el salón como una ola que avanza sobre la arena de la orilla hasta alcanzar el lugar donde se encontraban los Foster y los Relish. Tras unos acordes, incluso la orquesta dejó de sonar. Maddy no podía ver nada desde donde estaba, la mayoría de los invitados ocultaban su visión. Pensó que, sin duda, algún invitado ilustre había llegado, pero empezó a dudar cuando escuchó la blasfemia de su padre y perdió todo rastro de decoro al alzarse de puntillas para intentar saber qué lo había molestado tanto. Como si los hubiesen conjurado, los asistentes comenzaron a dejar un pasillo entre ella y la puerta. Y fue entonces cuando lo vio. Ahí estaba su prometido del brazo de otra mujer. La más hermosa que había visto Maddison jamás. Además de tener un rostro que parecía esculpido en porcelana, unos labios rojos y llenos, y unos ojos enormes de azul intenso, llevaba un vestido rojo y negro que resaltaba su exuberante figura. Sonrió al ver a Cameron y no pudo evitar levantar con timidez y emoción la mano para saludarlo.

—¿Es familia suya? —susurró toda inocencia a lady Florence.

Hasta aquel momento, la baronesa no había sentido lástima por aquella joven. Pero su inocencia y la capacidad de confiar en su hijo la hicieron flaquear. Ni siquiera pudo mirarla a la cara, por lo que fue incapaz de contestar.

—¿Qué significa esto? —estalló William Foster con voz lúgubre pero perfectamente audible. No le importó lo más mínimo su salida de tono frente a la gran cantidad de ilustres convidados allí reunidos.

Cameron, desafiante, sonrió. Sus ojos estaban clavados en Foster, sabía que Maddison estaría a su lado. Intuía su mirada clavada en él, pero se prohibió mirarla.

—Le he hecho una pregunta —insistió William.

Había llegado el momento. Inspiró hondo y con los ojos clavados en Foster alzó la voz.

—Queridos e insignes asistentes —No quería mirarla, no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo. Mientras pronunció las siguientes palabras fue testigo

de su dolor—: les presento a mi esposa, lady Lilith Relish.

Gritos de asombro recorrieron el salón, pero Maddison fue incapaz de escuchar nada más que su corazón bombear con fuerza al tiempo que se descascarillaba en mil pedazos. No pudo moverse del sitio, quiso salir corriendo, pero las piernas no la obedecieron. Cameron seguía mirándola y ella era incapaz de apartar los ojos de los suyos. Aquello sería una broma porque otra opción le parecía un sinsentido. Avanzó unos pasos, titubeantes, que sonaron en el silencio del salón como leves repiqueteos, y se paró frente a él.

Cameron jamás había visto tanta decepción y tanto dolor en los ojos de otra persona. Estaba hermosa, elegante y, hasta que él había hablado, radiante e ilusionada. Empezó a dolerle el pecho. El pañuelo que llevaba al cuello lo asfixiaba y un nudo atenazaba su garganta.

—¿Es cierto? —murmuró ella.

Que todavía dudase, que siguiera manteniendo esperanza en él lo destrozó del todo.

—Maddison, lo siento. Por favor, recuerda que...

Ella lo interrumpió al echar la mano hacia atrás y abofetearlo.

—¿Por qué? —sollozó con voz apenas inaudible.

—No tiene nada que ver contigo. Maddison, por favor... —No sabía cómo debía explicarle aquello. ¿Cómo se explica a la mujer que siempre lo ha defendido, que ha creído en él y ha visto lo bueno cuando su familia solo sabía hacerle notar lo malo, por qué le rompía el corazón? ¿Cómo hacerle saber que él se habría casado con ella gustoso si no se hubiese sentido obligado? Si su padre no fuese un mafioso, si su familia no lo hubiese asfixiado con aquel compromiso, si al hacerlo no sintiese como si le coartaran la libertad que tanto ansiaba.

—¿Por qué? —volvió a preguntar más avergonzada aún mientras algunas lágrimas escapaban de sus ojos—. ¿Por qué me haces esto?

—Querida, ¿acaso no es evidente? —Lilith intervino en la conversación harta de dejar de ser el centro de atención. Miró a Maddison de arriba abajo y se rio ante lo que ella consideraba obvio—. Entre tú y yo, me prefirió a mí.

Maddison palideció y desvió la mirada a Cameron, que tuvo que apretar los puños para no limpiarle las lágrimas con tiernos besos. Le dolía verla así y se odió más que nunca por haberla decepcionado, porque en sus ojos ya no brillara la devoción, sino el más absoluto desprecio.

—Cállate —ordenó Cam con dureza a su esposa—. Maddison, por favor —susurró—. No la escuches. Recuerda lo que te dije —pronunció con tiento—. Esto no tiene nada que ver contigo. Tú eres maravillosa.

Se le quebró la voz porque comprendió el alcance de lo que acababa de hacer. En su espiral de autodestrucción y su falso convencimiento de que heriría a Foster, los había destrozado a ambos.

Maddison necesitaba huir de aquella pesadilla y volver a despertarse esa mañana en su cama, ansiosa por asistir a su fiesta de compromiso y bailar con el hombre que amaba delante de todos los invitados. Alabarían la buena pareja que hacían, sonreirían a su paso y agradecería todas y cada una de las felicitaciones que les brindaran. La escena que tenía delante de sus ojos no tendría que haber ocurrido jamás. Escuchó las amenazas de su padre, los lloros de su madre y los reproches de lady Florence a su hijo, pero nadie de sus allegados le prestó atención a excepción de Emma. La institutriz llegó junto a ella dispuesta a sacarla de allí lo más pronto posible. Cuando empezó a perder el equilibrio, el marqués Cavendish se tomó la libertad de sujetarla por el codo. En su mente se repetían las mismas preguntas: ¿Cameron se había casado? ¿Se había desposado con otra mujer y no había anulado su compromiso? Es más, la había llevado a su fiesta.

El sollozo tímido y ahogado de la joven lo hundió todavía más. Deseó acercarse a ella, sacarla del salón y explicarse. Hacerle comprender que quizá en otras circunstancias su matrimonio no hubiese supuesto un yugo para él. Que sin la asfixiante presión de su padre ni el constante desprecio de los suyos, ella le hubiese parecido la elección más acertada de su vida. ¿Pero qué le podría decir si él había propiciado su dolor? ¿Si para vengarse de William Foster había decidido seducirla para después dejarla plantada? ¿Qué pretexto banal podría ofrecerle cuando se merecía todo su odio?

—Esta era nuestra fiesta —murmuró todavía confusa, pero de pronto alzó los ojos y lo traspasó con su mirada llena de dolor—. Me mentiste. Me dijiste que me amabas.

Con cada frase se rompía más por dentro. Se sentía flaquear, pero no podía permitírselo. No allí delante de todo el mundo.

—Yo jamás... —comenzó a hablar, pero se detuvo antes de hacerle más daño. Nunca había pronunciado esas palabras, pero bien podía callar y concederle que la valorasen como lo que era, una víctima de todo este asunto y él el más ruin de los hombres.

—Ya basta —murmuró el marqués al tiempo que la instaba a caminar y avanzaba con ella y con Emma hacia la salida.

Arthur ayudó a sacarla del salón. Para ello tuvo que pasar por el lado de Cameron, que jamás olvidaría el desconsuelo de la joven, de la única persona que siempre había visto algo bueno en él. Detrás avanzó William, quien mientras acompañaba a su esposa deshecha en lágrimas, se detuvo a su lado.

—Acabas de firmar la sentencia de tu familia, Relish. Disfruta de este momento porque el resto de tu vida será un infierno.

Tras la marcha de los Foster, el salón seguía en silencio. De pronto, una carcajada hueca, una risa histérica, llamó la atención y los cientos de ojos se dirigieron hacia el barón, que parecía haber enloquecido. Reía sin control y hacía aspavientos con los brazos como si intentase quitarse de encima una sombra invisible. Asustado, Cameron se acercó hasta él ante la imposibilidad de su madre por controlarlo. Lord Dacre lanzó el bastón y comenzó a desnudarse. Tiraba de su ropa como si le quemara hasta que de pronto se sujetó a los hombros de su hijo, lo miró asustado y su cuerpo, ya sin vida, se desplomó. Nada pudieron hacer los médicos que se hallaban en la sala para salvarlo. Lord Benedict Relish, barón Dacre, falleció a causa de un infarto la misma noche en que su familia se quedaba en la ruina.

Tras llegar a su mansión en Chester Square, Emma se llevó a Maddison a su estancia mientras que las demás criadas atendían a Elizabeth, y William y Arthur se encerraban en la biblioteca. El marqués esperó a que William se tranquilizase mientras lo veía caminar de un lado a otro de la estancia. Solo cuando se dejó caer en el sillón de su escritorio se atrevió a hablar.

—¿Qué vas a hacer?

—Acabaré con ellos.

—Bueno, si esa es tu intención, quizá no deberías hacer declaraciones delante de testigos —bromeó con él para intentar aligerar un poco el humor de William.

—La muerte de Cameron Relish sería un mal menor. Merece una agonía lenta, un sufrimiento continuo y diario que no le permita olvidar el agravio que ha cometido. A partir de hoy me serán cedidas para mi uso particular todas sus posesiones. ¡Todas! —repitió al tiempo que golpeaba con un puño la mesa.

—No te voy a decir que no lo merezca. Lo que ha hecho ha sido mezquino.

Por ti, por tu familia, pero sobre todo por Maddison. Ella no merecía esto.

—Me llevan los demonios, Arthur. Cada vez que veo cómo ha destrozado a mi hija siento ganas de estrangularlo con mis propias manos.

—Menos mal que hemos acordado que preferimos una tortura lenta —le recordó el marqués.

—Agonizantemente lenta.

El mayordomo llamó a la puerta con precaución y esperó la orden de William para entrar.

—Señor William, disculpe, pero el señor Stone solicita que lo atienda.

—Hazlo pasar.

Apenas unos minutos después, James Stone se unía a Arthur y William.

—Lamento lo ocurrido, William. Y no era mi intención venir a molestar en momentos tan delicados.

—Tú jamás molestas, viejo amigo.

—Te lo agradezco, pero lo que venía a decirte no tiene demora. El barón Dacre ha fallecido de un infarto tras vuestra marcha.

Arthur se incorporó en la silla, pero William no hizo ningún movimiento.

—No puedo decir que lo lamente. Ahora solo quedan dos Relish para pagar por este agravio. Y uno de ellos comenzará mañana mismo. Como mi abogado, quiero que les hagas llegar una carta donde conste que voy a hacer uso de las cesiones que firmó su padre —ordenó a Stone.

—¿Mañana? Los funerales por el barón comenzarán mañana —dijo James contrariado.

—Mejor avisarles antes de que no tienen dinero y de que planeen algo demasiado suntuoso, ¿no te parece?

—William Foster, no hará falta que me recuerdes que debo mantener tu amistad —comentó el marqués antes de que Stone se marchase a cumplir las órdenes de su amigo.

# CAPÍTULO 13

*Cualquiera puede dominar un sufrimiento, excepto el que lo siente.*

William Shakespeare

**E**l cuerpo sin vida del barón fue trasladado a la casa familiar de los Relish en Holland Park. Mientras los criados se ocupaban de arreglar al difunto para las visitas y el funeral, lady Florence, su hijo y su reciente nuera, se encerraron en el salón. Cameron todavía estaba asimilando todo lo ocurrido aquella noche cuando su madre comenzó a gritar.

—¿Qué demonios has hecho?!

Él parpadeó como si intentara salir de un sueño, o una pesadilla más bien. Aún no podía creer que su padre hubiese muerto, y era imposible que la culpa no recayese sobre él, porque era evidente que su muerte había sobrevenido por el espectáculo que él mismo había montado. Tenía un nudo en el estómago y una presión sobre el pecho que le impedían respirar. Se sentía enfermo y asqueado de sí mismo. En sus pensamientos, mientras planeaba su venganza, había imaginado los gritos de Foster, las recriminaciones de su padre, pero jamás se permitió pensar en el dolor de Maddison, era demasiado incómodo e imaginarla lo hacía flaquear. Ni tampoco pensó que tendría que acarrear con la culpa por la muerte de su padre. O al menos así lo había insinuado el médico al certificar que debido a su estado de salud, aquel disgusto había terminado por alterarlo demasiado.

—¿No piensas decir nada?!

—Señora —intervino Lilith—, no le grite a mi esposo, que por si no se ha dado cuenta, ahora ostenta el título de barón por pleno derecho.

Florence deseó asesinar a aquella mujer con sus propias manos.

—¿Quién es esa? —preguntó a su hijo con desdén.

—Mi esposa —murmuró y se mesó los cabellos oscuros.

—¿Tu esposa desde cuándo?

—Desde hace unas horas. Nos casamos en la parroquia de St. Bede's.

—¿Qué has hecho, Cameron? —Lady Florence giró el rostro de un lado a

otro, incrédula ante los acontecimientos de las últimas horas—. ¡¿Qué nos has hecho?!

Ante la acusación de su madre, Cameron estalló.

—¡¿Qué me han hecho ustedes a mí?! Siempre han querido humillarme. Desde niño no he sido más que un estorbo en su vida y en cuanto fue posible se deshicieron de mí. Me manejaron como si fuera un títere. Dispusieron mi matrimonio con Maddison Foster pese a que ella no pertenecía a la aristocracia. Pues bien, querida madre, debería estar contenta. Si pretendía humillarme, me he permitido facilitarle las cosas. La situación de Lilith es mucho peor que la de Maddison. No pertenece a nuestra clase social y además no tiene dinero.

—No sabes lo que has hecho —repitió y se dejó caer sobre el diván. Las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de la baronesa—. Todo lo hemos hecho por ti. Era todo por ti.

—Si fuese por mí, me habrían tratado con cariño, en algún momento de mi vida habría sentido el amor de mis padres. Me habrían tenido en cuenta y consultado sus intenciones.

—¿Y crees que ahora serás más feliz? ¡¿Crees que esta oportunista te hará feliz?!

—Controle esa lengua, baronesa viuda, o nos veremos obligados a enviarla lejos de la capital —la amenazó Lilith. Acto que provocó las carcajadas vacías de lady Florence y una mirada dura e intimidante de Cameron.

—No hay ningún sitio al que me puedas enviar, querida.

Cameron intuyó la magnitud del error de su matrimonio en cuanto pudo ver juntas a la que había sido su prometida y a su esposa. Lo destrozada que había dejado a Maddison y cómo se había comportado Lilith con ella, la falta de empatía ante su sufrimiento, las ansias de llamar la atención frente a la discreción de Maddison. Ahora, tras la discusión con su madre, solo pudo confirmar cuán equivocado había estado.

—Ningún sitio... —repitió, ausente, una vez más.

—¿Qué quiere decir? —Hasta el momento, perdido en sus pensamientos, no había sido consciente de las palabras de su madre.

La conversación fue interrumpida por una visita inesperada, que a Cam sorprendió, pero a la baronesa viuda no pareció extrañar.

—Lord Cameron —entró con tiento en la estancia el mayordomo—, disculpe la interrupción, pero el señor Stone insiste en hablar con usted y con

la baronesa. Me he permitido excusarles por lo inapropiado de la visita en estas circunstancias, pero ha insistido en que es urgente que lo atiendan.

—William Foster no pierde el tiempo —murmuró lady Florence.

—¿Foster? ¿Por qué nos visita su abogado, madre?

—Pronto lo sabrás —contestó hundida.

—Hazlo pasar al despacho de mi padre, John.

—Como ordene.

El mayordomo salió de la estancia y lady Florence se incorporó con dificultad, como si el peso de los años hubiese caído de golpe sobre su cuerpo.

—Ahora alcanzarás a ver las consecuencias de tu infantil desafío. Que Dios nos asista.

Cameron, como en trance, siguió a su madre acompañado de su esposa hasta la estancia donde ya los aguardaba el señor Stone. Entraron en silencio, tensos, a la expectativa de las noticias que Stone les deparase.

—Lamento su pérdida. —El abogado hizo una reverencia y se volvió a excusar por lo inapropiado de su visita—. Sé que estos momentos son muy duros para ustedes, pero ante la falta de palabra de su familia, mi cliente ordena que se haga efectivo lo antes posible el documento que el difunto barón firmó.

James tendió la carpeta con los documentos al confuso Cameron.

—¿Qué significa esto? ¿De qué documento habla?

Stone desoyó las preguntas que Cameron dirigía a su madre y continuó con lo que había ido a decir para marcharse cuanto antes de aquella casa.

—Después del sepelio deberán abandonar esta residencia y buscar otro lugar para vivir. El señor Foster, desde hoy, dispone en cesión de uso de todos y cada uno de sus bienes.

—Necesitaremos algunos días para encontrar algún familiar que nos ampare en su casa. —La cara de lady Florence cada vez era más pálida.

—No puedo hacer nada al respecto. Lo lamento, pero el acuerdo que firmaron en su momento se ha hecho efectivo desde que su hijo se desposó con..., con otra mujer que no fuese la hija del señor Foster —concluyó violento por aquella situación—. De nuevo, lamento su pérdida.

James salió de la estancia y dejó a Cameron más aturdido aún si cabía.

—¿Qué son estos documentos, madre?

Lady Florence miró hacia la chimenea donde las llamas lamían las paredes

de piedra y devoraban los troncos.

—Estamos en la ruina, Cameron. Desde hace años en realidad. Cuando todavía eras un niño, tu padre, movido por la fiebre de la industrialización, invirtió en negocios que no reportaron los beneficios esperados. Cada vez que tu padre intentaba invertir en algún negocio nuevo, fracasaba y nuestras pérdidas aumentaban. Mal aconsejado o por su mala cabeza, no lo sé. Cuando no encontrábamos ninguna salida y ya nos creíamos arruinados social y económicamente, tu padre escuchó en el club hablar de William Foster. Los rumores, aparte de lo rico que se había hecho con su fábrica textil, insistían en que tenía un negocio paralelo al de sus fábricas. Dada su solvente situación, ofrecía préstamos. Sin preguntas. O eso fue lo que entendió tu padre. Situaciones desesperadas requieren de acciones desesperadas. —Se tomó unos momentos para ordenar sus pensamientos—. A su favor, diré que parte de los rumores eran ciertos. William Foster era inmensamente rico, pero tu padre descubrió que la parte en la que se rumoreaba que era prestamista era mentira. Pero William no dejó pasar la oportunidad, accedió a cubrir las pérdidas y al mismo tiempo se ocupó de que nadie conociese las dificultades económicas en las que estábamos. ¿Gratuitamente? Por supuesto que no. A cambio de que en un futuro, su hija contrajese matrimonio contigo. En caso de que la unión no se produjera, podría disponer del uso de las propiedades de la familia Foster. —Lady Florence desvió la mirada del fuego y contempló el asombro en el rostro de su hijo—. ¿Comprendes ahora por qué pactamos tu matrimonio? ¿Comprendes por qué insistimos en que Maddison Foster era la mejor opción?

—¿Y no se les ocurrió que yo debería estar al tanto de dichas dificultades? ¿Que si hubiesen puesto en mi conocimiento cuál era nuestra situación nada de esto hubiese ocurrido? —Cameron no podía creer que durante todos aquellos años hubiese vivido en la inopia.

—Teníamos miedo de que confiases nuestros apuros económicos a alguno de tus amigos durante las fiestas escandalosas a las que acostumbrabas a acudir, y se descubriese nuestra precaria situación. Pensamos que lo mejor es que siguieras actuando como siempre para no levantar sospechas. Nuestra «amistad» con William Foster ya había suscitado muchos recelos. Hice todo lo que estuvo en mi mano para salvar a nuestra familia. Y tú, hoy, te has encargado de hundirla. El sacrificio que durante años hemos hecho al relacionarnos con esos nuevos ricos, fingir que les estábamos haciendo un favor al tratar con ellos delante de nuestras amistades, todas las mentiras que

tuvimos que decir... Todo para nada.

Cameron comenzó a pasear por la estancia. Desde que había aparecido en la fiesta, su cabeza era un hervidero de pensamientos, recuerdos y, sobre todo, de sensaciones agrias y desagradables que se habían agravado con la muerte de su padre, lo que le había producido un gran remordimiento.

—¿Quiere decir que no tienen dinero? —Hasta entonces la presencia de Lilith había pasado desapercibida para madre e hijo.

Florence la miró con desagrado. Aquella mujer carecía de decoro, saltaba a la legua que no había recibido ningún tipo de formación y era evidente lo que buscaba con ese matrimonio.

—Querida, lo único de lo que me alegro es de que no podrás disponer ni de un centavo —dijo con rabia la baronesa.

—Pero tiene que haber algo que se pueda hacer. ¿Cameron? —llamó la atención de su marido con desesperación—. Yo me he casado con un barón. Podría haber elegido a quien hubiese querido, pero te elegí a ti por...

—Por mi dinero, lo sé, querida. Y yo a ti para fastidiar a mi familia, a William Foster y por otras cosas que no comentaré delante de mi madre. Así que mala suerte la tuya —contestó Cameron con abrumadora sinceridad.

—Mañana enterraremos a tu padre y abandonaremos Holland Park. No le daré el gusto a Foster de que nos eche con sus propias manos. —La baronesa se levantó para retirarse a su habitación y prepararse para el funeral, pero antes se detuvo frente a su hijo y le acarició la mejilla. Un gesto de cariño al que él no estaba acostumbrado y del que la baronesa pocas veces hacía alarde —. Eres digno de lástima, Cameron. Toda tu vida lamentarás este día.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso. Las tormentas se sucedían una tras otra sin dar posibilidad al sol de asomar entre las nubes. Maddison fue incapaz de levantarse de la cama, permaneció acostada y sin tomar alimento alguno durante todo el día. Sabía por Emma que el barón había fallecido la noche anterior en la fiesta y lamentó su suerte, pero no quiso saber nada más. No quiso pensar en la pena de Cameron, que ahora compartiría con su esposa, e hizo todo lo posible por apartar los pensamientos en los que se imaginaba consolándolo entre sus brazos, besando sus lágrimas y ofreciéndole el consuelo que necesitaba. Porque serían otros brazos los que lo abrazasen, otros labios los que lo besasen y otra mujer la que ocuparía un lugar a su lado

en el sepelio y en su vida. Lloró sin consuelo durante horas, hasta que agotada se durmió. Y volvía a llorar cuando se despertaba y recordaba todo lo acontecido el día anterior. No quiso atender a Rebecca, que solícita acudió a hacerle compañía, ni deseó recibir visita alguna en su habitación que no fuese la de Emma. Tan solo ella parecía comprender el sufrimiento de la joven y lograba apaciguarla sin utilizar expresiones vacías ni recriminaciones veladas, como había sido el caso de su madre.

—Cielo —dijo con tiento Emma—, está oscureciendo ya. ¿Quieres que te traiga algo?

Maddy, acostada, miraba hacia la ventana, pero era evidente que sus pensamientos estaban en otro lugar. Emma se sentó a su lado en la cama y acarició sus cabellos con mimo. Aquel gesto de cariño hizo que una lágrima se derramase, solitaria, por su mejilla.

—¿Padre está en casa? —tenía la voz ronca por el llanto y la garganta áspera.

La doncella le acercó un vaso de agua y ella se incorporó un poco para tragar.

—Está en su despacho. ¿Deseas hablar con él? —La joven asintió y se dejó caer de nuevo en las almohadas—. Iré a buscarlo, pues.

Emma salió de la estancia y bajó las ornamentadas escaleras de madera hasta llegar al despacho de William. Llamó dos veces con algunos segundos de diferencia y esperó el permiso del otro lado para entrar. Cuando lo escuchó, abrió y tras pasar, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Cómo está? —William estaba de espaldas, frente al enorme ventanal mientras observaba el ir y venir de los carruajes por la calle. Pero sabía que la que había llamado era Emma, era la única que lo hacía de ese modo.

—Destrozada. —Emma avanzó hasta colocarse detrás de William y rodearle la cintura con los brazos—. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

Él colocó sus grandes manos sobre las de ella y se las apretó con cariño.

—Se me llevan los demonios. Y lo peor es que no puedo evitar pensar que todo ese sufrimiento se lo he causado yo.

—Tú no sabías lo que iba a suceder. —Emma lo rodeó y se puso frente a él. Era mucho más alto que ella y tuvo que inclinar la cabeza para mirarlo a los ojos. Con sus pequeñas manos sujetó las solapas de la chaqueta—. Hiciste lo que creíste mejor para ella.

William negó con la cabeza y la rodeó por la cintura.

—Ese fue mi error. Creer que también lo hacía por ella cuando solo estaba pensando en mis ambiciones. Tú tenías razón desde el principio y me negué a escucharte. Cameron Relish no era bueno para ella, nunca lo hubiese sido.

—Todos los padres toman las decisiones con respecto a sus hijos pensando que son para bien. Si de algo se te puede acusar, es de querer lo mejor para los tuyos, siempre.

Foster agachó la cabeza y posó los labios sobre los de Emma. La besó con toda la pasión, desesperación y agradecimiento que sentía por ella en aquellos momentos y fue correspondido de igual manera, como la mujer enamorada que era. Una vez finalizado el beso, apoyó la frente sobre su amante y la institutriz de sus hijas.

—No he sabido hacer feliz a ningún miembro de mi familia. A mi esposa no puedo amarla. A mi hija no he podido concederle el matrimonio que ella deseaba, y a ti, a ti no puedo tenerte.

Emma acarició el rostro de William con ternura. A ella también le hacía daño verlo casado con Elizabeth, pero no iba a añadir más dolor a su pena. No tenía derecho a reclamar nada. Desde el mismo momento en que se enamoró de él y aceptó sus atenciones, se convirtió en su amante. La que roba tiempo a la esposa, la que se esconde y oculta sus sentimientos, la que jamás disfrutaría de su amor con libertad.

—A mí ya me tienes.

—No como me gustaría.

Elizabeth había sido una compañera excelente durante los primeros años de matrimonio, pero tras el nacimiento de Maddison cambió. Se volvió frívola y despreocupada, no atendía a la pequeña como debiera y empezó a gastar cantidades desorbitadas de dinero en vestidos, joyas y demás fruslerías. No iba a justificar su comportamiento porque sabía lo inmoral que era, pero cuando contrató a Emma para atender a Maddy y comprobó el cariño con el que trataba a su hija y empezó a hablar con ella, a confiarle sus preocupaciones, comprendió que había encontrado en Emma aquello que su mujer no quería darle. Elizabeth no quería escuchar contrariedades, solo quería vivir en su nube de algodón, ajena a los problemas. Por ello, tras lo sucedido en el invernadero el otoño pasado y la horrible fiesta de la noche anterior, lo culpaba a él y a Maddison de que el nombre de la familia estuviese en boca de toda la sociedad de Londres.

—No te castigues —Emma lo sacó de sus pensamientos y una vez más con

las palabras perfectas—. Maddy entenderá que no quisiste hacerle daño. Me ha pedido que te busque, quiere hablar contigo.

—Ya es un avance. Hasta el momento no ha consentido que nadie que no fueras tú la acompañase.

—Pues no la hagas esperar. Tu hija te necesita.

William depositó un suave beso sobre sus labios antes de retirarse y subir presto las escaleras.

Tras llamar a la puerta y entrar en la estancia, lo destrozó ver el estado en el que estaba su hija. Se sentó al borde de la cama y con una de sus manos apretó las de la muchacha.

—Maddy, lamento que tengas que pasar por esto. Jamás pensé que este enlace te causaría tanto daño —murmuró mientras observaba impotente el sufrimiento de la joven.

—Ya no hay ningún enlace, padre. —Desvió los ojos de la ventana y los enfocó en él—. Quiero marcharme a Oxfordshire de nuevo. No puedo estar en Londres tras lo ocurrido.

William había temido que Maddison optara por huir, pero por mucho que entendiese su necesidad, haría todo lo posible por hacerle comprender que ella no había hecho nada malo, por lo tanto no tenía que esconderse.

—Tú no tienes nada de lo que avergonzarte, hija. Si alguien tiene que agachar las orejas y ocultarse del mundo, ese es el malnacido de Cameron Relish. No tú. Y ten por seguro que ya me he ocupado de ello.

—Pero, padre, todo Londres sabe que me deshonró, jamás contraeré matrimonio y viviré repudiada. Si en verdad me quiere, si comprende mi dolor, aléjeme de la capital. No me obligue a verlo casado con esa mujer.

William apretó los dientes ante la rabia que sentía. Sin embargo, le debía una salida digna a su hija y se la daría. Una nueva idea comenzó a rondar por su mente. Una demasiado buena como para no intentar llevarla a cabo.

—Te prometo que jamás tendrás que agachar la cabeza ante nadie. Por mi honor.

# CAPÍTULO 14

*No ensucies la fuente donde has apagado tu sed.*  
William Shakespeare.

**E**n mitad de la noche, tras el funeral del barón Dacre, lady Florence, Cameron y su esposa abandonaron Holland Park sin que nadie les viese, para trasladarse al apartamento de soltero que Cam había adquirido a espaldas de su familia y pagado el alquiler de varios meses gracias a la suerte en una mano de cartas. Era pequeño, de solo un dormitorio y decorado de forma austera. Evidenciaba el uso que Cameron daba de él y la baronesa viuda no se sorprendió de que su nuera se moviera por él como pez en el agua.

—Madre, puede ocupar el dormitorio. Nosotros nos las arreglaremos en el salón hasta que mañana pueda disponer de otra cama.

—No permaneceré en este antro de lujuria y vergüenza —dijo Florence, que miraba con asco todo lo que había a su alrededor.

—Quizá la calle le resulte más atrayente, pues —contestó desvergonzada Lilith.

—De momento es nuestra única opción —intervino Cameron para evitar un nuevo enfrentamiento entre las dos mujeres—. Mañana venderé algunas de las joyas que hemos sacado de la casa para tener más dinero en efectivo, aparte de lo poco que disponemos en nuestras cuentas bancarias, y visitaré a un par de amigos que me deben algunos favores.

—No quiero estar en Londres cuando se corra la voz de que William Foster nos ha dejado en la calle. Durante el funeral, mi primo se ha ofrecido a acogerme en su casa en Yorkshire. Mañana mismo partiré con él.

—Excelente noticia. Una boca menos que alimentar —intervino Lilith, que no desaprovechaba la oportunidad de fastidiar a su suegra.

—Debo darte la enhorabuena de nuevo, hijo, por tu sabia elección a la hora de elegir esposa —añadió la baronesa con ironía.

Cameron guardó silencio y se acercó hasta la ventana del pequeño

apartamento. Escuchó a su espalda las recriminaciones de ambas mujeres y se sumió más en el infierno en el que se encontraba. Se imaginó cómo hubiese sido su vida si tal y como estaba previsto se hubiese prometido con Maddison. Y una vez más, pensó en cómo estaría ella. Durante el funeral había aprovechado cuando Alfred Kinsale se había acercado a darle el pésame para saber algo acerca de Maddison. Sabía que Alfred y Rebecca, la mejor amiga de Maddy, estaban prometidos. Por lo que esperó que tuviese noticias de la joven. Sin embargo, fueron mucho peor las palabras que escuchó de sus labios que la incertidumbre que lo angustiaba. Según Kinsale, Maddison se negaba a recibir visitas y estaba recluida en su habitación. ¿Qué podía esperar de un comportamiento tan ruin como el que había tenido? Ella merecía una explicación, pero sobre todo una disculpa. Sin embargo, ahora urgía solucionar su situación económica. Hablaría con su mejor amigo, Harald, y se ofrecería para llevar sus negocios. Pese a sus correrías, había sido bueno en sus estudios y tenía muy buena formación. Sea como fuere, alguna salida debía encontrar.

Al día siguiente, Cameron salió temprano del apartamento para hablar con Harald. Que no fuera recibido con agrado por la familia de su amigo no fue una sorpresa y que, por supuesto, su padre le negase cualquier ayuda tampoco. Su amigo se excusó por el comportamiento de sus padres, pero nada podía hacer excepto ofrecerle dinero por si lo necesitaban, opción que Cameron rechazó. Puede que estuviese arruinado, pero todavía tenía orgullo. Costara lo que costase lograría salir adelante.

El marqués Cavendish recibió a William en el despacho privado de su club. De algún modo había estado esperando su visita. Se saludaron con afecto y lo invitó a tomar asiento.

—El rumor de que ahora puedes disponer de todas las propiedades de los Relish ha corrido como la pólvora por todo Londres. —Arthur tendió una copa de brandy a su invitado y se sentó frente a él.

—No puedo decir que lo lamente.

—He oído que la baronesa viuda se traslada con un familiar lejos de Londres, y que el barón está buscando ayuda entre sus contactos.

—Sí. Me mantienen informado. Algunos de esos contactos ya están avisados de que no deben ceder a sus... solicitudes.

—Permíteme decirte que eres un enemigo implacable —sonrió el marqués.

—Cuando se trata de mis hijas, sí. Y ese bastardo ha hundido a Maddison.

—¿Cómo está ella? —se preocupó el marqués con sinceridad.

—Destrozada. No quiere salir de su habitación. —William se frotó la frente—. Me ha pedido volver a Oxfordshire, no quiere seguir viviendo en Londres. Se suponía que esta iba a ser su primera y última temporada como joven casadera, que disfrutaría de las fiestas de la alta sociedad y que se desposaría con un joven que la haría feliz.

—Lo siento mucho por ella. No merecía lo sucedido.

—Si Relish quería vengarse de mí, no lo podía haber hecho mejor —admitió William.

—Sí, pero es posible que él haya salido peor parado. Ha perdido todos los privilegios que le otorgaba su título, nadie querrá relacionarse con él y lo has dejado en la calle. El hambre y la necesidad son peores que el desengaño amoroso.

—Con mi hija tampoco querrán relacionarse. La comprometió y la repudió públicamente el día de la fiesta de su compromiso. Maddison está abocada a la soledad y, por ende, a la soltería.

Arthur sabía que William tenía razón. Conocía demasiado bien la vida de la alta sociedad y sabía que bastaba con un pequeño rumor para destrozarse la honorabilidad y el respeto de una persona. Y no era el caso de Maddison, a ella la había visto todo el mundo en brazos del joven barón y en una situación que no se prestaba a equívocos.

—Ahora, quizá el problema se antoja demasiado grande y no te deja ver una solución, pero con el tiempo, estoy seguro de que alguien se dará cuenta de lo dulce, inteligente y preciosa que es tu hija.

William ocultó la sonrisa tras el vaso de brandy, ya tenía a Arthur Bakley, marqués Cavendish, donde quería.

—Es posible que ya haya encontrado a esa persona.

Arthur mostró primero sorpresa, pero al momento recelo. Conocía demasiado bien a William y sabía que no daba puntada sin hilo.

—¿Y quién es él? Si puede saberse.

—Es un hombre honrado, de palabra. Que jamás le hará daño a mi hija y que velará por sus intereses. Además, con su título acallará todo tipo de rumores sobre ella, sabrá protegerla.

—Todo un dechado de virtudes, sin duda. ¿Algo malo a destacar? —le

siguió el juego el marqués.

—Ha sufrido demasiado y cree que no está preparado para tomar otra mujer.

—Es que no lo está —respondió Arthur con severidad.

—Ni mi hija tampoco para desposarse tan pronto con otro hombre. Sin embargo, lo necesita.

—Me estás pidiendo que me despose con Maddison —afirmó.

—Sí —dijo sin rodeos—. ¿Qué daño puede hacerte tomarla como esposa? Eres un hombre respetable y es justo esa respetabilidad lo que ella más necesita ahora mismo.

—No podré amarla. Jamás amaré a nadie como amé a mi esposa.

—Y es muy posible que ella a ti tampoco. Pero, y disculpa si te parezco demasiado sincero, necesitas herederos que reciban tu marquesado, que se hagan cargo de todos tus bienes.

—No quiero tener hijos. Tuve dos y fallecieron. No me importa mi marquesado, ni que los holgazanes de los hijos de mi difunto hermano hereden el título y las tierras. No me importa nada en absoluto porque cuando yo muera, no estaré para verlo.

—Para no importarte te tomas muchas molestias cuidando de tus inversiones y de los negocios.

—Necesito tener la mente ocupada para no pensar en lo que perdí, para que se me olvide desear morir a cada instante.

—Si no te importa nada, si te da lo mismo que todo se eche a perder, que sea Maddison quien lo reciba. Sabes que es una muchacha dulce, inteligente y preciosa que no merece lo que le ha sucedido —repitió William sus palabras—. Si aprecias a mi hija como creo, comprenderás que eres su única opción.

Arthur se levantó del sillón y se acercó a la chimenea. Maldito fuera William Foster y maldito él por dejarse embaucar.

—No puedo darte una respuesta ahora.

—Lo entiendo. —William se levantó y se acercó hasta el marqués—. Quiero que sepas que con independencia de tu decisión, te seguiré considerando mi amigo.

—Maldito seas, William... —murmuró Arthur.

Foster salió del despacho de Arthur con la certeza de que el matrimonio de Maddison era un hecho. Y no fue el único.

Cuando Cameron llegó a su apartamento ya era noche cerrada y su madre había partido. No encontró ni siquiera una carta de despedida, ni un adiós en boca de Lilith, nada. No pudo evitar la misma sensación que había tenido desde niño de que ansiaba desembarazarse de él. Se quitó la chaqueta y aflojó el nudo de su pañuelo, que parecía querer asfixiarlo.

—¿Has conseguido dinero? ¿Alguien se ha ofrecido a ayudarte? —Lilith se acercó hasta él para acosarlo a preguntas.

—Nadie quiere ayudar a un barón caído en desgracia como es mi caso.

—Pero no puede ser. Tiene que haber alguien al que acudir. Habla con William Foster, dile que estoy embarazada y que necesitamos un hogar en condiciones para nuestro hijo.

Cameron la miró sorprendido.

—Pero no lo estás. Al menos de mí. —Ya había tenido cuidado él de eso.

—No, pero podría estarlo —se acercó y comenzó a desabotonar la camisa—. Necesito cubrir ciertas necesidades a las que he estado acostumbrada últimamente.

Cam no pudo soportar su contacto y se apartó de ella.

—Si son económicas, no puedo ayudarte.

—Tienes que hacerlo. Eres mi esposo y prometiste mantenerme.

—Pues ya ves. Ni para eso valgo.

—Si no lo haces tú, buscaré a alguien que sí lo haga —lo amenazó sin pudor.

Cameron se encogió de hombros.

—Si crees que así puedes mantenerte, adelante. —Cogió de nuevo su chaqueta y salió de aquel apartamento que lo asfixiaba—. Una boca menos que alimentar.

Anduvo por las calles de Londres, recordando mentalmente a cuántas de sus amistades había visitado o le faltaban por visitar, cuando se vio de pie frente al Whites Gentlemen's Club. Su inconsciente lo había llevado hasta allí porque sabía que muchos de sus conocidos acostumbraban a visitarlo prácticamente todas las noches. Inspiró hondo y se preparó para los desplantes y comentarios ladinos, pero eso no lo detuvo para entrar. Tal y como había previsto, los rumores se sucedieron a su paso. Muchos le dieron la espalda y otros lo miraron por encima del hombro. Los obvió a todos hasta llegar a la estancia en la que acostumbraba a reunirse con sus amigos. Y allí estaban,

Harald entre ellos. En cuanto lo vieron, enmudecieron, pero él fingió no haberse dado cuenta de lo que su presencia había enfriado el ambiente.

—Caballeros —los saludó.

—Relish. —Harald se levantó para saludarlo, pero el resto permanecieron sentados.

—¿De qué hablabais? Se os veía muy locuaces. —Cameron tomó asiento junto a Harald.

—No creo que sea de tu incumbencia —respondió uno de ellos.

—Quizá os podría aportar información de primera mano —atacó consciente de que él y sus asuntos personales eran el tema de conversación.

Uno de ellos se levantó en silencio y salió de la estancia con discreción. Al momento lo siguieron varios más, hasta que solo quedaron dos aparte de Harald y él.

—No deberías estar aquí. No se te debería permitir el paso a un club tan selecto como este. Me encargaré de quejarme al dueño para que se te prohíba la entrada —sentenció el hijo del duque de Somerset.

Cameron apretó los dientes y se incorporó en la silla dispuesto a acallar de un puñetazo al que hasta entonces había considerado como uno más de sus amigos, pero la aparición del marqués Cavendish impidió que aquella reunión acabase en reyerta.

—Lord Cameron, si es tan amable, acompáñeme. —La voz del marqués no dio opción a desobedecer.

Con una última mirada amenazante, Cameron abandonó aquella estancia para seguir al dueño del club. Tal y como hizo Arthur con William, guio a Cameron hasta su despacho. Una vez dentro, se dirigió hasta la licorera.

—¿Una copa? —ofreció.

—O la botella entera.

Arthur sonrió y sirvió dos vasos de whisky. Se acercó hasta Cameron y se lo tendió antes de invitarlo a tomar asiento.

—No sé si considerarle un valiente o un completo inconsciente por haberse acercado hasta aquí.

Cameron bebió del vaso y sintió como el líquido quemaba su garganta.

—No tengo nada que perder, lo único que puedo hacer es usar todas las balas para intentar salir adelante —se justificó ante él.

—Eso es algo que tendría que haber previsto antes de montar todo el circo que montó.

—Si hubiese sabido la situación de mi familia, no le quepa duda que ahora mismo estaría prometido con Maddison Foster.

Arthur no supo por qué, pero que la única opción favorable que considerase el joven Relish para desposarse con Maddison fuese la económica lo disgustó.

—Ella no merecía ese escarnio público —la defendió.

—No —convino Cameron antes de apurar su copa. Movi6 el vaso y escuch6 el hielo tintinear. Las palabras brotaron de sus labios sin que pudiese detenerlas—. Jamás olvidaré la decepción de sus ojos. Esos ojos que a veces, cuando le daba el sol eran dorados y otras verdes. Esos que siempre me habían mirado con admiración. Permanecerá grabada en mi mente su imagen destrozada, las lágrimas que yo causé.

El marqués lo observó con atención.

—Ella estaba enamorada y usted le hizo creer que era correspondida.

—No sé cómo lo pude conseguir, porque mi carácter siempre ha jugado en contra. Desde hace años me empeñé en decepcionarla.

—Enhorabuena. Por fin lo ha conseguido.

El sabor de esta victoria le supo amargo.

—Ahora ya no importa, pago por todo ello y lo haré toda mi vida. Tenemos que ser lo suficientemente hombres para acarrear con las consecuencias de nuestros actos y yo llevo a mis espaldas la muerte de mi padre y la desgracia de una buena mujer.

Arthur no pudo estar más de acuerdo.

—¿Qué ha venido a buscar a mi club?

—Necesito salir adelante. No me queda nada, solo tengo mi cabeza y mis manos para poder subsistir.

—Puede decir claramente que buscaba empleo sin tanto rodeo.

Cameron se sentía humillado, pero el marqués estaba en lo cierto y a estas alturas ni emocional ni econ6micamente tenía nada que perder.

—Tenía algunos amigos, si es que pueden considerarse así, que me debían algunos favores. Pensé que podría cobrármelos.

—Pensó mal. Ahora es un paria de la sociedad, nadie de la élite querrá codearse con usted.

—Entiendo que usted tampoco —Cameron se levantó dispuesto a marcharse.

—Yo no soy como los demás. Que tenga negocios y me haya alejado de la

vida social son un claro ejemplo. Tome asiento —ordenó con voz calmada.

Cameron solo tuvo que pensar en lo poco que le apetecía regresar a la que ahora era su casa antes de obedecer al marqués.

—¿Por qué le resultaba tan repugnante la idea de desposarse con la muchacha?

Cameron hizo una cara de disgusto cuando escuchó la palabra *repugnante*.

—Maddison es la esposa que todo hombre podría desear. No tiene nada que ver con mi decisión, no ha sido por ella. —Arthur añadió más licor al vaso de Cameron y esperó a que se explicara—. Es una joven demasiado buena, en ocasiones hasta me molestaba que siempre tratase de ver el lado positivo de las cosas. Creo que es la única persona que me ha tenido estima y que tenía las expectativas tan altas conmigo. Ni siquiera mis padres confiaron nunca en mí. Me sentí ahogado por su constante presión y no ayudó que William Foster estuviese siempre vigilando mis espaldas.

—Así que decidió retarles —añadió Arthur.

—Fue un acto de rebeldía.

—Fue un gesto sumamente infantil que ya ha empezado a pagar.

Cam asintió, ¿qué otra cosa podía hacer? Tras unos minutos de silencio, confesó lo que ya intuyó la primera vez que la vio.

—No la merecía. —Cameron levantó la cabeza y miró directamente a los ojos del marqués—. Ni ella merecía lo poco que yo, emocionalmente, podría aportarle. Ni soportar el egoísmo de un hombre como yo.

—Sin embargo, ella creyó que sí, que usted podría hacerla feliz, y la considero una muchacha muy inteligente.

—¿Piensa que la hubiese hecho feliz? —al darse cuenta del anhelo en su pregunta, se avergonzó—. Da lo mismo. No responda, es demasiado tarde.

Pero desoyendo las palabras de Cameron, el marqués contestó.

—Creo que no solo la hubiese hecho feliz, sino que ella le habría dado el sentido que busca en la vida. Habría sido una compañera perfecta para usted. —Arthur vio el momento exacto en que sus palabras hacían comprender al joven barón el alcance de su error, y ya no por el tema económico. Vio cómo se le descompuso el gesto y como veía desde otro punto las consecuencias de sus actos—. Le voy a ayudar —resolvió Arthur.

Las palabras del marqués lo sobresaltaron.

—¿Cómo podría ayudarme? —murmuró hundido.

—Ofreciéndole lo que ha venido a buscar. Seamos sinceros, nadie en su

sano juicio accederá a tenderle una mano y menos aquí, en Londres. Yo le ofrezco trabajar para mí, pero lejos. Hace poco empecé a negociar con varios proveedores en las Indias Orientales y necesito a alguien que tenga formación y haya sido educado por los más prestigiosos colegios para que esa persona sea mi contacto con los demás comerciantes.

Tras unos minutos de silencio, en los que Cameron intentó asimilar la situación, encaró al marqués con recelo.

—¿Y qué quiere a cambio?

—Quiero total y absoluta lealtad. Allí estará, además, a las órdenes de mi capataz para acatar cuantas tareas considere necesarias. No piense que será fácil. Y si me entero, porque tenga por seguro de que lo haré, de que intenta jugármela, dudo que vuelva a visitar Londres. En cambio, si accede y me promete fidelidad absoluta, le aseguro un salario más que digno y una salida honrada a su situación. ¿Qué me dice?

Cameron solo tuvo que pensarlo unos pocos segundos para comprender que no tenía opción.

—¿Cuándo partiré?

# CAPÍTULO 15

*Lágrimas hay para su afecto, gozo para su fortuna, honra para su valor y muerte para su ambición.*

William Shakespeare.

Cameron embarcó de madrugada en uno de los navíos del marqués, junto a su disgustada esposa, hacia las Indias Orientales. Habían pasado cinco días desde la fatídica fiesta de compromiso y todavía no podía creer el cambio que había dado su vida. Desde el momento en que se casó con Lilith supo que su rutina se vería alterada, pero dentro de lo posible esperaba continuar con su ritmo de vida. Jamás esperó que conllevara la muerte de su padre y mucho menos la ruina económica y por lo tanto social de su familia.

A su lado, Lilith protestó de nuevo por su decisión de abandonar Londres, pero era igual de consciente o más que Cameron de que allí estaban vetados. Mientras el barco se alejaba del puerto, miró por última vez la ciudad y pensó en Maddison. Había tenido la osadía de acercarse a su casa en Chester Square con la esperanza de poder verla, excusarse y comprobar cómo se encontraba. Pero no tuvo esa suerte. Nadie salió de la mansión a excepción de algunos criados, entre ellos la institutriz de Maddy. Contra todo sentido común, se acercó hasta ella y la llevó a un lado del callejón.

—Señora Emma —susurró.

La mujer, asustada, estuvo a punto de proferir un grito. Pero él se encargó de calmarla, o al menos esa fue su intención.

—Lamento haberla asaltado.

—No lo suficiente, porque si no se habría detenido a tiempo. ¿Qué quiere?  
—dijo con desprecio.

—¿Cómo está Maddison? —La vergüenza no impidió que fuese al grano.

—No intente hacerme creer que le importa —contestó indignada.

—Sé que no podré verla.

—Por supuesto que no —lo interrumpió.

—Sé que no podré verla —repitió—, pero no podía marcharme sin decirle una vez más que lo siento.

—Sus palabras no tienen ninguna credibilidad, barón Dacre. Ahórrese lo que sea que ha venido a decir. —Emma intentó apartarse y salir de nuevo a la avenida principal, pero él le impidió el paso de nuevo.

—Espere un momento, por favor. Solo dígame que lamento haberle destrozado la vida y que si fuese ahora, haría todo lo posible para no lastimarla.

—Por supuesto que no lo haría, porque ahora sabe que si el enlace con ella se hubiese realizado, no se encontraría en esta situación.

—Al margen de eso y de lo que mis actos han desencadenado, lamento haberme comportado así con Maddison. Si hay una víctima en todo esto es ella, no yo. Por favor, hágasele saber.

Se encajó el sombrero y subió las solapas de su abrigo antes de salir del callejón y de que William lo descubriese.

Cuando la ciudad ya no era nada más que un punto en la lejanía, giró sobre sus talones y bajó a su humilde camarote.

Maddison lloró desconsolada cuando Emma decidió trasladarle las palabras del barón. Había dudado si hacerlo o no, pero finalmente concluyó que a ella le hubiese gustado saberlo de estar en su lugar. Y la joven siguió llorando en silencio con la noticia de que Cameron había abandonado Londres. Nadie sabía con exactitud hacia dónde, ya que su huida —como algunos la calificaban— había sido planeada con extrema discreción. Los rumores lo situaban viajando hacia Francia, otros en España, pero nadie fue capaz de descubrir su destino. De eso ya se había encargado el marqués Cavendish.

El sentimiento de Maddy se debatía entre la tristeza y el alivio de saber que no se lo encontraría por la calle con su esposa. Que no lo volvería a ver del brazo de aquella mujer. Pero su corazón, roto, lloraba su ausencia, su pena.

—Ha sido lo mejor. —Emma la peinaba frente al tocador mientras la mirada de Maddison estaba perdida en el espejo y las lágrimas se derramaban por su rostro—. Ahora puedes salir a la calle sin miedo a encontrártelo. No sufrirás al verlo con ella —dijo con tiento.

—Sufro cuando me lo imagino, cuando lo pienso —murmuró con tristeza.

—Pero es mucho peor verlo, querida. Créeme.

Maddison levantó los ojos y miró a Emma.

—¿Es eso lo que te ocurrió? ¿Él te dejó por otra mujer?

La institutriz enrojeció y ante el nerviosismo que le produjo la pregunta, el peine resbaló de sus manos.

—Él está casado con otra mujer, sí —respondió al fin.

—¿Todavía lo amas?

Emma dudó si responder, pero finalmente asintió.

—¿Por eso no quieres desposarte con nadie? —insistió Maddy.

La institutriz sonrió con tristeza.

—Nadie me lo ha pedido, cielo.

—Pero si algún caballero lo hiciese, ¿aceptarías?

—Es posible que hace unos años me lo hubiese planteado. Cuando todavía tenía esperanza de tener hijos y de formar una familia propia. Ahora ya no, Maddy, ahora soy toda una solterona.

—Mi futuro se me antoja como el tuyo —concluyó.

—Algo me dice que no será así, mi niña. Te mereces ser feliz.

—Tú eres un ejemplo de que no todos obtenemos lo que merecemos.

—Escúchame, Maddison. —La tomó de los hombros y la obligó a girarse para que la mirara de frente—. Soy feliz. No deseo estar en otro sitio que aquí, no soportaría estar alejada de esta familia, ¿entiendes? He aprendido a buscar mi felicidad y a conformarme. Tú debes hacer lo mismo. Por favor, hazlo por mí.

La joven la miró con la misma desilusión y desgana con la que miraba la vida desde hacía cinco largos y espantosos días, pero vio tanta esperanza en Emma que no pudo más que asentir.

William estaba en la biblioteca leyendo la poca información que le habían proporcionado sus contactos sobre el paradero de Cameron Relish cuando le avisaron de la inesperada visita del marqués Cavendish. Cuando Arthur entró y vio todas las hojas esparcidas por la mesa, al instante supo qué estaba indagando. Tras los saludos iniciales, tomó asiento frente a su escritorio.

—¿Has averiguado algo? —Arthur señaló los papeles y sonrió ante el ceño fruncido de su amigo.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra —dijo malhumorado.

—Creí que te alegraría haberte deshecho de él.

—Te equivocas. Quería verlo sufrir, desmoronarse e incluso llegar al punto

en que se rebajase y tuviese que pedirme ayuda.

Arthur soltó una carcajada que todavía molestó más a William.

—Al menos espero que mi visita mejore tu humor.

—Eso no depende de mí. —William se recostó en el sillón, enlazó las manos y contempló al marqués con atención.

—Entonces decirte que debes empezar a preparar un enlace quizá sí lo haga.

William sonrió como hacía días que no lo hacía.

—No podría haber noticia mejor. —William se levantó y estrechó la mano de su futuro yerno.

—Solo tengo una condición —informó Arthur—. Quiero ser yo quien informe a Maddison de nuestro compromiso.

William dudó, en aquellos momentos la estabilidad emocional de su hija estaba al borde de un precipicio y temía que la noticia de un matrimonio no deseado la hiciese caer del todo en un abismo de autodestrucción. Él la convencería con buenos argumentos, resaltaría todo lo positivo que aquel matrimonio le aportaría y lo haría con todo el cariño que el amor de padre le otorgaba. Pero no tenía ni idea de cuáles serían las palabras que Arthur ni de si serían convenientes o no. No obstante, el marqués se mostró implacable.

—Será mejor que vayas a buscarla —lo acicateó.

—¿Ahora mismo? —William se sorprendió de la premura de Arthur.

—Confiaste en mí para entregarme a tu hija en matrimonio. Deja que te demuestre que no estás equivocado.

Tras pensarlo durante unos instantes accedió.

—Está bien. —William llamó al mayordomo y solicitó la presencia de Maddison en la biblioteca.

—A solas, Foster. Hablaré con Maddison a solas.

—No creo que sea muy conveniente.

—Viejo amigo, ni a ti ni a mí nos importa el qué dirán. Es poco lo que te pido a cambio de mucho —le recordó.

—Solo te pediré que tengas mucho tacto. Maddison está sufriendo y no quiero que esto suponga una angustia añadida. Es pronto para hablarle de un nuevo compromiso, sin embargo he de hacerlo por su bien.

—Para tu tranquilidad, te diré que lo último que haría sería lastimar a mi futura esposa.

Maddison llamó con delicadeza y esperó. El permiso para entrar del otro lado no llegó. Para su sorpresa, su propio padre abrió la puerta, la besó en la frente y con suavidad la condujo dentro del despacho. Antes de marcharse, se inclinó y susurró en su oído que no se preocupase. Giró sobre sus talones y la dejó a solas con Arthur.

—Lord Cavendish —murmuró la joven e hizo una perfecta reverencia.

—Señorita Maddison. —Arthur caminó hacia ella, tomó una de sus frías y delicadas manos y depositó un suave beso sobre el dorso—. Tome asiento, por favor.

Ante la frialdad que mostraba su piel, la acomodó cerca de la chimenea e hizo lo propio frente a ella.

—No haré preguntas banales cuya respuesta es obvia.

—Se lo agradezco.

Arthur la observó. No quedaba nada de la muchacha ilusionada que él había conocido. Seguía manteniendo el porte que la estricta educación le había otorgado, pero no había brillo de emoción en sus ojos. Estaba apagada, sin alegría, sin color, como una planta sin flor.

—¿Sabe? Cuando falleció mi esposa y con ella mis dos hijos, recibí infinidad de visitas que yo no deseaba. Solo ansiaba estar solo con mi pena y que nadie me molestase.

Maddy abrió los ojos como platos ante su sinceridad y Arthur comprobó que había captado su atención.

—Amaba a mi esposa más que a nada en este mundo y deseaba aquellos niños como jamás pensé que se podría desear nada. Soy marqués y pocas cosas no puedo conseguir —dijo con ironía—. En cuanto Amelia descubrió que estaba embarazada, la dicha nos embargó. Sin embargo, desde el principio fue una gestación complicada. Los médicos nos aconsejaron interrumpir el embarazo, por la salud de la madre y del niño. Todavía no sabíamos que eran mellizos. —Arthur guardó unos segundos de silencio para retomar la historia sin derrumbarse y Maddison no se atrevió a interrumpirle—. El caso es que la presión de la sociedad hizo que desoyéramos los consejos del médico aun cuando yo estaba decidido a obedecerle. Pero no fue así, cedí a la presión social y me convencí de que no pasaría nada malo. Al fin y al cabo nacen niños todos los días y yo pagaba a los mejores especialistas para que nos visitaran casi a diario. Un marqués debe tener descendencia, alguien que herede su título y sus posesiones y siga la línea de sucesión. Ese sermón lo

escuché desde que heredé el marquesado. No le diré cuántas veces lamenté mi decisión de seguir adelante, ni cuántas veces me odié —y lo sigo haciendo— por haber escuchado las opiniones de los demás en lugar de haber hecho lo que yo consideraba, aunque hubiese supuesto enfrentarme a muchos de aquellos «amigos» que opinan a la ligera y condenan y castigan actos ajenos, mientras que no son capaces de reconocer sus pecados.

Maddy sintió un nudo que atenazaba su estómago ante el sufrimiento y la culpa que cargaba aquel hombre.

—Nadie puede culparle —se atrevió a decir.

—Me culpo yo. Fui egoísta y no calculé las consecuencias. Perdí todo lo que era importante para mí.

—Todavía no podemos prever el futuro, lord Cavendish. Si así fuese, no habría errores que enmendar ni sufrimientos que paliar.

Arthur sonrió ante la inteligencia de la joven y el buen acierto al elegir sus palabras.

—Correcto.

En aquel momento Maddison se dio cuenta de que aquel consejo bien se lo podría aplicar. Cameron la había abandonado por otra mujer, se había casado con ella y la había exhibido delante de la flor y nata de Londres. La enamoró para luego burlarse de ella públicamente y ahora ella le lloraba por todos los rincones. Se sintió más ridícula que nunca. Porque muchos de aquellos que presenciaron su vergüenza ahora estarían regocijándose de su dolor, y ella, con cada lágrima, no hacía más que darles la razón.

—Querida Maddison, usted tampoco sabía lo qué iba a ocurrir. Ambos hemos sido víctimas de la vida y sus circunstancias.

—En mi caso, he sido víctima de Cameron Relish —expresó con rapidez.

Arthur comprendió que Maddison estaba llegando a la segunda fase de su particular duelo. Primero sobrevenían la pena y la tristeza, la autocompasión. Pero luego venían la rabia y el despecho, la desesperación. Particularmente, él la prefería en ese estado que tan destrozada.

—Solo nosotros podemos decidir si deseamos seguir siendo víctimas o, por el contrario, afrontar lo sucedido y seguir adelante.

—No quiero ser más una víctima —contestó ella con presteza—. No quiero la conmiseración de nadie.

—Me alegra oír eso porque si estoy aquí es para ofrecerle una salida a su situación. Una que me halagaría que aceptara y que me permitiría ayudarla, no

solo ahora. También en un futuro.

—No le entiendo —dudó la joven.

Arthur se levantó y caminó los escasos pasos que les separaban hasta hincar una rodilla a los pies de la joven, que conmocionada, dejó que el marqués le cogiese la mano.

—Estoy aquí para pedirla en matrimonio, querida Maddison. Estoy aquí para convertirla en marquesa y que nadie ose siquiera a mirarla con desdén. Estoy aquí para acallar bocas y ofrecerle una libertad que jamás soñó tener, porque además de mi esposa, será mi compañera, mi amiga y, tras nuestra conversación, también mi confidente. A cambio, prometo hacerla lo más feliz que pueda dentro de nuestras limitaciones sentimentales. —Arthur guardó silencio para que ella asimilase sus palabras antes de proceder a hacerle la proposición—. Señorita Maddison Foster, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

La cabeza de Maddy daba vueltas. Tras estar convencida de que su destino sería cuidar de su madre y recluirse en la casa de campo de Oxfordshire, un nuevo futuro se abría ante sus ojos. Uno en el que no tendría que soportar más los comentarios ácidos de su madre y en el que le demostraría a Cameron que no le había destrozado la vida. Uno en el que podría volver a sentirse viva. Levantó la cabeza y enfrentó la mirada comprensiva del marqués. Porque con aquella proposición le había abierto muchas puertas, la primera, la de darle la confianza suficiente como para decidir si aceptaba ese matrimonio o no, aunque en realidad no tuviese opción. Y la segunda, la posibilidad de resarcir su orgullo.

—Será un honor convertirme en su esposa, lord Cavendish.

# CAPÍTULO 16

*Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser.*  
William Shakespeare

La noticia del enlace del marqués Cavendish con la señorita Maddison Foster ocupó columnas y columnas en los periódicos de sociedad más importantes de Londres. Un mes después de la marcha de Cameron Relish, fue el propio Arthur quien hizo oficial con una nota de prensa su intención de contraer matrimonio con la hija de William Foster y anunciaba la fiesta de compromiso en su mansión. A partir de ese momento, la pareja pasó a suscitar todo tipo de comentarios. Si bien el marqués era un hombre discreto que se había mantenido alejado de la sociedad desde hacía años, entendían que buscara una esposa joven con la que poder tener por fin la descendencia deseada. Sin embargo, que la elegida fuese la joven Maddison, que había sido estigmatizada por su escandaloso romance con Cameron Relish, desató todo tipo de comentarios malintencionados. Algunos hacían alusión a que la joven ya estaba en cinta, y que como el marqués deseaba hijos, se haría cargo del bastardo y salvaría el honor de la muchacha. No obstante, nadie osó a hacer ningún tipo de crítica frente a los Foster ni frente al marqués, y estos optaron por hacer oídos sordos y planificar el enlace para no más tardar dos meses vista por la urgencia de Arthur de viajar de nuevo a América para atender sus negocios.

La noche de su segunda fiesta de compromiso, Maddison se miró en el espejo de su habitación mientras Emma ultimaba los detalles del vestido. La situación parecía tan similar a la anterior, pero emocionalmente era tan distinta... Nada tenía que ver la imagen que se reflejaba con la que tenía grabada en su retina del día en que se celebró la fiesta por su malogrado enlace con Cameron Relish. La emoción de aquella noche, las mariposas en el estómago, el latir desbocado de su corazón, nada de eso quedaba ya. Ahora existía la angustia de ser exhibida de nuevo en público. Dejó la elección del vestido en manos de la modista y de Emma, y apenas preguntó algunos detalles

de la fiesta. No se preocupó de nada más.

—Aunque no sonrías, sigues estando preciosa. —Emma la miró desde atrás con orgullo—. Pero te aconsejo que lo hagas.

—Más tarde, quizá. Ahora no tengo necesidad de fingir.

—No, conmigo jamás —convino Emma.

—Es un vestido bonito —comentó ausente.

A diferencia del otro atuendo, este era de color marfil con bordados en hilo de oro. La dotaba de elegancia y los destellos dorados ofrecían la luz de la que sus ojos carecían en aquel momento.

—Lo es más porque lo vistes tú.

Maddy miró a Emma con agradecimiento. Tras el anuncio de su boda con el marqués, su madre había decidido pasar de las recriminaciones a las advertencias para que no arruinara este importante enlace. No había nada de compasión ni de cariño en sus palabras. A veces, todavía intentaba recordar la última vez que la trató con afecto desinteresado. Tenía grabada en la memoria la vez que cayó sobre la mesilla de té y cómo se preocupó por ella. O como la había acariciado con mimo en aquella comida en el campo, o como le dio un beso en la mejilla tras aquella picadura de abeja que le dolía horrores y que Emma curó con barro. Curiosamente, en todas aquellas situaciones, siempre habían estado rodeadas de gente. El resto del tiempo se había dedicado a instruirla en la costura, la música y a obligarla a leer el manual de la buena esposa. Nada más.

—Cuando padre te contrató, decidió darme una segunda madre —sentenció con sinceridad.

Maddy no sabía hasta qué punto las palabras que había pronunciado eran ciertas. Ni lo que habían afectado a Emma, que sin poder evitarlo, dejó que las lágrimas se derramaran por su rostro. Llegó cuando Maddison era una niña de cinco años que nada más deseaba estar en sus brazos y obtener mimos. Si para ello debía comportarse como alguien mucho más maduro de su edad, lo hacía. Dos años después, cuando Emma ya se había enamorado de William, nació Eleanor. Fue un mazazo tan grande saber que Elizabeth estaba embarazada que se plantó en el despacho de su señor para informarle de que abandonaba su empleo. Hasta ese momento, nada comprometido había sucedido entre ellos, pero existía la suficiente complicidad y confianza como para que ella lo pusiese al tanto de su necesidad de marcharse. William no se lo permitió. Cuando vio la alarma en sus ojos ante sus intenciones de marcharse, la

presionó, como solo él sabía hacer, para que hablara. Jamás se había sentido tan feliz y desdichada al mismo tiempo. Feliz por saber que William compartía sus sentimientos, y desdichada porque supo que nunca sería suyo. Sin embargo, solo tuvo que tomar en brazos a la pequeña Eleanor cuando nació, para saber que al igual que su hermana, le había robado otra parte de su corazón.

—Emma —se preocupó, Maddison—, no quise hacerte daño. Disculpa si con mis palabras desaté malos recuerdos.

—No. No es eso, mi niña. Me emociona que me consideres así porque yo te quiero como si fueses mi hija, y a Eleanor también.

Como si sus palabras la hubiesen conjurado, el terremoto de su hermana pequeña entró en la habitación y las sorprendió abrazadas, llorando.

—¡Oh, Dios! ¿El marqués también se ha fugado? —Eleanor se acercó hasta ellas, preocupada, y se unió al abrazo. A sus diez años, todavía era la niña inquieta que los llevaba a todos de cabeza—. No importa, Maddy. Él se lo pierde.

Maddison no sabía si reír o llorar, así que dejó el asunto en manos de Emma.

—Eleanor Marie Foster, ¿cómo se te ocurre semejante idea? El marqués es un caballero de palabra.

—¿Por qué lloráis las dos, pues? —las miró ceñuda.

—De la emoción. ¿Verdad que tu hermana está hermosa?

El semblante de la niña cambió por completo y la miró con admiración.

—¡Oh, Maddy! ¿Cuándo sea mayor me dejarás este vestido? Es tan bonito, ojalá me permitiesen asistir al baile. Prométeme que me lo contarás con todo lujo de detalles.

Muy a su pesar, Maddison sonrió.

—Te doy mi palabra.

Emma acompañó a Eleanor a su habitación y dejó a solas a Maddison antes de volver a por ella y acompañarla abajo, donde las esperaba el coche para llevarlas a la mansión del marqués. Sola, ensayó frente al espejo una vez más la cara que debía mostrar a los invitados. Cada vez sentía más angustia y más nervios, pero a la vez, necesitaba hacer frente a todos aquellos que especulaban sobre ella. Su padre no lo sabía, pero había escuchado los rumores de que estaba embarazada de boca de los criados. Por ello, insistió en que Emma ajustara al máximo su corsé y delineara bien su figura, aunque a

nadie pasaría desapercibida su pérdida de peso. Colocó una de sus frías manos sobre la garganta, donde notaba latir el pulso desbocado e inspiró varias veces. Tomó la capa de terciopelo que descansaba sobre la silla de su tocador y se la echó por los hombros, se enfundó los largos guantes y justo cuando acababa de prepararse, Emma entró a por ella. Había llegado el momento.

Maddison llegó a la impresionante mansión del marqués, situada cerca de la abadía de Westminster, un poco más tarde de la hora prevista, tal y como su padre había calculado. La expectación por ver a la joven de nuevo había reunido a gran número de invitados, pero no todos los que quisieron obtuvieron la invitación para asistir. Arthur fue muy exquisito a la hora de elegirlos e hizo gala de su reputada fama de discreto. No quería que Maddison estuviese incómoda delante de personas poco cuidadosas que no dudaran en chismorrear frente a ella. Esperaba que la joven pudiese disfrutar de la noche de su compromiso y resarcirla por su anterior experiencia.

La primera diferencia con la otra fiesta fue notable al descender del carruaje y ver a lord Arthur aguardarla en las escaleras de acceso a la mansión. Los ojos azules del marqués la miraron con aprobación y ofreció una sonrisa tranquilizadora que ella correspondió con una especie de mueca que pretendía ser un gesto igual al del Arthur. Subió los escalones escoltada por Emma y del brazo de su padre. Elizabeth, que se apoyaba en el otro brazo de su marido, hizo una reverencia y esperó las palabras halagadoras de su futuro yerno.

—Señora Elizabeth —la saludó el marqués, pero de inmediato y sin ninguna lisonja, sus ojos se desviaron hacia los de la joven—. Señorita Maddison, es la estrella que más brilla en esta fría noche. —Tomó su mano y la enlazó en su brazo—. ¿Preparada? —Ella inspiró hondo y asintió.

Apenas era consciente de nada más que de su respiración y de la mano de Arthur sobre la suya prodigando ligeras palmadas para tratar de tranquilizarla. Vio las puertas abrirse, escuchó como los presentaban, y caminó del brazo de su prometido al tiempo que cantidad de rostros comenzaron a alabar la presencia del marqués y su buen gusto. No prestó atención a una sola de las alabanzas, se limitó a asentir y, sin ser consciente, apretar más fuerte el brazo de Arthur. Cuando se quiso dar cuenta, estaba en la pista de baile, entre sus

brazos, con sus ojos azules fijos en ella.

—Maddison —llamó su atención con delicadeza y dejó de lado el trato de cortesía. La vio parpadear al ver como una de sus manos se posaba en su cintura—. Es el momento del vals. ¿Estás preparada?

Ella asintió, pero no pudo evitar expresar sus temores.

—Es como si estuviese en medio de la niebla y no pudiese distinguir nada con precisión.

Arthur sonrió comprensivo, gesto que desató comentarios entre los invitados al ver al marqués regalar un guiño cariñoso a su futura esposa.

—No permitiré que te pierdas entre la bruma. Mantén los ojos fijos en mí.

La orquesta comenzó a sonar y ella a moverse por la pista de baile bajo la sabia y experimentada dirección de su prometido. No apartó los ojos de los de Arthur en ningún momento tal y como él había ordenado, y comenzó a relajarse entre sus brazos. Era su primer baile en sociedad y, sin embargo, él la hizo sentir como una experta. Jamás tendría palabras de agradecimiento suficientes.

### *Bangladesh, Indias Orientales*

*Junio 1876*

Cuando ya era de noche, Cameron llegó desde el puerto a la casa que le habían asignado como trabajador del marqués. Era una construcción humilde —acostumbrado a su casa en Holland Park—, pero de las más nuevas y cuidadas de Bangladesh. Además, no tenía que compartirla como les sucedía a los demás trabajadores. Solo el capataz y él contaban con vivienda propia, una deferencia más que agradecer a lord Cavendish.

Desde la madrugada había estado cargando fardos de tela de uno de sus barcos y haciendo inventario. A partir de la tarde, se había reunido con un par de comerciantes y el resto del día había transcurrido entre interminables negociaciones. Estaba cansado, famélico, y le ardían las manos, pero nunca se había sentido tan vivo y de tanta utilidad. Entró en la casa con la esperanza de que Lilith hubiese preparado algo de cena, pero comprobó que en la cocina no había nada y que, al igual que otras noches, ella tampoco estaba. No tenía que ser muy audaz para saber con quién o qué hacía su querida esposa. Había escuchado rumores, de los que no dudaba en absoluto, de que sabía ganarse los favores de los comerciantes más adinerados para satisfacer sus propios caprichos, y tenía muchos. Casi desde que llegaron la había visto lucir joyas y

vestidos nuevos que iban apareciendo en su habitación, una que por cierto ya ni compartían. No le recriminó su actitud ni tampoco fingió que le importara. Y ante la frialdad e indiferencia hacia su mujer, la gente comenzó a comprender que aquel era un matrimonio de conveniencia más, pactado por los motivos que fuesen, y que alejados de Londres no tenían la necesidad de fingir. Hacía tres meses que habían abandonado su país y poco o nada le importaba la reputación que allí se pudiese ganar su esposa. Él se preocuparía de que su trabajo fuese impecable y hablase por él, de ganarse el prestigio que sus acciones pasadas habían arruinado y de labrarse un futuro. Nada más.

Sacó de la despensa un poco de carne en salazón y un par de piezas de fruta. Se acercó hasta la mesa y tomó asiento para dar cuenta de la precaria cena. Fue entonces cuando se dio cuenta del periódico que había a un lado. Sabía que Lilith tenía contacto con todo aquel que pudiese informarla sobre los dimes y diretes de la sociedad londinense. Y que aunque con retraso, procuraba hacerse con ejemplares de las columnas de sociedad. Cameron no había querido leer nada y había ordenado que ella los guardara en su habitación, lejos de su mirada. Sabía que su nombre había ocupado páginas enteras y no le interesaba lo que pudiesen opinar de él y de su situación. Sin embargo, el hecho de que aquel ejemplar estuviese tan a la vista llamó su atención, y que el nombre de Maddison se pudiese leer con suficiente claridad hizo que estirara el brazo y cogiera las hojas con excesiva fuerza. Estaba fechado hacía tres meses, leyó con avidez hasta que asimiló aquella nota de prensa en la que se informaba del inminente matrimonio del marqués Cavendish con la señorita Maddison Foster. Contrariado, dejó el diario sobre la mesa, ya sin rastro de apetito. ¿Lord Cavendish se casaba con ella? ¿Qué clase de farsa era esa? Ante la noticia, se sintió inconvenientemente estafado. Arthur Bakley se había deshecho de él, lo había enviado lejos, y ahora se iba a casar con su exprometida. De hecho, quizá ya hubiesen contraído matrimonio. Se le revolvió el estómago. Inspiró hondo y trató de ordenar sus pensamientos, puesto que sus sentimientos iban por otros derroteros. El caso es que no tenía ningún derecho a enfadarse, a recriminarles nada a ninguno de los dos. Maddy merecía rehacer su vida, merecía un hombre que la cuidara y la valorara, que le diera el prestigio que él le había robado. En definitiva, necesitaba al marqués Cavendish. Nada más que por su posición, la salvaría de los rumores y las lenguas viperinas. Hasta eso le debía agradecer, pensó con amargura. Se levantó y se acercó hasta la ventana de la cocina; daba a la parte trasera de la

casa y no se veía nada, solo la oscuridad de la noche.

La puerta de la calle se abrió y escuchó los pasos de Lilith. El perfume empalagoso de la joven llegó hasta él antes de que le impusiese su presencia.

—Querido... —ronroneó.

—Lilith —la saludó con frialdad.

Ella se percató del estado de las hojas del periódico y sonrió, ladina.

—Veo que ya te has enterado de la buena nueva.

—Gracias a ti, debo suponer.

—No hay de qué. —Hizo un gesto despreocupado con la mano—. Pensé que te gustaría saberlo. —Pasó por su lado y el ligero olor a alcohol, enmascarado por el perfume, le dio asco. Cogió el periódico y lo dobló con cuidado—. Si hubiese estado al tanto de que el marqués buscaba esposa, no hubiese perdido el tiempo contigo. Ahora sería yo la que estaría a punto de convertirme en marquesa, no la insulsa de tu exprometida. Pero aquí estoy, perdida en el fin del mundo.

Cameron sabía que Lilith no le perdonaba que la hubiese arrastrado con él. Pero él jamás se hubiese perdonado dejarla en Londres, abandonada a habladurías y, también tenía que reconocerlo, para evitar que manchara todavía más su nombre con su inapropiado comportamiento. Si alguien debía sufrir y acarrear las consecuencias de su decisión, ese era él.

Ante las palabras de su esposa, Cameron sonrió con malicia.

—Querida —la interrumpió—, tú jamás habrías conseguido que el marqués Cavendish se fijara en ti.

—Tú lo hiciste. Puedo seducir a cualquier hombre —lo atacó al sentirse insultada.

—Pero él es mucho más inteligente que yo. Se casará con la mejor.

Sin más, se dio la vuelta y la dejó sola, gritando todo tipo de impropiedades a su espalda.

# CAPÍTULO 17

*El tiempo no vuelve atrás, por lo tanto, planta tu jardín y adorna tu alma en vez de esperar a que alguien te traiga flores.*  
William Shakespeare

*Londres*  
*Junio 1876*

**L**a catedral de San Pablo parecía pequeña para la cantidad de invitados y curiosos que se habían acercado para asistir al segundo matrimonio del marqués Cavendish con la primogénita del adinerado William Foster. Maddy llegó tarde, con su espectacular vestido de seda color marfil, bordado en perlas y encaje francés, y completado su atuendo con un velo de chantilly que fue la envidia de todas las mujeres de la capital. Descendió del coche con el emblema de los Cavendish, que el propio Arthur había enviado a por ella, y se sujetó al brazo de su padre. A su paso, palabras de admiración y cuchicheos sobre su estrecha cintura llegaron a sus oídos. Durante los tres meses de noviazgo, había paseado con su prometido por los parques de Londres, asistido a los salones y bailado en todas las fiestas de sociedad que se habían organizado. Disfrutó de su peculiar temporada y comprendió que las palabras de su padre eran ciertas, nada como el dinero y el poder para acallar bocas. La sociedad londinense fingió haber olvidado su escandaloso romance con el barón Relish y ella decidió hacer lo mismo, olvidar.

—Estás preciosa, Maddison —la animó William mientras caminaba por el pasillo de camino al altar—. Mira como todo el mundo se rinde ante tu belleza.

Pero ella apenas desvió la mirada de los ojos del marqués para dedicarle una sonrisa cargada de afecto a su padre. Estaba nerviosa, qué novia no lo estaría. Su vida estaba a punto de cambiar y todavía no sabía hasta qué punto. Emma había intentado hablar con ella, avisarla de que compartiría intimidades con su esposo y que no debía asustarse. La advertencia todavía la puso más en alerta. Hasta el momento, Arthur solo había depositado un tibio beso sobre sus

labios cuando el coche paró a las puertas de su casa después de asistir a la ópera. No había sido desagradable, pero tampoco sintió la emoción del primer beso de Cameron. Aquellos inconvenientes pensamientos la hicieron tropezar y William la sujetó con firmeza de su brazo.

—¿Estás bien?

—Lo estoy, padre —susurró. Aunque por dentro temblara de nervios y expectación.

Llegó junto a Arthur y su padre la entregó. La mano del marqués sujetó la suya y la besó con delicadeza.

—Soy la envidia de Londres.

Maddy sonrió con franqueza. Si algo había aprendido de su futuro esposo, es que siempre decía las palabras correctas en el momento adecuado, aunque ella supiera que no eran ciertas. De los dos, la envidiada era ella. No le cabía la menor duda. Por la posición social que le otorgaría el marqués y por haber conseguido lo que ninguna mujer en años, que se volviese a casar. Aun así, le agradeció sus palabras.

—Siempre tan acertado.

Arthur sonrió y ambos se giraron hacia el altar.

Maddison no supo cuánto duró la ceremonia, se dejó llevar como si fuese una barca a merced de la corriente. Pronunció sus votos y sintió como se deslizaba la fría alianza, milímetro a milímetro, hasta que quedó fijada en su dedo anular. La contempló absorta, como si aquel símbolo acabara de dotar de realidad todo lo acontecido meses atrás.

—... marido y mujer.

Las palabras del obispo de la catedral la hicieron parpadear, el redoble de campanas la asustó y su mirada vagó de un lugar a otro hasta que Arthur llamó su atención de nuevo al sujetarla por los hombros y obligarla a mirarlo.

—Confía en mí.

Ella inspiró hondo y como cada vez que la miraba con aquellos ojos azules, como el mar en calma, se tranquilizó. Avanzó de su brazo, ya convertida en la marquesa Cavendish, y se marcharon juntos al que sería su nuevo hogar.

La comida de celebración sería en casa del marqués y solo en la más estricta intimidad, tan solo los padres de Maddison y los Stone, amigos comunes de ambos, asistieron. Elizabeth había puesto el grito en el cielo por no hacer una fiesta por todo lo alto, pero aquello fue lo único que Arthur pidió a Maddy, intimidad, y ella, agradecida, lo aceptó. No había más que hablar.

Acababan de llegar a la mansión y el comedor estaba preparado para el almuerzo. No obstante, Maddy pidió subir a la que sería su nueva habitación para quitarse el velo y tanto Emma como Rebecca la acompañaron. El mayordomo las dejó a solas y cerró la puerta tras de sí. Las tres mujeres miraron a su alrededor sorprendidas. La estancia era amplia y luminosa. El papel de las paredes era de un suave tono rosado y la enorme cama que presidía la estancia tenía un dosel blanco recogido en cada poste con un lazo de raso del mismo color que las paredes. No parecía en absoluto la estancia de un hombre, por lo que supusieron que el matrimonio no compartiría habitación. Aunque quizá estuviesen equivocadas...

—¡Oh, Maddy! Estás bellísima. —Rebecca se acercó hasta ella y la abrazó con cariño para romper la tensión del momento.

—Pronto tú también lucirás un vestido hermoso el día de tu boda y estarás radiante de felicidad.

El enlace de Rebecca se celebraría después del verano, pero Maddison no podría estar allí para verlo. Arthur la había informado de que apenas unas semanas después de su boda tendrían que partir hacia América, pues allí debía atender con urgencia algunos negocios que había dejado a manos de su hombre de confianza. Mentiría si no se sintiese aterrada por tener que marcharse y dejar su hogar, su familia, y a la única amiga que tenía. Pero al mismo tiempo, para alguien como ella que no había salido de Oxfordshire, sería una oportunidad maravillosa.

—Te echaré de menos. —Los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas y contagió a Maddison de su tristeza. Los nervios de estas últimas semanas, más los acumulados por la incertidumbre de lo que debía ocurrir una vez quedara a solas con su esposo, hicieron que llorase abrazada a su amiga. Hasta que Emma tomó cartas en el asunto y envió a Rebecca al salón para ayudar a Maddy a cambiarse y evitar así que el marqués sospechara del llanto de su esposa.

Una vez a solas, Maddy se sentó frente al tocador y dejó que Emma quitase sus horquillas una a una. La miró a través del espejo y comprobó que también tenía los ojos brillantes de emoción.

—Emma —llamó su atención—, viaja conmigo, por favor.

La institutriz inspiró hondo para deshacer el nudo que tenía en el pecho, pero no pudo. No era la primera vez que Maddy le pedía que lo dejase todo para irse con ella, y aunque había intentado explicarle que ahora debía cuidar

de Eleanor, no dejaba de sentirse mal por enmascarar la verdad. Y esa era que no podía alejarse de William. No pudo hacerlo cuando todavía no estaban juntos, y ahora no podía imaginarse lejos de él. Ni William estaba dispuesto a permitirlo tampoco, así se lo había hecho saber y así había comenzado una discusión en su despacho privado que había terminado como lo hacía cada vez que estaban a solas, entregándose el uno al otro. Pero eso no impidió que ella le dejase claro que se quedaba por decisión propia, porque si quisiese marcharse con Maddison, él no tendría ningún derecho a reclamarla a su lado.

—Padre encontrará otra sustituta —insistió la joven.

Y eso no podría dolerle más. Emma negó con la cabeza y agachó los ojos.

—No puedo, cielo —murmuró—. No creas que no me parte el alma verte marchar. Te echaré tantísimo de menos que no sé cómo voy a poder pasar por delante de tu habitación sin ponerme a llorar, ni sé cómo haré para acostumbrarme a no verte. Pero mi sitio está aquí con tu hermana, y el tuyo junto a tu esposo.

—¿Qué pasará conmigo ahora? ¿Qué hará el marqués cuando estemos a solas, Emma? —Maddy se giró y tomó las manos de Emma entre las suyas. La mirada temerosa y suplicante de la joven la desarmó.

—Mi niña... —Emma se arrodilló a sus pies y acarició con ternura el rostro de la joven—. Tu esposo parece un buen hombre y eso me da la confianza suficiente como para esperar que sea dulce y cariñoso contigo.

Maddy la miró sin entender, pero el miedo desata la audacia verbal y ella tenía demasiado.

—¿Me besará y me tocará como hizo... —inspiró hondo incapaz de pronunciar su nombre— mi antiguo prometido?

—Sí, querida —dijo comprensiva—. Y puede ser maravilloso si deseas que lo haga, si anhelas sus atenciones.

—No sé si quiero que lo haga, Emma —se sinceró y las mejillas se tiñeron de un rojo intenso. En Arthur veía a un amigo, un compañero, casi un padre. No había ningún sentimiento romántico que la hiciese desear sus caricias.

—Si Arthur Bakley es como creo que es, hará que lo desees.

Aquella frase no convenció a Maddison, pero unos golpes en la puerta las interrumpieron e impidieron que pudiesen seguir con la conversación. Emma se levantó y accedió a que fuera quien fuese, entrase en la estancia.

Arthur entró y al momento se encontró con la mirada asustada de su joven esposa. Sospechó el tema de conversación al ver el rubor en las mejillas de

las mujeres y decidió poner fin a aquel angustioso momento. El único que tenía la clave para solucionar la situación era él.

—Estaba preocupado por la tardanza —se justificó ante ella—. Señora Emma, ¿sería tan amable de dejarnos a solas, por favor?

—Por supuesto. —Emma besó a Maddy en la frente, hizo una reverencia y salió de la estancia.

Ambos permanecieron en silencio, observándose el uno al otro, hasta que Arthur caminó hacia ella y Maddison se envaró, expectante. El marqués postró una rodilla en el suelo y tomó las manos frías de la joven.

—¿Me tienes miedo?

Ella negó con la cabeza con demasiado énfasis, lo que provocó una sonrisa en el marqués.

—Quiero que seamos sinceros el uno con el otro. No quiero que me digas lo que me gustaría escuchar, quiero la verdad. ¿Tienes miedo de estar a solas conmigo? —matizó con suavidad su pregunta.

Esta vez la muchacha, avergonzada, asintió.

—Eso me temía. —Besó con dulzura sus manos, se levantó y la ayudó a hacer lo mismo—. Jamás haré nada que no quieras que haga. Esta será tu habitación y tras aquella puerta está la mía.

Maddison desvió la mirada hacia donde señalaba el marqués. No se había percatado de aquel detalle porque estaba empapelada igual que la habitación, tan solo la manilla dorada resaltaba en la pared.

—¿Cada uno tendrá su propia habitación? —insistió para asegurarse.

Arthur asintió.

—Me parece lo más acertado dada la condición de nuestro enlace. Sin presiones ni obligaciones. ¿De acuerdo?

Por primera vez, Maddison pudo exhalar todo el aire que había estado conteniendo. La rigidez por el miedo dejó una sensación de flacidez en su cuerpo que incluso la hizo sentir mareada.

—De acuerdo.

La sonrisa de la joven fue tan sincera y de alivio que como le ocurría siempre que la veía así, no pudo evitar que lo contagiase.

—Ahora bajemos a atender a nuestros familiares.

Tendió el brazo y esta lo tomó con mucha más confianza.

La comida se alargó hasta la hora del té y posteriormente hasta la cena.

Hubiese durado hasta bien entrada la noche si William no hubiese puesto sentido común a la situación y decidiera que ya había llegado el momento de marcharse. Maddison estaba exhausta, necesitaba descansar, pero la decisión de su padre de abandonar la mansión la angustió. Tenía que decirles adiós, separarse de ellos cuando jamás lo había hecho. Por lo pronto podría verlos a menudo, cada día si así lo quería, había dicho Arthur. Pero dentro de unas semanas se marcharía a otro continente y los dejaría atrás. De nuevo los nervios la vencieron y dejó escapar algunas lágrimas, que con disimulo retiró con un pañuelo, pero que no pasaron desapercibidas para Arthur ni para su madre, que no dudó en amonestarla.

—Maddison, ¿qué va a pensar tu esposo? Cualquiera creería que no eres dichosa. Recuerda que eres una privilegiada. Muchas mujeres te envidian cuando hace unos meses se jactaban de nuestra desdicha. Valora lo que has conseguido y no seas desagradecida.

Emma tuvo que sujetarse las manos para no sacudir a Elizabeth por su insensibilidad. Cualquier madre lloraría junto a su hija por la separación, ella misma tenía los ojos húmedos y una congoja que le impedía hablar. Pero cuando vio que Arthur se posicionaba al lado de la joven para prestarle su apoyo, se relajó.

—Querida Elizabeth, como bien sabe, el privilegiado soy yo. No podría haber elegido mejor.

—Todas las cualidades heredadas de su madre, por supuesto —contestó ufana.

Arthur se limitó a hacer una ligera inclinación de cabeza, pero ni afirmó ni negó las palabras de Elizabeth, gesto que no pasó desapercibido para ninguno de los presentes.

Uno a uno fueron pasando para despedirse. Los Stone, discretos y silenciosos, volvieron a reiterar sus buenos deseos a la pareja y se marcharon. Solo cuando quedó su familia, Eleanor corrió a abrazar a su hermana entre lloros, lo que provocó que Maddy soltara un sollozo y se abrazara a la pequeña con la misma desesperación. Al final fue Emma la encargada de separarlas con palabras de ánimo y sonrisas falsas para enmascarar la preocupación por lo que sabía que sucedería una vez el matrimonio quedara a solas. Ella jamás se había casado, pero se había entregado al hombre que amaba, y era consciente de que no era el caso de Maddison. La abrazó y susurró a su oído que fuera feliz antes de retirarse presurosa con Eleanor de la

mano. Elizabeth besó con ligereza a su hija y se marchó sonriente, sin más. Sin ninguna frase de cariño ni palabra de ánimo. William se quedó el último, besó a Maddy con ternura en la frente y enmarcó su rostro con sus grandes manos.

—Te quiero, Maddison. No lo dudes nunca. —La joven asintió y William desvió su atención a su yerno—. No olvides, amigo, quién es el padre de tu esposa.

Maddy abrió los ojos como platos ante la amenaza de su progenitor, pero el marqués soltó una carcajada y palmeó el brazo de su amigo.

—Jamás.

William sonrió a su vez y después de que la puerta se cerrara tras él, el matrimonio se quedó a solas.

—Querida, ha llegado el momento de que nos retiremos. —Hizo una señal con la mano para que pasara delante de él y la guio escaleras arriba hasta la puerta de su nueva habitación. Maddy se giró para despedirse, pero él abrió, entró en la estancia con ella y cerró tras de sí.

# CAPÍTULO 18

*El pasado es un prólogo.*  
William Shakespeare

**E**l sonido de la puerta al cerrarse le produjo un particular escalofrío que le recorrió la columna hasta la nuca. Confusa, se atrevió a mirarlo a los ojos para encontrar una respuesta a su actitud. Hacía apenas unas horas, su esposo le había dicho que no compartirían habitación. Pero allí estaba. Observándola con un brillo especial en sus ojos azules.

—Pensé que habías dicho que cada uno dispondría de su propia habitación —la voz le salió como un tenue murmullo.

Arthur sonrió y la instó a caminar hasta la banqueta del tocador, donde la acomodó y puso distancia entre ellos.

—Y así será, pero me temo que deberé aguardar aquí un tiempo antes de poder retirarme a la mía.

Maddy frunció el ceño todavía más turbada.

—¿Por qué?

—Mi joven Maddison —Arthur se alejó unos pasos hasta apoyarse en la pared donde el fuego de la chimenea caldeaba la estancia—, tu inteligencia y agudeza hacen que olvide lo inexperta e ingenua que eres. Sé que no lo entiendes, pero lo hago por tu bien.

—Si tuvieras a bien explicármelo, te lo agradecería.

Arthur sonrió, pero asintió, dispuesto a satisfacer su curiosidad.

—La noche de nupcias, el esposo y la esposa comparten una intimidad especial, ¿comprendes? Hacen uso del lecho matrimonial y se prodigan atenciones íntimas.

La espalda de Maddy se envaró.

—¿Cómo de íntimas?

—Lo suficiente como para que no haya ropa que separe sus cuerpos y puedan tocarse con libertad.

Maddison enrojció ante la explicación directa y sin titubeos del marqués.

Colocó una mano sobre su pecho, donde el corazón había empezado a latir desenfadado y se atrevió a verbalizar aquello que temía.

—¿Eso es lo que va a pasar? —El temblor de su voz delató su miedo.

—Eso es lo que todo el mundo creerá que ha sucedido —matizó Arthur—. No quiero que el rumor de que no he estado en la intimidad de la habitación de mi esposa se extienda, primero por la casa, y luego corra de boca en boca gracias a las chismosas de Londres. No quiero que piensen que te repudio, ¿entiendes?

—¿Pero lo haces? —preguntó avergonzada. Siempre había pensado que a Arthur no le importaba lo sucedido meses atrás. Que no se avergonzaría de ella pese a haber sido mancillada. Pero tras su última frase, se sintió todavía más humillada de lo que ya lo estaba.

—¿Repudiarte? —exclamó sorprendido—. No, Maddison. —Caminó hacia ella, hincó una rodilla en el suelo y tomó las frías manos de la muchacha entre las suyas—. Jamás. Si no lo hago, si no ejerzo mis derechos como tu esposo, es por ti. No por mí. No estás preparada y no lo deseas. Y yo no fuerzo a las mujeres a que me acepten. Si algún día estás dispuesta, si algún día ansías mis atenciones, no dudaré en satisfacerte.

Arthur levantó la mano, acarició la mejilla de Maddison y deslizó la yema de su dedo por el cuello de la joven en una excitante caricia hasta casi llegar al borde de su corpiño.

Maddy contuvo la respiración ante aquel roce, solo cuando Arthur cesó de tocarla y le sonrió con afecto, dándole a entender lo que podría pasar entre ellos, pero sin ir más allá, pudo inspirar hondo. Sintió un extraño hormigueo por su contacto y a la vez tanto agradecimiento por sus palabras que fue incapaz de permanecer sentada. Se abalanzó sobre Arthur con tanto ímpetu que a punto estuvo de derribarlo. Se abrazó a su cuello hasta que él se levantó, con ella en brazos, y correspondió al rodearla por cintura. Era tan pequeña y delicada..., pero al mismo tiempo, su busto se apretaba contra el pecho de Arthur, y aunque buena persona, no era de piedra. Era un hombre que apreciaba la belleza y su esposa no solo era hermosa por dentro, también lo era por fuera.

—Querida —susurró junto a su oído al tiempo que aspiraba su aroma. No era la primera vez que percibía el perfume floral que flotaba en el ambiente cuando ella estaba cerca, pero al tenerla entre sus brazos, aquel suave y a la vez excitante olor lo poseyó por completo—, me será muy difícil cumplir con

mi propósito de respetarte contigo entre mis brazos.

De nuevo azorada por su comportamiento, dejó de abrazarlo. Arthur la depositó en el suelo, retiró del rostro sonrojado de la joven uno de los mechones que se había escapado de su peinado y se permitió robarse un obsequio, un ligero beso sobre aquellos tersos y esponjosos labios, que si bien no le correspondieron, sí se dejaron acariciar.

—Creo que lo mejor es que te metas en la cama. Ha sido un día largo y necesitas descansar. Date la vuelta y te ayudaré con el vestido.

Maddy, por enésima vez aquella noche, volvió a sonrojarse.

—Puedo intentarlo yo.

—Creo que ambos sabemos que no podrás. Solo aflojaré el vestido para que puedas desprenderte de él cuando yo abandone la habitación. ¿De acuerdo?

Aunque reacia, comprendió que no tenían otra salida. No podía llamar a una doncella para que la ayudase si se suponía que, tal y como Arthur había dicho, habían compartido semejante grado de intimidad. Despacio, le dio la espalda y notó los dedos diestros de Arthur desprender los botones de los ojales. Cuando notó el vestido lo suficientemente flojo, con ambas manos se lo apretó contra el pecho. Entonces, su marido aflojó las cintas del corsé y desabrochó el polisón. Lo hizo todo de manera mecánica, sin que sus manos rozaran su piel y sin que ella notase en ningún momento incomodidad por su cercanía.

—Listo.

Se alejó unos pasos de ella, se quitó la chaqueta y empezó a desnudarse. Maddison, al oír el ligero sonido de la ropa, se dio la vuelta alarmada.

—¿Qué haces?

—Cuando traspase esa puerta y me vaya a mi habitación, mi ayuda de cámara no tardará en entrar —explicó paciente—. No puedo hacerlo del todo vestido.

Maddy lo observó desprenderse del pañuelo que llevaba anudado al cuello, bajarse los tirantes del pantalón y desabrochar algunos botones de su camisa. Comprobó que pese a la edad, Arthur tenía un cuerpo bien formado. Jamás había visto a un hombre desnudo y sintió tanta curiosidad que permaneció inconvenientemente atenta a cada movimiento. Sin embargo, Arthur se limitó a deshacer su cabello y sacar la camisa de sus pantalones, nada más. Despacio se acercó hasta ella y depositó un suave beso en su frente.

—Descansa.

Tomó la chaqueta entre sus brazos y salió de la habitación por la puerta que comunicaba ambas estancias. Una vez a solas, y con rapidez, Maddy dejó caer el vestido al suelo, se desprendió de todas las prendas íntimas, sacó uno de sus camisones del cajón y se metió en la cama. Mañana sería otro día.

*Bangladesh*  
*Julio 1876*

Cameron recibió la noticia de la boda del marqués Cavendish por boca de su capataz. Era mediodía y hacía un calor asfixiante, la humedad en el ambiente imposibilitaba que la ropa permaneciera seca sobre su cuerpo y la actividad física que realizaba en el puerto todavía complicaba más las cosas. Se habían tomado un descanso y los trabajadores leían con ansia las cartas llegadas de Londres. Ese día tocaba correspondencia para todos menos para él, que jamás recibiría nada porque nadie sabía de su paradero. Nada más llegar a la India escribió a su madre, no le dijo dónde estaba exactamente y se encargó de que no pudiese localizarlo, pero le dio la información suficiente para que supiese que se estaba ganando la vida con dignidad y una dirección de correo postal que lord Cavendish había puesto a su disposición en Londres, por si debía notificarle algo urgente. Pero ella jamás respondió a la carta ni quiso ponerse en contacto con él, por lo que desde entonces decidió complacerla y olvidar que una vez tuvo familia.

Estaban en una de las tabernas cuando surgió el tema de conversación que le amargaría la velada.

—Pues parece ser que nuestro marqués ya se ha casado —comentó Adam Benson tras leer una de las cartas que acaba de recibir. Ambos estaban solos en una mesa y entre ellos se había establecido una relación de amistad que Cameron agradecía profundamente. Aquel rudo australiano era la única persona con la que podía hablar con total libertad, puesto que la sinceridad de Adam le permitía mostrarse tal y como era.

Cameron dejó la bebida fría sobre la mesa y lo miró con atención. Había esperado esa noticia desde hacía meses, se había preparado para ella, pero ahora que ya era un hecho, no pudo evitar que le molestase.

—Lord Cavendish dice sentirse satisfecho con tu trabajo y pide que de

ahora en adelante seas tú quien le informe sobre los avances comerciales realizados —siguió Adam al margen de la tormenta interior que sus palabras habían desatado.

Hasta el momento, Arthur había pedido referencias de todo lo que hacía Cameron a Adam, pero al parecer, había llegado el momento de demostrarle su confianza. Mal momento, pensó Cameron. Tenía mucho que agradecerle, pero no podía evitar pensar que la que hubiese sido su esposa, una mujer decente, dulce y sensible, ahora era la de su jefe. La suya, la que él eligió para castigar a William Foster y a su propia familia, no era más que una ramera de lujo que todos los adinerados comerciantes conocían y con la que se satisfacían.

—¿Me has oído? —llamó Adam su atención.

—Alto y claro. Mañana mismo escribiré al marqués.

—Pues cuando lo hagas, envía la carta a esta nueva dirección.

Adam pasó el papel a Cameron y este lo leyó de arriba abajo. En aquellas escuetas líneas, Arthur Bakley les informaba que él y su esposa se trasladaban a Charleston, en Estados Unidos, para atender las plantaciones y negocios del marqués. No tenían prevista fecha de regreso a Londres, por lo que era preciso que de ahora en adelante se cartearan a su nueva dirección. Y poco más. Aparte de lo que Adam le había dicho, tan solo una anotación en la que le indicaba que se comunicara con él con su tercer nombre tal, y como se había estado haciendo llamar desde que llegó. Así evitaría que nadie supiese quién era él y quién lo había ayudado. El marqués Cavendish lo tenía todo bien planeado. Dobló la carta y se la entregó al capataz.

Se preguntó si Maddison sería feliz, si el marqués habría sido atento y cuidadoso con ella en la intimidad, pero se le agrió la bebida en el estómago y decidió cambiar el rumbo de sus pensamientos. ¿Estaría enamorada de él? ¿Lo habría olvidado? Esperaba que no. Egoístamente porque era la única persona que lo había apreciado de verdad, sin reservas. Con todo lo imperfecto que era. Frustrado, lanzó una maldición, como si él tuviese algún derecho a preocuparse por ella o a desear que su recuerdo se mantuviese vivo. Como si alguno de esos días la hubiese podido mantener alejada de sus pensamientos...

—¿Qué te sucede? Te has quedado muy callado.

—No tengo nada que decir —bebió de su vaso y evitó la mirada curiosa de Adam.

—¿Y esa maldición que has soltado?

—Una liberación mental.

—¿Es por tu esposa? ¿Estás así por ella?

—Ya sabes que nuestro matrimonio no es convencional. Ella puede hacer lo que quiera con su vida.

—Ella sí. ¿Y tú?

Cameron se encogió de hombros y esquivó de nuevo la mirada del capataz. Llamó con un gesto al camarero y pidió una ronda más.

Aquel enorme rubio, de tez morena y ojos azules lo estudió con atención. Adam tenía apenas unos años más que Cameron y era el único que sabía algo sobre su pasado. Poco, pero lo suficiente como para tener una idea bastante formada de por qué había abandonado Londres.

—Amigo, pese a lo que hiciste en Londres y lo que te trajo hasta aquí hace ya casi cinco meses, estás demostrando ser algo más que un niño rico. Mereces un descanso y algo de felicidad.

—Créeme, no lo merezco. Pagaré toda mi vida las decisiones que tomé en el pasado.

—Algún día te redimirás.

—Algún día puede que tenga la posibilidad de hacerlo, pero todavía es pronto.

*Charleston, Carolina del Sur*  
*Agosto 1876*

La mansión que el marqués tenía en la ciudad era una espectacular construcción que databa de varios siglos. Anterior a la guerra de la independencia, había sido restaurada y acondicionada por Arthur durante los años de luto que vivió allí. Para él había supuesto un suplicio compartir su casa de Londres con su nueva esposa. Aunque sentía mucho cariño por Maddy, no podía evitar la sensación de estar traicionando a Amelia al compartir con ella su casa, el salón donde se hacían confidencias, la biblioteca, e incluso la misma mesa donde solían comer. La joven lo desconocía, pero Arthur había intentado combatir su sentimiento de infidelidad cambiando a Maddy de sitio y evitando que se sentara en la silla de su esposa. Era algo pueril y a todas luces sin sentido, pero aquello le otorgaba cierta paz espiritual. Ahora, lejos del asfixiante Londres y de los recuerdos de su pasado, no tenía esa presión.

Maddison podía moverse con libertad por la mansión y ocupar el lugar que deseara puesto que ya no le molestaba que estuviera usurpando el sitio de su esposa. Ese podría ser su hogar y él se encargaría de que así lo sintiese. Sabía que para ella había sido muy duro alejarse de su familia. La había escuchado llorar por las noches durante muchos días, pero al mismo tiempo, confiaba en que al alejarse de allí podría superar el pasado, olvidarse de los errores y convertirse en la mujer que él veía detrás de aquella joven insegura, demasiado curiosa y lista, que todavía no había florecido en todo su esplendor como mujer.

Maddison bajó al salón y se encontró con Arthur desayunando. Al momento, se levantó y la ayudó a tomar asiento.

—¿Has descansado bien? —se preocupó por ella.

—Sí, muchas gracias. —Sonrió agradecida y tomó un sorbo del té con leche que le acababan de servir.

Al igual que en Londres, dormían en habitaciones separadas. Pero Arthur todas las noches la acompañaba y charlaban un rato hasta que se decidía a dirigirse a la suya. Durante los dos meses de matrimonio se había establecido aquella rutina entre ellos y Maddison la agradecía. Aquellos interludios les daban la posibilidad de actuar tal y como eran y de hablar de infinidad de cosas: los negocios de Arthur, en los que ella había empezado a participar activamente llevando las cuentas y ayudándolo a tomar decisiones; a conversar sobre el dolor que arrastraba todavía el marqués por la muerte de su esposa; la vergüenza que sentía Maddison sobre lo ocurrido con el barón Relish... Nada parecía ser un tema tabú y ella aprendió a relajarse en su compañía, a confiar en él y a quererlo más como un amigo que como se debería amar a un esposo. Sospechaba que del mismo modo que él a ella. A veces su preocupación por ella tomaba tintes tan fraternales que los criados los miraban con suspicacia.

—He pensado que cuando estés más recuperada del viaje podrías acompañarme a la plantación. Tengo que supervisar cómo va la cosecha de algodón y estoy seguro de que Mel's Flowers te gustará.

—Eso será maravilloso. Podemos viajar cuando quieras. No temas por mí, ya descanso mucho mejor. Parece que mi cuerpo se está acostumbrando al cambio de horario y de comida.

—En ese caso prepararé nuestra partida para la semana próxima.

Maddy asintió y mordisqueó con delicadeza la tostada.

—También me gustaría pedirte un favor —continuó Arthur—. Además de supervisar la correspondencia de Londres sobre el club y ayudarme con las cuentas de mis negocios, quisiera que también te encargases de las noticias que llegarán de las Indias. ¿Será demasiado para ti?

Arthur sabía que no. Es más, percibía lo que la entusiasmaba el mundo de los negocios. Era digna hija de su padre.

—Por supuesto que no. Estaré encantada. Cada vez me das más responsabilidades, ¿tanto confías en mí? —preguntó con extrañeza.

—¿Buscas un halago, querida? —bromeó con ella—. Sé que William te educó para que pudieses hacerlo, así que no veo qué hay de malo. Ahora estaré absorto con los negocios que tenemos aquí y necesito que alguien aligere mi carga. ¿Quién mejor que mi esposa para velar por nuestros intereses?

—Pero siempre he sido supervisada por mi padre, jamás he tomado ninguna decisión sola.

—Y yo también lo haré, pero confío en ti. Además, normalmente serán cartas informativas de mi hombre de confianza allí. Tan solo debes leerlas y contestarlas. Anotar la información y comprobar que los trámites son los correctos. Después solo tendré que verificarlo.

—Si crees que puedo hacerlo... —titubeó. No obstante, no pudo sentirse más emocionada ante la responsabilidad que se le presentaba.

—No lo creo, estoy seguro. —Colocó una de sus grandes manos sobre las de ella y las acarició con ternura. La levantó despacio y depositó un beso sobre ella antes de tomar el sobre que tenía al lado y entregárselo—. Puedes empezar por esta. Hoy no me esperes a cenar.

Arthur se retiró y la dejó sola en el salón con el sobre entre sus dedos. No era la primera vez que su marido faltaba a la cena y que regresaba de madrugada, de hecho, sucedía como mínimo una vez por semana. Algo que no le molestaba, pero que le creaba curiosidad. En alguna ocasión había tratado de indagar en el tema, pero Arthur se había limitado a desviar la atención y evitar darle detalles de sus salidas. Negó con la cabeza y sacó el papel para leerlo con avidez.

*Lord Cavendish, permítame en primer lugar que le felicite por su matrimonio. No me cabe duda de que usted ha sabido ver y apreciar lo bondadosa, dulce, educada y en ocasiones divertida que es la señorita*

*Maddison Foster. Acepte también mi agradecimiento por todo lo que usted ya sabe.*

*En cuanto a los negocios, debo decirle que he cerrado varios tratos con algunos comerciantes franceses y españoles muy satisfactorios. He conseguido duplicar el valor de venta de las telas por la excelente calidad del algodón y el buen acabado. Y al mismo tiempo les he convencido para que se interesen por sus nuevas cosechas. Espero sus indicaciones para iniciar los trámites de ventas.*

*Siempre agradecido,*

*J.R.*

Maddison releyó la carta varias veces y todas ellas tuvo la extraña sensación de que aquel hombre la conocía. De que hablaba de ella con conocimiento de causa, cuando era del todo imposible.

Todavía recelosa, se levantó y se dirigió a la biblioteca para escribir una carta de felicitación a aquel hombre e informarle de que, de ahora en adelante, sería con ella con la que se cartearía.

# CAPÍTULO 19

*Las heridas que no se ven son las más profundas.*  
William Shakespeare

*Bangladesh*  
*Septiembre 1876*

—¡Jey! —gritó uno de los trabajadores hacia la oficina que utilizaba Cameron. Sonrió y abandonó las hojas con números que había sobre la mesa para asomarse a la ventana a atenderlo. Daba igual cuántas veces repitiera su nombre, que aquellos hombres parecían incapaces de pronunciarlo. Finalmente habían hecho un extraño apócope y él había terminado por conformarse.

—¿Qué sucede, Amul?

—Tiene correo, señor.

—Ahora mismo bajo.

Abandonó su humilde despacho en uno de los edificios del puerto y bajó para recibir la carta. Ese día había amanecido nublado y aunque la humedad parecía no darles tregua, el viento que se había levantado amenazaba con descargar una tormenta antes de que llegase la noche. Solo tuvo que mirar la letra para comprender que no era la del marqués. Subió los escalones de dos en dos y se encerró en su despacho. Abrió el sobre con dedos temblorosos y leyó.

*Señor J.R.:*

*Mi marido ha decidido que de ahora en adelante me encargue yo de mantener contacto con usted. Espero que no suponga ningún problema, ya que sé que no es lo habitual. Pero si conoce a mi esposo, sabrá que no es una decisión inconsciente ni poco meditada, por lo tanto, comprenderá que estoy preparada para tal función. En primer lugar, me gustaría felicitarle por la excelente labor que está llevando a cabo y darle carta blanca para que siga negociando. El próximo*

*cargamento llegará a finales de septiembre y espero que tenga el mismo éxito que el anterior. Por otro lado, quizá le suene extraño y puede que del todo inconveniente, pero me asalta una duda... ¿Me conoce? Lamento si le parezco inapropiada, pero tuve esa sensación cuando nos felicitó por nuestro enlace. En todo caso, estaría encantada de que me dijese su nombre para poder dirigirme a usted en nuestras próximas comunicaciones.*

*Atentamente,*

*Maddison Cavendish*

No debiera ser así. No tendría que haber sentido un puñetazo en el estómago cuando leyó «mi marido» ni cuando hizo alusión a su enlace, ni rematarlo al leer su nombre acompañado por el título del marqués. Pero lo hizo. Le repateó el hígado cuando no tenía ningún motivo para sentirse agraviado y todo ello aderezado con el amargo sabor de la culpa. Durante aquellos meses había repasado todos y cada uno de los encuentros que había tenido con ella como si los viviera por primera vez. Había recordado su tímida sonrisa, aquella que lo había sacado de quicio entonces y que ahora pagaría la fortuna que perdió su padre por volver a ser el centro de aquella atención. Rememoró sus besos, tímidos pero a la vez entregados, sus jadeos y sus brazos agarrarse a sus hombros como si fuese el único hombre que podía salvarla cuando en realidad fue el causante de su derrumbe. Acercó la carta a su rostro y aspiró en busca de aquel aroma floral que recordaba. Por supuesto no lo halló, se sintió ridículo y volvió a guardar la carta en el sobre. Aunque deseaba escribir de inmediato una respuesta, tenía que esperar a tener un motivo para comunicarse con ella. Como ya venía siendo costumbre, no supo si agradecer al marqués la oportunidad de cartearse con ella u odiarlo por demostrarle quién era ella ahora y lo lejos que estaba de conseguir su perdón.

*Charleston*

*24 de septiembre 1876*

*Lady Cavendish:*

*El cargamento llegó en perfecto estado y la calidad es excelente, por lo que es posible que las ganancias superen nuestras estimaciones*

*iniciales. De todos modos, le doy mi palabra de que procuraré negociar con los comerciantes para sacar el máximo beneficio. Como siempre.*

*Por otro lado, y cambiando de cuestión, no debe preocuparse por lo que yo opine ni mucho menos pensar que me pueda molestar mantener correspondencia con usted. Confío en el marqués y en su buen hacer. Si decidió desposarla y que atienda a sus negocios es porque sin duda es una mujer excepcional.*

*Será un placer cartearme con usted. Es más, lady Cavendish, es la única persona con la que tengo contacto fuera de este lugar, que si bien es más hermoso y exótico de lo que yo esperaba, no se acerca ni de lejos a la vida londinense.*

*A la espera de su próxima carta,  
Jason R.*

Maddison dobló la carta y la guardó en el archivador en el que almacenaba toda la información sobre los envíos y las cuentas de la venta del algodón en las Indias Orientales. Jason, ese era el nombre por el que debía dirigirse a él. No le sonaba en absoluto y él no había respondido a su pregunta sobre si la conocía. Posiblemente no y ella había tenido una impresión equivocada. Al igual que ahora, al leer aquellas letras, había pensado que aquel hombre se sentía solo y agradecía poder cartearse con alguien. Eso le había parecido entender, y lo cierto es que las palabras «hermoso y exótico» habían despertado su curiosidad. Sacó un folio del cajón y empezó a redactar una nueva carta.

Los escasos invitados que acudieron al cumpleaños de la joven esposa del marqués eran de las haciendas vecinas. Pese a que Arthur le ofreció la posibilidad de hacer una fiesta en condiciones en la casa de la capital, ella no quiso y él no tuvo que ser muy avispado para saber por qué. Los recuerdos del último cumpleaños de Maddy habían vuelto un año después con la misma fuerza con la que vivió aquellos acontecimientos. Desde hacía varios días estaba más silenciosa y pensativa, y si a eso le sumaba las cartas llegadas desde Londres de su padre, de Emma y de su amiga Rebecca, el estado anímico de Maddison estaba lejos de ser de celebración.

—Eres preciosa —la animó Arthur apoyado en el marco de la puerta de su habitación.

El vestido de color verde esmeralda resaltaba el tono de sus ojos. La seda se amoldaba a su figura y sus atributos resaltaban como no se había atrevido a lucir nunca. Sin embargo no se sentía incómoda, se veía bonita y, a juzgar por la expresión de Arthur, deseable. No era la primera vez que lo sorprendía apreciando su cuerpo y, aunque al principio la hacía sentir violenta, ahora alimentaba su vanidad, por lo que se habría sentido defraudada si no la mirase de manera tan apreciativa.

—Gracias por aceptar mi proposición de una fiesta privada.

Arthur entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

—Querida, cuando nos casamos te dije que sería para hacerte feliz.

—Y lo haces, Arthur.

El marqués sonrió y ella correspondió a su gesto. Del bolsillo interior de su chaqueta sacó un pequeño estuche de terciopelo y se lo tendió.

—Felicidades.

Maddy aceptó el regalo y al abrirlo descubrió un par de pendientes de esmeralda.

—Son preciosos.

—Como su dueña.

Arthur se colocó tras ella. Retiró uno de ellos de la caja y con cuidado apartó los rizos de su cabello para poder acceder a su cuello.

Maddy veía el reflejo de ambos en el espejo del tocador. Sus ojos conectaron a través de él y Arthur aprovechó aquella conexión para humedecerse el dedo índice y rozar el lóbulo de su oreja con él para facilitar introducirlo sin dolor. Un escalofrío recorrió la espalda de Maddison y sus pupilas se dilataron. Despacio, Arthur enfiló la aguja del pendiente hacia el agujero y, con cuidado, fue presionando hasta insertarlo por completo y accionar el cierre. Cuando retiró la mano, acarició el lateral de su cuello y se inclinó hacia el otro lado. Realizó la misma operación. Maddy sintió la humedad en su piel, la invasión del asta del pendiente penetrándola y le flaquearon las piernas. Apoyó su espalda sobre el pecho de su esposo y dejó que una de sus manos la rodeara por la cintura, mientras la otra colocaba el otro zarcillo.

—Magnífico —susurró junto a su oído.

Había intuido que Maddison era una mujer ardiente. Lo percibió, como

todos, aquella noche en la que la encontraron completamente entregada entre los brazos de Cameron. Y pese a que sabía que lo había hecho por amor, sus instintos estaban despiertos y algún día, él se encargaría de mostrarle cuán satisfactorios podía ser liberarlos.

Despacio se separó de ella y le tendió el brazo.

—Nuestros invitados nos esperan.

Maddy carraspeó y se agarró con fuerza. Todavía sentía sus piernas como gelatina y una sensación de inquietud apoderarse de su cuerpo.

Disfrutó de la fiesta como no pudo hacerlo de la anterior. Bailó con su marido y buscó su contacto. Un ligero roce, una caricia, algo que calmara su desasosiego. Arthur sabía a lo que era debido, entendía qué buscaba, pero necesitaba que lo ansiara más para después no arrepentirse. Para no lamentar la decisión de entregarse a él. Le enseñaría lo que significaba hacer el amor y la educaría en el arte del sexo para que algún día pudiese disfrutar con plenitud de ello con el hombre que amara, como él lo había hecho con su querida Amelia.

—Lady Cavendish, me alegra tanto tener a alguien cercano a mi edad con la que poder conversar.

Maddy había acabado el vals con su esposo y este la había dejado junto a los propietarios de la plantación vecina. Un matrimonio mayor con una única hija, una muchacha de curvas redondeadas y rostro aniñado que estaba desesperada por escapar del control casi asfixiante de sus padres.

—Para mí también es un placer conversar contigo. Por favor, tómate la misma confianza en tu trato.

La joven asintió y miró a su alrededor. La media de edad de los invitados rondaría la cincuentena, como en cada reunión, pero afortunadamente, lady Cavendish había llegado a Charleston para arrojar algo de luz a sus tediosos días. Paseó la mirada por el salón y reparó en el marqués. Era el hombre más joven y atractivo de la fiesta. Tenía un porte atlético, la espalda ancha y un cabello ligeramente canoso que lo hacía todavía más atractivo, además de aquellos ojos azules tan cristalinos y tan puros. Arthur desvió la mirada hacia su esposa y le dedicó una sonrisa acompañada de un cabeceo al comprobar que lo estaba mirando.

—Te envidio —dijo Coralia de repente.

Maddy la miró sorprendida y la joven se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Lo lamento. Perdóname por mi inapropiado comentario.

—No, por favor. Prefiero a la gente sincera que aquellos que mienten para engañar y aparentar algo que no sienten. No te avergüences por expresar tu opinión. Pero tengo curiosidad, ¿por qué me envidias? Mi familia y amigos están lejos, este país es extraño para mí y solo tengo a mi esposo.

—Precisamente por todo ello. Ojalá encontrara a un hombre que me alejara de la opresión de mi familia, que me mirara con la devoción con la que lo hace el marqués. Sí, eres muy afortunada —afirmó con convicción—. Daría cualquier cosa por casarme con un hombre como él —bajó el tono de su voz y agachó la cabeza—, por compartir intimidad con alguien como él.

Maddy también enrojeció. En parte porque reparó en que ella se avergonzaba de que después de tantos meses tan solo se hubiesen dado un ligero beso y en parte al descubrir que Arthur podría ser deseado por otras mujeres. Lo observó desde la distancia conversar con otros invitados. Ciertamente era el hombre más apuesto de la fiesta. Desvió la mirada hacia las otras damas y comprobó que tenía la atención de muchas de ellas. De nuevo recordó la aparición de Cameron con aquella mujer. Lo ingenua e ignorante que se sintió al pensar que un hombre como él solo tendría ojos para ella, al reparar en que nunca había pensado en la posibilidad de que otra lo enamorara. ¿Y si volvía a suceder? ¿Y si Arthur aliviaba las privaciones a las que ella lo sometía con otra mujer? Palideció y empezó a sentirse mareada.

—¿Te encuentras bien? —Coralia percibió la lividez de Maddy y le prestó su abanico.

—Creo que necesito tomar un poco de aire.

—Avisaré a tu esposo.

La joven caminó con rapidez hasta el marqués y susurró unas palabras en su oído. Al instante, Arthur estaba delante de Maddy.

—Querida, ¿qué te ocurre?

—Me he mareado un poco. No es nada importante, pero agradecería salir.

—Por supuesto. —Arthur la ayudó a levantarse y ambos salieron a la terraza.

La luz de la luna iluminaba la plantación y permitía ver las plantas del algodón extenderse hasta donde alcanzaba la vista. Arthur permaneció en silencio a su lado, atento a cualquier cosa que pudiese necesitar, pero sin presionarla.

—Arthur, ¿eres feliz conmigo? —se atrevió a preguntar agarrada a la barandilla de piedra.

—¿Es eso lo que te preocupa?

Maddy asintió. No tenía sentido mentir cuando entre ellos siempre había primado la sinceridad.

—Jamás pensé que volvería a compartir mi vida con otra mujer. Y es probable que con cualquier otra se me hubiese hecho insoportable. Pero contigo es todo muy fácil. —La agarró de los hombros y la puso frente a él—. ¿He hecho o dicho algo que te haya indicado lo contrario?

—He comprendido que no compartimos una parte de nuestra vida que tú puedes necesitar.

—Entiendo. Temes que pueda buscar en otra mujer lo que no tengo contigo. De nuevo, ella asintió.

—No soportaría ser avergonzada otra vez, Arthur. Quiero que... —bajó el tono de su voz, pero la congoja que sentía no le permitió retractarse de lo que iba a decir—, quiero que me muestres la intimidad que se puede compartir.

Arthur la tomó del brazo y bajó los escalones de la casa para alejarlos de oídos indiscretos. Llegaron hasta una pérgola de madera blanca y subieron los tres peldaños que la elevaban del resto de la tierra. A su alrededor solo los campos de algodón serían testigos de aquella conversación. Maddy apoyó la espalda en una de sus columnas para encontrar algún punto de apoyo que le imprimiese la fuerza necesaria para hablar con claridad.

Arthur se posicionó frente a ella y pese a la preocupación que leía en su rostro, la luz de la luna se reflejaba en sus ojos y los hacía brillar con intensidad.

—Lo quieres, pero no por los motivos adecuados, querida mía —dijo al fin—. No porque lo desees, o me desees, sino porque temes de manera irracional que te suceda lo mismo que con Cameron Relish y yo te abandone.

Escuchar el nombre de Cameron de nuevo aceleró los latidos de su corazón.

—Jamás olvidaré lo que sucedió. Puede que algún día lo supere, pero todavía no. Sin embargo, necesito tu sinceridad, ¿acaso tú no quieres? ¿No lo desees? ¿Desde la muerte de tu esposa no volviste a estar con otra mujer?

—Sí lo hice. En ocasiones pagué a mujeres por sus atenciones y otras veces me dejé llevar por los intereses de otras damas. Durante un tiempo tuve que lidiar con la culpabilidad de haber tenido que recurrir a ellas, de imaginar que era Amelia a la que tenía entre mis brazos cuando sus perfumes eran demasiado asfixiantes, sus suspiros artificiales o sus besos diferentes. Pero

luego se convirtió en una necesidad biológica nada más. Un acto de liberación. Ninguna fue suficiente para cubrir el vacío que me dejó.

—¿Y desde nuestro matrimonio?

Arthur tardó unos segundos en contestar y cuando lo hizo fue con extrema dulzura.

—¿Por qué quieres saberlo, Maddison? Eso no cambia en nada nuestra relación.

Maddy intentó asimilar que aquella respuesta era una confirmación. Se tomó su tiempo para averiguar cómo se sentía al respecto y llegó a la conclusión de que no le gustaba la idea de que buscara las atenciones de otras estando ella.

—¿Y yo? ¿Sería suficiente?

Su esposo estiró la mano y le acarició la fría mejilla.

—Eres más de lo que pude imaginar.

—Tú eres todo lo que yo tengo, Arthur. —Apoyó las manos en su pecho y se puso de puntillas—. No quiero perderte. No quiero perder la libertad y la confianza que me ha dado nuestra unión. Enséñame lo que es un matrimonio completo.

El busto de Maddison se apretaba contra su cuerpo y sus carnosos labios estaban entreabiertos y dispuestos para él. Sabía que ese momento llegaría, y mentiría si dijese que, como hombre, no lo había deseado. Inspiró hondo y se rindió a lo inevitable.

—Espérame en tu habitación.

## CAPÍTULO 20

*Antes que nada, ser verídico para contigo mismo. Y así, tan cierto como que la noche sigue al día, hallarás que no puedes mentir a nadie.*  
William Shakespeare

**A**rthur tardó casi una hora en deshacerse de los invitados tras anunciar la indisposición de su esposa. Algunos achacaban su malestar a un futuro vástago, otros más indiscretos y algo más ebrios, bromearon sobre la necesidad de otro tipo de celebración de la pareja, pero la mayoría optó por la discreción y se retiró en silencio.

Subió la escalera de mármol blanco hasta que llegó frente a la puerta de su esposa y llamó despacio una sola vez a la espera de que le diese permiso. Sin embargo, fue la misma Maddy quien abrió y buscó su mirada. Ambos se evaluaron, los dos con el mismo temor de ver arrepentimiento en los ojos del otro. Sin embargo, ella retrocedió para cederle el paso y la puerta se cerró tras ellos.

—¿Estás segura? —insistió una vez más el marqués.

La joven asintió.

—Si en algún momento te sientes incómoda y deseas que pare, solo tienes que pedirlo.

—Ahora solo pienso en que quiero que empieces antes de que los nervios me hagan actuar como una necia.

Arthur sonrió y se acercó hasta ella. Rodeó con sus manos el cuello de la muchacha y lo inclinó para besarla. El roce de sus labios fue ligero y tierno, estaba lejos de parecerse al asalto de Cameron en el invernadero, impetuoso y salvaje y que le robó el aliento, pero era satisfactorio. Aquel pensamiento la hizo gemir de frustración y resentimiento al recordarlo de nuevo, pero Arthur malinterpretó disgusto en aquel gesto y se apartó de ella.

—¡No! Por favor, no te detengas. Necesito hacerlo.

—No es una obligación. No quiero que luego te arrepientas, Maddy.

—Te prometo que no.

Se acercó hasta su esposo y comenzó a desnudarlo. Primero deshizo el nudo de su pañuelo, luego retiró la chaqueta, el chaleco y después, con determinación, fue quitando los botones de los ojales hasta que Arthur estuvo desnudo de cintura para arriba. Lo contempló al tiempo que lo acarició con la fría punta de sus dedos. Él se dejó hacer. Sació la curiosidad de su joven esposa al tiempo que sus inocentes caricias lo excitaron. Pero no se atrevió a seguir adelante, lo miró dubitativa y dejó las manos caer.

—No sé qué debo hacer.

Arthur volvió a hacer alarde de su comprensiva sonrisa.

—Has hecho mucho más de lo que esperaba. Ahora déjame a mí.

La besó hasta que sintió que ella empezaba a colaborar y dejó un pequeño espacio con el que tentar la entrada con su lengua. Bajó sus manos entre beso y beso, y con destreza desabotonó el vestido, aflojó las cintas del corsé y acarició la espalda desnuda de la joven.

Maddison se estremeció. La ropa se sostenía en precario equilibrio sobre el montículo de sus pechos y, tras dar un paso atrás, Arthur propició que cayese a sus pies. Ahora estaban en igualdad de condiciones, solo cubiertos por los pololos en su caso y los pantalones en el caso de su marido.

Luchó contra la necesidad de cubrirse y pudo mantener los brazos pegados a los costados de su cuerpo mientras su esposo comenzaba a seducirla. La recorrió con la mirada primero y con caricias después. Las manos de Arthur se posaron sobre sus hombros y su piel fue absorbiendo la caricia de sus dedos, exploradores, a lo largo de su escote antes de que su boca ocupase el lugar en el que una vez Cameron Relish la había besado. Se prometió que un día recordaría a Arthur en lugar de a Cam y lo repetirían tantas veces como fuese necesario para que así fuera.

La desnudó por completo al abrigo del fuego de la chimenea. La levantó en brazos y la depositó sobre la cama. Maddy lo contempló terminar de desvestirse, pero no tuvo tiempo de asimilar aquella extraña parte del cuerpo de su esposo. Sintió el peso de Arthur sobre el suyo e instintivamente abrió las piernas para acomodarlo entre ellas. Notó la presión y jadeó de sorpresa cuando el ligero empujón de Arthur fue acompañado por la caricia de su lengua sobre la cumbre de su pecho. Lo miró sorprendida cuando lo sintió invadir su cuerpo, siempre despacio y con tiernas caricias como si tuviese entre las manos una delicada pieza de porcelana. Así se entregó a él y descubrió lo maravilloso que serían todas aquellas sensaciones si hubiese

amor.

*Bangladesh*

*25 de septiembre 1876*

Un relámpago rasgó el cielo y casi al momento el trueno restalló haciendo vibrar los cristales de la casa. Cameron despertó sobresaltado y bañado en sudor. Sacó los pies de la cama, los apoyó en el frío suelo y se pasó la mano por el rostro. Tenía el cuerpo en tensión y una sensación extraña, como una premonición de que algo malo había sucedido. Se asomó a la ventana y comprobó que el día parecía haber despertado igual de tempestuoso que él, lo que indicaba que habría poca actividad en el puerto. Sin embargo, acudiría a la oficina de igual modo por si el cargamento del marqués llegaba, tal y como Maddison había indicado, a finales de septiembre. Por eso y porque no podía estar encerrado en casa un día más pensando que hacía un año, había acudido a su fiesta de cumpleaños y la había comprometido. En esta ocasión estaba seguro de que la celebración habría sido diferente. El marqués habría preparado una fiesta y ella habría bailado con él, habría disfrutado del trato que se merecía y nadie la avergonzaría. Sería feliz. Quizás a estas alturas puede que incluso estuviese esperando su primer hijo. Angustiado, se levantó y se aseó lo más rápido que pudo, necesitaba trabajar.

Al bajar a la cocina, se encontró con la criada que Lilith había contratado. Era una mujer menuda, delgada y de tez oscura que apenas si osaba a pronunciar dos palabras seguidas. La saludó y ella hizo una inclinación de cabeza antes de depositar sobre la mesa su desayuno. Podría servírselo en el pequeño comedor, como había sido costumbre en su casa de Londres, pero le gustaba la compañía de Anjali y había ordenado que se lo sirviese en la cocina. Escucharla moverse a su alrededor mientras preparaba la comida o arreglaba la ropa lo hacía sentirse menos solo.

Escucharon carcajadas, la puerta de la calle abrirse y voces desde el otro lado de la casa. Anjali lo miró de soslayo y bajó la cabeza, avergonzada por el comportamiento de su señora y también por él, por el hecho de que tuviese que soportar a los amantes de su mujer. Pero a él no le importaba en absoluto lo que hiciese de su vida. Si la había llevado consigo había sido para evitar que en Londres hundiera todavía más su reputación. En las Indias Orientales se

estaba labrando un nombre, empezaba a ser un negociador respetado y a eso pensaba consagrar su vida, a rehacer su apellido para cuando por fin pudiese regresar y enfrentarse a su pasado.

Lilith entró en la cocina empapada y ebria. Trastabilló y se agarró al marco de la puerta para no caer. Tras ver a Cameron, carraspeó, irguió la espalda e intentó caminar recta.

—Esposo —lo saludó con voz arrastrada.

—Lilith —respondió sin levantar la mirada del periódico que había sobre la mesa.

—Sírvenme algo de comer —ordenó a Anjali—, pero aquí no, en el salón.

La mujer asintió y empezó a disponer la taza de té sobre una bandeja.

Ante la manera de ignorarla de su marido, Lilith miró a Cameron con resentimiento.

—No sé por qué insistes en comer con la sirvienta en lugar de en el salón conmigo.

—Quizá porque ella es mejor compañía que tú, querida.

Cameron tuvo los reflejos justos para apartarse antes de que la limosnera que su esposa le lanzó impactara sobre su cabeza. El objeto golpeó en la pared y las monedas tintinearón en el suelo al abrirse.

—¡Te odio! Me humillas a la más mínima oportunidad —estalló histérica.

—Eso lo sabes hacer muy bien sola. —Cameron tomó el periódico de nuevo y retomó la lectura donde lo había dejado.

—No sabes apreciar lo que tienes. Muchos hombres me desean. Ansían mi compañía, sin embargo tú la rechazas una y otra vez.

—Siempre he sabido que en el fondo, y pese a mis actos de locura y rebeldía, era inteligente.

Lilith apretó los puños sobre la mesa y lo miró con rabia.

—Esta noche he disfrutado en la cama con un hombre de verdad. Uno que me ha poseído como si fuese la única mujer sobre la tierra.

Anjali tomó la bandeja con ambas manos y salió presurosa de la cocina.

—Enhorabuena —contestó Cameron ausente.

—¿Es que no te importa?!

—Lo más mínimo. —Dobló el periódico y se levantó—. Desde hace meses, tu vida y mi vida discurren en paralelo.

—Te deseo toda la infelicidad del mundo. Ojalá algún día recibas la indiferencia de la mujer de la que te enamores. Si es que alguna vez eres capaz

de sentir algo por alguien que no seas tú mismo.

Cameron suspiró. Lamentaba la desdicha de Lilith, pero sabía que tras su ruina económica, jamás habría sido feliz con él. Nada hubiese sido suficiente para ella y creyó que darle libertad los beneficiaría a ambos. Jamás pensó que se hubiese enamorado de él más de lo que lo estaba de su fortuna.

—Intenta ser feliz, Lilith. Yo no me opondré. Pero tampoco te interpongas en el camino que me he trazado.

Salió de la casa y dejó que el aguacero se cerniera sobre él. Hoy no tenía ninguna reunión con los comerciantes, por lo que tras repasar los números en la oficina, se encargaría de que Adam Benson lo pusiese a trabajar y quizá hasta lo acompañaría a desahogarse en uno de los antros a los que solían asistir para desahogar su frustración con los puños. La actividad física lo distraería y cuando llegase la noche, con suerte, podría conciliar el sueño.

*Charleston*

*Diciembre 1876*

*Lady Cavendish:*

*Lamento comunicarle que debido al mal tiempo y a las tormentas que han golpeado el barco, quince sacos han llegado en mal estado. Se mojaron y al abrirlos hemos descubierto que tenían moho. Entre el capataz y sus hombres han intentando sanearlo y retirar las partes negras y podridas, aun así y para evitar más pérdidas, me he visto en la obligación de negociar a la baja dichos fardos. No así el resto, por el que he conseguido compensar las ganancias. Le adjunto, como siempre, los cálculos con los beneficios.*

*El nenúfar. Esa es la flor típica de aquí por la que me preguntaba. Los tonos van desde el blanco, el rosa, el violeta o incluso un curioso color azulado. Los lagos que hay en el interior de la provincia están llenos de ellos. Las flores flotan sobre el agua y dan color a una vegetación que posee todos los tonos de verde. Es tan frondosa que uno puede perderse fácilmente en ella. Asimismo, se ha de llevar especial cuidado para acceder a ellas porque hay zonas pantanosas, llenas de lodo, que engañan y uno puede hundirse en el fango para siempre. Además del riesgo de encontrarse fascinantes animales como el tigre, que no dudaría en atacar y convertir a cualquier profano en*

*un exquisito manjar. Sin embargo, vale la pena correr el riesgo porque la belleza salvaje del paisaje lo compensa. ¿No cree que en la vida hay riesgos que vale la pena correr por un instante de felicidad?*

*Atentamente,*

*Jason R.*

Maddy despertó y se estiró en la cama. Rozó con el brazo el cuerpo de Arthur, sonrió y al mismo tiempo el sonrojo cubrió sus mejillas al recordar todo lo que había aprendido la noche anterior. Jamás pensó que una mujer pudiese tener tanto poder y satisfacer de ese modo a un hombre. Arthur era un amante atento, pero también era un maestro. Después de aquella primera vez, la había obsequiado con un libro muy explícito sobre diferentes posturas y artes amatorias. Se embebió de él con la misma dosis de curiosidad que de pudor. Con su esposo solo compartía cama si deseaban poner en práctica las cosas aprendidas. El resto de las noches, cada uno ocupaba su habitación y su relación se basaba en la cordialidad y la confianza de dos buenos amigos. A excepción de aquellas noches en las que yacían juntos.

Arthur se levantó para retirarse a su habitación, pero mientras se vestía reparó en el rubor de las mejillas de su esposa.

—Apuesto toda mi fortuna a que adivino lo que estás pensando. —Abrochó los pantalones y tomó la camisa que había dejado a los pies de la cama.

—Perderías —sentenció Maddison con fanfarronería.

—Probemos si es verdad o no. Pensabas en el sexo.

Maddy se cubrió la cabeza con la sábana y Arthur soltó una carcajada. Después de aquella primera vez, Arthur le había explicado qué satisfacía a una mujer y enseñado cuánto placer podía proporcionar a un hombre con las caricias de sus dedos o incluso de sus labios. Pero todavía seguía avergonzándose cuando hablaban sin tapujos sobre su intimidad.

—Me debes una fortuna.

—Te debo mucho más que eso. —Maddison se descubrió y lo miró con infinita gratitud, como hacía siempre.

—Te dije que haría lo posible para hacerte feliz.

—También me haría feliz tener un hijo... —Lo tentó de nuevo. Desde que yacieran juntos aquella primera noche, Arthur le había dejado claro que no deseaba descendencia, por lo que tomaría las precauciones necesarias para no dejarla embarazada. Ella aceptó porque comprendió el temor que lo

embargaba después de la desgracia vivida con su anterior esposa, pero con el tiempo empezaba a desear que cambiara de opinión.

—Lo sé —dijo comprensivo—. Te daría todo lo que me pidieras. Todo tengo, menos eso. Por favor, compréndelo.

Maddy asintió. No podía pedirle más de lo que ya le daba. Durante el día la dejaba ocuparse de sus negocios en las Indias Orientales —siempre bajo su supervisión—, la dejaba hacer y deshacer a su antojo en la casa, hablaban como amigos y cuando les apetecía retozaban como amantes. Sin embargo, su relación era más de cariño que de amor. Él seguía venerando a su esposa y ella no creía ni confiaba en un amor como el que había sentido por Cameron. Aquello fue inmaduro y totalmente una ilusión. Lo que compartía con Arthur era confianza y amistad ciega.

Tras vestirse, Arthur la besó en la frente.

—No remolonees mucho en la cama, que hoy tengo una sorpresa para ti.

Dicho esto, la dejó sola. Maddy se levantó en el acto y llamó a su doncella para que la ayudase a arreglarse. Hacía días que Arthur planeaba algo, pero no sabía el qué. Se habían trasladado desde la plantación a la ciudad hacía una semana y lo había escuchado hablar con la servidumbre, que sospechosamente, guardaba silencio cuando ella llegaba.

Una vez dispuesta, bajó la escalera a tiempo de ver la puerta principal abrirse y aparecer bajo el vano a su padre, Emma, Eleanor y su madre. Ahogó un sollozo y bajó el resto de escalones a la carrera para arrojarle en brazos de William, mientras Eleanor la abrazaba y Emma, un paso por detrás de la familia Foster, apretaba las manos en su regazo para no apartarlos a todos y abrazar a su querida Maddy.

—¿Cómo es posible? —preguntó emocionada.

William la alejó de sus brazos y dejó que la saludase el resto de su familia. La contempló con atención para cerciorarse de que era verdad que estaba bien y era feliz, tal y como aseguraba en sus cartas. En verdad había ganado peso y tenía un aspecto saludable. lo que lo tranquilizó sobremanera. Sonrió al ver como Eleanor no se separaba del brazo de su hermana, suspiró de frustración cuando Elizabeth la besó como si fuese una visita de cortesía y se enamoró un poco más de Emma, si es que fuese posible, cuando abrazó a su hija como si fuese su verdadera madre.

—Arthur lo organizó todo para que pudiésemos venir a pasar las fiestas de Navidad con vosotros —dijo William por fin.

—¡Oh, padre! No podría haber tenido mejor regalo.

—¿Te gusta mi sorpresa entonces? —Arthur apareció desde el corredor que daba a la biblioteca y saludó a su viejo amigo con un abrazo a la espera de la respuesta de su esposa.

—No podrías haberme hecho más feliz.

—En eso habíamos quedado.

Los Foster fueron acomodados en las habitaciones de la mansión mientras Maddison y Arthur aguardaban en el salón a que se asearan después del viaje y descansaran un poco. Sin embargo, Maddy era incapaz de estarse quieta y paseaba como un pajarillo enjaulado por la habitación.

—No puedes esperar a hablar con tu querida Emma, ¿me equivoco?

Ella negó con la cabeza y retorció las manos en su regazo.

—¿Y qué haces todavía aquí? Sube y ve con ella.

—¿Qué pensará mi madre o la servidumbre si la señora de la casa fuese tan desconsiderada?

—Maddison, eres una mujer adulta, casada y que además ostenta el título de marquesa. Nadie osará nunca más cuestionarte.

Las palabras de Arthur prendieron luz a una parte de su cerebro que parecía no querer asimilar lo que su matrimonio significaba. Nadie tenía derecho sobre ella ya, a excepción de su marido, claro.

Le dedicó una amplia sonrisa y apresuró sus pasos hasta la habitación de su institutriz.

Encontró a Emma deshaciendo la maleta y corrió a entregarse a su abrazo.

—Tenía tantas ganas de verte.

—Y yo a ti, mi niña. He leído todas tus cartas cientos de veces para tratar de adivinar si era cierto que estabas tan bien como afirmabas. Si tu marido te trataba como mereces.

—A ti jamás habría podido mentirte. —Le sonrió con candidez—. La vida aquí es tan diferente a la de Londres. Es mucho más tranquila y aunque acudimos a reuniones, no siento el peso de la sociedad sobre mis hombros. Me siento más libre.

—Celebro verte así.

—Es una sensación muy satisfactoria hacer lo que se desea sin tener que rendir cuentas o pedir permiso a nadie.

—Debe ser maravilloso. —Apretó sus manos con afecto.

Maddison advirtió el cansancio en el rostro de Emma, que disimuló un bostezo detrás de un suspiro.

—Soy una desconsiderada. Te dejaré para que te asees y te repongas del largo viaje. No obstante, no te molestes en ordenar tus cosas, haré que las coloquen en su sitio más tarde.

Volvieron a fundirse en un efusivo abrazo y Maddison abandonó la habitación.

A la hora de la cena, no podía ocultar la enorme satisfacción que la presencia de su familia le causaba. Eleanor ya era toda una mujercita y atendía a la conversación con la misma avidez que reconoció en ella años atrás. Emma se mantenía en un discreto segundo plano y su madre, como siempre, estaba más preocupada por cuándo saldría a lucirse por la ciudad que de los temas que se trataban en la mesa.

—Maddison tiene contacto directo con mi hombre de confianza en Bangladesh —comentó Arthur a William al hilo de la conversación de negocios que mantenían.

—He oído que está haciendo un buen trabajo —convino William.

—Es cierto —confirmó Maddison—. Su dedicación y su esfuerzo se traslucen en los ingresos que recibimos. Consigue vender las telas a precios excelentes. Dudo que hubiésemos encontrado a alguien mejor para hacerse cargo de los negocios allí.

Arthur sonrió satisfecho.

—Yo estoy seguro de que es la persona indicada.

—Estoy deseando conocer a ese hombre —afirmó William.

—Yo también, padre —sonrió Maddison—. Además, como Arthur sabe, suele comentarme costumbres sobre la India. Me habla sobre el paisaje, las flores, la comida... Tengo la sensación de que se siente solo.

—Tienes que presentármelo, Cavendish —insistió William.

—Todo a su debido tiempo —intercedió Arthur satisfecho.

Al día siguiente, después de un breve paseo por la ciudad, una lluvia intensa los hizo regresar más pronto de lo que hubiesen querido. Pese a que habían

salido preparados para el mal tiempo, el aguacero los empapó. En cuanto llegaron a la mansión, cada uno se retiró a su habitación para poder cambiarse de ropa y evitar así un resfriado. Una vez Maddison estuvo dispuesta, decidió pasar por la habitación de Emma. Quería su consejo para comprar un regalo de Navidad, uno especial que quería mandar lejos, y ahora que podía contar con la ayuda de una confidente, no quiso dejar pasar la ocasión de pedir su consejo. Golpeó con los nudillos la puerta, pero estaba tan ansiosa que no esperó respuesta. Abrió y el desconcierto sustituyó a la emoción cuando encontró a Emma en brazos de su padre.

# CAPÍTULO 21

*Algunas caídas son el medio para levantarse a situaciones más felices.*  
William Shakespeare

**P**aralizada, no supo cómo reaccionar ante la inequívoca visión que tenía ante sus ojos. Emma tenía los brazos alrededor del cuello de su padre y él la sujetaba con firmeza por la cintura. Pero no fue el hecho, del todo inconveniente, de que William estuviese a solas con ella en la habitación. Ni la posición de sus cuerpos. Ni que estuvieran tocándose y sin lugar a dudas besándose antes de que ella llamara. Fue su mirada la que la hizo comprender lo que los unía. La que arrojó luz sobre la negativa de Emma a separarse de su familia y acompañarla a Charleston.

—Maddison... —William llamó su atención con tiento.

Emma ahogó un sollozo y se cubrió el rostro con ambas manos, pero Maddy siguió paralizada bajo el umbral hasta que su padre la tomó del brazo y la hizo entrar en la habitación, cerró la puerta y los aisló del resto del mundo.

—¿Por qué? —pronunció por fin—. Engaña a madre. La traiciona. Y con Emma. ¿Cómo has podido prestarte a esto?

Esta vez su mirada se dirigió a su querida institutriz.

—Es mucho más complicado que eso —intervino su padre.

—Pues explíquemelo porque ya soy capaz de entender muchas más cosas de las que cree, padre.

—Quiero a Emma, Maddison —dijo al fin—. No debería, pero lo hago. Y es lícito que busque mi felicidad como he procurado proporcionarte la tuya.

Ella negó con la cabeza, vehemente.

—No así. No con mentiras y traiciones. No a escondidas. ¡El amor no todo lo vale, no todo lo justifica!

Y bien lo sabía ella. El hecho de que Cameron se hubiese enamorado de otra mujer y la hubiese engañado durante meses no justificaba su comportamiento, ni ese irracional sentimiento. No había empatizado con su madre desde hacía años, pero en aquel momento, como mujer traicionada, se

posicionó de su lado.

—¡Basta, Maddison! No grites.

—¿Por qué? ¿Teme que madre se entere? Pues debería saberlo. Debería enterarse de que el hombre al que ama la engaña con otra mujer.

Las lágrimas, rebeldes, escaparon de sus ojos y se las limpió a manotazos.

—¿Crees que tu madre y yo nos amamos? —respondió William con amargura.

Maddy dejó de llorar y lo miró con atención.

—¿Intenta decirme que jamás existió ese sentimiento?

—Sí que existió. Cuando la conocí era una joven hermosa, alegre y positiva que me animó a luchar por hacerme un nombre y en aquel tiempo era lo que necesitaba. Pero con el paso de los años descubrí que esa positividad solo escondía una ceguera selectiva. Que solo ve lo que quiere ver y que todo aquello que suponga un problema, es un inconveniente que aparta de su vida.

Escuchó con atención las palabras de su padre.

—¿Como hizo conmigo? —susurró herida.

A William le dolió que Maddison comprendiese de una vez por todas por qué su madre jamás la había atendido como debiera.

—Sí —respondió al fin.

—Pero eso no justifica sus actos. Los de ambos. —Los señaló.

—No. No pretendo validar algo que sé que es incorrecto. Pero quiero que comprendas que me enamoré de Emma sin pretenderlo. Que tú y tu hermana sois lo que más quiero en mi vida, pero que sin ella tampoco podría vivir.

—Pero sigue casado y engañando a madre.

El sonido de la puerta cerrarse tras ellos los advirtió de que había una cuarta persona en la habitación. Maddy miró alarmada a su madre, que impertérrita, contempló la escena hasta que sus ojos se dirigieron a su hija.

—Ya basta de tanto alboroto. Vuestros gritos se escucharán hasta en Londres a este paso.

—Madre... —susurró atemorizada ante la idea de que debido a su tono de voz, Elizabeth hubiese descubierto la relación de su padre con Emma.

—No quiero escuchar ni un solo grito, ni una sola palabra más en referencia a este asunto. Si yo sé y consiento lo que sucede, ¿quién eres tú para convertirnos en la comidilla de Londres?

Maddison miró sorprendida a su madre y luego a William y a Emma. Ninguno de los tres parecía sorprendido por el hecho de que Elizabeth

estuviese al corriente de su relación.

—¿Lo sabía? —preguntó asombrada.

—El acuerdo al que llegamos tu padre y yo solo nos incumbe a él y a mí. Esta es la última conversación que mantendremos al respecto y tú dejarás las cosas tal y como están. ¿Me has entendido? Si por culpa de tu repentino arranque de moralidad destruyes la imagen que me he forjado durante años, no te lo perdonaré jamás.

—¿Eso es lo que más le preocupa? ¿Lo que diga la gente?

—No tengo que darte explicaciones, Maddison. Yo vivo mi vida como he querido hacerlo.

—¿Cómo ha podido darme lecciones de moralidad durante todo este tiempo, madre? ¿Cómo ha sido capaz de juzgar mi comportamiento? Al menos mis pasos estuvieron guiados por amor. Pero usted, ¿qué gana con todo esto? ¿Cómo puede vivir así?

—Gano exactamente lo que quiero —respondió altiva—, y vivo como quiero. Tengo dinero y amistades influyentes. Soy feliz con esta situación y no necesito que nadie me defienda. Así que no te atrevas a entrometerte. Es todo lo que hablaremos sobre esto.

Salió de la habitación igual que había entrado, con el porte de una reina.

Maddy se dejó caer en la silla del tocador. Se sentía mareada y confusa. ¿Cómo podía su madre consentir esa relación? La respuesta era sencilla: porque tampoco amaba a su padre, pero sí la comodidad y el nombre que este le otorgaba. Sin embargo, la mujer que sí lo amaba, vivía a la sombra y escondía sus sentimientos.

—¿Por qué no me había dicho que ella lo sabía, padre?

—Porque no quería que tu imagen sobre ella se viera más afectada de lo que ya está. Pero tu madre tiene razón, Maddison. Debemos dejar las cosas como están.

—Ahora mismo necesito estar sola.

Se tambaleó un poco al levantarse, pero recuperó el equilibrio y salió de la habitación para buscar a Arthur. Lo encontró en el mismo sitio donde lo había dejado, leyendo un libro y completamente ajeno a la tormenta interior de su esposa.

—Arthur —susurró antes de empezar a llorar y arrojarle en sus brazos.

Él la sujetó contra su pecho y acarició sus cabellos con cuidado, preocupado.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras mal?

—¡Oh, Arthur! Ha sido horrible.

Tras comprobar que no había nadie, dejó que la acompañase a un sillón y procedió a contarle lo que acababa de descubrir. La escuchó atento y paciente, pero en ningún momento se mostró sorprendido, lo que llamó la atención de la joven.

—¿Por qué tengo la sensación de que no te extraña nada de lo que te estoy contando?

—Tal vez porque es algo mucho más común de lo que tú, mi querida e ingenua esposa, crees. Esta sociedad cargada de valores, de intachables comportamientos y normas de sociedad, es mucho más hipócrita de lo que aparenta. Muchos de los que se proclaman dechados de virtud esconden actitudes más que reprochables. Como adicciones al juego, al sexo, a la bebida o a todas juntas. Pero nada de eso importa si no se sabe, si se esconde o si se tiene un título que pueda acallar bocas. En el caso de tu padre, si tu madre consiente y él ama a Emma y es amado, deberías respetarlo. ¿Acaso no quieres que sea feliz? —Maddy asintió—. Pues en eso consiste el amor en todas sus variantes, en hacer todo lo posible para que la persona a la que se quiere sea dichosa.

—¿Tú consentirías que tuviese un amante? ¿Lo aprobarías?

Arthur ni siquiera pareció meditarlo.

—Si fueses sincera conmigo y estuvieses enamorada de él, sí. Entre nosotros no cabe el engaño, y no hay mayor locura ni sentimiento que te haga sentir más vivo, que amar y ser correspondido.

—Yo solo comprobé que cuando me dejé llevar, fui castigada con dolor, vergüenza y desesperación.

Arthur acarició la mano de su esposa con ternura.

—Si no recuerdas la más ligera locura en la que el amor te hizo caer, entonces no has amado.

—William Shakespeare —respondió ella a la frase de su marido y él asintió satisfecho.

Los siguientes días de la estancia de los Foster en Charleston, Maddy no tuvo oportunidad de poder conversar con Emma y aclarar las cosas. Ella parecía rehuir la posibilidad de encontrarse a solas y ella todavía tenía muchas cosas

en las que pensar, sentimientos a los que poner nombre y prejuicios con los que lidiar. Después de unos días llenos de situaciones tirantes, miradas avergonzadas y conversaciones sin sentido, por fin pudo estar un rato a solas con ella. Toda la familia había salido a pasear por la ciudad y a hacer las compras de Navidad. Había sido un día bonito, Eleanor había disfrutado del paseo asaltando a preguntas a Arthur, que paciente, procedió a saciar su curiosidad. Elizabeth derrochó dinero en compras y William y Emma se dedicaban miradas furtivas cargadas de sentimiento. Maddison, testigo de todo ello, intentó asimilar la extraña situación de su familia.

En cuanto llegaron a la mansión, Maddison se encerró en el despacho. Había comprado un pequeño detalle para Jason por Navidad en agradecimiento por su trabajo y por cada una de las cartas que le enviaba en las que saciaba su curiosidad y detallaba cómo de diferente eran las costumbres en la India. Durante el tiempo que llevaban manteniendo contacto, había apreciado que se sentía solo, que era un hombre inteligente, educado y que el aburrimiento, o quizá su inquietud, lo llevaban a investigar parajes inhóspitos. Viajes que luego le contaba en sus cartas y que ella agradecía, en parte porque le parecía atrayente y en parte porque sentía que era la única persona que se interesaba por aquel hombre.

*Querido señor Jason:*

*Estas fechas son difíciles para cualquiera que se encuentre lejos de su hogar y de sus más allegados. Perdona que me haya tomado la libertad de comprarle este obsequio en agradecimiento a su trabajo, pero sobre todo a sus cartas y las aventuras que me relata en ellas. Yo no puedo ofrecerle testimonios tan llamativos, pero quizá leer a William Shakespeare (uno de mis autores favoritos) compense un poco mi falta de vivencias. Espero que disfrute de Mucho ruido y pocas nueces, puesto que es una de mis obras preferidas. Si vuelve a Londres y tiene la posibilidad de acudir a una representación, le aconsejo que lo haga. Mientras, espero que este pequeño detalle aligere sus días con sonrisas.*

*Atentamente,*

*Maddison Cavendish*

Cuando salió de la biblioteca, todos se habían excusado para retirarse a

descansar hasta la hora del té. Encontró a Emma en el salón organizando los regalos y, en silencio, se prestó a ayudarla. Ambas entendieron que había llegado el tan temido momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Maddy, lamento haberte decepcionado —dijo al fin, incapaz de mantener el silencio por más tiempo.

—Yo no sé todavía lo que siento ante toda esta situación.

—Lo comprendo... Pero debes saber que si había algo que ensombrecía el amor que siento por William, era la posibilidad de que te enterases de nuestra relación y me odiaras. Te quiero, Maddy —las palabras se le trabaron en la garganta y la voz le flaqueó—. Te quiero como a la hija que jamás he tenido ni tendré, y no soportaría que nuestra complicidad se viese afectada. Mi vida no sería completa si no tengo vuestro cariño, el de William y el tuyo. Llámame egoísta si quieres por quererlo todo, pero por favor, perdóname.

Ante la falta de respuesta de Maddison, Emma suspiró y volvió su atención a los paquetes de regalos. En silencio, lloró de nuevo, incapaz de aguantar las lágrimas como había estado haciendo estos últimos días. Lloró por la impotencia que sentía ante el rechazo de su querida pupila, de vergüenza y de desesperación. Y ante su tristeza, Maddison comprendió que las palabras de Arthur eran ciertas. Quería ver a su familia feliz, y si para eso su padre tenía que tener una amante, su madre ignorar la situación y Emma vivir su amor en secreto, bienvenido fuese el caos.

—Para mí has sido, eres y serás siempre como una madre, Emma —dijo al fin igual de compungida que su institutriz—. Aunque quisiera, jamás podría dejar de quererte.

—¡Oh, mi niña! —Emma exhaló todo el aire que había estado conteniendo y corrió a abrazarla—. Te he echado tanto de menos, tenía tantas ganas de hablar contigo, de que me contases en persona cómo es tu vida, de que me asegurases mirándome a los ojos que eres feliz...

—Emma, yo también tengo muchas cosas que contarte. Me has hecho tanta falta, y sí, soy feliz.

El día de la marcha de su familia, en el puerto de Charleston, Maddison lloró desconsolada. Mientras les decía adiós y el barco se alejaba mar adentro, Arthur la rodeó por los hombros y la acercó a su cuerpo para consolarla.

—Cuando te veo llorar de ese modo no sé si hice bien al traerlos hasta

aquí.

—Ha sido una visita que emocionalmente me ha tenido exhausta. Primero no cabía en mí de gozo, después fue desconcertante enterarme de los secretos de mi familia. Me enfadé, me frustré, pero también fui inmensamente feliz.

—Así es la vida, querida. Una montaña de emociones.

*Bangladesh*

*Marzo 1877*

Cameron cerró la carpeta con el albarán y se dispuso a retirarse a su casa cuando el cartero le entregó un sobre mucho más grande de lo habitual. Debido a la cantidad de trabajo, el presente navideño había llegado con retraso, se excusó. Pero Cameron apenas lo escuchó mientras abría el sobre y asombrado descubría un paquete de regalo exquisitamente envuelto. Leyó la nota de Maddison con el corazón latiendo desbocado. Era la primera vez que recibía una carta suya sin motivo y además con regalo. Lo abrió con cuidado de no romper el papel, y una vez desenvuelto, lo dobló y guardó los lazos en su maletín. Cuando ya no pudo contenerse más, abrió el libro por una página cualquiera, cerró los ojos, sonrió y aspiró su aroma. Que lo tuviese en su pensamiento fue el mayor regalo de todos.

Debía reconocer que no habían sido las peores Navidades de su vida y eso ya era mucho decir. Durante sus años de libertinaje había celebrado las fiestas en compañía de sus padres bajo un estricto y asfixiante silencio, hasta que había podido escapar de su familia y disfrutar con sus amigos de interminables borracheras.

Había cenado con Adam, puesto que Lilith había salido con uno de sus amantes y no la esperaba hasta tarde si es que regresaba. Tanto el capataz como él estaban solos. Habían compartido una deliciosa cena y posteriormente una copa de licor antes de que Adam se retirase a disfrutar de compañía femenina. En aquella ocasión, declinó la invitación de acompañarlo. Al menos, había pasado las fiestas con alguien que le caía bien y con el que se sentía a gusto y podía ser él mismo.

## CAPÍTULO 22

*Esa engañosa palabra «mañana, mañana, mañana», nos va llevando por días al sepulcro, y la falaz lumbre del ayer ilumina al necio hasta que cae en la fosa.*

William Shakespeare

*Bangladesh*

*Enero 1881 (Cuatro años después)*

Cameron subió los escalones de su oficina de dos en dos, ansioso al saber que tenía de nuevo correspondencia. Tras aquella primera carta de Maddison se sucedieron otras muchas. Lo que en un principio se suponía que era una mera transacción comercial, se había convertido en la única ilusión de Cameron. Con el paso de los años se había ganado la confianza de la que una vez fue su prometida narrándole anécdotas sobre la vida en la India y curiosidades sobre acuerdos comerciales. A cambio, ella le hablaba sobre su vida en Charleston, sobre la plantación y sobre todo lo que había aprendido desde que hacía tres años se había mudado a vivir allí con su esposo. Se alegraba de que fuera feliz, lo merecía, pero no podía evitar tensarse cuando le hablaba sobre su marido. Él también lo había hecho sobre la suya porque en una de aquellas cartas le preguntó si estaba casado y se negaba a mentirle más de lo que lo había hecho ya.

Ansioso, abrió la carta y leyó:

*Estimado señor Jason:*

*No sé cómo expresarle mi pesar por su pérdida. Lamento mucho la muerte de su esposa y lo que debió significar para usted acompañarla en su enfermedad y sobre todo en su triste final. Espero conocerle en persona alguna vez y poder agradecerle como es debido su dedicación y preocupación por nuestros negocios pese a que su situación personal era complicada. Por favor, mi marido y yo insistimos en que se tome el tiempo que necesite para intentar recuperarse.*

*De nuevo le expreso mi gratitud y todo mi cariño.  
Atentamente,  
Maddison Cavendish*

A Cameron le supo a poco. Aquella escueta carta no contenía información sobre ella. No le contaba nada sobre cómo habían sido sus últimos meses, solo se centraba en la muerte de Lilith, un hecho que no podía decir que lo hubiese sorprendido. Desde su llegada a la India la vida de su esposa había sido un descontrol de alcohol y libertinaje que acabó primero con su salud física al contraer la sífilis y luego mental. No cabía duda de que aquellos años habían sido duros. Su único escape había sido el trabajo duro en el puerto, las negociaciones y las cartas de Maddison.

—Veo que tienes noticias de ella.

Adam Benson entró en el despacho y se sentó al borde de la mesa de Cameron.

—Cómo si recibiese correo de alguien más.

El capataz se encogió de hombros.

—Aunque así fuese, solo por la expresión de tu rostro podría adivinar que son sus letras las que lees.

—Me alegra que sea feliz, solo eso.

—¿Hasta cuándo vas a expiar tus culpas? Le estás dedicando la vida a los negocios de su marido.

—Le debo todo lo que he conseguido al marqués Cavendish. Siempre estaré en deuda con él.

Durante aquellos años, Cameron se había ganado la reputación entre el resto de comerciantes de ser un hombre justo, de confianza, trabajador y de honor. Sus ingresos habían crecido considerablemente hasta casi alcanzar la cifra que su padre había malgastado. Pero al margen de su economía, lo que más deseaba restaurar era su nombre. No avergonzarse de ser el barón Relish y poder mantener la cabeza erguida cuando algún día regresara a Londres.

—¿Y qué hay de ella? ¿Qué sucederá cuando tengas que ir a Londres a supervisar las nuevas fábricas y se entere de que con quien se ha estado carteando durante años eres tú?

—Me odiará un poco más, si cabe.

—Pero eres incapaz de no tener contacto con ella. Quizá durante estos años te has arrepentido de no haberte casado con ella, ¿o es algo más que tu culpa

lo que intentas ocultar tras esa obsesión de cartearse con lady Maddison?

—No ha pasado ni un solo día en el que no me haya arrepentido. La destrucción de ambos dependió de mi errónea decisión. Pero no la merecía y no la habría hecho feliz —contestó con sinceridad.

—Y lord Cavendish sí —confirmó Adam.

—Así parece ser.

—¿Cuándo viajaremos a Londres? —se interesó Adam.

—Cuando el marqués confirme que todo está dispuesto. Será duro tratar con los clientes allí directamente y más cuando descubran quién soy.

—No más duro de todo lo que has vivido hasta ahora. Quizás al volver te reencuentres con ella y puedas reparar tus actos.

Cameron palmeó la espalda de Adam y guardó la carta junto con todas las demás, rodeándolas con la cinta de aquel regalo de Navidad que había releído infinidad de veces. Maddison era la única que lo ataba a un pasado durante el cual fue feliz. Ignorante, impaciente, rebelde, estúpido..., pero feliz. Ella le anclaba a la realidad, lo ayudaba a no perder de vista su pasado, construir su presente y a mantener una expectativa de futuro. Ella había sido la única constante en su vida. Todos los demás habían desaparecido. Ella, solo ella.

*Charleston*

*Marzo 1881*

*Lady Cavendish:*

*Gracias por sus condolencias y la sincera preocupación por mi bienestar. Los últimos meses de mi esposa fueron muy duros. Espero no sonar demasiado insensible, pero siento que con usted puedo confiar y que sabrá entenderme. Su final fue un alivio para ambos dado el sufrimiento del que ella aquejaba y la impotencia por mi parte de no poder ayudarla en su desenlace. Pese a que nuestro matrimonio, como tantos, jamás estuvo basado en sentimientos, lamento profundamente su suerte.*

*Ahora más que nunca agradezco sus cartas, lady Cavendish. Son lo único que me evade de la en ocasiones dura realidad de este lugar.*

*De nuevo, gracias por su sentir.*

*Atentamente:*

*Jason R.*

Las lluvias que durante días habían castigado Carolina del Sur habían cesado después de una tormenta descomunal. Hacía varias horas que había dejado de llover, pero una calma tensa, cargada de humedad, embotaba el ambiente. Las nubes grises todavía oscurecían el cielo, lo cual indicaba que con toda probabilidad el agua no los había abandonado. Maddison se cubrió con el chal y salió al balcón desde el que se avistaba toda la propiedad. Arthur había salido a cabalgar nada más había dejado de llover para comprobar que la plantación no había sufrido daños considerables. La crecida del río había inundado algunos campos y las casas de los trabajadores se habían visto afectadas, por lo que había decidido comprobar en persona el bienestar de las familias primero y de sus tierras después.

Una ráfaga de viento frío la hizo encogerse y arrojarse. Pronto llovería de nuevo.

—Señora —llamó su atención el mayordomo.

—Dime, Oswald.

—Tiene visita. Lady Camelia y lady Coralia Willbur la esperan en el salón.

—Gracias, infórmales de que enseguida me reuniré con ellas.

Maddison miró por última vez el cielo antes de entrar y dirigirse hasta la estancia donde la esperaba su amiga. Durante aquellos tres años habían establecido una relación de amistad sincera que ambas agradecían. Coralia para poder escapar de la opresión de su madre después de que al año de llegar los Cavendish a Charleston, lord Willbur falleciese de un infarto, y ella por el hecho de poder compartir conversación con alguien de su edad.

—¡Oh, Maddison! —Coralia la recibió apresurando los pasos a su encuentro y la tomó de las manos—. Se rumorea que la crecida del río ha dejado muertos a su paso.

—No te creas los rumores, tienden a exagerar —la tranquilizó—. Lady Camelia, un placer tenerla en mi casa, como siempre

—Gracias, lady Cavendish. Mucho me temo que en este caso mi hija no exagera. ¿Qué opina su marido? ¿Qué noticias tiene él?

Pese a que la hacienda de los Willbur era la más cercana a Mel's Flowers, apenas unos minutos a caballo, Coralia raras veces viajaba a solas con su institutriz. Su madre se empeñaba en acompañarla allá donde fuese.

—Arthur ha salido a cabalgar para evaluar los perjuicios que el agua pueda

haber causado. Esperemos que los daños sean menores de lo que se rumorea.

—Dios así lo quiera. —Lady Camelia se santiguó y sacó el rosario de su bolso para rezar en silencio.

Coralia aprovechó para sentarse junto a Maddison, lejos de su madre.

—Ojalá me hubiese permitido venir sola —se lamentó una vez más.

—Yo agradezco siempre tu visita, sea sola o acompañada —sonrió a su amiga.

Maddison miró el reloj de pared y comprobó que Arthur se retrasaba. Le había dicho que apenas tardaría dos horas y el plazo se había cumplido con creces.

—¿Estás preocupada por tu esposo?

—Ya debería haber llegado —confirmó así las sospechas de su amiga.

—No te intranquilies. El marqués es un buen jinete pese a su edad y seguro que regresa pronto.

Coralia se sonrojó y de inmediato se disculpó por la alusión a la longevidad del marqués. Maddy sonrió. Si algo le gustaba de su amiga es que no escondía sus pensamientos y los verbalizaba con libertad. No era la primera vez que hacía referencia a la diferencia de edad con su marido y cierto era que los años habían empezado a pesarle. Pero Arthur todavía estaba en buena forma.

—Te he dicho un millón de veces que no te disculpes conmigo por tu sinceridad.

—Pero mi madre me repite el doble de veces que no debo expresar mis opiniones tan a la ligera, y en caso de que lo haga, de inmediato debo ofrecer una disculpa.

De pronto, la puerta principal de la casa se abrió y golpeó la pared. El sonido llegó hasta el salón, sobresaltándolas, pero lo que en verdad erizó el vello de su cuerpo fueron los gritos de la servidumbre. Maddison se precipitó hasta la puerta y ahogó un grito cuando vio a dos de los trabajadores cargar con el cuerpo de Arthur, ensangrentado e inconsciente. Corrió hasta ellos a empujones con el servicio, que se afanaba en ayudarlos, solo para comprobar que seguía con vida.

—Lady Cavendish, el caballo resbaló y cayó sobre él, se golpeó la cabeza con una piedra al tiempo que el animal lo aplastaba bajo su cuerpo.

—¡Un médico! —gritó sin querer escuchar el mal augurio que encerraban aquellas palabras—. ¡Que venga el médico de inmediato!

El mayordomo se apresuró a enviar a buscar al galeno mientras trasladaban el cuerpo del marqués a su habitación.

Lady Willbur y su hija comprobaron horrorizadas la escena, pero no osaron intervenir. Observaron subir a Maddison con su marido y decidieron esperar en el salón por si la marquesa necesitaba de su ayuda. Lady Camelia empezó a rezar con más énfasis y su hija se sumó a las plegarias por la recuperación de lord Cavendish. El rumor de sus palabras llenó la sala de un lúgubre murmullo.

Maddison se arrodilló junto a la cama y acarició el rostro de Arthur manchado de sangre. Allí, tendido, pálido e inconsciente, parecía mucho más mayor. Tenía una herida en la cabeza que sangraba profusamente, pero lo que más le preocupaba era su respiración irregular. Lo llamó en susurros cargados de congoja, acercó sus labios a su oído y le rogó que abriera los ojos y la mirara. Tomó una de sus manos frías e inertes y se la llevó a su mejilla sin importarle que el barro o la sangre manchara su rostro.

—Por favor, Arthur. No me dejes sola. No me abandones —lloró desconsolada.

Los criados iban y venían trayendo paños y agua a la espera de la llegada del médico, pero ella, ajena a todo, no podía parar de hablarle.

—Me prometiste que me harías feliz. No puedes faltar a tu promesa. Si lo haces, jamás te lo perdonaré —dijo de manera irracional. Al momento se arrepintió de sus palabras y lloró de nuevo desconsolada—. No es cierto, sabes que no puedo sentir nada malo por ti. Arthur, no me hagas sufrir. Abre los ojos y mírame. Por favor, por favor...

Maddison no supo cuánto tiempo tardó el médico en llegar, pero se negó a soltar la mano de su marido mientras lo exploraba. Lo miró con la esperanza prendada en sus ojos y se negó a ver lo que el rostro derrotado del doctor presagiaba.

—Lady Cavendish... —suspiró, derrotado.

—¡No! No se atreva a decirme que no puede curarlo —lo amenazó al tiempo que lo señalaba con un dedo tembloroso—. Le pagaré lo que sea, todo lo que me pida, pero sánelo.

—Siento tener que decirle esto, pero no puedo hacerlo. El caballo ha aplastado sus pulmones y...

—¡No! No se atreva ni siquiera a insinuarlo. ¡Si no puede hacer nada, váyase! Buscaré a otro médico.

—Le dirán lo mismo que yo, señora. Lo lamento mucho.

—No quiero escucharle. No creo nada de lo que me dice. Déjeme a solas con él. ¡Márchense todos! —gritó fuera de sí al médico y a la servidumbre.

En nada la habitación se quedó vacía y ella se permitió convulsionar por el llanto.

—Me lo prometiste... —repitió—. Te necesito conmigo, no me dejes, Arthur. Por favor, te lo ruego, ¿qué será de mí sin ti?

Dentro de un mes estaba prevista su vuelta a Londres para empezar a trabajar con las nuevas fábricas. ¿Cómo podría hacerlo sin él? La mano inmóvil que mantenía entre las suyas de pronto la apretó con ligereza.

—Mi querida, Maddy —murmuró Arthur. Una tela cubría sus ojos y le impedía verla con claridad, pero sabía que tendría los ojos de un verde intenso a causa del llanto y las mejillas arreboladas—. Perdóname por dejarte.

—No te atrevas a despedirte. No lo hagas —lloró abrazada a su mano.

—Escúchame... —un acceso de tos le impidió seguir hablando y un hilo de sangre escapó de sus labios. Horrorizada, Maddy se lo limpió con uno de los paños de lino que había dejado el servicio junto a ella—, gracias por enseñarme a querer de nuevo tras la muerte de Amelia. Gracias por haberme hecho feliz estos años cuando creía que ya no podía serlo y había perdido toda esperanza.

—No, no sigas. No te vayas, Arthur — le rogó—. Quédate conmigo.

—Prométeme que serás feliz. —Un nuevo acceso de tos lo hizo atragantarse.

Impotente, Maddison presenció como el aire no podía entrar en los pulmones de su esposo. Se ahogaba y ella no era capaz de ayudarlo.

—¡Arthur! ¡No! ¡Mírame, por favor! ¡Arthur!

—Promételo —logró pronunciar entre ahogos.

—¡Te lo prometo! Haré lo que me digas, pero no te vayas... —lloró desconsolada.

—No estés triste por mí. Mi esposa, mis hijos...

Arthur exhaló su último suspiro con los ojos fijos en Maddison y una ligera sonrisa en los labios.

Maddison creyó que se ahogaría por la pena. La presión que sentía en su pecho solo podía liberarla con lágrimas y se dedicó a llorar. Los lamentos

llenaron la habitación hasta que le dolió la garganta.

—Amelia, te lo entrego. Siempre fue tuyo —murmuró con cariño.

Besó su mano, se incorporó y avanzó trastabillando hasta la puerta. La servidumbre aguardaba en el corredor visiblemente afectada. Maddy intentó tomar aire para encontrar las fuerzas que necesitaba, se abrazó la cintura y dio un paso adelante.

—El marqués Cavendish ha muerto.

Acto seguido se desvaneció.

## CAPÍTULO 23

*Si con dar un solo golpe se atajaran las consecuencias y el éxito fuera seguro..., yo me lanzaría de cabeza desde el escollo de la duda al mar de una existencia nueva.*

William Shakespeare

*Bangladesh*

*Marzo 1881*

Cameron estaba en su oficina, en medio de una negociación con un comerciante francés, cuando el telegrafista interrumpió la reunión. Raras veces había recibido un telegrama y en las ocasiones en que lo había hecho había sido para notificarle incidencias en el envío de algún producto. Se disculpó con su cliente y en el rellano de la escalera, desdobló el papel. Lo primero que le llamó la atención fue leer el nombre de James Stone, el abogado del marqués. Siempre había sospechado que aquel hombre sabía de su paradero y que William Foster no tardaría en encontrarlo, pero jamás tuvo la certeza, y el hecho de que Foster no hubiese aparecido con una pistola le hizo pensar que ignoraba dónde estaba. Pero no fue eso lo que lo dejó sin respiración, fueron las siguientes líneas: *Lord Cavendish fallecido en accidente a caballo*. En la misma carta se le pedía que continuara con sus funciones hasta que lo avisara para asistir a Londres para la lectura del testamento, que podría demorarse algunos meses por temas burocráticos. Cameron se apoyó en la pared de la escalera y releyó de nuevo aquellas líneas. Maddison ahora era viuda, pensaba una y otra vez. Además de la sensación de inquietud y de pena por la muerte del único hombre que lo había ayudado a salir adelante, una especie de euforia y de miedo se apoderó de él. Sentimientos contradictorios debidos a que pronto tendría que regresar a la tierra de la que se había marchado como un paria. Pero sobre todo a que aquello significaba que volvería a verla. El tiempo de espera, la incertidumbre hasta que le notificaran que podía regresar a Londres y se encontrase de nuevo con ella iba a ser un infierno. Pero esta vez volvería con la cabeza bien alta.

Había expiado sus pecados y consagrando su vida al trabajo. Tan solo le quedaba una cuenta que saldar y esa sería conseguir que Maddison perdonara sus malas decisiones.

*Charleston*  
*Noviembre 1881*

La casa bullía de actividad mientras el servicio preparaba el equipaje. Pero desde su estancia, sentada en un sillón frente a la ventana, Maddison observaba el paisaje triste y gris que ofrecía la hacienda. Se marchaba. Ocho meses después de la muerte de Arthur, regresaba a un Londres que la esperaría con la lengua afilada y las plumas cargadas de tinta. Regresaba a una ciudad que jamás había considerado su hogar y además lo haría sola. Durante aquel tiempo había ganado en fortaleza y determinación. No le quedaba otra opción. Para eso la había educado su padre y por eso Arthur había depositado su confianza en ella. Porque era una mujer que había aprendido a sobreponerse a las adversidades y mucho más fuerte de espíritu de lo que ella misma creía. Pero aquella ocasión no pudo prohibirse sucumbir al pesar del último adiós. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla. No se molestó en retirarla, la dejó caer sobre el vestido negro de terciopelo que llevaba y sintió la humedad en su rostro hasta que se secó.

—Señora —interrumpió con tiento el mayordomo—, el equipaje está listo y el coche la espera.

Ni siquiera lo había escuchado llamar. Asintió y Oswald se retiró para dejarla unos instantes a solas. Cuando se levantó del sillón miró de nuevo aquella habitación. Recordó las conversaciones con Arthur, los momentos de intimidad compartidos y las confidencias que se habían hecho entre aquellas cuatro paredes. Acusó su ausencia cada una de esas noches durante aquellos meses de soledad y la emoción volvió a embargarla, el pesar oprimió su garganta y temió volver a sucumbir en un llanto incontrolable.

Se ajustó el sombrero con dedos temblorosos hasta que las cintas negras de raso quedaron fijadas en su garganta, estiró los guantes y se dirigió a la puerta. Antes de salir, no pudo evitar retener en la retina una vez más aquella habitación. Solo cuando estuvo preparada para abandonarla, se despidió.

—Adiós, querido Arthur.

En la puerta de la hacienda los empleados la esperaban en perfecta formación. Pasó frente a ellos hasta llegar a los escalones donde el cochero la esperaba junto con algunos miembros del servicio que la acompañarían en su regreso. No podía despedirse. No podía mirarlos a los ojos porque sabía que vería lástima, pena y tristeza, y ella ya acarreaba suficiente pesar. Sin embargo, no podía marcharse sin agradecer a aquella gente su dedicación y cariño durante aquellos meses. Despacio, se dio la vuelta y comprobó cuán ciertas eran sus sospechas. Los rostros compungidos del servicio la contemplaban con atención.

—Gracias. Entre todos conseguisteis que Mel's Flowers se convirtiera en mi hogar —al pronunciar las últimas palabras le falló la voz, por lo que se apresuró a subir al coche y esconderse tras las cortinas.

El barco, atracado en el puerto de Charleston no tardaría en zarpar. Embarcó junto a una de las doncellas mientras los demás empleados trasladaban su equipaje a su camarote, pero su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró a Coralia en la cubierta, esperándola.

—¡Maddy!—la llamó emocionada.

—¿Coralia? ¿Cómo? ¿Qué? —Maddison era incapaz de pronunciar nada coherente. Miró a su alrededor, pero no vio a lady Camelia junto a su hija, lo que todavía la preocupó más.

—Te acompañaré a Londres, ¿no es fantástico? —dijo emocionada al tiempo que tomaba sus manos y las apretaba con cariño. Al ver el desconcierto de Maddy, la joven dudó—. ¿No te hace feliz que viaje contigo?

—No. ¡Quiero decir, sí! Sí, claro que sí. No es eso, es solo que me sorprende que tu madre haya accedido a dejar Charleston.

La bocina del barco las sobresaltó y al momento la cubierta se llenó de actividad. El barco comenzó a alejarse y la conversación entre ellas quedó en suspenso mientras agarradas a la barandilla se alejaban del puerto. Cuando la ciudad no fue más que un borrón en la lejanía, y sin dejar de mirar al que había considerado su hogar durante años, Maddison comprendió lo que había hecho Coralia.

—Te has escapado, ¿no es cierto?

La joven no dijo nada, se limitó a asentir, movimiento que Maddy percibió de reojo.

—Una doncella entregará una carta a mi madre esta misma noche. En ella le

explico que viajo contigo y que en cuanto llegemos me pondré en contacto con ella. ¿Tú me entiendes, verdad?

Por supuesto que lo hacía. Durante aquellos meses había sido su apoyo, su confidente. Ella era la única amiga que Coralia tenía y después de su marcha estaría mucho más recluida y asfixiada por el yugo de su madre de lo que ya lo estaba. En cierta manera admiró su valentía, había dejado todo lo que conocía para aventurarse a un nuevo continente, una nueva ciudad y una nueva vida. Ella volvía a lo conocido y estaba más asustada que nunca.

—Me parece muy valiente tu decisión, inconsciente, pero valiente —le reconoció.

—Espero que no te moleste que abuse de nuestra amistad. He dado por hecho que me podría instalar contigo, ya que ahora tú también estarás sola. No obstante, si supone un problema, quizá pueda arrendar alguna habitación, tengo algunas joyas de valor que podría vender y sacar un buen dinero por ellas...

Aunque sintió una punzada en el pecho cuando escuchó la palabra «sola», decidió interrumpir las divagaciones de su amiga.

—No digas sandeces. Por supuesto que te quedarás conmigo —sonrió con cariño y esta vez fue ella la que tomó de la mano a Coralia—. No obstante, deberás disculparte con tu madre por el sufrimiento que le vas a causar y explicarle que yo no tenía conocimiento de nada. No quiero que piense que tramamos todo esto a sus espaldas.

—Pero es que yo sí lo tramé a sus espaldas —protestó.

Maddy esbozó un amago de sonrisa como cada vez que su amiga hacía alarde de su sinceridad.

—Me alegra que estés conmigo.

—Menos mal —suspiró Cora, aliviada.

El invierno londinense al parecer estaba siendo uno de los más duros. Las calles estaban llenas de barro debido a la nieve y Maddison no encontró nada bonito que admirar. Quizá porque no tenía la sensación de estar volviendo a casa. Sin embargo, Coralia encontraba maravillosa cada iglesia, tienda o parque por el que pasaban.

Estaba cansada del viaje y sentía el frío húmedo calarle hasta los huesos. Deseaba llegar a casa para poder pedir un baño caliente, tomar algo y poder acostarse, pero no sería a la casa que consideraba suya, sino a la de Arthur.

Uno de los hombres de confianza de su padre la esperaba en el puerto para entregarle una carta con instrucciones precisas de que fuera directa a casa del marqués. William la conocía bien y sabía que buscaría su compañía y el apoyo de su familia, pero también sabía que, como la viuda de Arthur, debía regresar al que era su hogar. Al menos hasta la lectura del testamento, fechada para dentro de dos días. Una vez se leyeran las últimas voluntades, podría regresar a Oxfordshire, ya que, al no tener hijos, todas sus posesiones pasarían a manos de los sobrinos del marqués. Volvería a la vida que una vez temió tener, pero esta vez se encargaría de que fuese diferente. Su situación de viuda le otorgaba libertad y el título de marquesa impunidad para actuar como quisiese. Por primera vez fue consciente de que era realmente libre. Y ese pensamiento la atemorizó e ilusionó de igual manera.

Cameron se paseó por el salón de su nueva casa bajo la atenta mirada del mayordomo y el ama de llaves. La decoración era sencilla y muy masculina, tal y como había ordenado que fuese. Pero, pese a lo austero y carente de detalles de la casa, por primera vez sintió que aquello podía ser su hogar. Ante el silencio de Cameron, el mayordomo decidió intervenir.

—¿Está todo a su gusto, señor?

—Perfecto. Gracias.

—Lord Bates insistió en que se siguieran sus indicaciones al pie de la letra.

—Y lo has conseguido —repitió—. Ahora puedes retirarte. Si necesito algo te lo haré saber.

—Como ordene.

La pareja lo dejó solo y Cameron pudo relajarse. Sí, su amigo Harald había hecho un buen trabajo. Pese a cómo desapareció de su vida, supo que si lo necesitaba en algún momento ahí estaría. Por ello, tras recibir el telegrama de James Stone, no dudó en pedirle el favor de que le buscara una casa y la acondicionara para su regreso. Por supuesto, todo ello dirigido con la más estricta discreción y confidencialidad. Incluso el servicio había sido escogido de fuera de la capital para que no estuvieran al tanto de su pasado, al menos de momento, y pudiese vivir alejado de chismorreos el poco tiempo por el que su presencia pasase desapercibida. Disfrutaría de los pocos instantes de paz que le restaban hasta que los problemas acudiesen a él. Porque estaba seguro de que William Foster no tardaría en saber de su regreso y apostaría a que con el

tiempo, habría enquistado más si cabía su inquina por él. No lo culpaba, ahora ya no. Sin embargo tampoco iba a dejar que destrozara todo lo que había construido durante esos tres largos años de ausencia y trabajo duro.

Tras sentarse al lado del fuego, estiró las piernas, apoyó la cabeza en el sillón y cerró los ojos. Estaba exhausto por el viaje, pero más lo estaba emocionalmente. Tras la muerte del marqués entendía que tendría que dejar de trabajar para él, pero James le dio instrucciones precisas de que siguiese haciendo su trabajo hasta la lectura del testamento. Durante aquellos meses, Maddison le había escrito mucho menos que de costumbre y él había acusado aquella falta de noticias con desesperación. Ahora, había llegado el momento de reencontrarse. Ni los días ni las horas pasaban lo suficientemente rápido. No obstante, sabía que en cuanto se leyera el testamento, su trabajo terminaría. Maddison jamás consentiría que siguiese haciéndose cargo de los negocios de su marido y quizá había llegado el momento de invertir para sí mismo y volar en solitario. Durante aquellos años había aprendido lo suficiente para poder aumentar el patrimonio de su familia, que había recuperado en buena parte, y tener la suficiente solvencia económica para no depender de nadie. Sin embargo no podía evitar la misma sensación que sintió cuando siendo un niño, sus padres le dejaron en el internado. Ese desamparo y tener que abrirse paso solo se parecía mucho a su actual situación.

El mayordomo llamó a la puerta para avisarle de una visita. En un primer momento se sorprendió, pero después del sobresalto comprendió que sería Harald y así se lo confirmó el sirviente. Cameron se levantó para recibir a su viejo amigo.

Cuando Harald entró en el salón se quedó parado bajo el vano de la puerta. Casi no podía reconocer al que había sido su compañero de fechorías. Cameron había cambiado. Ya no llevaba la melena negra que le rozaba los hombros, hombros que por cierto se habían ensanchado de manera considerable; ahora llevaba el cabello más corto y arreglado. No quedaba nada de aquel muchacho travieso y desafiante, no al menos a primera vista. Ahora ante él había un hombre, que con las manos en los bolsillos esperaba su reacción.

—Si fueses una dama me sentiría halagado por tu pormenorizado examen visual, amigo —bromeó con él.

Harald sonrió y pensó que quizá el Cameron de antes no había desaparecido del todo.

—Si lo fuese, ya estaría enamorada de ti —le siguió el juego.

Se acercó hasta él y se abrazaron al tiempo que reían y golpeaban sus espaldas.

—No me puedo creer que hayas vuelto. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Podrías haberte explayado más en tu carta —le recriminó.

Cameron lo invitó a sentarse y le sirvió una copa. Él hizo lo propio en el sillón de enfrente.

—Es una larga historia que pronto te contaré. Por el momento, solo te diré que mi regreso se debe a la muerte de lord Cavendish. He sido llamado para la lectura de su testamento.

—¿Tú?! —exclamó Harald visiblemente sorprendido—. ¿Por qué?

—No lo sé —contestó con sinceridad.

—¿No tienes ni idea de por qué ese hombre te conocía lo suficiente como para aparecer en su testamento? —preguntó escéptico.

—Me conocía porque él fue el que me dio trabajo cuando todos me dieron la espalda.

Aunque sorprendido, Harald no pudo evitar expresar su pesar.

—Lamento no haberte podido ayudar.

Harald continuaba sintiéndose culpable, pero Cameron sabía que hizo todo lo que estaba en su mano y valoraba que no le hubiese retirado la palabra como lo hicieron el resto de sus compañeros.

—No tienes que disculparte conmigo. Me ofreciste más que ninguno de mis conocidos y, lo que más valoro, tu apoyo y amistad.

Harald lo observó para apreciar algún atisbo de ironía o resquemor en su voz, sin embargo parecía sincero.

—Estás diferente, Relish.

Cameron rio y bebió de su copa.

—Supongo que he madurado.

Harald pareció aceptar aquella respuesta como verdadera, porque desde luego no parecía el mismo. De pronto recordó la confesión anterior de Cameron y enderezó la espalda.

—¿Cómo que lord Cavendish te ofreció trabajo? ¿Qué has hecho todos estos años?

—Trabajar desde que salía el sol hasta que se ponía y caía exhausto en la cama. Esa ha sido mi vida.

—¿Dónde? La mitad de Londres te estuvo buscando durante años por orden

de William Foster. Incluso se atrevió a ofrecer dinero a aquel que le diera una pista sobre tu paradero. Si hubiese sabido que fue su yerno el que te ofreció ayuda, habría sufrido un síncope. De hecho, no me extrañaría que lo sufriera ahora cuando se entere.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero el marqués se encargó de enviarme donde nadie me conociese. A las Indias Orientales ni más ni menos. Y allí, por precaución y otras cuestiones personales, tomé mi tercer nombre.

Cameron procedió a explicarle a Harald cómo modificó su apellido después de que uno de los nativos lo apocopara. Cómo pasó a llamarse Jason Rish y a explicarle su vida allí, la suerte de Lilith y cómo habían sido sus años de matrimonio. Tras su alegato, guardó silencio. La expresión de Harald lo decía todo.

—Me parece increíble. Debió ser muy duro para ti acostumbrarte a esa nueva vida.

—Por raro que te parezca, debo reconocer que no. Me gustó tener algo que hacer, pero sobre todo, sentirme útil. Aprendí a fuerza de golpes y tuve que utilizar toda mi inteligencia para poder salir adelante. Estoy orgulloso de lo que he conseguido —concluyó.

—¿Y ahora? Dudo mucho que cuando la marquesa se entere de quién eres permita que sigas haciéndote cargo de los negocios de su difunto esposo —dijo con tiento.

Cameron se encogió de hombros, se levantó y apoyó un brazo sobre la chimenea.

—No puedo culparla por ello. No haré nada que pueda dañarla más de lo que ya lo hice. Acudiré a la lectura del testamento y desapareceré de su vida si es lo que ella quiere.

—¿Acaso lo dudas?

No. Cameron no lo dudaba, pero echaría de menos ese contacto por carta con ella. Esas frases que le daban pistas sobre cómo estaba siendo su vida y la avidez de conocimiento que expresaba en cada una de ellas. Echaría de menos a la única persona con la que había tenido un contacto personal durante aquellos años, porque ni siquiera su madre se había preocupado por saber de su paradero. Ahora, por lo pronto, solo tenía en mente la certeza de saber que dentro de dos días vería a Maddison, o más bien, ella le vería después de todos aquellos años. Y eso era lo suficientemente perturbador para eclipsar cualquier tipo de pensamiento coherente.

# CAPÍTULO 24

*Mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad, y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes.*  
William Shakespeare

**M**addison salió de la mansión temprano. En la calle todavía no había mucha actividad y ella casi que lo prefería. No quería cruzarse con nadie todavía, no se sentía con ánimos de ser observada y recibir condolencias, la mayoría de ellas falsas. Sabía que la noticia de su llegada a la ciudad ya había aparecido en los periódicos de sociedad porque así se lo había hecho saber Coralia. Su amiga parecía una olla en ebullición, ansiaba ponerse al tanto de los ecos de sociedad y por ello había accedido a que aquel tipo de periódicos entraran en su casa. No tardó en arrepentirse al ver su nombre en ellos.

La visita de su familia el día anterior la distrajo y al mismo tiempo le sirvió de catarsis. Lloró en brazos de Emma por la muerte de Arthur y expresó su inseguridad con respecto a lo que iba a suceder de ahora en adelante. Aceptó el cariño de los suyos excepto el de su madre, que se limitó a ser mera observadora, y calmó así un poco los nervios. Inquietud que esa mañana había vuelto con más fuerza mientras se dirigía al despacho del señor Stone para la lectura del testamento. Nerviosa, movió las manos enguantadas sobre su regazo. Su padre había insistido en acompañarla, pero ella había declinado su oferta de forma tajante. Aquello era el primer paso de su nueva vida, a partir de ahora tomaría decisiones por sí misma, y era importante que empezase por aquel trámite ella sola.

El coche se detuvo, cerró los ojos e inspiró hondo antes de que el cochero le abriese la puerta y la ayudara a descender. Miró las escaleras de piedra, dejó escapar el aire que había estado reteniendo y subió despacio hasta llegar a la puerta, que se abrió casi de inmediato. El sirviente del señor Stone retiró la capa de abrigo que llevaba sobre los hombros, le entregó el sombrero y los guantes, y esperó a que el secretario la acompañase hasta el despacho del

abogado de su marido.

—Lady Cavendish, el señor Stone la espera. Sígame, por favor.

Maddison asintió y caminó tras él hasta una puerta de color nogal lo bastante gruesa como para no escucharse nada de lo que allí dentro se hablara. Tras llamar, y sin esperar respuesta, aquel hombre abrió y le cedió el paso.

El calor golpeó sus mejillas. Fue lo primero que percibió, después vio a James acercarse hacia ella y se concentró en él.

—Lady Cavendish. El placer de volver a verla queda empañado por la situación en la que se desarrolla nuestro encuentro. Ya se lo expresé por carta, pero ahora se lo reitero en persona, lamento mucho la suerte de lord Cavendish. Era uno de mis mejores amigos —dijo con tristeza al tiempo que tomaba la mano de Maddison.

—Lo sé. Gracias por sus palabras.

—Tome asiento, por favor. No la esperaba tan pronto. En cuanto estemos todos comenzaremos.

—Lamento si mi llegada ha perturbado su rutina. Lo cierto es que me he adelantado por dos motivos: el primero para evitar que mi padre me acompañase, puesto que se había empeñado en que no debía venir sola y yo estaba más que decidida a hacerlo; y el segundo es que no quería ser el centro de atención. Quiero pasar desapercibida todo el tiempo que pueda.

—La entiendo. Ayer mismo comentaba con mi hija Rebecca que debía esperar unos días antes de ir a visitarla.

—¡Tengo tantas ganas de verla! Durante estos años hemos estado en contacto, pero no hay nada como compartir el té de la tarde para sentir que se estrechan de nuevo los lazos que nos unían. Por favor, dígame que puede visitarme cuando lo desee.

—Me encargaré de hacérselo saber, el problema es que su avanzado estado de gestación limita mucho su movimiento.

—¡Oh! Entonces dígame que yo misma me personaré en su casa en cuanto me sea posible.

—Así lo haré.

Después de aquello, un silencio incómodo se estableció entre ellos. James sabía qué decía el testamento, conocía cuál sería la suerte de Maddison y ella ansiaba estar al tanto de una vez para poder tomar decisiones de su nueva vida.

—¿Esperamos a mucha gente? —preguntó con tiento.

—A los sobrinos de lord Cavendish y al hombre de confianza de Arthur en las Indias Orientales —dijo James.

—¡Oh! ¿El señor Jason Rish vendrá?

James temía aquel momento. En cuanto Maddison conociese la verdadera identidad de Jason Rish, volvería a sentirse engañada. La observó con cariño, no en vano la conocía desde que era una niña, y decidió que no había nada malo en prevenirla.

—¿Ocurre algo, señor Stone?

—Disculpe. Se me ha ido la cabeza en otros temas. El caso es que hay algo que usted debería saber.

—Por favor, puede hablar conmigo con total sinceridad.

—El señor Jason Rish —comenzó a decir. Pero su secretario llamó y abrió la puerta de nuevo sin esperar permiso.

—Señor Stone, los sobrinos de lord Cavendish acaban de llegar.

—De acuerdo —suspiró James—. Hazlos pasar.

Se levantó y esperó a que entraran.

Maddison miró hacia la puerta con curiosidad. No conocía a los sobrinos de Arthur puesto que este jamás los había invitado a su casa. No obstante, las referencias que tenía de ellos no eran muy buenas. En alguna ocasión, Arthur había comentado que el mayor de ellos había dilapidado la herencia de su difunto hermano y que era un vividor. Del pequeño tenía pocas referencias, los recuerdos de Arthur le hablaban de un muchacho más sensato pero demasiado influenciado por la avaricia de su hermano. Sabía que en secreto los había estado ayudando, pero Arthur no era muy dado a hablar de su familia.

El primero en entrar fue un caballero alto y apuesto, de cabellos claros y ojos azules, seguido de otro hombre más joven, físicamente similar a su hermano, pero con una expresión más afable en su rostro.

—Lord Bakley. —James estrechó la mano del mayor de los hermanos y repitió el gesto con el segundo.

—Marqués Cavendish —lo rectificó el primero con severidad.

Al momento, Maddison supo que aquella lectura del testamento no se llevaría en buenos términos.

James no hizo ningún tipo de comentario.

—Les presento a lady Cavendish. Marquesa, lord Ethan Bakley y lord Andrew Bakley.

Los hombres se acercaron hasta ella y la saludaron con una reverencia. El

mayor de ellos la estudió con atención sin ningún tipo de miramiento.

—Sabíamos que nuestro tío se había desposado con alguien más joven que él. Ahora entiendo el porqué.

Aunque aquella manera de hablar la incomodó, se resistió a sentirse avasallada, por lo que no dudó en replicar.

—He de suponer que debo tomarme sus palabras como un halago.

—Sin duda. Es usted una belleza.

Ethan Bakley sonrió ante el rubor que sus palabras provocaron en la joven.

—Si ya estamos todos, proceda a la lectura del testamento —ordenó al señor Stone sin pudor y sin dejar de observarla.

—Lo lamento, pero todavía falta otra persona y dado que restan diez minutos para que se cumpla la hora fijada, esperaremos.

De nuevo el silencio incómodo se instaló entre los presentes. James les instó a tomar asiento y comenzó a ordenar carpetas y documentos sobre el escritorio.

Maddison apretó las manos sobre su regazo. Los minutos pasaban despacio entre toses, carraspeos y el ruido de los papeles sobre la mesa. Justo cuando el reloj marcó las diez en punto, el secretario anunció la llegada del último de los citados.

—Señor Stone, el barón Dacre ya está aquí.

Como si hubiese recibido un golpe en el pecho, Maddy dirigió las manos donde había empezado a bombear con fuerza su corazón. Miró al abogado buscando que rectificara a su secretario, pero James evitó su mirada, se puso de pie y esperó. Sin comprender nada, giró la cabeza con brusquedad para comprobar que había sido un error, que quizá había entendido mal y que no vería a Cameron Relish traspasar las puertas de aquel despacho.

Cameron accedió a la habitación con paso firme. Lo primero que vio fue al señor Stone de pie, apartó la mirada y la buscó. Sus ojos se encontraron de nuevo después de cuatro interminables años y volvió a tener la misma sensación que la primera vez que la vio. Estaba seguro de que, si pudiese, Maddison se dejaría caer al suelo y se escondería de él. Para su sorpresa, ella se levantó despacio y lo encaró.

—¿Qué-qué significa esto? —se odió por su tartamudeo. Aquel que solo tenía cuando estaba Cameron delante— ¿Qué hace este... «señor» aquí?

Cam no pudo evitar que la comisura de sus labios se estirase en un amago de sonrisa cuando la oyó balbucear la primera pregunta. No respondió. Se

limitó a contemplarla, a asimilar el cambio que los años habían obrado en ella. Estaba diferente, más mujer. Las formas de su cuerpo, que se escondían debajo del vestido negro abotonado hasta el cuello, no podían disimular la redondez de su pecho, mucho más generoso de lo que él recordaba. La tela negra no hacía justicia al tono de su piel. Sin embargo, aquella oscuridad hacía resaltar el tono rosado de sus mejillas. Estudió su rostro, elegante y delicado. Sus pupilas absorbieron la voluptuosidad de sus labios y la grandeza de sus ojos, ahora más verdes y brillantes de lo que él recordaba. Parecía no quedar nada de la Maddy que él conocía, al menos físicamente. Aquella era toda una mujer.

Maddison también comprobó cómo los años habían cambiado a Cameron. Durante todo aquel tiempo había fantaseado con la idea de que las preocupaciones por su precaria situación lo hubiesen hecho perder cabello, incluso descuidar su físico. Pero no. Aunque se había cortado el pelo, el mismo mechón rebelde que ella apartó con cuidado una vez le caía sobre la frente. No había ni un atisbo de canas (otra de las fantasías que se había creado). Lo seguía teniendo de ese intenso color negro azabache, igual que sus ojos. En resumen, y para su disgusto, estaba mucho más apuesto de lo que recordaba. Mantenía el porte erguido, mientras aguardaba a que ella terminase su pormenorizado examen visual. Al igual que estaba haciendo él.

—Lamento el retraso, pero tuve que hacer frente a un incidente de última hora —se disculpó.

El tono de voz grave, junto con la pronunciación pausada y suave de la frase, provocó un escalofrío en la joven marquesa.

—¿Es que acaso le esperábamos? —contestó con frialdad, intentando reponerse de la impresión.

Maddison sentía una sensación extraña. Una mezcla de sentimientos que la tenía totalmente aturdida. Por un lado experimentaba rencor, rabia y malestar por la presencia de Cameron, pero al mismo tiempo vergüenza. Aquel hombre había compartido cierta intimidad con ella, la había cortejado y después repudiado delante de todo el mundo.

—Me temo que sí, lady Cavendish —intervino James Stone—. Lord Dacre, acomódese.

Cameron caminó hasta situarse al otro lado de la mesa, en la única silla que quedaba libre. Los caballeros aguardaron de pie a que Maddison se sentase, pero ella seguía perdida en su particular batalla.

—Pues si ya estamos todos, proceda de una vez —ordenó Ethan Bakley molesto por la situación—. Cuanto antes terminemos mejor.

Sin embargo, Maddison todavía no estaba dispuesta a conformarse. Necesitaba una explicación.

—Acláremelo, señor Stone. ¿Por qué tiene que estar este hombre en la lectura del testamento de mi marido? ¿Qué motivos podría tener Arthur para incluirlo en sus últimas voluntades? Creí que al que esperábamos era al señor Jason Rish.

—Los motivos los sabrán en cuanto proceda a la lectura, y en referencia al hombre que usted ha nombrado...

—Déjelo, señor Stone —interrumpió Cameron sin apartar la vista de Maddison—. Es justo que sepa la verdad por mí.

Maddy lo miró con recelo.

—Ardo en deseos de conocerla —replicó altiva.

—Esto es ridículo —volvió a protestar Ethan—. Las explicaciones pueden esperar. Mi tiempo es demasiado valioso para malgastarlo en viejas rencillas amorosas.

Cameron apretó los puños y fulminó con la mirada a Ethan Bakley por avergonzar a Maddison.

—Muestre más respeto por la dama, lord Bakley. —Pese a que no se alteró, aquellas palabras escondían una velada amenaza.

—¿Como hizo usted? —se burló.

—Exijo que se disculpe —el tono lúgubre de su voz amedrentó al sobrino del marqués, que enmudeció.

—No necesito a nadie para poner a quien sea en su lugar —los interrumpió Maddison—. Lord Bakley, muestre usted la educación que se espera del título que desea ostentar, aunque jamás alcance el saber estar de su tío. Y usted, lord Dacre, no pretenda ser el caballero de brillante armadura que jamás fue. Pero estoy de acuerdo, acabemos de una vez con esto. Si la explicación de que el barón esté aquí, reza en esos papeles, comience lo antes posible para terminar pronto.

Dicho esto, tomó asiento con la elegancia que la caracterizaba y el resto la imitó en silencio. Ethan enrabiado por la contestación de aquella mujer y Cameron admirado por su resolución y valentía.

James Stone suspiró, se sentó en su sillón y abrió la carpeta del testamento.

Como era de esperar, y tal y como las leyes ordenaban, el título nobiliario

pasaría a manos del mayor de los herederos a falta de un hijo por parte del finado, sí como todas las posesiones que de su marquesado derivaran, por lo que Ethan se convertiría en el marqués Cavendish por pleno derecho.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del nuevo marqués. No hubo nada inesperado en el testamento hasta ese punto. La sorpresa vino a continuación. Arthur dejó todo el dinero, así como los negocios en manos de su esposa. Como marqués, tenía muchas posesiones, pero como empresario, había hecho una auténtica fortuna, algo que los herederos no habían previsto y por lo que pusieron el grito en el cielo de inmediato. El hecho de que percibieran las propiedades del marquesado poco o nada les satisfacía, puesto que no podían venderlas al ser propiedad de la corona, pero de uso y disfrute del que fuese nombrado marqués. Lo realmente importante era el dinero. Y todo había pasado a manos de Maddison.

—Una mujer no puede dirigir negocios. No está capacitada para ello — protestó Ethan.

Maddy tuvo que morderse la lengua para no aclarar que, junto con su marido, llevaba años al frente de la mayoría de ellos. Inspiró hondo y pensó que por mucho que protestaran los Bakley, la realidad era que Arthur había pensado en ella hasta el último momento y la creía capaz de continuar al frente de ellos y en solitario. De nuevo, tuvo que agradecerle todo lo que había hecho por ella y desde allá donde estuviese, que siguiera haciéndolo.

—También especifica en sus últimas voluntades —siguió el abogado sin hacer caso del joven Ethan—, que lady Cavendish, si así lo desea, tomará como hombre de confianza para que la ayude en las transacciones comerciales al mismo caballero que durante años estuvo al frente de sus negocios en la India. Trabajaré para usted por un tiempo mínimo de un año, a partir del cual, podrá decidir si desea seguir manteniendo sus servicios o prescindir de ellos —le aclaró.

—El señor Rish ha realizado un trabajo excelente. No supondrá ningún inconveniente trabajar con él. No obstante, si esta cláusula también lo atañe, y tal y como me había dicho le esperábamos, ¿cómo que no está presente? — preguntó Maddison.

James carraspeó, levantó la mirada de los documentos y miró directamente a Relish. Cam asintió y se dirigió a ella con delicadeza, pero también con seguridad.

—Lo tiene delante, lady Cavendish.

## CAPÍTULO 25

*El desdichado no tiene otra medicina que la esperanza.  
William Shakespeare*

**M**addison miró sin comprender a los tres hombres que la acompañaban hasta que entendió que la única opción y a la vez menos deseable era que Cameron Relish y Jason Rish eran la misma persona.

El barón pudo apreciar el momento exacto en el que ella se dio cuenta del engaño. Estiró tanto el cuello y lo miró con tanta inquina que si hubiese tenido poder sobre los elementos de la naturaleza, un rayo lo hubiese fulminado al instante.

—Debe ser un error —sentenció.

—No lo es, lady Cavendish —intercedió James Stone—. Esta cuestión pueden hablarla en privado si lo desean, por el momento, estas son las últimas voluntades del marqués.

—Todo esto me parece un despropósito. Es evidente que mi tío no estaba en plenas facultades cuando redactó su testamento. Estamos dispuestos a impugnarlo si es preciso —habló Ethan de manera pausada, pero cargado de resentimiento.

—Siento discrepar y decirles que lord Cavendish temió que su reacción fuera esa. Aquí tienen un certificado médico que confirma el excelente estado de salud, en todos los sentidos, del marqués cuando redactó el testamento.

—¿Y cuándo se supone que lo hizo? —insistió.

—Su tío expresó sus últimas voluntades después de su matrimonio con lady Cavendish y antes de marcharse a América. Una vez al año recibía informes médicos sobre su salud, cuya orden era anexarlos al testamento. El último fue un mes antes de su muerte, como puede comprobar si lo desea. —James tendió el papel, que Ethan estudió con minuciosidad—. Como abogado, le recomiendo que no pierda el tiempo, lord Bakley, y asuma la decisión de su tío.

Ethan dejó la hoja sobre la mesa y se levantó enrabiado. Al momento, su hermano Andrew lo siguió.

—Exijo ocupar la casa de Westminster. Es propiedad del marquesado, por lo que me pertenece.

—No tengo ningún interés en permanecer allí, lord Bakley. En cuanto recoja mis cosas puede trasladarse si lo desea —respondió Maddison con mucha más dignidad de la que hacían alarde los sobrinos de su difunto esposo.

Cameron tuvo que hacer acopio de la poca paciencia que le quedaba para no golpear en la cara al futuro marqués por la falta de tacto hacia Maddison.

—Quizá pueda concederle algo de tiempo —medió James—. La marquesa acaba de llegar a la capital de un largo viaje y tendrá que buscar...

—Estoy seguro de que no le supondrá ningún inconveniente encontrar otra casa. Su belleza le aseguraría un techo aunque no tuviese dinero.

Cameron se levantó en el acto y tomó de las solapas de la chaqueta al indeseable de Ethan Bakley.

—Respétela. Y si no sabe hacerlo, estaré dispuesto a mostrarle cómo debe proceder.

—Lord Relish, no he visto hombre más hipócrita que usted —intervino Maddison de forma pausada pero fría. Sus palabras detuvieron toda actividad hostil entre los dos hombres, que la miraron asombrados.

—Bien, señores. Creo que la reunión ha llegado a su fin —habló James con rapidez—. Ahora debo tratar asuntos privados con el barón y la marquesa viuda, por lo que si son tan amables de seguirme, les acompañaré hasta la salida.

Cameron soltó a Ethan Bakley, que se estiró la chaqueta sin dejar de observarle y salió del despacho junto con el abogado.

Una vez a solas, Maddison volvió a sentir la lejana intranquilidad que la asaltaba cada vez que Cameron estaba cerca. Sentía sus ojos fijos en ella y pese a que se negaba a mirarlo, la intimidad de la situación pudo más que su sentido común y volteó la cabeza para afrontarlo. Al fin y al cabo, ella no tenía nada de lo que avergonzarse. Él sí.

—Los años han aumentado tu belleza, Maddison —dijo Cameron con sinceridad, pero también con prudencia. Estaba fascinado por lo hermosa que la encontraba ahora, y sorprendido por la fuerza que transmitía, la elocuencia de sus frases e incluso la expresividad de sus gestos. Al contrario que en el pasado, cuando encontrar cualquier virtud favorable en ella se le antojaba casi

imposible, ahora todo le parecía digno de admiración.

—Marquesa viuda para usted, lord Relish. O Rish. O simplemente falso hipócrita embaucador.

Cameron no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios, lo que todavía enfureció más a Maddy.

—Preferiría cualquiera de los dos primeros. Aunque el último sea el que más merecido tenga. —Caminó dos pasos hacia ella hasta colocarse cerca, demasiado quizá—. No engañé a su esposo, lady Cavendish. No osaría a insultar su inteligencia de ese modo. Él fue el único hombre que me ofreció una salida digna cuando todo Londres me había dado la espalda. Con toda la razón —puntualizó ante la mirada de reproche de Maddison.

—No comprendo qué motivos podría tener Arthur para tenderle una mano. Ni por qué sugirió que yo debería mantener correspondencia con usted. ¿Porque él sabía que Jason Rish era usted, no? —dudó.

—Por supuesto. De hecho, fue él mismo el que me sugirió que utilizase mi tercer nombre. Lo de Rish surgió porque los bangladesíes pronunciaban tan rápido mi apellido que acabaron llamándome así. —Resignado por su hostilidad, se acercó un poco más a ella—. Yo tampoco comprendo los motivos por los que lord Cavendish me ayudó, pero he dedicado estos años de mi vida a agradecersele con mi dedicación exclusiva, día y noche, a sus negocios.

—Estupendo. Ahora veamos si ambos podemos liberarnos de su «dedicación» y el señor Stone puede ofrecernos una salida que separe nuestros caminos para siempre.

Cameron endureció el gesto.

—Yo no deseo hacerlo.

Maddison avanzó un paso para encararlo.

—No sé si todavía no se ha dado cuenta, lord Relish, pero me importa bien poco lo que usted desee.

El aroma floral de su perfume le llegó con total nitidez y lo transportó al pasado, a un invernadero donde la había tenido entre sus brazos y saboreado aquel aroma en su piel... Carraspeó y se cernió sobre ella.

—No te dejarán abrirte paso en un mundo de hombres —empezó a tutearla embaucado por su fragancia y desesperado por su cabezonería—. Necesitas a alguien que negocie por ti, que sea tu voz en las reuniones y consiga los mejores tratos. Me necesitas.

A Maddison su cercanía la tomó por sorpresa. Se perdió de nuevo en sus enigmáticos ojos negros y percibió el paso del tiempo y el trabajo en el puerto sobre su piel. Pero la indignación ganó al desconcierto de su vehemente alegato. ¿Cómo se atrevía a insinuarle que no sabría actuar sin él? ¿Cómo se atrevía a considerarse indispensable para ella?

—Hombres como tú puedo conseguir cómo, dónde y cuando quiera —dijo con rabia.

Cameron la tomó por los hombros en un arranque de desesperación.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero no conocen tus negocios como yo. Durante estos años no has tenido ninguna queja sobre mi manera de proceder. ¿Por qué dudas ahora sobre mí?

—Yo solo le conozco mintiendo, lord Relish —volvió a tratarlo con cortesía.

—Sabes que soy tu mejor opción —intentó hacerla razonar.

James Stone regresó a su despacho y se encontró con la escena de la discusión entre los jóvenes. Carraspeó y se colocó tras su escritorio mientras la pareja se separaba.

—Y la deseada por el marqués —apuntó el abogado—. Las condiciones de lord Cavendish en su testamento no dejan lugar a dudas. Pero también le ha regalado la libertad de elegir, lady Cavendish. Si acepta la voluntad de su esposo, están condenados a entenderse. Si no, no es necesario que vuelvan a verse.

—No tengo nada que pensar —aclaró Maddison de manera precipitada— No deseo que lord Relish se haga cargo de mis negocios.

Cameron apretó los puños a ambos lados de su cuerpo. No podía culparla por su decisión, es más, la entendía. Pero deseaba que no lo despidiera.

—No es preciso que lo decida ahora —intercedió el abogado—. Si les he pedido que se queden es porque el marqués dejó dos sobres, uno para cada uno de ustedes, y que pidió que les entregase en privado. Tras su lectura, puede informarme de su decisión, lady Cavendish.

James tendió una carta a Maddison y otra a Cameron.

—¿Tengo que leer las palabras de mi marido en presencia de extraños o puedo hacerlo en la intimidad de mi casa? —Maddison todavía seguía molesta y confusa por todo lo sucedido aquella mañana y no pudo ni quiso disimular su malhumor.

—Puede hacerlo en privado, por supuesto —aclaró James.

—Entonces si no hay nada más que tratar, me retiro.

Los dos hombres se levantaron cuando ella lo hizo. Cameron dudó, pero finalmente la detuvo.

—¿La espera su cochero? Si no es así, no debería andar sola.

Maddison irguió tanto la espalda que llegó a dolerle. Cameron no le veía la cara, pero reconoció el gesto como el de un gato que se eriza ante lo que puede considerar una amenaza.

—Ese no es su problema, barón Dacre—replicó con frialdad al tiempo que por primera vez lo trataba por su título y no por su apellido, para marcar más las distancias con él—. Que tengan un buen día, caballeros.

James abrió la puerta y ella aprovechó para salir de la estancia antes de que Cameron replicase.

Tuvo ganas de salir tras ella. Sabía que no debía, sabía que no tenía derecho, pero se preocupaba y se negaba a separarse de ella tan pronto. Aquel encuentro le había sabido a muy poco. Aquella mujer había sido su tabla de salvación, a nivel emocional, mientras vivía en un mundo totalmente diferente al suyo en el que el trabajo y las discusiones con su mujer habían imperado en su rutina.

—Además de la carta que el marqués dejó para usted, lamento ser portador de malas noticias.

Aquello se ganó la atención de Cameron.

—¿Qué sucede?

—Su madre falleció hace dos semanas por una afección pulmonar. Lo siento.

Cameron se quedó paralizado. Durante aquellos años la había imaginado viviendo recluida en el campo, pero jamás pensó que a su regreso ya no estaría. Solo dos semanas... Si hubiese adelantado su regreso, todavía la habría podido ver. Guardó la esperanza de ir a visitarla y demostrarle que se había convertido en un hombre de bien. Que no se parecía en nada a su padre y que ya no había nada de lo que avergonzarse. Ahora ya no sabría cuál habría sido su reacción al conocer cómo se había ganado la vida, aunque era evidente que por la manera en la que se despidió de él tampoco le había importado.

—El primo de su madre se ocupó del entierro y de anunciar su fallecimiento.

Cameron asintió.

—Me encargaré de agradecerle personalmente sus cuidados y haberse

hecho cargo de su sepelio.

Tras unos momentos de silencio de cortesía para que asimilase la noticia, James volvió a hablar.

—Foster irá a por usted.

La voz del abogado lo sacó de sus pensamientos. Cameron levantó la mirada y se encontró con los ojos recelosos del abogado.

—No lo he dudado en ningún momento.

—Si no ha sabido antes de su regreso, ahora lo sabrá por su hija. Es posible que lo esté esperando en cuanto salga.

—Me decepcionaría si no lo hiciese, señor Stone.

Cameron tomó la carta del marqués dispuesto a marcharse cuando James lo detuvo de nuevo.

—Jamás entenderé por qué Arthur se compadeció de usted y le ofreció ayuda después de cómo se comportó con su prometida. Como tampoco comprendo cómo se ha podido ganar su confianza de un modo tan ciego hasta el punto de dejarle manejar sus negocios. Porque ambos sabemos que lady Cavendish no será más que un títere bajo su enorme ambición.

—Yo también me he preguntado muchas veces durante estos años a qué se debió la ayuda de lord Cavendish. Y porque le debo tanto, jamás osaría a decepcionarlo. No tomaré en cuenta su insulto hacia mí, señor Stone, porque posiblemente, en su situación, yo pensaría lo mismo. Pero no menosprecie la inteligencia de su difunto amigo y mucho menos el saber hacer de la marquesa viuda. —Cameron hizo una breve inclinación de cabeza—. Que tenga un buen día.

Giró sobre sus talones y salió del despacho.

El día era triste y gris, en cualquier momento llovería y por el frío que calaba hasta los huesos, con total probabilidad quizá hasta nevara. Miró a ambos lados de la calle en busca de un coche de alquiler, pero en días como aquellos le resultaría difícil encontrarlo. Ya lo había comprobado aquella mañana cuando casi había llegado tarde a la reunión. Decidió caminar un rato y acercarse hasta una de las avenidas principales por si tenía suerte, y de paso, aprovecharía para relajar los músculos que había mantenido en tensión desde que aquella mañana asumió que volvería a encontrarse con Maddison. Que de joven había sido un necio era algo que durante estos años había asumido, pero al verla de nuevo, comprendió hasta qué punto podría haber sido diferente su vida si no la hubiese rechazado. Maddison se había convertido en una mujer

hermosa, inteligente y con carácter. Seguía manteniendo su halo de dulzura, pero había más fuerza y resolución en sus ojos y sus gestos. Más experiencia.

Perdido en sus pensamientos, tropezó con un hombre.

—Disculpe —murmuró e intentó rodearlo, pero volvió a chocar con él. Solo tardó un segundo en comprender que el encontronazo no había sido casual.

—Acompáñeme —ordenó aquel hombre mientras lo sujetaba de un brazo con disimulo.

Cameron se soltó de su agarre sin delicadeza, estiró la manga de su abrigo y encaró a aquel hombre que le resultaba tremendamente familiar. Tanto como si hubiese sido el causante de la rotura de sus costillas una vez.

—No me ponga ni un solo dedo encima —pronunció con calma.

—Entonces entre por su propio pie, barón. —Con la cabeza señaló el coche que había parado a su lado.

Acto seguido, la puerta se abrió y Cameron vislumbró dentro a William Foster. Había llegado el momento.

# CAPÍTULO 26

*Fuertes razones hacen fuertes acciones.*  
William Shakespeare

**P**ese al frío y la nieve que había comenzado a caer, Maddison llegó a su casa acalorada. Entregó su capa, los guantes y el sombrero al mayordomo y corrió escaleras arriba a encerrarse en su habitación.

Mentiría si no reconociese que haber visto a Cameron Relish de nuevo no la había alterado. Después de años creyéndolo desaparecido, había decidido personarse en el lugar más inesperado, la lectura del testamento de su marido. ¿Cómo Arthur le había hecho algo así? ¿Cómo había podido dar salida al hombre que la arruinó emocional y socialmente? ¿Y por qué? Su cabeza era un hervidero de preguntas y su cuerpo temblaba asaltado por los nervios.

Angustiada, se dejó caer sobre el taburete de su tocador y se miró en el espejo. Comprobó que tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de emoción. Colocó una mano en su cuello y percibió el latir desbocado de su corazón.

—¡Maldito seas, Cameron Relish! —pronunció enfadada consigo misma por haber conseguido alterarla tanto.

Había sentido su presencia ocupar casi la totalidad de aquel despacho desde el mismo momento en que hizo su aparición. El timbre de su voz era mucho más grave de lo que ella recordaba y había conseguido erizar su piel, como si cada sílaba pronunciada la acariciase debajo de cada capa de ropa que llevaba. Poco o nada quedaba del joven huidizo y enfadado con el mundo que conoció. Ahora parecía lo que probablemente era, un hombre que se había hecho a sí mismo, en apariencia mucho más sereno y formal, que sin embargo ella había conseguido alterar cuando rechazó que siguiera al frente de sus negocios. El recuerdo de aquello la satisfizo. El ser capaz de enfrentarlo y rechazarlo sin ambages sanó un poco su orgullo herido. Ya no era la joven inexperta, carente de carácter que se dejó embaucar por el primer hombre que le dedicó falsas promesas de amor. Ahora era una mujer, viuda además, que

sabía todo lo que había que saber sobre las relaciones entre ambos sexos y, lo más importante, independiente. Algo que a Cameron Relish le convendría recordar.

Al retirar los ojos del espejo reparó en la carta de Arthur. Allí debía estar la explicación de aquella descabellada encerrona que la instaba a tratar con el indeseable de Relish. Porque así es como ella lo vivía, como una inesperada traición de su difunto esposo. Inspiró hondo y abrió el sobre que el señor Stone le había entregado. Con solo las primeras líneas, sintió un nudo que le oprimía el estómago. A partir de ese momento, en su mente, fue la voz de Arthur la que le susurró cada palabra.

*Querida Maddison:*

*Si esta carta ha llegado a tus manos es porque la muerte me ha sorprendido de manera inesperada y no he tenido tiempo de explicarte los motivos que desencadenaron mis actos. Lamento haberte dejado así, créeme. Como también lamento la situación que habrás vivido en el despacho de mi estimado Stone si todo se ha desarrollado como estaba previsto. Sé que debes estar muy enfadada, puede que incluso decepcionada conmigo. Primero, por haberte dejado sola, y después, porque ya debes saber que yo fui el protector de Cameron Relish. Con respecto al primer motivo de tu enfado, espero al menos haberte dicho antes de mi marcha, la imprevista felicidad que me ha aportado nuestro enlace. Una que jamás pensé que podría volver a saborear. Gracias por estos años.*

*Sé que necesitas una explicación sobre Relish. Como también sé que durante este tiempo, aunque me lo hayas ocultado, su recuerdo ha aparecido en tu mente más veces de las que te hubiese gustado. Un recuerdo cargado de justificado rencor y deseos de venganza. Lo sé porque cuando una persona en su juventud se enamora, o cree que lo ha hecho, como tú lo hiciste del joven Relish, y él actúa de forma tan ruin como lo hizo, el recuerdo de aquel sentimiento no nos abandona con tanta facilidad como nos gustaría.*

*¿Cómo puedo explicártelo para que lo entiendas? Quizá desde el principio. Relish apareció en mi club pocos días después de la desgraciada noche de vuestro compromiso. No venía buscándome a mí, sino a la gente que creyó que eran sus amigos. Pero cuando se ha*

*perdido todo el honor y se carece de dinero, también desaparecen las amistades. Me pareció muy valiente por su parte hacer frente a los suyos y obligarlos a posicionarse. Por supuesto, no obtuvo ayuda. Lo llevé hasta mi despacho y allí, frente a la chimenea y con una copa de licor en las manos, vi al hombre que podría llegar a ser. Admiré también su valentía al desafiar a la sociedad, a sus padres y, sí, también al tuyo. Porque se necesita mucho valor para agraviar a William Foster... Sin embargo, él lo hizo con la convicción de que nadie más que él era dueño de su destino. Y con el pesar, porque así lo vi de primera mano, de para poder conseguir su libertad, privarte de la tuya. No me concierne a mí excusar su equivocado proceder contigo. Es algo que siempre esperé que él pudiese hacer personalmente porque me consta que se arrepiente del trato que te fue dispensado.*

*No sé si me comprendes, pero deseé, mientras hablaba con aquel muchacho destrozado por la muerte de su padre, el desapego de su madre y su desgraciado matrimonio, poder haber tenido en mi pasado la misma fuerza de voluntad para enfrentarme a una sociedad que dictaba mis actos. Porque si lo hubiese hecho, mi querida Amelia seguiría conmigo.*

*Te conozco, querida mía. Sé que necesitarás un tiempo para asimilar todo esto y que te preguntarás qué hubiese sucedido si mi final no nos hubiese sorprendido. Si hubiésemos regresado a Londres y el barón hubiese aparecido en nuestras vidas. Te hubiese explicado mirándote a tus enormes ojos verdes lo que acabas de leer y hubieses discutido conmigo mi decisión.*

*El señor Stone te habrá informado de que te cedo mis negocios. El buen hacer de estos años junto con la formación que te dio tu padre me han demostrado que estás más que capacitada para dirigirlos. Sobre el año que dispuse para que lord Relish continuara negociando por ti, eres libre, pequeña. Puedes deshacer esa cláusula si así lo deseas y buscar a otra persona que se encargue de tu bienestar económico y sea tu cara en las reuniones. Pero me gustaría que aceptases mi voluntad de mantener al barón por lo menos un año. Sabes que su trabajo ha sido excelente y quizá, con esta nueva cercanía, descubras que lo que creíste que era ya no es, o quizá no,*

*¿quién sabe? Vas a necesitar apoyos leales para defenderte de mi familia y creo firmemente que nadie te debe tanta lealtad como Relish.*

*Siempre he querido que fueras feliz. Y siempre he pensado que amamos de verdad una vez en la vida. Busca a esa persona. Busca ese amor y no dejes que nadie decida por ti. Ojalá encuentres y sientas lo que es ser amado por la persona que amas. Ojalá te dejes llevar. No te prives de ese sentimiento. Disfrútalo. A mí no me hubiese importado, lo sabes. No te encierres en casa por mí, no malgastes tu vida por el qué dirán. Nuestra relación siempre fue sincera y ambos sabemos que el cariño que nos profesamos, el amor que llegamos a sentir, fue un sentimiento tranquilo, dulce y relajado. Vive libre y con pasión, querida Maddison. En caso contrario te arrepentirás todos y cada uno de los días de tu vida.*

*Tu querido esposo,  
Arthur Bakley  
Marqués Cavendish*

Apartó la carta antes de que las lágrimas emborronaran la tinta en el papel. Sollozó de nuevo por su marcha, por aquella segunda despedida que le volvía a dejar el sabor amargo del abandono, y porque sabía que, en el fondo, Arthur tenía razón.

—¿Maddison? —la voz de Coralia, seguida por los golpes en la puerta la sobresaltaron—. ¿Estás ahí? El mayordomo me ha dicho que habías regresado. ¿Te encuentras bien? ¿Puedo pasar?

Cuando Maddy abrió y se encontró con los ojos cargados de preocupación de su amiga, no pudo más que abrazarse a ella buscando consuelo.

—¡Oh, querida! ¿Qué ha pasado? ¿Tan mal ha ido la lectura del testamento? ¿No me digas que lord Cavendish no ha pensado en tu bienestar?

Maddison no podía parar de llorar y las preguntas de Coralia se sucedían una tras otra, sin filtro ni control, como era costumbre en ella.

—Por Dios, di algo. Me estoy muriendo de la angustia.

—Lo lamento —se disculpó y se alejó de su amiga en busca de un pañuelo.

Coralia se sentó en una butaca y esperó a que Maddy hablara.

—Incluso después de su muerte, Arthur sigue pensando en mí. Pero no estoy segura de que su decisión sea la correcta —susurró con la voz tomada por el llanto.

—No entiendo nada. Bueno sí, entiendo que acudir a leer sus últimas voluntades haya removido los recuerdos de su pérdida, pero si se ha encargado de dejarte en buena posición no entiendo tu preocupación.

Maddison se acercó a la ventana y contempló a través del cristal cómo la nieve se acumulaba en las calles.

—He visto a Cameron Relish, Coralia. Estaba en la lectura del testamento de mi marido porque él y Jason Rish son la misma persona. He estado años escribiéndome con él. Contándole mi vida en Charleston, en la hacienda, y preguntando cómo era su vida en las Indias Orientales. He entablado amistad con el mismo hombre que arruinó mi reputación sin saber que era él. ¿Lo comprendes? —Se giró hacia su amiga, que la miraba boquiabierta—. Arthur me instó a encargarme de sus negocios y a tratar con él. Sabía quién era y aun así, dejó que mantuviésemos contacto. Lo ayudó, le dio empleo y se encargó de que siguiese sabiendo sobre mí; bueno, y yo sobre él.

—No lo entiendo —balbuceó Coralia—. ¿Por qué haría el marqués algo así?

—Porque según él, Cameron se arrepintió de lo que sucedió y ahora me debe lealtad. Quiere que me aproveche de eso y lo utilice en mi beneficio. Que trabaje para mí.

—¡Oh, Maddison! ¿Y qué piensas hacer?

Tras unos segundos de silencio que parecieron eternos, Maddison volvió la vista hacia la ventana.

—Exactamente eso. Utilizarlo.

—Y pensar que si me hubiese quedado en Charleston me hubiera perdido todo esto —apuntó Coralia emocionada.

—Entre, barón —ordenó William desde dentro de su coche.

Había empezado a nevar y los copos de nieve empezaban a empapar su gabán.

—Señor Foster —saludó Cameron con una ligera inclinación de cabeza—. Será un placer acompañarle —replicó con ironía.

Sin dudarle ni un momento, entró y el lacayo de William cerró la puerta tras él. Ambos hombres se evaluaron en silencio con evidente hostilidad. Los años también habían pasado para Foster. Seguía siendo el hombre frío e intimidante que él conocía, pero ya no le pareció tan imponente. Las canas habían poblado

su cabello y las arrugas marcado su piel.

—¿Qué pretendes? —Foster fue al grano sin importarle dejar el trato de cortesía a un lado.

—¿Con respecto a qué?

—No te hagas el estúpido conmigo. ¿Qué hacías en el despacho de Stone con mi hija? ¿Por qué has regresado justo cuando ella lo ha hecho?

—Creía que William Foster era capaz de averiguarlo todo y el primero en enterarse de las cosas. Quizá es que está perdiendo facultades.

William entrecerró los ojos y apretó los labios en una fina línea.

—Es evidente que las perdí hace tiempo si he sido incapaz de encontrarte.

—Si le sirve de consuelo, no se culpe. Simplemente no sospechó de la gente que tenía más cerca.

—Basta de juegucitos de palabras. —William se incorporó en el asiento y se acercó a Cameron para enfrentarlo—. No me importa que no quieras decirme qué hacías en el despacho de Stone, porque tardaré minutos en enterarme. Pero que te quede esto claro: no voy a dejar que te acerques a mi hija de nuevo, Relish. Te quiero lejos de ella y de Londres. Y por tu propio pie. A menos que quieras que sea yo quien se encargue de sacarte de aquí y no garantizo que sea en... «buenas condiciones».

Cameron esperó a que William terminase con sus amenazas antes de obsequiarlo con una sonrisa ladeada que enervó al padre de Maddison.

—Lo que me pide es del todo imposible. No pienso marcharme, señor Foster. Ni usted ni nadie conseguirá que lo haga si no es por voluntad propia. Y tampoco me alejaré de Maddison.

—Estás muerto, Relish. —El bastón golpeó contra el suelo del coche y el cochero se detuvo.

—Escúcheme a mí ahora. —Cameron se retiró del respaldo de cuero del asiento y apoyó los antebrazos sobre las rodillas—. Le debo una disculpa a usted, a su familia, pero sobre todo a Maddison. En realidad más que eso. Pero no se me ocurre una palabra que abarque todo el agravio que causé. Me arrepiento de lo que hice. Todos y cada uno de los días que han pasado desde entonces lo he lamentado. Sin embargo, no puedo hacer nada para enmendar el pasado, pero sí para mejorar el presente. He pagado mi culpa, señor Foster. No crea que mi vida ha sido fácil. Pero no soy aquel joven malcriado, en el mal sentido de la palabra, que era entonces. Ahora soy un hombre con las cosas claras que no se deja intimidar por matones como usted. No estoy aquí

para hacerle daño a su hija. Al contrario, quiero protegerla porque se lo debo sobre todo a ella. Así que háganos un favor a todos, guárdese sus amenazas y deje de entrometerse en mi vida y en la de Maddison.

El matón de Foster abrió la puerta y observó a su jefe a la espera de que este le diera una orden, pero ni Cameron ni William apartaron los ojos el uno del otro.

—La cuenta se verá saldada cuando yo lo diga, Relish. Y que te quede claro, solo yo tengo la potestad de proteger a mi hija.

—Si hubiera querido protegerla, no la hubiese prometido con alguien como era yo. Que tenga un buen día.

Cameron salió del coche dándole un empujón al hombre de Foster, que lo fulminó con la mirada, pero nada le detuvo. Levantó las solapas de su abrigo y se caló el sombrero antes de comenzar a andar calle arriba, sin prisa, hacia su nuevo hogar. Solo a un par de manzanas, Adam Benson salió de la nada y se unió a él.

—¿Todo bien con Foster? —preguntó el capataz.

—Como era de esperar —respondió Cameron de manera escueta.

Adam asintió y juntos, y en silencio, emprendieron la marcha.

## CAPÍTULO 27

*El sabio no se sienta para lamentarse, sino que se pone alegremente a su tarea para reparar el daño.*

William Shakespeare

**L**o primero que hizo Maddison al levantarse aquella mañana fue redactar una carta para el señor Stone. En ella le informaba que no seguiría ocupando la casa de Westminster y le señalaba su nueva dirección. Los herederos de su esposo podrían ocupar su nuevo hogar si así lo deseaban a finales de semana porque ella se negaba a seguir viviendo allí. Jamás consideró aquella casa como suya, vivió poco tiempo en ella y los recuerdos de aquellos meses no los consideraba demasiado buenos. No era así con la hacienda y la mansión en Charleston, allí vivió los mejores años de su vida y no podía evitar que una sonrisa aflorara cada vez que recordaba lo feliz que había sido.

Con un suspiro, cerró el sobre y lo entregó a un sirviente para que lo llevase al despacho del abogado y ordenó que volvieran a empaquetar sus cosas.

—Tendrías que esperar un tiempo antes de entregar esta mansión a los sobrinos de Cavendish. Al menos para bajarles las ínfulas que me ha dicho Stone que tienen y fastidiarlos un poco.

Maddison suspiró y se giró para enfrentar a su padre, que sentado en un sillón la miraba con recelo.

—Padre, ya lo hemos hablado. No me importa.

—Ya lo sé, y dado que no quieres vivir con nosotros...

—No es que no quiera —lo interrumpió—. Es que necesito estar sola y demostrarme que puedo hacerme cargo de mí misma. Para eso me educó.

—A veces me arrepiento —dijo malhumorado, lo que provocó una sonrisa en Maddison—. Por otro lado, no me disgusta del todo tu nueva residencia.

—Ya lo sé —sonrió con picardía.

—Pero sí que hayas aceptado tratar con ese indeseable.

Maddy soltó un resoplido muy poco correcto y femenino y se dejó caer en el sillón que había frente a su padre.

—De esto ya hablamos ayer cuando llegó hasta aquí hecho una furia. El barón Dacre trabajará para mí. Estará a mis órdenes. Ahora tengo yo el control de la situación. ¿Qué teme, padre?

William temía muchas cosas porque la vida le había enseñado que las palabras se las lleva el viento y que las voluntades muchas veces se quedan en nada. Temía que Cameron tuviera la intención de camelarse a su hija para hacerse con su fortuna. Temía que ella, cegada en su empeño por vengarse, terminara por estar demasiado obsesionada con él y los sentimientos que una vez la ilusionaron regresaran con la fuerza de la madurez. Temía que volviera a sufrir de nuevo. Pero se limitó a resumir todos aquellos temores en una frase.

—No me gusta que esté cerca de ti.

—Es que no va a estar cerca de mí. Me ocuparé de que no me moleste con su presencia.

—No seas ilusa, Maddy. ¿Qué crees que hará cuando vea que te has instalado en la casa que era de su familia?

—Pues sinceramente, padre, espero que la rabia y la vergüenza lo consuman.

—Eso. Y que desaparezca.

Adam Benson se sentó en el sillón y colocó los pies sobre la mesilla de centro ante la mirada atónita del mayordomo, lo que provocó que el capataz se riera con ganas. Cameron negó con la cabeza al ver la insolencia de su amigo y despachó al sirviente de manera educada para librarlo de la incomodidad del momento.

—Acabarás por escandalizar a todo Londres con tu actitud —lo reprimió con una sonrisa.

—Si de escándalos hablamos, creo que trabajo para el hombre perfecto —rebatía Adam al tiempo que levantaba la copa y la vaciaba de un solo trago—. ¿Qué sabemos de la dulce y desvalida lady Cavendish?

—Nada todavía. Y me temo que ninguno de esos adjetivos se adecuan a ella.

—Pues no sé por qué, pero me da que eso te gusta.

—Maddison ha madurado, como todos durante este tiempo. No te negaré

que me gusta la mujer en la que se ha convertido.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

—Esperar. Dejarle tiempo para que medite bien su decisión y rezar para que no me aparte a un lado.

—No entiendo la terquedad que tienes con que ella acepte seguir trabajando contigo. Muchos de los comerciantes te buscan para que negocies para ellos. No necesitas el dinero, en realidad podrías empezar una nueva vida y no tener que pasar por todo esto.

—Desde que conocí a Maddison Foster, siento un instinto de protección y a la vez una losa de culpabilidad que me ha incomodado a lo largo de los años.

—No estoy seguro de entenderte. La enamoraste para luego rechazarla de la forma más cruel que le pueda suceder a una joven dama como ella, así que el hecho de la culpabilidad no lo voy a rebatir, ¿pero protección? ¿De qué la protegiste?

—Intenté protegerla de mí. —Cameron bebió un sorbo de su copa y rememoró la advertencia que le hizo cuando, acostado en la cama por la paliza del sicario de Foster, ella lo visitó a escondidas—. Quise hacerla comprender que nada de lo que iba a hacer era por su culpa.

—¿Te diste algún golpe en la cabeza de pequeño? —replicó Adam con ironía—. Menuda estupidez. Pues claro que ella se lo tomaría como algo personal, al fin y al cabo a la que rechazaste públicamente fue a Maddison Foster. No a su padre.

—De eso me di cuenta demasiado tarde. Pensé que sería un daño colateral cuando el grueso del impacto se lo llevó ella. Pero ahora no dejaré que le hagan daño. Se lo debo. La protegeré de la ambición de los herederos de Cavendish, la dejaré perfectamente a salvo de ellos y me alejaré de ella para siempre, si así lo desea.

—¿Por qué crees que debes protegerla de ellos? Y en todo caso, creo que William Foster tiene herramientas y contactos más que suficientes para proteger a su hija.

—Ahora mismo la principal preocupación de Foster soy yo. Enfocará toda su atención en mí y obviarán que los herederos de Cavendish desean el dinero de su hija más que el legado que les ha dejado el marqués.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

—Quiero saldar la deuda moral que tengo con ella. Quiero resarcir el daño que le hice. Quiero dejar el pasado atrás. Quiero ser libre de mi culpa y

olvidar mis cicatrices.

Y la quería a ella. Pero aquello se lo calló. Adam lo escuchó en silencio. Levantó las cejas y resopló con fuerza.

—Suerte.

Como si Cameron no supiese que la necesitaría.

Después de tres días sin saber nada sobre Maddison, Cameron decidió acercarse hasta el despacho de Stone para ver si podía averiguar algo más. El abogado lo recibió con la misma fría hostilidad con la que lo despidió en la lectura del testamento. En apenas un par de frases, le dijo que Maddison lo mantendría bajo sus órdenes por el tiempo estipulado por lord Cavendish y que ella se pondría en contacto con él cuando estimase oportuno, puesto que ahora estaba ocupada con la mudanza.

—¿La marquesa viuda deja ya la mansión de Westminster? —preguntó interesado.

—No me concierne a mí darle ningún tipo de explicación.

—¿Se traslada con su familia? —dijo con frialdad, procurando ocultar la desesperación que aquella conversación le estaba provocando y la desazón al pensar que si Maddison regresaba a su casa, complicaría mucho las cosas.

—No, para exasperación de Foster. La marquesa desea vivir sola.

—¿Dónde?

James se cruzó de brazos y lo observó con atención.

—Lady Cavendish se pondrá en contacto con usted cuando estime oportuno.

—De eso estoy seguro, pero quizá yo quiera saberlo antes. Gracias por su tiempo, señor Stone.

Cameron salió de allí con un destino en mente. Subió al coche de alquiler que lo estaba esperando y le dio la dirección al cochero.

—Pareces enfadado. ¿Milady ha decidido prescindir de tus servicios? —lo incitó Adam.

—No. Ha aceptado lo que el marqués propuso —dijo con aspereza.

—Estupendo. Entonces a qué se debe esa cara.

—Se traslada. Abandona su mansión y no voy a esperar a que decida cuándo es el momento oportuno para informarme. Los negocios no admiten demora. No sé quién se encarga del envío del próximo cargamento ni cuándo llegará a Londres. Debo avisar a los hombres y organizarlo todo para que sea trasladado a los almacenes. Está actuando como una inconsciente.

Adam silbó y estiró las largas piernas todo lo que el habitáculo le permitía.

—¿Qué? —lo encaró todavía más enfadado por aquella reacción de su amigo.

—No conozco a lady Cavendish, pero sin duda tiene una cualidad especial.

—¿Y cuál crees que es, si puede saberse?

—Sacarte de tus casillas. En todos estos años hemos vivido situaciones que bien podrían haberte hecho sucumbir a la desesperación, sin embargo siempre te has mantenido impertérrito. ¿Qué importa si se pone en contacto contigo cuando se haya mudado? Dale tiempo. Tiene que asimilar muchos cambios.

—Me está ignorando a propósito.

—¿Y la culpas?

—No. Pero eso no tiene que ser impedimento para que actúe de forma racional. —Cuando Adam iba a contestar, Cameron lo señaló con un dedo—: No me vale ninguna excusa.

—Pues yo creo que es justo esto lo que has estado buscando para ir a su casa, una excusa.

Cameron gruñó, por lo que Adam soltó una carcajada y se cubrió la cara con el sombrero, fingiendo dormir hasta que llegasen a la mansión de la marquesa viuda.

Apenas veinte minutos después, Cameron subía acompañado de Adam los escalones de la que hasta el momento había sido la casa de Maddison. Llamó con decisión y aguardó hasta que el mayordomo le abrió la puerta.

—Avisé a la marquesa viuda de que el barón Dacre necesita con urgencia reunirse con ella.

El sirviente no pareció reconocerlo hasta que pronunció su nombre. Abrió los ojos, asombrado, y les pidió que aguardaran hasta que informara a su señora.

—Pues sí que eres famoso en Londres, sí.

—¡Cállate, Benson!

En el recibidor de la casa, Cameron se permitió avanzar hasta las escaleras y mirar hacia arriba. Escudriñó los pasillos a ambos lados y estudió las puertas de las habitaciones a la espera de verla aparecer en algún momento. Regresó al lado de Adam cuando escuchó el sonido inconfundible de unas bisagras abrirse y miró con atención en aquella dirección. Sin embargo, no fue Maddison la que salió; otra joven cargada de libros apareció ante ellos.

Sorprendida, Coralia detuvo sus pasos y evaluó sin reparos a los dos

hombres que había apenas a unos pasos de distancia. Jamás había visto hombres como aquellos. Eran físicamente opuestos: uno moreno y el otro rubio, ojos oscuros frente a ojos claros, pero sin duda eran los hombres más apuestos que había visto en su vida. No fue consciente de que se le había descolgado la mandíbula y los miraba obnubilada hasta que el rubio se lo hizo notar.

—Señora, ¿necesita ayuda? —La sonrisa socarrona de Adam todavía la turbó más, lo que provocó que los libros cayesen al suelo en un sonoro estruendo.

Presurosa, se arrodilló sin importarle lo poco adecuado de su actuación, y empezó a recogerlos. Adam y Cameron no dudaron en acudir en su ayuda y se acuclillaron junto a ella para ayudarla.

—¿Vive aquí? —preguntó Cameron despacio para no sobresaltarla más.

—Sí y no —contestó Coralia afanada en recogerlo todo e incorporarse.

—Esa respuesta lo explica todo —se burló Adam.

Aquel comentario la hizo reaccionar, por lo que giró la cabeza y dirigió su mirada hacia el capataz con la duda sembrada en los ojos, pero sin atisbo de vergüenza o reparo.

—¿Se está mofando de mí, señor?

La pregunta, tan directa, sorprendió a Adam, que no supo qué contestar. Y entonces fue el turno de sonreír de Cameron, porque aquella joven había dejado sin palabras al capataz por primera vez desde que lo conocía.

—Estoy seguro de que esa no era la intención de mi amigo, señora.

—Señorita —puntualizó sin apartar la mirada de Adam.

—No necesito que me defiendas, Relish. Puedo hacerlo solo —rebatíó, molesto, Adam, quien percibió al instante como los ojos de aquella joven se abrían y giraba la cabeza en dirección al barón.

—¡Oh, Dios mío! ¿Usted es lord Relish?

—Vaya, parece que mi fama me precede.

Los tres se levantaron, Coralia con la ayuda de los dos hombres, que sujetaron los libros hasta que ella se los pidiese. En aquel momento el mayordomo apareció.

—Barón, la marquesa está ocupada en estos momentos y no puede atenderle. Ruego la disculpe y me pide que le informe que en cuanto pueda se pondrá en contacto con usted.

Cameron levantó las cejas de forma insolente, no obstante, se limitó a

asentir.

—No se lo tome a mal —intervino Coralia al percibir el gesto de Cameron—. Maddison está muy ocupada con la mudanza. En cuanto nos traslademos a la nueva casa en Holland Park seguro que lo cita para atenderle.

—¿Ha dicho Holland Park? —preguntó sorprendido.

—Sí... —dudó la joven—. Seguro que he vuelto a decir algo que no debía —afirmó en un susurro, avergonzada.

—Le aseguro que no —intentó Cameron tranquilizarla—. Es solo que no sabía que había comprado una propiedad allí.

—¡Oh! No, señor. Se la ha cedido su padre, parece ser que, aunque no es de la familia Foster, puede disfrutar de ella. La casa está en desuso y Maddison solicitó trasladarse.

—Entiendo.

El mayordomo carraspeó, visiblemente incómodo.

—Lady Willbur, la señora la estará buscando.

—¡Cierto! No puedo ser más despistada. —Coralia se puso frente a Cameron y lo miró a los ojos con una intensidad que a punto estuvo de hacerlo sentir incómodo—. Había escuchado algunas cosas sobre usted, barón, pero hasta que no lo he visto no he podido entender qué mal pudo afectar a mi querida Maddison para sucumbir ante un canalla como usted. Ahora lo entiendo. —Recogió con rapidez los libros de las manos de los caballeros e hizo una leve reverencia antes de mirar a Adam por última vez—. De usted no había escuchado hablar. Ahora, si me disculpan, mi amiga me necesita.

Sin más, giró sobre sus talones y subió las escaleras.

Cameron y Adam abandonaron la casa después de que el mayordomo los acompañase con presteza a la puerta. El segundo todavía sorprendido por aquel torbellino de mujer y el primero por lo que había averiguado.

—¿Por qué sonrías si la marquesa no ha querido recibirte? —se interesó Adam.

—Viejo amigo, porque ahora ya sé dónde podré encontrarla.

—¿Es que solo hay una casa en Holland Park?

—Que sea mía, William Foster la disfrute y ahora viva allí la marquesa viuda, sí.

## CAPÍTULO 28

*No tratéis de guiar al que pretende elegir por sí su propio camino.*  
William Shakespeare

Una sensación extraña recorrió la piel de Maddison cuando entró en la casa en la que durante tiempo vivieron los Relish. Pese a haber sido limpiada y acondicionada para que se instalase, la percepción de que estaba ocupando un lugar que no era suyo se pegaba a su espalda produciendo un inquieto sentimiento que no supo calificar, pero que sí le provocaba cierto rechazo. Como si un aura invisible la siguiese en todos y cada uno de sus pasos y la hiciese sentir incómoda. Coralia se apresuró a recorrer las estancias como si fuese una niña pequeña mientras que ella, con paso lento, absorbió cada detalle de todas y cada una de las habitaciones. No cabía duda de que el gusto de lady Florence era impecable, como tampoco tuvo duda de que las dificultades económicas habían hecho mella en el cuidado que una casa de aquellas características requería. Subió las escaleras y entró en la estancia de los barones. En el centro se encontraba la cama, rodeada con un dosel de terciopelo de color verde. Miró a su alrededor y comprobó que en las paredes también había papel pintado en diferentes tonos de verde, que junto con el tono oscuro de los muebles era de una sobriedad demasiado incómoda, lo que provocó una mueca de disgusto en el rostro de la joven marquesa viuda. Salió en cuanto pudo de allí y fue abriendo puerta tras puerta hasta que dio con la habitación de Cameron. Supo que era la suya porque todavía conservaba cosas de su propiedad, como algunos trofeos de sus deportes favoritos o una fotografía en la que se mostraba con porte altivo sobre el escritorio. El Cameron de ahora era muy diferente al de aquel retrato. No en cuanto a soberbia se refería, porque intuía que aquello era algo impreso en su carácter. Pero sí físicamente. Si el joven barón que ella conoció levantaba suspiros a su paso, el hombre en el que se había convertido estaba segura de que levantaría pasiones.

Disgustada con ese pensamiento, se reprendió a sí misma y volteó el marco

de la foto bocabajo. Miró a su alrededor. Las paredes eran de azul índigo y la decoración un tanto austera. Como si fuese más una habitación de invitados que la del heredero de la familia. No obstante, era evidente que habían sido desalojados con rapidez y que algunos recuerdos se habían quedado allí. Los prescindibles, aquellos que no precisaban llevar consigo. Paseó la mano por el escritorio y acarició la pluma que había junto al tintero y que seguro había utilizado para escribir sus falsas palabras de amor.

—No me puedo creer que tu padre nos haya dejado instalarnos en esta casa —entró Coralia emocionada—. No es tan grande como la del marqués, pero Maddison, es preciosa.

La marquesa se apartó del mueble y se asomó a la ventana. La habitación de Cameron daba al jardín trasero, desde el que para su sorpresa, pudo ver un invernadero con techo abovedado, coronado por otra bóveda más pequeña, que en la cúspide tenía una estructura metálica que contenía la D de la baronía Dacre.

—¿Podré quedarme la habitación que desee? —Coralia llegó junto a ella y se asomó a ver qué estaba mirando con tanto interés.

—Por supuesto —murmuró todavía perdida en la belleza de aquel edificio, que si bien no era tan grande como el que ella tenía en la casa de campo de Rousham House, era coqueto y de un encanto singular.

—Vaya, es precioso —admiró a su vez su amiga.

—Y cuando tenga flores y lo arregle a mi gusto lo será más aún.

—No me cabe la menor duda. —Coralia se apartó de la ventana y miró a su alrededor—. ¿Qué habitación ocuparás?

Maddy la imitó. Caminó hasta el centro de la estancia y giró sobre sí misma.

—Creo que esta —dijo con resolución—. Está alejada de la calle principal. Además da al jardín desde el que puedo ver el invernadero, sin omitir que tiene un escritorio grande al que podré dar utilidad y...

—Maddison —la interrumpió su amiga—, no tienes que convencerme de nada. No me parece mal que además de la casa, ocupes la habitación de Cameron Relish. ¿Podré quedarme entonces con la que fue de sus padres? A mí sí que me interesa que dé a la calle principal. Necesito empaparme de los ruidos de la gente, del ir y venir de los coches, de la vida londinense... ¿Te importa?

—En absoluto.

—Ordenaré que trasladen mis cosas allí. —Saltó emocionada—. ¿Quieres que haga lo mismo con las tuyas?

—No. Me instalaré en cualquier otra habitación de momento. Quiero cambiar algunas cosas de esta y pedir que quiten algunos objetos personales del barón. Además de sustituir la cama por otra más grande y darle un toque más femenino.

—A mí me parece bastante bonita. Quizá con una colcha de flores, cortinas a juego y algunos cuadros, sea suficiente.

—Puede que tengas razón —murmuró pensativa. Al momento tomó de la mano a Coralia porque sintió la necesidad de salir de allí—. Ven, vamos a ver el invernadero.

Mientras el servicio se sumía en una actividad frenética para que todo estuviese listo lo más pronto posible, las dos jóvenes salieron por la puerta del salón de té al jardín y desde allí caminaron los pocos pasos que las separaban de la estructura de cristal y hierro que conformaba el invernadero.

Una sensación de tristeza la embargó en cuanto entró. Era evidente que su padre había mantenido abandonada aquella propiedad, no porque no pudiese arreglarla, más bien por castigar psicológicamente a los dueños. Que la desidia con la que era tratada su casa les carcomiese y vieran el declive de lo que una vez fue su hogar y el símbolo de su linaje. Sabía que durante meses, los periódicos de sociedad habían comentado que la casa estaba cerrada tras la huida del barón y la baronesa viuda. Al igual que ahora, ya varios periodistas habían rondado la casa al ver movimiento y no tardaría en aparecer la noticia de quién ocupaba ahora el hogar de los Relish. Del regreso de ambos ya se habían hecho eco, ahora la máxima expectación residía en verlos juntos, cosa que Maddison estaba dispuesta a evitar a toda costa.

—Qué triste es ver todas las plantas marchitas —comentó Coralia a su lado.

—Sí. Sabía que habría mucho trabajo, pero no pensé que tanto.

Pasearon por el pasillo central mirando a los lados hasta que frente a ellas, en una mesa redonda de hierro blanco, encontraron una planta viva, diferente a todas las demás, acompañada de una nota.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —contestó Maddison, porque no se le ocurrió otra cosa y no quería poner nombre a sus sospechas. Se acercó curiosa hasta allí y comprobó que era su nombre el que estaba escrito en el papel.

—Es para ti —apuntó Coralia lo evidente.

—Lo he visto.

Maddy no pudo evitar que su contestación fuese demasiado cortante, pero es que su corazón latía desbocado y en ocasiones el parloteo incesante de Coralia la ponía nerviosa.

—¿No piensas leerla? —la animó su amiga.

Maddison asintió. Con dedos temblorosos, tomó la nota y despacio la abrió.

*Qué mejor manera de empezar a arreglar el invernadero que con tu planta favorita.*

*Atentamente,*

*Cameron Relish*

Efectivamente, era de quien ella temía.

—¿Qué dice? Te has puesto pálida.

—Es un regalo —murmuró mientras releía una y otra vez la nota.

—¿Un cactus?! ¿Te han regalado un cactus? ¿Quién en su sano juicio consideraría eso un regalo?

Sin embargo, Maddison no pudo evitar que a sus labios aflorara una media sonrisa por aquella chanza que solo entenderían Cameron y ella. Pero aquel particular presente le dio la certeza sobre que él ya había averiguado su dirección. Inquieta por si todavía seguía allí, miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Tendría que pedir que cambiasen la cerradura de la puerta.

Cameron caminaba en dirección a su casa consciente de todas las miradas que despertaba a su paso. Los periódicos se habían llenado de noticias pretenciosas y especulaciones sobre su regreso. Y los ciudadanos londinenses, dispuestos a divulgar cotilleos en el aburrido invierno antes de que la vorágine de las fiestas de sociedad de la primavera apareciese, habían recibido las noticias del regreso de Maddison y el suyo propio como agua de mayo. A estas alturas toda la ciudad conocía la fama que se había labrado en las Indias Orientales administrando los negocios del marqués. Por lo tanto, también eran conscientes de quién lo había ayudado cuando lo dieron por fugo, años atrás. Era una noticia que contenía todos los ingredientes de los

que gustaban las damas más chismosas de la alta sociedad y las columnas de los periódicos cuya prensa se basaba en los dimes y diretes de la aristocracia: un novio huido, una novia destrozada, un matrimonio de conveniencia y un esposo que se había encargado de ayudar al hombre que deshonró a su esposa. Ahora, sin la presencia del marqués, todos los ojos estaban al acecho para ver a Cameron y Maddison juntos. Algo que no tardaría en suceder si, tal y como ella había aceptado, trabajaría para ella.

Ni saludaba ni lo saludaba nadie. Aunque se cruzase con algunos caballeros que en otro tiempo hubiese considerado amigos. Como tampoco le importaban los cuchicheos que se oían a su espalda o lo que pudiesen pensar de él.

Enfiló sus pasos hacia un callejón cuando pequeñas gotas de lluvia empezaron a empapar su abrigo. En cuestión de segundos empezó a llover. Primero con solitarias y dispersas gotas, pero conocía el clima de su ciudad demasiado bien como para no saber que pronto la lluvia arreciaría. Giró para atajar la vuelta y de reojo percibió que alguien lo seguía. No aceleró el paso, se limitó a seguir al mismo ritmo a la vez que advirtió que otro hombre más se unía al anterior y acortaban distancia con él. La lluvia empezó a coger ritmo y no tardó en estar empapado.

Sus músculos se pusieron en tensión y el corazón comenzó a bombear con fuerza. Se preparó para lo que sabía, sería una pelea. Había trabajado muchos años en los muelles de Bangladesh como para no saber el ambiente denso que se creaba cuando estaba a punto de suceder una refriega. Decidido, se dio la vuelta y enfrentó a sus seguidores, que se vieron sorprendidos por su reacción. Reconoció a los esbirros de Foster. No había dudado que sus perseguidores trabajarían para él, pero reconocer a los mismos de la paliza de la otra vez le agrió todavía más el carácter a la vez que pensó en que Foster lo infravaloraba si pensaba que no podría con aquellos sicarios.

—Empiezo a pensar que el señor Foster no tiene más hombres de confianza —los encaró.

—Tan eficientes como nosotros, no —sonrió ladino el que Cameron consideraba menos amenazante de los dos.

—En otro tiempo, quizá. Ahora lo dudo mucho.

Aquel individuo soltó una risa estridente, como si el comentario de Cameron hubiese sido lo más gracioso del mundo. Pero el otro, el que había acompañado a William en su «paseo» en coche, lo observó con atención.

—Tenemos un mensaje del señor Foster —habló por fin.

—Decidle a vuestro jefe que estaré encantado de recibirlo en mi casa para escuchar lo que tenga que decir de su propia boca.

Dicho esto, se dio la vuelta dispuesto a seguir su camino, alerta a cualquier movimiento a sus espaldas. Sus reflejos le hicieron reaccionar a tiempo cuando esquivó uno de los puñetazos que iba a recibir por el lateral, a la vez que al agacharse respondía hundiendo su puño en el abdomen de su adversario. El golpe fue tan fuerte que lo tumbó en el suelo. Intentó esquivar el golpe del otro hombre, pero aun así, logró impactar contra su pómulo. En un gesto rápido, aprendido en los más bajos fondos de la India, estampó el puño en la nariz de su oponente y con el otro puño golpeó en su costado. Los dos hombres yacieron en el suelo mientras Cameron inspiraba hondo el aire frío y húmedo de la lluvia. Aquella pequeña victoria le supo a gloria.

—El señor Foster puede hablar conmigo cuando lo desee —repitió—. Mientras tanto, no volváis a acercaros a mí porque no seré tan benevolente la próxima vez.

Desde el suelo, el más amenazante de los dos intentó incorporarse en el resbaladizo suelo de barro.

—No te acerques a lady Maddison —dijo escupiendo la sangre que emanaba de su nariz y se le metía en la boca.

Cameron resopló, hastiado.

—Ahórrate más palabras. Esa orden solo la acataré de la misma Maddison. De nadie más. Ni siquiera de su padre.

Con rabia, y pese a los resbalones, el hombre de William soltó un gruñido y se levantó del suelo. Quiso embestir a Cameron y él esperó el tiempo suficiente para tenerlo cerca, apartarse y proferirle una patada que lo lanzó contra la pared del callejón. El golpe de la cabeza contra el muro sonó demasiado seco y dejó inconsciente a su rival. El otro, ya de pie, dudó si atacar a Cameron o no. Por eso, ante su indecisión, él le ofreció la respuesta.

—Si yo fuera tú, lo haría. Si no mi jefe podría pensar que soy un cobarde.

Despacio, caminó hacia él con los puños delante del rostro, como los boxeadores profesionales. Cameron adoptó la misma postura. Ambos se midieron a la espera de que uno de los dos diera el primer paso. La lluvia lo cegaba y resbalaba por sus oscuras pestañas y hacía que los mechones de su cabello negro goteasen sobre sus ojos. Pero no movió los puños que tenía a modo de protección de su rostro ni una sola vez. Muchos golpes le costó

aprender eso en las peleas clandestinas que él y Adam solían frecuentar cuando la desesperación de su situación familiar lo descontrolaba.

Esquivó el primer gancho y golpeó con ímpetu en las costillas de su oponente. Se volvió a cubrir y esquivó un nuevo golpe, pero no pudo evitar que de nuevo otro puñetazo acertara en el labio.

—Voy a afearte esa bonita cara que tienes para que ninguna jovencita inocente vuelva a enamorarse de ti —escupió sangre con cada palabra.

En el fondo, Cameron lo admiró. Porque aquella frase en defensa de Maddison decía mucho de él. Significaba que, más allá de las órdenes de su jefe, apreciaba a Maddy. ¿Y quién no? Pensó con amargura. Ya desde pequeños había sido una niña adorable que lo sacaba de sus casillas por su buena voluntad. Ahora, hecha una mujer, estaba seguro de que lo desquiciaría de formas muy diferentes.

—Siempre me quedará mi encanto —bromeó para irritarlo aún más.

Con un resoplido, aquel hombre volvió al ataque. A Cameron solo le bastaron un par de certeros puñetazos, el último y definitivo en su mandíbula para derribarlo y dejarlo inconsciente.

Solo se oía el chapoteo de la lluvia en los charcos cuando se agachó a por su maltrecho y sucio sombrero. Se lo colocó bajo el brazo y caminó las pocas calles que quedaban hasta llegar a su casa.

—¡Señor! —se alarmó el mayordomo en cuanto lo vio llegar.

—No es nada, Bernard.

El hombre asintió con seriedad.

—Haré que le preparen un baño y buscaré un unguento.

Apenas enfilaba las escaleras hacia su habitación cuando Adam salió de la pequeña biblioteca y soltó un silbido.

—¡Vaya! Sí que es cierto que lady Cavendish te tiene inquina. Creía que era una dama dulce, pero no cometeré el error de agraviarla... —bromeó tras apoyarse de brazos cruzados en la pared con una sonrisa que a Cameron le dieron ganas de borrarla en el acto. Pero ya había tenido bastantes puñetazos por hoy. Tras una blasfemia, subió las escaleras y se encerró en su habitación.

## CAPÍTULO 29

*Se ríe de las cicatrices quien nunca ha sentido una herida*  
William Shakespeare

Maddison se despertó tras una noche de insomnio en la que los pensamientos vagaban entre la pena por la falta de Arthur a su lado y la sensación desagradable de estar ocupando un espacio que no era suyo. Había conseguido conciliar el sueño ya casi de madrugada. Miró la habitación de invitados en la que había preferido pasar la noche hasta que acondicionaran la que había elegido y suspiró. Tenía que ponerse en marcha porque había muchos asuntos que requerían de su presencia. Llamó al servicio y después de que la doncella la peinase y la ayudara a vestirse con el austero vestido negro de mañana, bajó al salón. Cómo no, Coralia ya estaba despierta y derrochaba su habitual energía hablando con su padre, su hermana y con Emma, que reían a carcajadas ante la narración de su vivaracha amiga.

—Buenos días —saludó con una sonrisa ella también.

—Buenos días, querida. —William se levantó y besó con cariño la coronilla de su hija.

—¿Cómo tan temprano por aquí?

—Me urgía hablar contigo y comprobar cómo habías pasado tu primera noche en esta casa.

William la ayudó a acomodarse y volvió a su sitio.

—Me acostumbraré. ¿Madre no ha querido acompañarnos? —preguntó consciente de la ausencia de su progenitora.

—Tenía una cita —respondió escueto.

Maddison no quiso saber más. Hacía años que había aprendido a no entrometerse en la vida personal de sus padres. Tomó asiento y removió la taza de té mientras escuchaba la conversación que acaparaba Coralia. Tomó uno de los pasteles que había sobre la mesa y saboreó el delicioso gusto a canela que dejó en su lengua antes de casi atragantarse al escuchar a su amiga.

—¡No se rían! Es cierto que soy muy torpe. Cuando todavía estábamos en

casa del marqués se me cayeron todos los libros que tenía entre manos al chocar con el barón Dacre y su amigo.

De inmediato, William desvió la mirada hacia Maddison, que lo enfrentó con entereza.

—No me habías dicho que ya habías hablado con Relish —tanteó con voz dura.

—Es que no lo he hecho, padre. No todavía. Pero lo haré.

—Al final sigues pensando lo mismo. Vas a aceptar lo que ponía en el testamento. ¿No te das cuenta de que le darás el control sobre los negocios?

—Sí y no —respondió escueta.

El silencio en el salón se hizo casi asfixiante.

—Coralia, querida, quizá deberíamos salir al jardín y ver de cerca el hermoso invernadero que nos has comentado.

—¡Oh! Por supuesto.

Emma, Coralia y la joven Eleanor salieron presurosas del salón. Una vez a solas, William retomó la conversación.

—No lo necesitas. Me tienes a mí. Nadie sabe más que yo sobre cómo llevar los negocios.

—Y por eso le pediré opinión.

—Pero no me la has pedido a la hora de aceptar que ese malnacido trabaje para ti —respondió enfadado.

—Una cosa es pedir su consejo y otra pedir permiso. Soy una mujer adulta, padre. Viuda. Que agradece su preocupación, pero que no va a dejar que menoscabe la libertad que he conseguido en estos años.

William parpadeó. Maddy esperó un estallido de furia y se preparó para controlarlo, pero no que aflorara una sonrisa a los labios de su padre que la desconcertara por completo.

—Esa es mi hija.

La carta que tanto ansiaba Cameron llegó a media mañana. Abrió el sobre y leyó las escuetas líneas que Maddison había redactado citándolo esa misma tarde en su casa. Más nervioso de lo que quería admitir, preparó todos los documentos sobre los próximos envíos que se había traído desde Bangladesh y esperó impaciente el momento de presentarse ante ella.

Acompañado de Adam, llegó puntual a la que una vez había sido su casa.

El mayordomo de Maddison los acompañó hasta la biblioteca y los instó a esperar a su señora allí.

Cameron miró a su alrededor. Los recuerdos del pasado acudieron a su mente. Visualizó a su padre sentado frente al escritorio y rememoró las charlas que había tenido con él respecto a su deplorable comportamiento. O cuando decidió enviarlo al internado, incluso el momento en el que le anunció que debía casarse con Maddison. Todo había ocurrido en aquella estancia sobria, oscura y carente de calidez. El recuerdo de lo que fue la relación con sus padres le dejó un sabor amargo que se instaló en su garganta.

—Lamento haberles hecho esperar.

La voz suave pero firme de Maddison lo trajo de regreso. Se volvió para observarla. La contempló de la cabeza a los pies, incapaz de pronunciar palabra. Odiaba aquel vestido negro que llevaba. Lo odió cuando la vio en el despacho de Stone y seguía haciéndolo ahora. No concordaba con la imagen que él recordaba de ella, ni con la mujer vivaz y de sabiduría inquieta con la que se había carteadado.

—No tiene que disculparse —dijo al fin—. Está en su casa.

Esta última frase hizo que ella entornase los ojos y lo mirase con suspicacia.

—Usted sabe que no.

Quizá le pareció que le estaba recriminando su nueva residencia. Pero nada más lejos de su intención. En el fondo, Cameron se alegraba de que Maddison hubiese elegido aquella casa para mudarse. Para él, aquello significaba que quería fastidiarlo. Hacerle daño. Y el hecho de que ella pasase tiempo pensando en él, aunque fuese en negativo, le gustó.

—Si creo que debo disculparme, lo haré —contestó Maddison al fin.

Adam dedicó a Cameron una sonrisa burlona. Puede que en el pasado Maddison Foster bebiera los vientos por él, pero lady Cavendish desde luego no. Ante aquel gesto del capataz, ella reparó en aquel hombre que no conocía, por lo que Cameron se apresuró a presentarlos.

—Lady Cavendish, le presento al señor Benson. Su nombre le sonará porque era el capataz de los hombres que trabajábamos para el marqués en la India.

El rostro de Maddison cambió y le dedicó una sonrisa amable, al tiempo que Adam tomaba la mano de la marquesa y dejaba sobre ella un amago de beso.

—Un placer conocerlo, señor Benson. He oído hablar mucho de usted y de su buen hacer. Mi marido no tenía más que halagos hacia su persona.

—Es muy amable, marquesa. Si le soy sincero, yo también tenía ganas de conocerla después de años oyendo sin cesar su nombre.

Maddison mostró sorpresa, pero Cameron se envaró.

—¿De labios de quién, si puede saberse? —preguntó realmente intrigada. Adam sonrió y miró a su amigo, que lo asesinaba con la mirada—. Entiendo. Espero que bien, entonces.

—Se lo puedo asegurar.

No queriendo entrar en más detalles y turbada por el hecho de saber que Cameron había hablado sobre ella —y por tanto Adam estaría al tanto de su pasado con él—, dejó a un lado la vergüenza y avanzó hasta situarse tras el escritorio, que utilizó como barrera.

—Mi abogado ya le habrá puesto al tanto de que finalmente accedo a la voluntad de mi esposo.

—Sí —contestó escueto.

—¿Qué le ha sucedido en la cara? —Las palabras brotaron de sus labios antes de que pudiese detenerlas. No le importaba en absoluto qué hiciera de su vida Cameron Relish, pero la había sorprendido encontrarlo en tal estado.

Ante la preocupación de Maddison, y a todas luces arrepentida por haber verbalizado sus pensamientos, Cameron sonrió.

—Un pequeño inconveniente en mi regreso a casa ayer.

—¿Lo asaltaron? —Maddy volvió a maldecirse.

—Se puede decir que sí. Aunque su intención no fuese llevarse nada de valor, no al menos algo que se pudiese pagar con dinero. Una simple advertencia.

No supo por qué, quizá por la manera en que Cameron había pronunciado aquellas palabras, pero no le cupo ninguna duda de que su padre había estado detrás.

—Quizá si no se colara en casas ajenas no le sucederían cosas como esta.

—¿No habíamos quedado que no era ajena, lady Cavendish? ¿Ni siquiera le parece bien para entregar un presente? —sonrió de medio lado.

—Invadir la privacidad de un hogar jamás está justificado. Sin excepción.

—A veces, una sonrisa lo vale.

Maddison se movió inquieta y cambió de tema.

—Me alegro de que no haya salido más lastimado —dijo con cortesía.

—Me alegro de que se alegre.

Maddy carraspeó y apartó los ojos de los de Cameron.

—De-de acuerdo. Entonces creo que ha llegado el momento de ponernos en marcha.

—Cómo desee —replicó Cameron, que reprimió la sonrisa que pugnaba por aflorar a sus labios cuando la oyó tartamudear.

El barón dejó sobre la mesa el portafolios que llevaba y sacó los documentos.

—El próximo cargamento desde los almacenes de Charleston llegará a Bangladesh a finales de mes. Podemos empezar a comerciar con nuestros clientes habituales para que cuando llegue, ellos mismos se encarguen de trasladar la mercancía.

—No creo que sea necesario —lo cortó.

—No la entiendo —la miró con suspicacia.

—Me refiero a que no es necesario que todo quede cerrado desde aquí, ya que nuestros clientes podrán seguir tratando con nosotros como antes.

Cameron no quiso creer lo que ella le estaba diciendo. Así que decidió ir al grano.

—¿Y quién se encargará de tratar con ellos?

Un brillo malicioso apareció en los ojos de Maddison, que junto con una sonrisa falsa, acompañó a sus palabras.

—Usted, por supuesto.

—Ni lo sueñes. —Cameron la tuteó. Apoyó las manos sobre la mesa y acortó la distancia con ella—. No pienso marcharme de aquí.

—Pues es una lástima que esté a mis órdenes. O lo toma o lo deja, barón.

—Así que de eso se trata. Aceptas lo que Cavendish quería porque no quieres sentirte culpable por desobedecerlo, pero a cambio, me propones algo que sabes que no voy a aceptar para que sea yo el que rechace trabajar contigo.

—Un buen empleado sabe lo que es bueno para el negocio —respondió molesta porque la hubiese calado tan bien—. Mientras has trabajado allí todo ha ido bien, no veo por qué debemos cambiar la forma de proceder.

—Porque no pienso irme de Londres. Me necesitas aquí para...

—No te necesito en absoluto —lo cortó con brusquedad.

Adam carraspeó porque al parecer, y desde que había empezado aquella conversación, se habían olvidado de él.

—Si me permite, creo que debería escuchar al barón. —La mirada enfadada que Maddison le dirigió lo hizo comprender que no le estaba haciendo ningún favor a su amigo—. Aunque quizá lo mejor sea que hablen a solas. Si me disculpan.

El capataz cerró la puerta de la biblioteca y se apoyó en la pared de al lado para no perderse detalle.

—Es cierto —dijo Cameron con voz más calmada. No había apartado los ojos de ella ni un momento—. No me necesitas. Pero te conviene tenerme cerca.

—Pues yo creo todo lo contrario. Me ha ido muy bien mientras has estado lejos.

—Me alegro, créeme —dijo con sinceridad—. Pero tu vida ha cambiado y no puedes pretender que siga como antes.

—Sé cuánto ha cambiado mi vida, Cameron.

Escuchar su nombre de aquellos labios enfadados le gustó y le hizo sospechar que estaba enfermo porque sí, también le excitó.

—Y lo lamento. Pero más allá del rencor y la culpa que sentimos respectivamente, debemos pensar con la cabeza fría. Las cosas están así: los sobrinos de tu marido no tienen dinero y lo van a necesitar para poder mantener todas las propiedades que han heredado. Tú, aunque nos parezca injusto y sabedores de que estás más que capacitada, no puedes tratar con nuestros clientes. No lo van a permitir. ¿Quién lo va a hacer por ti?

—Puedo encontrar a alguien. Mi padre sin ir más lejos podría encargarse.

—Nadie querrá tratar con tu padre. —Cameron se incorporó y cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

—Pues hasta el momento ha habido mucha gente que sí.

—Dime Mad-Maddy, ¿qué sabes de los negocios de tu padre?

El hecho de que la llamase así la hizo enrojecer porque le recordó tiempos pasados. Aquellos en los que se vio cortejada por el joven más guapo y enigmático que hubiese conocido jamás.

—Para ti soy lady Cavendish o marquesa viuda, como prefieras.

—Lo lamento —se disculpó con rapidez. No sabía por qué, pero aquel apodo fluyó de sus labios con total naturalidad—. Contesta a mi pregunta, por favor.

—Sé que tiene varias fábricas textiles donde procesa nuestro algodón. Una de ellas nueva y con la tecnología más avanzada. También trata con gente que

tiene mucho dinero e influyente, algo que no le viene mal a nuestro negocio. *Mi* negocio —rectificó con rapidez.

—¿Sabes acaso por qué?

—¿Dónde quieres llegar?

—Nadie quiere tratar con tu padre voluntariamente, Maddison. Si lo hacen es por interés. ¿Por qué crees que quiso casarnos? Necesitaba entrar en las altas esferas porque allí nadie lo acepta.

—Mi padre es mejor que muchos de los que creéis estar en la élite de la sociedad —lo defendió.

—No voy a discutir eso contigo. Basta con que sepas que hay mucha gente que haría lo que estuviese en sus manos por ver a tu padre en la ruina. Y eso te pone a ti en el punto de mira si aceptas que él dirija *tu* negocio.

Durante años, Cameron se había encargado de averiguar por qué era tan poderoso William Foster. Desde la distancia, recabó información y comprendió en qué consistían algunas de sus «transacciones». Puede que en un principio su fama de prestamista fuese infundada, pero tras el acuerdo con su difunto padre, llegaron más. Los duros años de crisis económica propiciaron que hombres como William fueran la tabla de salvación para muchos, y los métodos de Foster no eran fáciles de perdonar.

—¿Y tú no? ¿Tú no quieres hacerle daño? —lo atacó.

—No. Ya no —puntualizó—. No si con ello puedo perjudicarte. Durante un tiempo, años en realidad, lo consideré responsable de todos mis males. Pero no hay nada como dejar de vivir como un niño mimado y enfrentarte al mundo para ver las cosas con otros ojos. William Foster es un luchador. Un hombre que contra todo pronóstico y gracias a su astucia, se hizo un hueco entre los hombres más poderosos de Londres. Y eso es de alabar. Pero como cualquiera que destaque, no está exento de envidiosos y menos de hombres resentidos. Más cuando olvidas la etiqueta y usas ciertos métodos poco ortodoxos para negociar.

—¿Qué significa eso? Me estás dando la razón. Si tan poderoso es y tan rodeado de hombres influyentes está, más protegida estaré yo.

Cameron contuvo las ganas de golpear con su puño la mesa por la obstinación de aquella mujer.

—Olvídate por unos momentos de que me odias.

Maddison apoyó las manos en la mesa y se acercó hasta él, que permanecía de pie al otro lado.

—No mereces ningún sentimiento por mi parte. Ni siquiera odio —lo atacó de inmediato.

Al momento, Cameron la imitó y sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Sin embargo, así es. Porque si yo fuese Jason Rish no estaríamos manteniendo esta conversación.

Ella dejó escapar un jadeo de indignación que acarició los labios de Cameron. Al momento, sintió ganas de sacar la lengua y saborearlo para no dejarlo escapar. No obstante, se contuvo y siguió escrutándola con la mirada. De cerca, comprobó que sus ojos eran mucho más claros de lo que él recordaba. La piel era blanca y absolutamente perfecta. Sintió la repentina necesidad de enmarcar su rostro con sus manos para acariciarla y entonces reparó en sus labios. Carnosos y sonrosados, que aun con aquel gesto de enfado, eran adorables. Hacía años que no estaba cerca de una mujer tan exquisita como ella. Tras su desastroso matrimonio, había desahogado sus necesidades de manera automática y poco satisfactoria con algunas mujeres en la intimidad de su casa. Muchos de los trabajadores acudían a burdeles, y aunque él lo había hecho en una ocasión, no le gustó y se sintió miserable al ver las condiciones de aquellas muchachas. Por lo que estar cerca de una mujer que olía a flores y derrochaba exquisitez con cada movimiento lo perturbaba en exceso.

Maddison permaneció atenta a las reacciones de Cameron. Fue consciente de todos y cada uno de los movimientos de sus ojos e identificó el deseo brillar en la más absoluta oscuridad de su mirada. Sí, era deseo. Lo sabía, lo reconocía. Por lo que sin dudar, asomó su sonrosada lengua y con lentitud se acarició el labio inferior. Ahora fue la respiración profunda de Cameron la que llegó hasta su boca. Le gustó, le otorgó cierto poder saber que ella podía perturbarlo, por lo que aprovechó para acercarse más, despacio, hasta casi rozar su boca.

El corazón de Cameron latía desbocado. Quería besarla. Iba a besarla. De hecho, era ella la que parecía haber tomado la iniciativa, por lo que entrecerró los ojos, excitado y expectante mientras de manera agoniosamente lenta la sentía aproximarse.

—Pero dado que sois la misma persona —susurró de manera sensual e inclinó la cabeza para encontrar el ángulo perfecto para el beso—, tampoco quiero tener que tratar con él —contestó ella de manera seductora antes de

apartarse y regresar a la seguridad tras su escritorio.

Una sonrisa nerviosa y un cabeceo. Esa fue la reacción de Cameron tras el instante más excitante e intenso que había vivido en años.

—Eres muy distinta a la Maddison que una vez conocí —admitió mientras se incorporaba y hacía lo posible por relajar su excitación.

—Todos hemos ganado en experiencia —respondió con desinterés.

—Algunos de manera más satisfactoria que otros, supongo.

—Sin duda.

—Lady Cavendish, jugar con los instintos de un hombre es divertido, pero también peligroso.

—Menos mal que usted está a salvo de mis... intereses.

## CAPÍTULO 30

*Anunciad con cien lenguas el mensaje agradable; pero dejad que las malas noticias se revelen por sí solas.*  
William Shakespeare

**C**oralia encontró a Adam prácticamente con la oreja pegada a la puerta de la biblioteca. Observó a aquel hombre de aspecto rudo, cabello rubio y ojos azules con curiosidad.

—¿No le han dicho nunca que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

Adam se sobresaltó y dio un paso atrás. Dirigió una mirada dura a la joven que lo contemplaba con interés.

—¿Ni a usted que también lo es no avisar de su presencia? Podría pensar que me estaba espiando. —Se cruzó de brazos y la miró con fanfarronería.

Ella enrojeció ante tal insinuación, pero eso no la detuvo para acercarse hasta él y encararlo.

—Espiar al espía... ¡Qué interesante!

—No grite —la amonestó y puso una de sus grandes manos sobre los labios de la muchacha al tiempo que con la otra le sujetaba la cintura para que no perdiese el equilibrio.

Ella abrió los ojos de manera desorbitada. Era la primera vez que un hombre la tocaba con tanta decisión y tan poco tacto a la vez. En realidad era la primera vez que un hombre tocaba algo que no fuesen sus manos en un baile.

Adam pareció tan perplejo por su propia reacción como lo estaba la joven, que con sus enormes ojos castaños lo miraba mezcla de incredulidad y duda, y puede que miedo también. Despacio alejó la mano y la dejó caer a su costado.

—Lamento si la he asustado.

—No lo ha hecho. Estaba sorprendida, nada más. Los hombres no suelen tocarme sin ningún motivo justificado.

El capataz abrió la boca más que sorprendido por la sinceridad de lady Willbur.

—Créame, los hombres siempre tocan por alguna razón.

—Bueno, sí. Pero si es para saludar o bailar.

—¿Qué edad tiene? —inquirió curioso ante aquella declaración tan inocente. Sospechaba que tendría aproximadamente la edad de lady Cavendish, por lo que no era posible que tuviese tan poca experiencia con los hombres.

—No hace falta que le diga un número que le confirme que soy una solterona, señor —dudó porque no sabía cómo referirse a él.

—Benson. Adam Benson.

—Lo dicho, señor Benson. —Ante el silencio de él, que la escrutaba con interés, desvió la atención hacia la puerta—. ¿Qué intentaba escuchar?

—Mi amigo y lady Cavendish estaban «discutiendo» las nuevas condiciones sobre el trabajo del barón.

—¡Oh! —Coralia prestó atención, pero no oyó nada—. No parecen hablar.

—¿Y qué podrían estar haciendo si no? —preguntó con fingida inocencia.

—No lo sé. —Lo miró con tanta sinceridad que Adam se sintió mal al haber intentado burlarse de ella—. Pero podemos averiguarlo.

Coralia apoyó las manos en la puerta con cuidado y pegó la oreja. Ante aquel gesto, Adam la imitó con una sonrisa. Y mientras intentaban hacerse una idea de lo que ocurría dentro de la habitación, fue consciente de la proximidad de aquella mujer. La contempló y concluyó que aunque no tuviese una belleza al uso, aquel cabello negro y las curvas que hacían resaltar unos pechos exuberantes la hacían parecer apetitosa. Más incluso si a todo ello se sumaba el brillo inquieto y a la vez inocente de sus ojos.

Al otro lado de la estancia, Cameron se recompuso y comenzó a guardar los papeles en el portafolio. Esperaba que aquella estrategia surtiese efecto porque si no, tendría que ceder y dejar que Maddison se manejase a su antojo, algo que no quería que sucediese hasta que comprobara que todo marcharía sobre ruedas.

—Está bien —aceptó Cameron—. Prueba con el club primero. Que tu padre te ayude. Que lo dirija y que trate con los clientes. Así comprobarás si lo que te digo es cierto o no. Si no hay ningún obstáculo en el camino que no pueda salvar, me iré por donde he venido. Pero si por el contrario, resulta que se cierran puertas y peligran tus inversiones, prométeme que aceptarás que

trabaje para ti sin rechistar.

Maddison entrecerró los ojos y apretó los labios en un mohín que a Cameron le pareció delicioso.

—No eres tú el que dicta las condiciones.

Cameron asintió.

—Ambos sabemos quién tiene aquí todo el poder. Así que dime si prefieres ceder al control de tu padre o por el contrario prefieres seguir manteniendo las riendas.

Maldito sea una y mil veces aquel hombre porque había dado en el clavo. La mayor duda al aceptar la ayuda de su padre era que su sobreprotección y el afán controlador que tenía coartasen la libertad de la que durante años había gozado. Porque su esposo, más que nadie, había demostrado confianza en ella y en su saber hacer hasta dejarla al mando de todo su dinero.

—Si necesitas pensarlo, es que no lo tienes claro —suspiró y por primera vez en años había ruego en su voz—: Déjame ayudarte, Maddison.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes tanto interés en ayudarme y protegerme?

—Te lo debo y se lo debo a Cavendish también. Pero sobre todo a ti.

—Así que es eso. Te sientes culpable y me tienes lástima.

Aquella era una idea que Maddison no podía soportar porque durante años se imaginó a Cameron recordándola como una mujer destrozada, tal y como la vio la última vez cuando se presentó en su fiesta de compromiso, casado y del brazo de su exuberante esposa.

—Me siento culpable porque lo soy. Y sí, sentí lástima de ti porque no te merecías lo que hice. Como también la sentí de mí por haber sido un necio, un egocéntrico y un muchacho despreciable que odiaba la idea de desposarse contigo. No por ti —se apresuró a aclarar al ver como se endurecía su rostro—, pero sí porque tu condición social no pertenecía a la aristocracia y mis padres parecían querer castigarme.

Maddison soltó una carcajada carente de humor que lo golpeó en el estómago. Había sido sincero, se había abierto a ella y parecía burlarse de sus sentimientos.

—¿Y ahora ya no es así? ¿Es eso lo que quieres que crea? ¿Que ya no piensas igual?

—Después de que mis actos propiciaran la muerte de mi padre, de que estuviese en la ruina sin techo ni alimento alguno, de que desapareciesen todos los «amigos», de que mi madre me repudiara, tuviera que marcharme para

poder sobrevivir, ganarme la vida trabajando de sol a sol y mi esposa resultara ser la meretriz más solicitada de todo Bangladesh, puedo asegurarte que mi manera de ver la vida ha cambiado. No soy aquel muchacho, ahora soy el hombre que entonces creíste que era.

Aquel alegato la dejó sin palabras. Desde que habían vuelto a encontrarse, solo había estado pendiente de sus propios sentimientos. De la rabia y el resentimiento que la seguía consumiendo, pero ni un solo momento se había parado a pensar cómo había sido la vida de Cameron durante esos años.

—Lamento la muerte de tu esposa —dijo en apenas un susurro.

Cameron rodeó la mesa y se situó delante de ella para poder mirarla y apreciar mejor su reacción a las palabras que iba a pronunciar, aunque la realidad fuese que le gustaba sentirla cerca y todavía estaba embriagado por lo sucedido momentos antes.

Ella levantó la cabeza para mirarlo y al hacerlo, él apreció un atisbo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Yo no, Maddy. Sé lo duro que suena, pero odié cada minuto de mi matrimonio. Desde que pronuncié el sí hasta que le susurré el último adiós.

—Todas las decisiones que tomamos tienen sus consecuencias. Lo que dicta la diferencia entre unas personas y otras es la manera de afrontarlas—. Maddison dio un paso atrás para alejarse de su cercanía—. Pensaré en todo lo que me has dicho y te haré llegar mi decisión. —Rodeó el escritorio por el otro lado para no tener que rozarlo y se dirigió hacia la puerta. De repente, recordar el pasado y conocer el punto de vista de Cameron la sobrepasaron. Necesitaba estar a solas de nuevo y alejarse de él—. Buenas tardes, lord Dacre.

Cameron iba a protestar cuando ella alcanzó la puerta dispuesta a despacharlo.

Adam y Coralia escucharon la voz de Maddison cuando ya estaba demasiado cerca. Se movieron con rapidez, pero chocaron entre sí, lo que obligó a Adam a sujetarla por la cintura para que no cayese. Y así fue como los encontraron segundos después cuando desde el interior de la biblioteca, Maddy y Cameron los sorprendieron.

—¡Coralia! —exclamó Maddison sorprendida.

El capataz soltó a la muchacha despacio, sin apartar los ojos de ella.

—Señor Benson, gracias por evitar que diera con mis huesos en el suelo — el tono de voz de Coralia resultó demasiado agudo y tal y como sucedía con regularidad, y más cuando se ponía nerviosa, el filtro de sus pensamientos desapareció—. Estar entre sus brazos ha sido un placer.

La sonrisa socarrona de Adam la hizo enrojecer.

—Y eso que no he llegado a hacer nada, señorita Willbur.

Cameron fulminó con la mirada a su amigo. Lo último que necesitaba ahora es que Maddison se pusiese más a la defensiva. Y si pensaba que Adam iba a arruinar la reputación de su amiga, lo tendría todavía más difícil.

Ansioso por hacerla olvidar el incidente, Cameron sujetó por el codo a Maddison para que le prestase atención.

—¿Cuándo te pondrás en contacto conmigo? —susurró.

Ella observó la mano de Cameron. Cómo era posible que aquel simple contacto le produjese un escalofrío. De un suave tirón se liberó.

—En cuanto haya tomado una decisión. Ni más ni menos.

Cameron apretó los labios en una fina línea, pero asintió. Con ella debía ir despacio pero seguro, aunque cada vez que la viera un sentimiento de precipitación y la sensación de no alejarse de ella lo hicieran cometer imprudencias. Como sujetarla del codo o presionarla para obtener una respuesta.

—Buenas tardes, lady Cavendish. —Pasó por su lado y se despidió de Coralia también antes de apresurar sus pasos a la salida seguido de Adam.

Una vez a solas, Maddy se preparó para afrontar una charla con su amiga.

—Coralia, tenemos que hablar. —Como si fuese una niña pequeña, Maddy señaló la biblioteca para que esta entrase.

Una vez dentro, cerró la puerta y con un suspiro se dejó caer en uno de los sillones que había al lado de la chimenea. La conversación con Cameron había sido agotadora. Desde que se vieron en el despacho de Stone había estado preparándose para encontrarse a solas y hablar con él. Dio por hecho que trataría con el mismo muchacho insolente y taciturno que conoció. Para él tenía preparada su misma medicina, pero el hombre con el que se reunió no era el mismo que ella recordaba. Sus argumentos, su manera de hablar, de pensar, e incluso su mera presencia la hicieron titubear. Para este hombre tendría que inventar otra estrategia. Inspiró y se centró en el problema que tenía ahora delante. La madre de Coralia había respondido con un telegrama, agradecida por que la hubiese acogido en su casa y rogaba que cuidara de su pequeña

hasta que ella pudiese viajar a buscarla. La huida de su hija le había provocado un ataque nervioso que debilitó su sistema inmunológico, por lo que debía estar en cama hasta que se recuperase de las múltiples afecciones que sentía. Así que no quedaba otra opción que Maddison se hiciese cargo de ella hasta que tuviese a bien regresar. Su compañía no la molestaba, al contrario, la agradecía, pero Coralia era como una niña pequeña, ansiosa por absorber todos los estímulos, y sobre todo y lo más preocupante, vivir cada uno de ellos.

—¿Qué hacías entre los brazos del señor Benson? —dijo despacio.

—Tropecé y él me sujetó. Esa es la verdad.

—Tienes que tener más cuidado, Cora. Si esto hubiese sucedido en una fiesta, si os hubiesen sorprendido, tu nombre estaría manchado para siempre. ¿Comprendes? Ningún hombre honrado querría desposarse contigo.

—Ahora tampoco quieren —respondió su amiga sin acritud—. Soy una solterona y lo tengo asumido. Pero empiezo a pensar que los ingleses tenéis una mente muy sucia. Veis pecado en cada gesto y creo que se debe a que no dejáis de pensar en ello. El señor Benson me libró de una caída. Nada más. No creo que tenga ningún interés en mí, y si lo tuviese, tampoco sabría verlo porque jamás he sido receptora de los afectos masculinos. —La miró con atención—. Pero tú sí. ¿Crees que pueda tener algún interés en mí? —Había más ilusión en su tono de voz del que a Maddison le hubiese gustado.

Frustrada, suspiró.

—No lo sé, Cora. No lo he visto lo suficiente como para apreciarlo. Pero ten cuidado, por favor. Los hombres no pierden nada, si acaso suman prestigio con sus conquistas, pero nosotras nos convertimos en la peor lacra de la sociedad.

—¿Crees que quiere conquistarme? Podría tener un amante... ¡Oh, Maddy! Sería tan emocionante... —Los ojos le brillaron de ilusión y Maddison lamentó sus palabras por su fallo en la táctica. Lejos de asustarla había logrado animarla.

Cameron se pasó todo el camino de vuelta a casa sermoneando a Adam por su comportamiento. Pero el capataz parecía incluso divertido por el humor del barón.

—Es evidente que las cosas no han ido como deseabas.

—No he conocido mujer más testaruda que Maddison Foster. Pero eso no significa que tu actitud poco esté haciendo por ayudarme.

—Cavendish —le recordó Adam con alzamiento de ceja incluido. Cameron lo miró sin comprender—, has dicho Maddison Foster y yo me permito recordarte que es Cavendish.

—Genial. Gracias —replicó con ironía.

—No hay de qué —dijo Adam con sorna a la vez que cruzaba los pies—. ¿Al final embarcamos de nuevo a Bangladesh o la marquesa ha recapacitado?

—De momento se lo está pensando.

—Si no quieres marcharte, tendrás que convencerla de que no.

—¿Y qué crees que he intentado hacer todo el tiempo que hemos estado a solas? —contestó molesto.

—Se me ocurren otras muchas cosas y más satisfactorias que discutir.

—¿Como lo que has estado haciendo tú con lady Willbur?

Adam enfatizó cada palabra.

—No he hecho nada.

—Por tu bien —apuntó Cameron.

—Lo que no quiere decir que no me lo esté pensando.

—Adam... —advirtió en tono de reproche.

—Esa mujer es imprevisible, divertida, audaz y a la vez inocente. Digamos que me inquieta.

—Pero no es como la clase de mujeres con las que estás acostumbrado a tratar.

—Eso lo convierte en un reto todavía más apetecible —Cameron maldijo porque sabía que cuando a Adam se le cruzaba una idea, debía caerse por ella sola. Nada podía hacer—; algo que no deberías reprocharme, porque lady Cavendish te tiene sorbido el seso desde hace años. Así que reconoce que o bien estás obsesionado o sientes algo por ella.

Cameron miró hacia la ventana, meditativo.

—¿Conoces esa sensación de saber que has idealizado algo?

—Suele ocurrir —concordó Adam.

—Cierto. Lo que no es tan común es que la realidad lo supere. Y ella lo hace, supera todas las ideas que me había creado de ella y a las que me había agarrado. Es... mucho más.

—Vaya, ¿y qué piensas hacer al respecto?

—Lo que debí hacer años atrás.

—Suerte. Sea lo que sea que tengas en mente.

Cameron guardó silencio porque no tenía ningún plan. No sabía cómo debía actuar respecto a sus sentimientos. De momento se centraría en hacerle ver a Maddy que era su mejor opción.

Al llegar a su casa, redactó una carta y con urgencia la envió a su amigo Harald; era un poco precipitado, pero esperaba que acudiese esa noche a cenar y que pudiese contar con su ayuda.

Tal y como había supuesto, Harald aceptó y tras una cena amena en la que Harald narró parte de su alegre vida, los tres se dirigieron a la pequeña biblioteca de la nueva casa de Cameron.

—¿Quieres que organice una reunión de caballeros? —preguntó Harald sorprendido.

Cameron asintió.

—¿En el Whites Gentlemen's? —insistió de nuevo para asegurarse que lo había oído bien— ¿El club que era del marqués y ahora dirigirá... quién?

—William Foster de momento. Y asegúrate de que estos nombres reciban invitación.

Cameron le pasó una hoja.

—¿Y con qué motivo los cito?

—La política. Hablar sobre el hecho de que cada vez un mayor número de grandes terratenientes entren en la Cámara de los Comunes.

—Pero los nombres de esta lista no están dispuestos a dialogar. —Harald leyó de nuevo todos y cada uno de ellos y negó con la cabeza.

—Eso es porque se ven amenazados —contestó Cameron.

—Estás loco —aseguró Harald—. ¿Pretendes que acepten ir a un club dirigido por Foster?

Tras la copa de licor que dirigía a sus labios, Cameron esbozó una sonrisa.

—Pretendo todo lo contrario, querido amigo: que no vayan.

# CAPÍTULO 31

*Jamás viene la fortuna a manos llenas, ni concede una gracia que no haga explicar con un revés.*

*William Shakespeare.*

**A** la mañana siguiente, mientras Maddison acondicionaba el invernadero en compañía de Coralia, recibió una notificación del gerente del club de caballeros diciéndole que habían solicitado el salón principal para una reunión especial a la que acudirían miembros insignes de la aristocracia londinense. Maldijo su suerte, puesto que de momento el club seguía funcionando como Arthur lo había ordenado. No obstante, esta reunión suponía una prueba de fuego a la que ella no podía hacer frente por ser mujer. Ordenó citar a su padre esa misma tarde.

Cuando William llegó, la noticia ya estaba en los periódicos, puesto que el tema a tratar era lo suficientemente controvertido como para suscitar interés.

—Tengo miedo de que el tono de la reunión vaya en aumento y desemboque en una reyerta —comentó preocupada.

—Pequeña, no tienes nada de qué inquietarte. Me encargaré de que no falte de nada y de que no ocurran altercados —afirmó William—. Será una ocasión fantástica para aumentar los ingresos.

—Lo sé. Desde la muerte de Arthur y ante el desconcierto sobre quién dirigiría el club, no hemos tenido grandes ganancias.

Maddison no tenía otra ocupación que revisar y estar al día sobre las cuentas y los negocios que había heredado. Todavía no se había animado a salir de casa, y eso que había recibido en varias ocasiones la invitación de su querida amiga Rebecca para que la visitase. Debido a su estado de buena esperanza, y a una pequeña complicación, el médico le había recomendado reposo. Sentía que llegaba el momento de dejarse ver, que ya no podía esconderse más, y lo necesitaba o perdería la cabeza recluida en aquella casa en la que cada rincón le recordaba a Cameron Relish.

—Bueno, pues ahora ya no tienes nada por lo que preocuparte.

William la sacó de sus pensamientos. Afirmó y dejó el asunto en manos de su padre, muy a su pesar, aunque pidió estar informada de la reunión que se realizaría el viernes próximo en todo momento.

Esa misma tarde salió con Coralia de paseo. Estaban a pocas semanas de la Navidad y aunque su estado de ánimo acusaba la ausencia de Arthur, ahora que se acercaban fechas importantes, decidió que ir a comprar los regalos navideños la distraería y, de paso, sería un avance más para salir de su reclusión. El tiempo parecía haberles dado un respiro y de momento la lluvia no había hecho acto de presencia. El coche con el emblema de los Cavendish se detuvo en una de las calles más céntricas de la capital. El cochero las ayudó a apearse y mientras Coralia miraba a todos lados fascinada, Maddison se preocupaba por levantar el mentón y mirar hacia delante, a todos en general y a nadie en particular. Oía cuchicheos a sus espaldas, algunos haciendo clara alusión a mostrarse tan pronto en público, pero de frente solo recibió inclinaciones de cabeza y saludos correctos. Entró en un par de tiendas, compró para su hermana Eleanor un precioso sombrero para la primavera, y algunos regalos más para los demás miembros de la familia, incluso un sonajero de plata para el bebé que estaba a punto de nacer de su amiga Rebecca. Para su sorpresa, y gracias a la compañía de Coralia, estaba disfrutando como hacía tiempo que no le ocurría. Fue al salir de una de las tiendas, que se encontró con el nuevo marqués Cavendish, que la aguardaba en la acera.

—Querida Maddison. —Tomó una de sus manos enguantadas y depositó un suave beso—. La he visto dentro de la tienda y no he podido aguardar para saludarla.

—Muy amable por su parte —respondió con un poco de tirantez. Ethan miró a su acompañante con curiosidad y ella les presentó—. Marqués Cavendish, mi buena amiga lady Coralia Willbur.

—Un placer, lady Willbur. Creo que no nos habíamos visto nunca.

—¡Oh! Jamás. Solo estoy de visita, mi residencia está en Charleston.

—Entiendo.

Ethan dejó de lado la atención hacia Coralia y se centró en Maddison.

—Si me lo permite, me gustaría acompañarlas hasta el coche.

—No es necesario, lord Cavendish. —Maddy hizo un gesto de asentimiento

a su criado y comenzó a caminar—. No está lejos.

—Aun así, permítame que lo haga.

Ethan la tomó por el codo con delicadeza y se posicionó a su lado. Cuando Maddy se aseguró de que nadie les veía se soltó. Ethan no insistió y enlazó las manos a su espalda.

—Estaba esperando a que terminase de instalarse en su casa para hacerle una visita —la informó.

—Cuando lo desee —respondió Maddison por compromiso. Porque en realidad, no quería volver a encontrárselo después de lo desagradable que fue en el despacho de su abogado.

—Sé que le debo una disculpa —prosiguió como si le leyese el pensamiento—. Fui en exceso desagradable y poco correcto en mi trato hacia usted. Además debo agradecerle que dejase la mansión de Westminster, aunque no era necesario hacerlo con tanta premura.

—Creí entender que sí le urgía mi marcha.

—De nuevo, lamento mi manera de proceder. Aunque no se lo crea, pensar en cómo la traté... —Cabeceó y se detuvo, lo que provocó que ellas también lo hiciesen—. Pensar en usted me ha robado el sueño.

Maddison se removió incómoda a su lado. Por suerte ya estaban al lado de su coche.

—¿Permitirá que la visite mañana? —susurró acercándose a ella para ayudarla a subir al coche.

—Lo lamento, pero mañana tengo un compromiso.

Ethan apretó los labios con disgusto y un brillo acerado apareció en sus ojos. Disimuló con una sonrisa forzada lo mal que le había sentado el rechazo.

—¿Pasado? —insistió casi con desesperación.

Maddy recordó que la reunión del club sería ese día y ya estaría sobradamente preocupada como para soportar al marqués.

—Perdóneme, pero esta semana tengo un montón de compromisos y el jueves es un día complicado.

—El viernes entonces —dijo por sentado—. Esperaré con ansias el momento de volver a verla.

Depositó de nuevo un beso en su mano cuando ella ya estaba dentro del carruaje, giró sobre sus talones y se marchó.

Durante el trayecto hasta su casa, Maddison respondió a la curiosidad de Coralia sobre el nuevo marqués, algo que ya había previsto desde que esta

fuera testigo de su conversación.

—¿Crees que está interesado en ti? —preguntó Coralia.

—Oh, por supuesto que lo está. Pero más que en mí, en mi dinero.

—¿Cómo lo sabes? Me refiero a cómo puedes distinguir qué tipo de interés tiene un hombre en ti.

—Supongo que como todo en la vida, lo aprendí. A veces crees que hay un interés romántico y luego te das cuenta de que por la otra parte es un sentimiento frío, amparado solo por el dinero.

—Pero también puede ser al revés, ¿no? Puede que pienses que alguien se acerque a ti solo por los beneficios que pueda sacar, y sin embargo, realmente, esté interesado.

—Es mejor pensar lo primero. Así evitarás decepciones.

Coralia pareció meditar su respuesta.

—Pero entonces no existe ilusión. Ni emoción.

—Y por lo tanto tu corazón estará a salvo. Lleno de paz y tranquilidad.

Coralia hizo un gesto de hastío con la mano.

—De eso ya he tenido mucho durante muchos años. Ahora quiero justo lo que tú pretendes evitar.

Maddison escondió un amago de sonrisa ante la sinceridad arrolladora de su amiga. De nuevo, y de mejor humor, descendió del carruaje para entrar en su casa. Después de tanto tiempo sin salir, estaba cansada, pero por otro lado, también orgullosa de sí misma por haber dado aquel primer paso y dejarse ver por las calles de Londres, tal y como Arthur quería que hiciese.

Subió a su habitación, se cambió el vestido negro de terciopelo que llevaba y eligió otro mucho más sencillo para estar en casa. La cena casi estaría lista, pero le apetecía pasar por el invernadero de nuevo. Se echó una capa de lana sobre los hombros y a través del salón de té, salió al pequeño jardín hasta la construcción acristalada que poco a poco empezaría a albergar vida de nuevo. De momento lo único vivo que había era el cactus que Cameron Relish le había regalado. O eso pensaba hasta que encontró otra planta encima de la mesa blanca con otra nota. A Maddison empezó a latirle con fuerza el corazón. La maceta estaba llena de flores de color violeta y un tono más oscuro en el centro, no lo dudó en ningún momento, eran pensamientos. Acarició con dedos temblorosos la suavidad de sus pétalos antes de coger el sobre y abrirlo.

*Este invernadero sigue estando demasiado vacío. En la primavera estará*

*en todo su esplendor. Hasta entonces, te regalaré pensamientos.*

*Atentamente,*

*Cameron Relish*

Volvió a doblar la nota y la guardó en el sobre, todavía más afectada de lo que lo había estado en un principio. Pensamientos. Como si lo que necesitase fuera recordarlo cuando en realidad tendría que sacarlo de su mente y a poder ser de su vida cuanto antes. Al salir, comprobó que la cerradura estaba intacta. La habían cambiado hacía apenas dos días. No sabía cómo ni por dónde había entrado Cameron, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

Cameron miró hacia la fría noche londinense desde su salón. Estaba esperando la visita de Harald, y mientras, sonreía al imaginar la cara de Maddison cuando descubriese la nueva maceta en su invernadero. Se la imaginó turbada, nerviosa y a la vez enfada porque volviese a colarse en su casa. Su gran ventaja era que él había vivido allí antes que ella y se conocía todos los escondrijos del jardín, así como las aberturas del invernadero, mejor de lo que conocía las diferentes estancias de la mansión. No en vano había pasado más tiempo huyendo de la compañía de sus padres y escapándose a escondidas que con ellos.

—Señor —lo interrumpió Bernard—, lord Bates ha llegado.

—Gracias. Hazlo pasar, por favor.

Como cada vez que se veían, se saludaron con cariño.

—Bueno, parece ser que tu plan está en marcha —Harald tomó asiento y aceptó la copa que le tendió su amigo—. De momento, y pese a la premura con la que se ha organizado, todos han aceptado asistir a la reunión a excepción de lord Templeton. Parece ser que su quinto hijo está en camino.

Cameron asintió.

—Ahora viene la segunda parte. Quiero que mañana hagas correr el rumor de que William Foster dirigirá el club.

—¿A dos días para la fiesta?! He tenido que sacar a relucir mi parte más teatral para fingir que no sé quién está ahora a cargo del Whites Gentlemen's.

—No te habrá costado mucho —sonrió Cameron.

—Más de lo que puedas creer. Al parecer, el hecho de que lady Cavendish haya heredado el club les hace temer que sea su padre quien lo dirija.

—Y eso justo es lo que tú vas a confirmar mañana. Quiero que se corra la voz —Cameron lo meditó durante unos segundos, pero no iba a echarse atrás—. Además, quiero que hagas correr el rumor de que si no fuese Foster, yo lo dirigiría. Y ya de paso, quiero que digas que lord Cavendish confiaba en mí para tal menester.

Harald negó con la cabeza. Dejó escapar un soplido y dio un buen trago de licor.

—A ti tampoco te han perdonado lo que sucedió, Cameron. Saben de tu regreso y muchos ya conocen que fue el marqués quien te ayudó, pero lamento decirte esto, sigues siendo un paria.

—Lo sé —respondió con dureza—. Sé que no será fácil, pero entre Foster y yo, soy el mal menor. Por muy mala fama que tenga, soy de su círculo. Y en un grupo tan exquisito a la hora de admitir a sus miembros como es la aristocracia londinense, pesará más ser uno de ellos que un hombre que ha escalado desde los bajos fondos y no con demasiada delicadeza.

—Cuando se entere Foster te querrá matar —le advirtió.

—No sería la primera vez. Ni será la última.

—Volver a Londres para suicidarte ha sido todo un detalle. —Levantó la copa para brindar con él y Cameron imitó el gesto.

—Si no diese que hablar, no sería Cameron Relish.

Había amanecido con heladas, pero durante el día, un tibio sol se había reflejado en los charcos congelados y a media tarde, cuando Maddison y Coralia salieron a visitar a Rebecca Kinsale, la mayor parte de la calzada se había convertido en un barrizal.

Por segundo día consecutivo, Maddison se atrevía a abandonar aquella casa. Lo más curioso y de lo que no se había percatado hasta el momento, es de que podía hacerlo sin pedir permiso a nadie. Mientras duró su matrimonio, no es que Arthur tuviese que autorizarla para salir —así se lo había hecho saber él—, pero sí quería que lo informase para estar tranquilo. Ahora, sin embargo, nadie controlaba sus actos y aquella era una situación que al mismo tiempo que le provocaba cierto sentimiento de desamparo, le otorgaba una autonomía de la que no había disfrutado jamás. Le gustó. De hecho, le encantó poder tomar decisiones con total libertad y aquello instaló una sonrisa en su rostro que no podía borrar pese a que a cada paso se ensuciase un poco más su

vestido y sentía la sensación resbaladiza del lodo bajo sus pies.

La casa de Rebecca estaba cerca de la de sus padres, en Chester Square. Nada más verse, se fundieron en un abrazo que terminó con un examen visual minucioso la una de la otra. Rebecca estaba algo desfigurada por su avanzado embarazo, pero sus ojos brillaban con la misma alegría de siempre. Le presentó a Coralia, ambas mujeres se saludaron con afecto y al momento Rebecca volvió a dirigir su atención hacia ella.

—¡Estás preciosa, Maddison! —gritó emocionada—. El color negro no te hace justicia, pero aun así estás hermosa.

—Tú también estás bonita.

Rebecca estalló en carcajadas.

—Nunca has sabido mentir. Venid, nos sentaremos a tomar el té.

Entraron en el salón y no sin dificultad su anfitriona tomó asiento.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —quiso saber Coralia.

—Eso nunca se sabe. Según el médico todavía me faltan algunas semanas, pero parece que tiene ganas de salir antes. Creo que será impaciente como su padre.

—Claro, como su madre no —bromeó con ella Maddison.

—Querida amiga, la vida es muy corta para sentarte a esperar. Si quieres algo, tienes que salir a buscarlo.

Durante la tarde disfrutaron de la alegre charla entre amigas que siempre había recordado. Entregó el regalo para el bebé y cuando ya se disponían a marcharse, el marido de Rebecca llegó. Estaba tal y como Maddison lo recordaba, su cabello pelirrojo algo ensortijado, y sus ojos azules, que la miraban con amabilidad, la hicieron sonreír.

—Lady Cavendish, es un placer volver a verla. Nos alegramos de su regreso y de tenerla de nuevo entre nosotros.

Alfred se apresuró a ponerse al lado de su esposa y la besó con cariño.

—¿Cómo te encuentras hoy, querida?

—Cansada, pero feliz.

—Te he traído los dulces que tanto te gustan.

Maddison y Coralia, testigos de aquella íntima situación, se sintieron incómodas. Pero más allá de eso, un sentimiento desagradable muy parecido a la envidia, las rodeó. Coralia no sabía lo que era sentirse adorada por un

hombre, y aunque Maddison había estado casada y Arthur había sido un buen esposo, entre ellos no había existido ese tipo de... No sabía cómo llamarlo, quizá fuese amor.

—Hoy he tardado un poco más porque al pasar por el despacho de tu padre me he entretenido un poco. Parece que los ánimos andan un poco revueltos.

—¿Ocurre algo? —se preocupó Rebecca.

—Seguramente lady Cavendish nos pueda informar mejor —dudó Alfred.

—¿Yo? —apuntó Maddison sorprendida.

—Me refiero a la reunión que se celebrará en su club —explicó el marido de su amiga.

—¡Ah! Sí, mañana parece ser que hay una reunión importante para tratar sobre política.

Alfred entrecerró los ojos y la miró con desconcierto.

—¿No se ha enterado?

—¿De qué?

—La mayoría de los asistentes se está retractando. Corren rumores sobre que se va a anular porque ninguno de los invitados quiere acudir al club.

Maddison ahogó una exclamación.

—¿Por qué?

Alfred miró a Rebecca, que tenía toda su atención, y a la otra dama, antes de centrarse en Maddison.

—Se han enterado de que su padre dirige el club y no quieren asistir.

Fue como si las palabras de Alfred hubiesen golpeado su pecho y la dejaran sin respiración. Entre la neblina, la voz de Cameron se coló en su mente: «Nadie querrá tratar con tu padre».

## CAPÍTULO 32

*Lamentar un infortunio pasado, y que no existe, es la más segura vía de crearse otro infortunio.*

William Shakespeare

Cuando llegó a su casa, su padre ya la estaba esperando. William se paseaba enfadado, como Maddison nunca lo había visto, por el salón. Blasfemaba y soltaba insultos a todos los miembros de la aristocracia.

—Padre —llamó ella su atención. Pero William parecía enajenado y no cesó de hablar y desahogarse.

—¡No me puedo creer que prefieran que Relish dirija el club a que lo haga yo! —bramaba.

Aquello captó el interés de Maddison.

—¿Cómo dice?

—La reunión era mañana. Lo tenía todo previsto y hoy a última hora de la tarde la han anulado. Nadie quiere venir.

—¿Y qué tiene que ver Cameron Relish con esto?

William pareció verla por primera vez desde que había llegado.

—Lo prefieren antes a él que a mí. Anteponen su abolengo pese a que yo he ayudado a la mitad de esos aristócratas y de que él los avergonzó a todos con su comportamiento más que reprochable. Los rumores dicen que si yo me hago cargo del club, nadie vendrá. Soy bueno para prestar dinero cuando las deudas los asfixian, pero no soy bueno para compartir su compañía.

Maddison caminó hacia la ventana y miró hacia la oscura y fría noche. Odiaba tener que darle la razón, pero Cameron estaba en lo cierto cuando la advirtió.

—Creo que ya soy lo suficientemente adulta como para que sea sincera conmigo, padre. ¿Alguna vez ha... amenazado o extorsionado a alguno de ellos?

—¿Por quién me tomas? —exclamó sorprendido.

Maddison se dio la vuelta y lo encaró.

—Por el hombre que jamás me mentiría ni haría nada para dañarme.

William dudó, pero finalmente y algo reticente, reconoció que algunas veces había usado métodos poco ortodoxos.

—Así que es cierto. ¿También ordenó que le dieran una paliza a Cameron Relish?

—Ni que fuese la primera vez. Fue una simple advertencia.

—¡Padre! Vi su cara amoratada.

—Mis hombres quedaron mucho peor, así que no te preocupes. Por cierto, ¿por qué te preocupas?

Negó con la cabeza, incapaz de responder a aquella pregunta.

—Entiendo, por lo tanto, que ha habido más veces. ¿Cuándo? —exigió saber, enfadada por todo lo que había sucedido a su alrededor y de lo que ella no había tenido constancia.

—Aquella fatídica noche en la que os descubrieron en el invernadero. —Movi6 William la mano con despreocupaci6n.

Maddison lo mir6 perpleja. Por supuesto lo recordaba a la perfecci6n, como tambi6n el d6a posterior, cuando se col6 en la habitaci6n de Cameron y lo encontr6 magullado.

—No existi6 ninguna ca6da del caballo —afirm6.

—Hubiese sido estupendo, me habr6a evitado tener que darle una lecci6n, pero no pas6. Solo me asegur6 de que Relish entendiera que no iba a permitir que me la jugara y, mucho menos, que te avergonzase. Lo hice para protegerte —se excus6 tras ver el reproche en el rostro de Maddison.

—No lo apruebo, en absoluto. Y como puede ver, padre, nos la jug6 de todas maneras.

Empezaba a comprender que si a Cameron se le cruzaba una idea por la cabeza, no paraba hasta conseguirla. De nada serv6an presiones externas.

—El pasado pasado est6. Ahora centr6monos en el presente.

—S6 manejar a Cameron yo sola, no necesito que me proteja y en caso de que as6 sea, se lo har6 saber.

—No me f6o de 6l. No entiendo su repentino inter6s por ti.

—Yo tampoco, por eso s6 que no voy a bajar la guardia. Pero necesito que se dejen de lado las rencillas. —Cansada, tom6 asiento—. Est6 claro que Relish ten6a raz6n y que la mejor opci6n para los negocios es 6l. Al menos de momento, ¿lo comprende, padre?

William sab6a que Maddison ten6a raz6n. Pero se lo llevaban los demonios cuando pensaba que Relish formar6a parte de sus vidas de nuevo.

—Ten cuidado. Y llámame para lo que necesites —Se acercó hasta su hija y depositó un suave beso en su frente antes de marcharse.

Al día siguiente, Cameron acudió a casa de Maddison a la hora exacta en la que ella lo había citado. Adam lo esperó en la esquina mientras su amigo se colaba en el invernadero. Una vez junto a él, llamaron y esperaron a que les atendiese el mayordomo. Entregaron su abrigo junto con el sombrero y los guantes y esperaron.

—La marquesa viuda quiere hablar a solas con usted —anunció.

Cameron asintió. Esperó a que el sirviente acompañase a Adam hasta la sala de té y luego siguió al mayordomo hasta la biblioteca.

De espaldas a la puerta, Maddison lo escuchó entrar. Cerró los ojos, inspiró hondo y se dio la vuelta para contemplarlo. Esperaba una expresión socarrona y de superioridad porque era evidente que Cameron había estado en lo cierto. Sin embargo, él se limitó a observarla, serio y en silencio, sin un ápice de ironía en sus insondables ojos oscuros.

—Supongo que ya sabrás lo sucedido con la reunión del club.

—Por supuesto.

—Imagino que no me queda más opción que reconocer que tenías razón —admitió reticente.

—¿Es una disculpa lo que me estás ofreciendo? Si es así, no tienes por qué hacerlo.

Como un rayo, un pensamiento, más que eso, una sospecha, se coló en la mente de Maddison.

—¿Has tenido algo que ver en esto? —preguntó recelosa.

Cameron escondió su sorpresa con un simple asentimiento de cabeza.

—Solo aceleré lo inevitable —reconoció—. Te negabas a escucharme y a ver la realidad de cómo funcionan las cosas. Necesitabas que te abrieran los ojos y no había tiempo que perder.

—Sigues siendo el mismo mentiroso embaucador de siempre. —Apoyó las manos sobre el escritorio y lo fulminó con la mirada.

—No te he mentado. Podría haberlo hecho y no ha sido así.

—Tampoco me has contado la verdad.

—No me has dado tiempo. De todas formas, ¿habría cambiado algo? Necesitabas hechos. No creías en mis advertencias. —Avanzó hasta colocarse

frente a ella y adoptar la misma posición.

Maddison suspiró con tristeza y aquel gesto fue suficiente para conmoverlo. Sabía que toda aquella situación la tenía agotada, solo tenía que observar las ojeras que se le marcaban bajo sus hermosos ojos. Avanzó hasta que se situó frente a ella y se tomó la libertad de sujetarla por la barbilla para que inclinara la cabeza y lo mirase.

—Maddison, no quiero complicarte más las cosas. No pienses que soy algo contra lo que debes luchar porque eso nos agotará física y psicológicamente a ambos. Quiero ayudarte. Por favor, déjame hacerlo.

—Eres algo contra lo que luché durante mucho tiempo —reconoció.

—Bueno, también lo fuiste tú.

—¿Entonces qué sentido tiene todo esto? ¿Es por dinero? ¿Por eso lo haces?

Cameron sintió el latigazo de aquellas palabras en su pecho, pero sobre todo en su orgullo. Retiró la mano de su barbilla, pero no se alejó.

—Si es por eso, te pagaré lo que me pidas, pero...

—Es por ti —la cortó con dureza—. No me importa si no veo una libra por todo el trabajo que estoy dispuesto a hacer y los riesgos a asumir. Te lo debo, me lo debo a mí mismo.

—Entonces es cierto que es por lástima —replicó herida y empezó a alejarse de su perturbadora presencia.

—Te repito que te equivocas. —Cameron tiró con delicadeza de uno de sus brazos y la mantuvo frente a él. La sujetó por los hombros y se permitió inspirar su embriagador aroma.

Desde hacía años sentía muchas cosas por ella, pero desde luego lástima no. Si acaso, aquel sentimiento lo asaltaba en sus horas más bajas por él mismo. No por ella.

—¿Entonces por qué? ¿Qué te importo ahora? —Contra su pecho duro y musculoso, su aroma a loción de afeitarse y el brillo acerado de sus ojos, el corazón de Maddison comenzó a latir desbocado.

—Porque has sido una constante en mi vida. La única de hecho. Porque hace años, si las circunstancias que nos rodeaban hubiesen sido otras, me habría casado contigo sin dudar. Porque mientras estaba lejos de casa solo tenía tus palabras para acompañarme. Tus letras y tu voz que me susurraba en aquellas páginas saber más de mí. Ahora que tengo la posibilidad de estar cerca de ti, no pienso dejarla pasar.

Maddison jadeó cuando él la apretó contra su cuerpo.

—Por eso me rechazaste como lo hiciste y te aseguraste de que cientos de ojos lo contemplaran —lo atacó para protegerse de aquella sensación de necesidad que había empezado a embargarla.

—Lo siento. No te imaginas cuánto. Pero creo que ambos hemos pagado lo suficiente por aquello. ¿No crees? —Los dedos de Cameron no la soltaron de su agarre, pero sí se movieron prodigando ligeras caricias sobre el terciopelo de su vestido, que Maddison sintió como si fueran directamente sobre su piel.

—Si me estás pidiendo que lo olvidé, jamás lo haré.

—No —dijo vehemente—. Olvidar significaría hacer como que nada de lo vivido en el pasado ha ocurrido y yo no deseo eso. No quiero que se pierda el recuerdo de la primera vez te vi, agazapada en la ventana de tu habitación. Ni cuando trepé por aquella enredadera... Ni quiero olvidar lo que sentí mientras te besaba en el invernadero. Ni siquiera quiero olvidar el daño que te, nos —rectificó— hice. Aprendí de mis errores y ahora soy quien soy por haberlos cometido.

—¿Y quién eres? ¿Eres el joven que conocí con apenas doce años y que se empeñó en hacerme la vida imposible? ¿El canalla que me enamoró para después abandonarme? ¿O el hombre sensible y atento conmigo con el que me carteeé todos estos años? No sé si te conozco. De hecho no sé si alguna vez te he conocido.

—Entonces concócame ahora. Soy todos ellos o más bien la evolución del primero. Soy el niño fascinado por alguien tan bueno y dulce que llegaba a sacarlo de sus casillas por ser su antítesis. Soy el joven que tentabas con tu ingenuidad y ansiaba con el hambre voraz de un león tus atenciones. Y por supuesto, el hombre que sobrevivió gracias a tus cartas, que me hacían sentir que le podía importar a alguien.

—Yo no soy la misma. Ni siquiera la de las últimas cartas —respondió tratando de esconder su turbación.

—Para mí eres y siempre has sido, para bien o para mal, la mujer que ha ocupado mis pensamientos.

Cameron quería besarla, es más, lo necesitaba. Quería comprobar si sus besos eran tan entregados como entonces, si le dejaría hacer, pero sobre todo, necesitaba que ella lo necesitase tanto como él, porque entonces, quizá, existiera una mínima posibilidad de tenerla.

Maddy se dio cuenta de las intenciones de Cameron. Percibió el brillo en

sus ojos, el movimiento de su nuez al tragar y la tensión de su cuerpo. Si no hacía algo para evitarlo, la besaría. Como si fuese la misma joven ingenua que con un par de frases bonitas y miradas anhelantes caería a sus pies. Como si diese por hecho que seguía rendida a sus encantos. Avanzó hasta pegar su pecho al de Cameron y contempló cómo abría los ojos con sorpresa. Acercó su rostro hasta casi rozar sus labios y se contuvo para no terminar por rendirse.

—¿Deseas besarme? —susurró sobre su boca.

—Más que respirar —contestó con voz ronca a la vez que la apretaba con más fuerza contra su cuerpo.

Un jadeo traicionero escapó de sus labios por la vehemencia de Cameron.

—Cuánto anhelo —dijo irónica.

Harto de tanta palabrería e incapaz de retenerse por más tiempo, se lanzó a sus labios, pero para su desesperación, solo consiguió rozarlos antes de que ella se retirara hacia atrás.

—Considero esto más que suficiente.

—Ni por asomo. —Con apenas dos pasos la arrinconó contra la esquina de la ventana—. Quizá lo que temes es que te bese de verdad y te guste demasiado.

—Ya me han besado de verdad durante muchos años y dudo que tus atenciones superen a las de mi marido.

Cameron apretó los dientes. La envidia que había sentido por el hombre que se lo dio todo lo hizo sentir ruin, pero ahora fue incapaz de controlarla.

—Permíteme que lo dude.

La besó. Asaltó su boca como un pirata reclama un botín, con todas las armas a su alcance y la necesidad de conseguir una rendición. Y ella se vio sobrepasada por todo el ardor que la invadió. Jamás lo reconocería, pero nunca la habían besado con aquella urgencia, con aquel ardiente deseo. Arthur había sido un amante paciente y atento, Cameron era un huracán que arrasaba toda reticencia y la arrastraba a una pasión hasta entonces desconocida. Respondió a su beso porque no tenía otra opción, porque la parte racional de su mente quedó enmudecida por la emocional y por el latir desbocado de su corazón. Cameron no le daba tregua. La estaba devorando, degustaba hambriento sus labios y barría con su lengua los jadeos que escapaban de su boca. Estorbaba la ropa, su piel ardía y solo las manos de Cameron parecían poder aplacar aquel fuego que amenazaba con consumirla.

Cameron gruñó. Pensó que con un beso tendría suficiente, pero tarde se dio cuenta de que ansiaba más, todo en realidad. Odió más que nunca aquel feo vestido que se interponía entre ellos. Odió no tener una cama a su disposición para llevarla hasta ella, despojarla de todo y acariciar cada centímetro de su piel. Ansió que ella lo deseara tanto como él porque ahora que había vuelto a tenerla entre sus brazos no pensaba dejarla escapar.

En la lejanía, Maddison escuchó un sonido constante. Un golpeteo desagradable que la hizo volver de la bruma del placer. De pronto, comprendió que llamaban a la puerta. Con todas sus fuerzas, apartó a Cameron, que se tambaleó por la sorpresa y siguió mirándola como un león a su presa.

—Llaman a la puerta —dijo alterada.

—Ordena que se marchen —la voz ronca evidenciaba su estado de excitación, así como el bulto considerable en sus pantalones.

—No. —Se apartó con rapidez para alejarse de su presencia. Se recompuso al tiempo que Cameron rodeaba el escritorio para volver a tomarla entre sus brazos. Ante aquel movimiento, Maddison se apresuró a ordenar un *adelante* que sonó demasiado fuerte y detuvo a Cameron a escasos centímetros de ella.

El mayordomo abrió la puerta de inmediato.

—Lady Cavendish, el marqués Cavendish ha venido a visitarla y solicita ser atendido.

Cameron entrecerró los ojos, suspicaz.

—Hazlo pasar, por favor.

De inmediato Ethan Bakley, el nuevo marqués Cavendish, apareció con una sonrisa radiante que borró de su rostro en cuanto advirtió que Maddison no estaba sola.

—Querida... —la saludó al tiempo que avanzaba y tomaba una de sus manos para depositar un ligero beso— Permítame que le entregue un presente.

Alargó el brazo y tendió una caja engalanada con un lazo de organza. Maddison la tomó con manos temblorosas y desenvolvió el regalo.

—Bombones —verbalizó lo obvio Cameron con evidente disgusto, lo que provocó la mirada acerada de Ethan.

—Gracias, lord Cavendish. Todo un detalle.

Ethan sonrió y la tomó de la mano para acompañarla a uno de los sillones que había al lado de la chimenea.

—Supongo que lord Dacre ya se iba.

—No —respondió él con rapidez al tiempo que ella decía que sí.

—Lord Dacre, seguiremos mañana con nuestra reunión —lo despachó apresurada.

No tuvo más remedio que aceptar la retirada si no quería montar un número, algo que por otra parte no le hubiese importado en absoluto, pero que dificultaría un nuevo acercamiento con ella.

—No le quepa duda, marquesa.

Adam llevaba más de media hora en aquel salón de té más aburrido que una ostra. Estirado en el sillón, apoyó los pies en la mesa de centro y cerró los ojos. Escuchó la puerta a su espalda y sin abrir los ojos dedujo que sería el mayordomo o Cameron, que por fin venía a buscarlo.

—Ya era hora.

—¿Me esperaba?

La voz de Coralía le hizo dar un respingo y levantarse en el acto. La muchacha lo miraba interrogante, como si creyese de verdad que aquellas palabras iban dirigidas a ella.

—No —respondió.

—Vaya... —La desilusión en la voz de la muchacha lo obligó a matizar su respuesta.

—No la esperaba, pero me alegro de verla.

Coralía sonrió y los ojos se le iluminaron. Dio unos pasos, dubitativa. Adam la observó mirar hacia la puerta y avanzar hasta acercarse a él.

—Señor Benson, ¿yo le gusto?

El capataz abrió los ojos como platos y boqueó como un pez al que acababan de sacar del agua.

—Quiero decir que si le parezco atractiva.

Aquello todavía lo perturbó más, pero tenía clara la respuesta.

—Más de lo conveniente.

—¡Fantástico! —exclamó entusiasmada—. ¿Entonces aceptaría ser mi amante?

Adam se atragantó con su propia saliva y comenzó a toser completamente confundido y desbordado por tan abrumadora sinceridad.

—¿Es esto un juego, jovencita? Porque si es una especie de apuesta o

burla, no tiene gracia. No debería jugar con insinuaciones tan descaradas porque podría encontrarse con una situación para la que, sin duda, no está preparada.

Coralia levantó la barbilla, desafiante.

—Hablo muy en serio, señor Benson. Usted es de mi agrado, si yo soy del suyo, creo que podríamos entendernos en la alcoba.

No por primera vez aquel día, Adam se quedó sin palabras. ¡Por todos los demonios del averno que aceptaría! Y así se lo hubiese hecho saber si Cameron no hubiese entrado por la puerta del jardín, proveniente del invernadero de nuevo casi con total seguridad. Visiblemente alterado, saludó a lady Coralia con una reverencia y anunció a Adam que había llegado la hora de marcharse. Su amigo abrió la puerta para salir al recibidor y acceder a la calle, pero Adam era incapaz de moverse.

—¡Adam! —gritó Cameron.

—Lady Coralia, si no hay una retractación formal de su propuesta, pronto recibirá noticias mías. —Se acercó hasta ella, tomó una de sus manos y depositó un estimulante beso en la parte interna de su muñeca.

## CAPÍTULO 33

*Dos lindas bayas modeladas sobre el mismo tallo. Así es como dos cuerpos visibles no teníamos más que un solo corazón.*  
William Shakespeare

**E**than Bakley se sentó frente a Maddison y la contempló con atención. Parecía turbada, tenía las mejillas coloradas y los labios de un apetitoso rojo intenso. No era tan estúpido como para no comprender qué hacía Relish allí o más bien qué habían estado haciendo solos en aquel despacho, sin embargo disimuló su desagrado.

—Seguro que recuerda que la avisé de mi visita.

—Lo cierto es que he estado bastante ocupada y se me había pasado por completo.

—En los negocios, debo suponer.

—Por supuesto.

Ethan asintió, como si aquella respuesta lo hubiese satisfecho.

—Me gustaría que aceptase mi invitación para un paseo mañana por la tarde. La Navidad está a la vuelta de la esquina y Hyde Park ha sido engalanado para la ocasión.

—No sé si es buena idea.

—Por supuesto que lo es. ¿Qué hay de malo en que su sobrino la invite a un paseo?

—Ambos sabemos que no es mi sobrino y que no nos une ningún lazo de sangre.

—Afortunadamente, puesto que mis intenciones no son fraternales. Pero eso ahora solo lo sabemos usted y yo... —le lanzó una sonrisa seductora que a ella le pareció siniestra—. No aceptaré un no por respuesta.

Tomó la caja de bombones que le acababa de regalar, la abrió y eligió uno. Se lo metió en la boca mientras la miraba con lascivia. Maddy dejó a un lado lo maleducado que le pareció que se adueñase de su insignificante regalo, pero no pudo obviar el escalofrío que recorrió su espalda ante sus

insinuaciones. Desde luego nada que ver con lo que había sentido con Cameron.

—Maldito sea —murmuró pensando en Relish.

—¿Perdón? —la interrumpió Ethan con una sonrisa satisfecha, quizá pensando que en realidad la había halagado su actitud.

—Lord Cavendish —Maddy se levantó y él la imitó de inmediato—, le ruego que me disculpe, pero no recordaba que tengo unos asuntos urgentes que atender.

—Lo haré siempre que acepte mi paseo de mañana.

—Le enviaré una nota con la hora. —Algo que por supuesto no haría. Se excusaría con cualquier mentira, pero ahora solo necesitaba que aquel hombre se marchara.

—La esperaré ansioso. No obstante, si no recibo respuesta, me acercaré para hacerle compañía.

Maddison no tenía ánimos ni ganas de seguir con aquel tira y afloja. Suficiente había tenido con Cameron. Terminó por asentir y caminar hasta la puerta, donde el mayordomo lo acompañó hasta la salida.

Abrumada, se dirigió al invernadero, el único lugar capaz de proporcionarle algo de paz. Ella y Coralia lo habían limpiado y adecentado a la espera de que al llegar la primavera pudiese llenarlo de flores. De momento, solo el cactus y la planta de Cameron daban algo de color al interior de la estancia. Pero no solo había dos, ahora un nuevo presente junto con una nota aguardaba en la mesa de hierro blanco.

*Llenaré de tantas flores tu vida como de ti están llenos mis pensamientos.*

*Cameron Relish*

Acarició con cuidado la nueva planta de pensamientos de un intenso color burdeos, al tiempo que apretaba la nota contra su pecho. No era la primera vez que Cameron le escribía notas de amor y no pudo evitar sentirse ridícula por aquella emoción que la embargaba. No debía olvidar que no tenía que fiarse de él. No al menos en el terreno sentimental. Así que no le vendría mal releer aquellas cartas que continuaban guardadas en el fondo de su joyero y que hacía años que no se atrevía a tocar, para volver a posar los pies sobre el suelo. Subió las escaleras con premura y se encerró en su habitación. Abrió el

compartimento y extrajo una de ellas. El tiempo había amarilleado el papel, pero las palabras se distinguían a la perfección.

*Querida Maddison:*

*Hace apenas unos días mi corazón danzaba de júbilo ante la idea de poder verte de nuevo. Ahora late atormentado por no poder estar junto a ti. El ímpetu por estar a tu lado, avivado por mis sentimientos, me obliga a privarme de tu compañía. Te extrañaré todas y cada una de las horas que habría disfrutado en tu presencia y sufriré las que resten hasta nuestro próximo encuentro.*

*Tuyo,*

*Cameron Relish*

Maddy entrecerró los ojos y el corazón empezó a latirle con fuerza. Dejó sobre el tocador la primera carta y tomó la que Cameron había dejado hacía nada en el invernadero. Comparó la letra y sus sospechas se vieron confirmadas. No eran la misma. Revisó todas las demás y comprobó que las de su joyero sí coincidían, habían sido escritas por la misma persona. Pero ninguna se parecía a la letra robusta y de trazo estirado de la última. Desde luego era mucho más masculina. Pero no eran esas las únicas que debía comparar. Salió como alma que lleva el diablo escaleras abajo y entró en la biblioteca, abrió el cajón y sacó las cartas que había intercambiado con el supuesto Jason Rish. Solo tuvo que echar un vistazo para comprobar que coincidían con las del invernadero. Si Cameron había escrito estas últimas, ¿quién demonios había escrito las otras?

Sin pensarlo demasiado, ordenó que preparasen su carruaje. Se colocó el sombrero y echó el abrigo sobre sus hombros mientras apretaba todas las cartas sobre su pecho.

El trayecto hasta la nueva residencia de Cameron se le hizo eterno, pero aquello no apaciguó su enfado. Saltó del carruaje apenas se había detenido y golpeó la puerta de su casa con ímpetu. Muchos viandantes, curiosos, se detuvieron a contemplarla hasta que el mayordomo abrió la puerta y ella se coló dentro.

—Exijo ver a lord Dacre de inmediato.

—El señor se encuentra reunido ahora mismo con el señor Benson — intentó explicar el sorprendido sirviente.

—Como si es la mismísima reina. Dígale que la marquesa viuda Cavendish ha solicitado verlo.

Con una reverencia, al entender la posición social de aquella dama, el sirviente la condujo hacia el salón mientras iba en busca de Cameron.

Maddison se paseó como un león enjaulado por aquella estancia, que aun carente de detalles ornamentales, era cálida además de tener un indiscutible toque masculino. La chimenea estaba encendida, lo que mantenía caldeada la habitación, pero ella estaba lo bastante sulfurada como para que aquel calor estuviese de más. Todavía con las cartas apretadas contra su pecho, con una mano libre se desabrochó algunos botones del vestido que la estaban asfixiando. No se había parado a cambiarse ni a retocarse el peinado, así que era más que consciente del aspecto descuidado que lucía, pero no le importaba en absoluto.

Cameron entró en la estancia con el ceño fruncido y visiblemente preocupado. No llevaba chaqueta, solo la camisa cuyas mangas había doblado y remangado hasta dejar a la vista parte de sus musculosos y tostados antebrazos.

—Maddison, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Furibunda se acercó hasta él y golpeó su pecho con las cartas que hasta entonces había estado reteniendo.

—Explícamelo —exigió.

Confuso, tomó aquel manojo de papeles y los miró sin entender.

—¿Qué es esto?

—Eso quiero saber.

Cameron sabía que estaba furiosa, sus ojos refulgían de rabia y su boca se apretaba en un delicioso y tenso rictus que él hubiese borrado a besos encantado. Renuente, desvió la mirada y ordenó el amasijo de papeles antes de tomar uno al azar y comenzar a leer.

*Querida Maddison:*

*Debería calmarme la idea de saber que pronto tendrá lugar nuestro reencuentro. Pero no es así. Me siento enfermo de anticipación. Los minutos, las horas y los días parecen detenerse y ralentizar su paso. No hay nada que pueda aplacar la desesperación por tu lejanía. Ansío calmar mi alma con tu presencia, como ansío escuchar de tus labios cuánto acusas mi ausencia.*

*Siempre tuyo,  
Cameron Relish*

Afectado, levantó los ojos de aquel papel amarillento y se enfrentó con la mirada de Maddison.

—¿Qué significa esto?

—Esto —dijo Maddison golpeando con su dedo las cartas que él sostenía sobre sus manos—, fueron el principal motivo de que yo me enamorase de ti. Fueron mis primeras cartas de amor.

—Yo jamás escribí estas cartas, Maddison —dijo con tiento.

—¿Crees que no lo sé? ¡Lo acabo de descubrir! ¿A quién le encomendaste tan molesta misión? ¿Tan repulsivo te parecía escribirme falsas promesas de amor que no pudiste hacerlo tú mismo?

Muy a su pesar, la voz le tembló y sus ojos se anegaron de lágrimas. Por la impotencia, por otro desengaño más, por haber vuelto a abrir una herida que creía cicatrizada con el tiempo, pero que al volver a verlo dolía de nuevo.

—¡Un momento! —Cameron tiró de malas maneras las cartas sobre el sofá y la abrazó por la cintura para mantenerla cerca y calmar su desasosiego—. No escribí esas cartas, pero tampoco ordené a nadie que lo hiciese. Podría ser muchas cosas en el pasado, pero jamás te hubiese ilusionado así.

—¿Quieres decir que no me besaste ni me sedujiste para ilusionarme? —Luchó contra sus brazos para que la soltaran, pero él fue incapaz de hacerlo.

—Anhelé y disfruté todos y cada uno de los besos que te di. Ninguno fue por obligación.

—Te contradices, Cameron. No querías desposarte conmigo, dices que no querías seducirme, que no era de tu agrado... Sin embargo dices que te gustaban mis besos. No me perturbes más y dame una maldita explicación a esas cartas.

—No la tengo porque no sé quién las escribió. Pero yo no lo ordené. Y jamás dije que no fueras de mi agrado ni que no quisiera seducirte. Me gustabas, demasiado, además. Pero no soportaba la imposición de esa situación y lamento decirte esto, pero menos que nada soportaba el yugo de tu padre.

Maddison fue incapaz de soportar por más tiempo la fuerza que oponía para apartarlo. Se rindió y apoyó los antebrazos en su pecho. Empezó a llorar y a estremecerse entre sus brazos.

—Tengo la sensación de que nada de lo vivido desde que te conocí fue real. Sincero. Es como si me hubiesen engañado todo el tiempo.

—No sabes cuánto te comprendo. —La abrazó con ternura y depositó un suave beso sobre su frente. La acunó entre sus brazos mientras lloraba y odió al artífice de aquellas cartas por haberla hecho sufrir de nuevo. Por haberla engañado en su nombre.

—Cuéntamelo. —Se separó un poco de él y lo miró a los ojos, suplicante—. Dime en qué te engañaron a ti.

Cameron no quería soltarla. No quería alejarla de sus brazos, pero si iba a sincerarse y quería que ella le entendiese, necesitaba concentrarse para escoger las palabras correctas.

Caminó con ella abrazada hasta que la situó frente a su sillón preferido. La ayudó a acomodarse, hincó una rodilla en el suelo y empezó a contar su historia.

—Es justo que te diga que no voy a excusar mi comportamiento, solo voy a contarte cómo viví la situación que nos unió hace años. —Inspiró y la tomó de las manos que descansaban sobre sus muslos, crispadas—. Desde el momento en que te vi, hubo algo en ti que me ponía nervioso. Eras la hija perfecta, algo que yo hacía tiempo que me había empeñado en no ser, quizá para llamar la atención de unos padres que estaban más preocupados por sus reuniones de sociedad que por su hijo. Quizá porque tu bondad me sacaba de quicio o quizá porque removías cosas en mi interior, como la culpa, cuando excusabas mis gamberradas para que no me castigaran y nadie lo había hecho hasta el momento. El caso es que yo no supe la intención de nuestros padres de prometernos hasta varios años después. Mi parte elitista y egocéntrica consideró el hecho de que me obligaran a casarme con alguien que carecía de título como un castigo más por mi comportamiento. Es importante para mí que entiendas que no tenía nada que ver contigo. Con tu persona. Cuanto más te conocía, más me gustabas, y más miedo me daba porque podía llegar a aceptar algo por lo que venía luchando desde hacía años: mi libertad de decisión. No supe que mi padre le debía dinero al tuyo. No supe que le cedería en usos nuestros bienes y que el bienestar económico de mi familia dependía de nuestro enlace hasta que fue demasiado tarde y mi padre murió. De haberlo sabido, aquello hubiese sido el pretexto perfecto para rendirme a lo que empezaba a sentir por ti.

—Si me lo hubieses confesado, te habría liberado del compromiso. No te

habría retenido a mi lado contra tu voluntad. Pero creía que me amabas. Tus supuestas cartas así me lo hicieron creer. Pero aun así, no te hubiese obligado a estar conmigo. No hubo necesidad de ensañarte tanto y dejarme en ridículo frente a la flor y nata de Londres.

—Calculé mal. Si hubo alguien al que quise hacer daño fue a tu padre.

—Pero me utilizaste a mí para ello. Yo fui la que sufrí los cuchicheos y la que se quedó en Londres para dar la cara. Si no hubiese sido por Arthur, mi vida habría sido un infierno continuo.

—Me enteré de vuestro compromiso por un periódico que Lilith tuvo a bien dejar a mi vista. Me sentí engañado, porque Cavendish me había enviado lejos y ahora aprovechaba para desposarse contigo, pero también agradecí que alguien se ocupara de ti. Y no podía reprocharle nada después de haberme ofrecido una salida cuando nadie estaba dispuesto. —Dudó, pero finalmente se atrevió a preguntar—: ¿Fuiste feliz con él?

—Sí. Lo fui.

Aquella respuesta lo golpeó en el pecho. Apretó las manos de Maddy entre las suyas.

—¿Lo amaste? —su voz bajó varias octavas y erizó la piel de Maddison.

—Sí —susurró. Aunque se guardó para sí el tipo de amor que había compartido con él. Uno paciente, comprensivo y casi paternal. Arthur para ella había sido su salvación, su maestro.

Cameron se levantó y caminó varios pasos hasta apoyarse sobre la repisa de la chimenea. Las llamas se reflejaban en el negro de sus ojos evidenciando el infierno que lo quemaba por dentro.

—¿Lo sigues amando? —Ni siquiera desvió la mirada del fuego.

—Arthur ha muerto, pero mis sentimientos no. No pueden desaparecer así como así.

—¿A mí me amabas? —Giró la cabeza para mirarla a los ojos e intentar ver la verdad en ellos. Anhelaba un atisbo de esperanza. Si a Arthur lo había amado y no podía olvidarlo, quizá sus sentimientos por él no estuviesen extintos. Una idea más que ridícula a la que necesitaba agarrarse.

—A estas alturas he comprendido que amé la idea que me formé de ti — señaló las cartas con la cabeza al otro lado del salón sobre el sofá de terciopelo rojo—. Tú me hundiste y él me rescató. El recuerdo de mis sentimientos es diferente.

—No todo lo que vivimos fue mentira. —No pudo evitar defenderse o al

menos abogar un poco por él—. Me gustaba estar contigo y me gustó saber de ti en la distancia. Fuiste lo que me anclaba a un pasado que no quería olvidar, lo que me animó a seguir adelante en un presente y el impulso necesario para crearme un futuro.

Cameron caminó hacia las cartas, las cogió con rudeza y se dirigió hacia la chimenea de nuevo.

—Esto no es mío. Estas palabras están vacías y son una farsa.

Sin pensarlo, las echó al fuego.

—¡Cameron! —gritó Maddy. Pese a que él tenía razón, ella había puesto parte de su corazón en aquellas palabras vacías.

—Ahora la mentira ya no cabe en nuestras vidas. —Mientras se consumían y el fuego oscurecía las letras del gastado papel, vislumbró con claridad de quién era aquella letra. Se agachó y aún a riesgo de quemarse, recató una carta de las llamas.

—¿Estás loco? Primero intentas quemarlas y ahora metes la mano en el fuego. —Maddison se levantó y, sin pensarlo, tomó su enorme mano entre las suyas para comprobar que no estaba herido.

—Reconozco esta letra.

Maddison percibió el cambio en el rostro de Cameron. Del más puro desconcierto a la indignación y el enfado. Apretó los dientes y un músculo de la mandíbula empezó a palpar.

—¿Quién fue, Cameron?

—Mi madre —escupió con desdén.

## CAPÍTULO 34

*Con todo esto y a decir verdad, en nuestros días, razón y amor no hacen buenas migas.*  
William Shakespeare

**D**espués de aquella afirmación, Cameron comenzó a blasfemar. Lo escuchó maldecir las tretas de su madre al tiempo que comprendía la asfixia que su familia había supuesto para él. Por su parte, recordó lo equivocada que había estado con respecto a lady Florence. La había considerado casi como a una madre, una confidente y una amiga, cuando en realidad era una arpía, una manipuladora que se había asegurado de que, aunque su hijo rechazara ese matrimonio, ella pusiera su corazón en ese enlace.

—Lo lamento. —Cameron llegó hasta ella—. No sabes cuánto siento todo esto.

Su rostro torturado y la mirada de dolor que le dedicó la conmovieron.

—No tienes que disculparte. Al menos no tuviste nada que ver en esto. No puedes evitar que me sienta estúpida por haberme enamorado de una mentira. —Dejó aflorar una sonrisa triste.

—Maddison... —dudó, pero al final sucumbió y fue incapaz de no tocarla. Subió las manos hasta enmarcar su rostro y acariciar los pómulos con sus pulgares—. No más estúpido que enamorarse en la distancia de la mujer que rechazaste y que además estaba casada con el hombre que te salvó la vida.

—Cameron —susurró afectada por su contacto y turbada por sus palabras—, esto no está bien. Para lo nuestro hubo un tiempo y ahora es demasiado tarde. Ambos hemos vivido demasiadas cosas y acarreamos suficiente resentimiento. Debo marcharme.

—¿Qué hay de malo, Maddy? Somos libres para hacer lo que deseemos. Y bien sabe Dios que lo único que deseo eres tú. Déjame tenerte. Déjame que te bese para poder aplacar esta necesidad que me consume. Déjame que me permita recrearme en este recuerdo cuando salgas por esa puerta.

Cameron, despacio, acercó los labios a los suyos. Le dio el tiempo

necesario para que se apartase, pero no lo hizo. Sucumbió a sus besos, primero tentativos y tiernos hasta que se volvieron exigentes, urgentes y necesitados. La apretó contra su cuerpo, desesperado. Tiró de los botones medio desabrochados de su vestido y asaltó su cuello para saborear el gusto de su piel. Uno a uno los botones fueron cediendo al contacto de los dedos de Cameron y dejando al descubierto el montículo de sus pechos, elevado por el corsé de color marfil, que lo volvió más loco todavía.

Maddison se agarró a sus hombros y jadeó por la rapidez con la que aquel hombre lograba excitarla. Bajó la mirada para ver cómo los labios de Cameron descendían sobre su escote y vio el negro de su vestido. Aquello la hizo recuperar un poco de cordura. Asustada por la incapacidad de controlarse y temer acabar rendida entre sus brazos, desnuda en el salón de su casa, reunió las fuerzas necesarias para resistirse y con todo el dolor de su corazón, se alejó de él.

—Maddy... —rogó sin importarle nada el tono suplicante de su voz.

Ella le dio la espalda y abrochó con dedos torpes los botones.

—Lo deseas tanto como yo —insistió—. Ríndete a lo evidente, Maddison. Sabes que acabarás siendo mía.

Como si le hubiese echado un jarro de agua por encima, y odiándose por su debilidad, se recompuso y caminó hacia la salida. Antes de abrir la puerta, lo miró sobre su hombro.

—Pensaré si deseo tener un amante. Si acepto, te lo haré saber.

La furia cruzó el rostro de Cameron. Quizá no había escogido las palabras perfectas, quizá el deseo lo había cegado, pero de lo que no tenía duda es de que estaban hechos el uno para el otro.

—¡Maddison! —la llamó y salió en su búsqueda, pero ella ya había subido al carruaje y este se había puesto en marcha.

A la mañana siguiente, la noticia de que la marquesa viuda Cavendish tenía como amante a su exprometido, el barón Dacre, ocupó las páginas de sociedad de los periódicos más influyentes.

*Que el matrimonio de lady Cavendish con el difunto marqués fue una unión pactada como tantas otras, nadie lo dudaba. Sin embargo, lo que nadie podía prever es que mientras el cuerpo del marqués*

*descansa en su tumba, su querida esposa ya retoza con su examante. Muchos son los que ayer avistaron a la marquesa entrar en casa del barón a horas poco respetables, sin compañía alguna, y salir del domicilio visiblemente afectada. Algo poco habitual puesto que hasta el momento, y según fuentes contrastadas por este servidor, había sido el barón el que siempre se había trasladado hasta la que todavía es su casa y que ahora ocupa la marquesa. Todo un galimatías sentimental que desde luego está amenizando el tedioso invierno de la capital hasta la llegada de la primavera y el comienzo de la temporada.*

El artículo lo firmaba Thomas Bridge. Maddison lo recordaba perfectamente. Aquel fue el hombre que durante meses siguió su desastrosa historia de amor con Cameron, incluso su matrimonio con Arthur.

—¿Estás bien, Maddison? —Coralia había leído el artículo en voz alta porque Maddy estaba demasiado nerviosa para hacerlo.

—Todo lo bien que se espera en estos casos.

—¿Qué sucederá ahora?

—Por lo pronto, mi padre no tardará en llegar. Tampoco descarto la visita de Cameron ni del nuevo marqués Cavendish. Dentro de nada esta casa se convertirá en un hervidero.

Y no se equivocó. William Foster entró impertérrito en el salón de su casa, esta vez acompañado de Emma, que la miró con cariño y le infundió tranquilidad; y de su madre. Elizabeth la reprendió nada más las puertas de la estancia se cerraron.

—Enhorabuena, Maddison. Ya volvemos a ser la comidilla de Londres.

Coralia se levantó como si un muelle del sofá le hubiese pinchado el trasero, se despidió y salió de manera precipitada del salón para no presenciar la tormenta que se avecinaba.

Justo cuando William iba a intervenir, Maddy se irguió y la enfrentó.

—Debe agradecer, madre —dijo con ironía— que el escándalo sobre posibles escauceos amorosos se haya desatado ahora y por mi culpa. Porque el nombre de la familia podría haberse visto comprometido desde hace años. Al menos, ni el barón Dacre ni yo engañamos a nadie.

Su madre enrojeció de furia.

—¡Maddison! —advirtió su padre.

—Lamento si mis palabras te han ofendido, Emma. Sabes que no es por ti

—se dirigió a su institutriz con cariño, que respondió al gesto con un asentimiento, sorprendida por la repentina valentía de su pupila.

—Lo siento, padre. Pero no voy a permitir que nadie de esta familia se presente en mi casa a darme lecciones morales.

—¿Es cierto? —preguntó su padre obviando sus palabras.

—No —aclaró enfadada por tener que justificarse—. No lo es.

William pareció visiblemente aliviado.

—Pero el saberlo no cambia nada —contestó Maddison.

—Para el resto de la gente puede que no, pero para mí sí. Al menos sé que ese hombre no te ha vuelto a seducir.

—Quizá puede que la que lo haya querido seducir fuese yo. Quizá está más en mis manos que en las tuyas decidir si quiero rendirme a los encantos de un hombre. Soy una mujer joven, y viuda, además. No engaño a nadie. Así que si ha venido para reprenderme, no lo puedo permitir.

—Tanta educación, tantos años instruyéndola para esto —escupió su madre con veneno.

Antes de que Maddison respondiera, William se adelantó.

—Para que fuese como siempre quise que fuera. Una mujer fuerte, autosuficiente y capaz de hacer frente a los obstáculos que se le presenten en el camino con la cabeza alta. Esta es mi hija —dijo con orgullo.

—No pienso permanecer en una casa en la que se me insulte de forma velada continuamente. No tengo por qué soportarlo. Emma, te espero fuera.

Elizabeth se levantó y su marido la acompañó hasta la puerta del carruaje que los esperaba en la entrada.

A Maddison le dolió que el trato con su madre fuese así, pero hacía tiempo que había comprendido que jamás podrían disfrutar de una relación sana, sin continuos reproches que las herían a ambas, miradas desconfiadas y frases llenas de inquina.

—Maddy... —Emma advirtió su pesar y se acercó hasta ella—. Te has convertido en una mujer fuerte y decidida, y no sabes cuánto placer me proporciona verte así. Confío en ti y sé que sabrás sortear o afrontar los cuchicheos que ese malicioso artículo desatará. No obstante, si necesitas desahogarte con alguien, sabes que siempre podrás contar conmigo. —Se acercó hasta ella y le depositó un suave beso en la frente—. Será mejor que regrese a casa con tu madre ahora y no más tarde con William.

Le ofreció una sonrisa confidente y salió de la estancia.

Poco tiempo después, William volvió a entrar. Caminó hacia la ventana y miró a la transcurrida calle. Pese al frío, estaba bastante concurrida. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y la actividad de la capital parecía haberse activado.

—Sabes que voy a estar a tu lado. Solo te pido que tengas cuidado.

—Lo sé y lo tendré en cuenta. —Se acercó hasta él y lo rodeó por la espalda en un abrazo casi asfixiante. Lo necesitaba, ansiaba el refugio que siempre tuvo entre sus brazos.

William se giró y la apretó contra él. Maddison ya había sufrido suficiente, no merecía que la machacasen continuamente y lo peor fue darse cuenta de que ya nada estaba en sus manos. Era una mujer adulta que quería hacer frente a sus propios demonios, como él la había educado para que lo hiciese. Pero eso no iba a evitar que se preocupara por ella.

—Padre, tiene que dejar a Cameron en paz. —William intentó apartarla para mirarla a los ojos, pero no se lo permitió. Se agarró con fuerza a él—. Se acabaron las «lecciones».

—No me puedo creer que hayas olvidado todo lo que te hizo.

—Y no lo he hecho. Pero creo que ambos tenemos algo en común y es que no supimos lo que se fraguaba a nuestras espaldas.

—Vas a volver a confiar en él —confirmó su padre, desilusionado.

—Voy a darle una oportunidad, sí.

William inspiró hondo.

—Espero que sepas lo que vas a hacer.

—Yo también.

Cameron había llegado a casa de Maddison hacía rato. Nada más leyó aquel maldito artículo, salió a buscarla. Vio el coche de los Foster aparcado a la puerta, y aunque le daba igual entrar, prefirió no complicar más las cosas. Rodeó la propiedad y entró al jardín por el hueco que cubría la hiedra en su totalidad. Solo si sabías que en el muro de piedra había un agujero podrías localizarlo, algo que él había aprovechado durante toda su juventud. Levantó la única ventana de cristal que no estaba fijada y accedió al invernadero. Sonrió al ver las tres plantas que le había regalado a Maddison y dejó la nueva, una de pensamientos de color rojo, sobre la mesa blanca junto con una carta. Se apoyó sobre la mesa, se cruzó de piernas y brazos, y esperó.

Tras la visita de su padre, Maddison se puso al corriente del correo. El almacén que habían arrendado en el puerto de Londres estaba preparado para albergar el cargamento que llegaría la próxima semana, tal y como estaba previsto. Se recostó agotada sobre el sillón. Todavía no era ni la hora de comer y ya se sentía exhausta.

Coralia llamó y sin esperar respuesta se reunió junto a ella.

—Resulta perturbador que aquella que estaba dispuesta a tener una aventura fuera yo y, sin embargo, ahora todo el mundo te acusa a ti.

Maddison suspiró.

—¿Todavía te ronda esa idea loca por la cabeza?

Coralia se encogió de hombros.

—No quiero arrepentirme, cuando sea vieja, de no haber disfrutado de la vida. Prefiero tener que reprocharme mi impulsividad que mi cobardía. Sentir a imaginar.

Maddison meditó las palabras de Coralia. Quizá se estaba volviendo loca, pero comprendía y, lo que era peor, aprobaba sus intenciones.

—Entonces, dime, mi impetuosa amiga. ¿Tienes noticias del elegido?

Coralia estalló en carcajadas.

—Lo dices como si hubiese desplegado mis encantos entre un número indefinido de candidatos cuando solo he referido mis intenciones a uno.

—¿Has hablado con el señor Benson? —exclamó sorprendida Maddison. Hasta el momento pensaba que Coralia no había actuado, solo lo había planeado.

—Por supuesto. ¿Cómo si no sabría él de mis intenciones?

—¿Y? —Había cierto temor en aquella pregunta y también cierta admiración.

—¡Oh, Maddison! Me miró con tal fiereza que creí que me devoraría. Sus palabras exactas fueron: *Lady Coralia, si no hay una retractación formal de su propuesta, pronto recibirá noticias mías* —imitó la gravedad de la voz del capataz.

—Y supongo que no ha recibido tal notificación.

—¡Por supuesto que no! Pero yo sí espero la suya.

—Tu madre morirá del disgusto.

—No tiene por qué enterarse nunca, Maddy. No obstante, si llegara a suceder, Dios no lo quiera —se santiguó—, de algo debemos morir.

Maddison se cubrió el rostro con las manos para esconder la sonrisa que

afloró a sus labios.

—Entonces rezaremos para que no lo sepa —se levantó todavía intentando esconder la sonrisa—. Voy al invernadero, ¿quieres acompañarme?

Coralia negó con la cabeza.

—Si necesitas ir al invernadero es porque quieres un tiempo a solas. Ya te voy conociendo, querida amiga. Te esperaré en el salón de costura.

Maddison la acompañó y la dejó cosiendo, se arrebujó con un chal de lana y salió al jardín. La mañana era fría, pero lo agradeció. Tenía las mejillas coloradas y un dolor de cabeza incesante desde que había llegado el periódico que le impedía pensar en otra cosa que en aquella maldita noticia. Parecía que las constantes en su vida se repetían y que su nombre estaría ligado siempre al escándalo. Quizá debería acostumbrarse a ello y vivir. Simplemente eso. Abrió la puerta con la llave que guardaba en uno de los bolsillos del vestido y cerró tras de sí antes de mirar al frente y soltar un grito.

—Empezaba a pensar que no vendrías nunca.

La imagen de Cameron apoyado en la mesa, tremendamente atractivo y arrebatador, le robó el aliento. Pero más que su imponente figura, fue su manera de mirarla. Aquellos ojos que siempre la habían perturbado y con los que había soñado muchas noches parecían arrastrarla a la profundidad de sus más oscuras intenciones.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo consigues entrar cada vez? —Colocó una mano en su pecho para calmar su corazón.

Cameron caminó hacia ella.

—Si te lo cuento, no podré hacerlo más —sonrió mientras se acercaba. De pronto se puso serio—. ¿Cómo estás?

—He pasado situaciones peores —dijo a la defensiva.

Él no lo dudaba. Pero eso no significaba que no le doliese.

—Sin duda. Pero me preocupa que esto te afecte. No quiero que sufras.

—Estoy comenzando a acostumbrarme a que mi vida esté rodeada de escándalo. —El tono despreocupado de su voz no llegó a convencerlo del todo.

Cameron la miró con suspicacia.

—¿Quieres decir que no te importa que piensen que somos amantes?

—Me importa más la tranquilidad que me da saber la verdad. No voy a dejar que el aburrimiento de muchos se convierta en mi amargura.

—Si te es indiferente, y todo el mundo piensa que somos amantes,

seámoslo.

Sabía que se había lanzado de cabeza y sin red. Pero después de haberla tenido entre sus brazos, saboreado sus besos y comprender cuánto le gustaba... El recuerdo de aquellos breves instantes ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos.

—No eres el único interesado. Lo tendré que pensar —dijo con indiferencia. Intentó rodearlo, pero él la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Quién? —exigió cuando el sentimiento amargo de los celos lo mordió como una serpiente venenosa y extendió su ponzoña.

—No es asunto tuyo, Cameron.

—¿El nuevo marqués? —continuó él—. Ese hombre no es trigo limpio. Busca acercarse a ti para su propio beneficio económico.

—¿Insinúas que no puedo agraderle? ¿Que no me desearía en su cama?

—Cualquiera en su sano juicio lo haría —la apretó con más fuerza y subió una mano hasta enredarla en su cabello trenzado para inclinarle la cabeza—. Y yo perdería el mío si eso sucediese.

Jamás había necesitado tanto besar a alguien. Fue casi como encontrar un manantial para el sediento, un manjar para el hambriento o un te quiero para un alma enamorada. Dominó sus labios como deseaba controlar sus desatados instintos. Absorbió sus jadeos y la arrastró hasta sentarla sobre uno de los bancos de madera, preparados para albergar plantas, pero vacíos de momento. Necesitaba convencerla de que él era su única opción, como ella era la suya. Así le fuera la vida en ello.

Una vez más, Maddison se dejó arrastrar por aquella pasión cegadora. Con cada beso, roce de su lengua o caricia de sus manos sobre su piel la estimulaba más. Lejos de calmarla, encendía su cuerpo, adormilado y acostumbrado a otro tipo de contacto físico. Pese al frío, sintió que la ropa estorbaba. La de ambos. Entre besos, tiró del pañuelo del cuello de Cameron que cayó al suelo en una cadencia silenciosa. Desabotonó con dedos torpes el cuello de la camisa y luchó por abandonar sus labios para posarlos donde el pulso le latía desbocado. El sonido ronco de su voz le proporcionó el placer de saber que podía controlar a aquel hombre. Que tenía en sus manos el dominio de su placer. Presionó con la lengua y apretó con sutileza los dientes hasta que lo sintió estremecer.

Cameron subió las manos por la cintura hasta el borde del corsé y con los

pulgares rozó sus pechos. Escuchar las exhalaciones de Maddison borró todo rastro de sentido de común. Frustrado, deseó deshacerse de todos los refajos que se interponían entre ellos y, con más brusquedad de la que debiera, comenzó a subir su falda hasta presionar con su entrepierna el centro de su sexo. Fue un alivio insuficiente y una tortura excesiva a la vez.

—Me volveré loco si no te tengo.

Ella también. Pero no lo reconocería. Entre sus cuerpos apretados, Maddison deslizó una mano y acarició la evidente erección por encima de sus pantalones. El gruñido de Cameron fue su recompensa. Con osadía, desabrochó su pantalón y coló la mano para sentirlo contra su piel.

—Por Dios, Maddison —rogó con la voz áspera al tiempo que volvía a tirar de su cabello para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué? —murmuró contra sus labios mientras deslizaba los dedos por su miembro.

—Esto... —jadeó cuando ella arrastró la piel sedosa y se empapó de la humedad de su punta—, esto es un sí.

## CAPÍTULO 35

*Si se quiere ascender por cuevas empinadas, es necesario al principio andar despacio.*  
William Shakespeare

**I**ba a suceder. Porque estaba seguro de que ambos lo querían y porque hacía años que lo necesitaban. Cuando sus bocas iban a encontrarse de nuevo, alguien llamó a la puerta de cristal del invernadero. Maddison detuvo el movimiento de su mano y lo miró a los ojos, espantada.

Él levantó la cabeza y miró en dirección a la puerta. Desde donde estaban, frente a la mesa de hierro blanca, no podían ser vistos. El calor de allí dentro empañaba los cristales y desde fuera no eran visibles.

—Ignóralo —exigió, como cuando estaban en el despacho. Apoyó su frente contra la de Maddison y susurró de nuevo como un ruego—: Ignóralo.

—Maddison, ¿estás ahí? —Escucharon la voz amortiguada de Coralia al otro lado del invernadero—. El marqués ha venido a verte. Te está esperando en el salón. Ha insistido en venir él mismo a buscarte, pero le he dicho que no.

Apoyó su frente contra la de Maddison, consciente de que ella iba a desoír sus palabras, y así fue. Maddy retiró la mano, despacio, lo que le provocó un siseo de placer.

—¿Maddy? —Golpeó Coralia de nuevo el cristal.

—Volveré de nuevo a buscarte y esta vez me aseguraré de que nadie nos interrumpa. —La resolución de sus palabras y el brillo de sus ojos la hicieron comprender que tarde o temprano sucedería. Que ya no cabían más juegos entre ellos y que no podía obviar que ella también lo deseaba.

Cameron dio un paso atrás, la ayudó a bajar y a recomponerse mientras ella guardaba silencio.

—Debo ir. Dejaré la puerta abierta y entretendré a Coralia para que puedas salir.

Él no dijo nada. Solo la observó como un león hambriento. Maddison inspiró hondo, irguió la cabeza y caminó hacia la puerta. Cuando abrió, Coralia la miró asustada.

—¿Estás bien? Has tardado mucho —miró por encima de su hombro y Maddy se interpuso entre ella.

—Estaba al fondo y tenía algo entre manos.

Cameron sonrió ante la malévola respuesta.

—¿Seguro que no te pasa nada? Estás muy acalorada.

Con la cabezonería que la caracterizaba, Coralia sorteó a Maddison y se coló en el invernadero.

—¡Cora! —gritó cuando la vio avanzar hacia el final, pero cuando llegó junto a ella no había ni rastro de Cameron.

—Por un momento he pensado que alguien te estaba reteniendo contra su voluntad.

—No seas fantasiosa —la reprendió con nerviosismo—, ¿en mi propia casa?

Tomó a su amiga del brazo y comenzó a caminar.

—Cierto. —Miró de reojo al suelo y vio el pañuelo—. No se te olvide volver y recoger lo que el barón se ha dejado.

Maddison se detuvo en seco.

—Vamos, querida amiga, hay una planta nueva y un sobre en la mesa —meditó en voz alta.

—Regresaré después —se apresuró a aclarar al tiempo que tiraba de ella hacia la salida. Lo que era evidente es que Cameron no utilizaba la puerta para acceder. Tendría que averiguar por dónde se colaba.

El marqués la esperaba en el salón. Nada más la vio entrar, corrió a tomarla de las manos, pero ella retiró la que había mantenido en contacto con Cameron y la puso a su espalda. No quería borrar el tacto de su piel todavía.

—Querida, debe estar desolada por ese infame artículo.

—La vida me ha enseñado a racionalizar los problemas y priorizar aquello que es realmente importante.

Ethan desoyó las palabras de Maddison como venía siendo costumbre.

—Estoy aquí para ayudarla en lo que necesite. De hecho, he pensado que quizá le gustaría acompañarme a la cena de Año Nuevo que la duquesa de Sussex ha organizado. El hecho de que asistiese conmigo acallaría muchas bocas, puesto que quedaría patente que entre ambos hay un interés. Muy al contrario que con el barón Dacre —la tanteó.

Maddison se alejó de la asfixiante presión que aquel hombre ejercía sobre ella.

—El problema, lord Cavendish, es que tampoco existe ese interés entre nosotros. Por lo tanto, lanzar otro rumor incierto poco o nada me beneficia.

—Por mi parte sí lo hay, querida. Creo que he sido lo bastante explícito como para que lo advirtiera.

—Le tengo por un hombre inteligente, marqués. Supongo que mi falta de entusiasmo al respecto es suficiente respuesta.

Si no fuese por lo serio que era la conversación, Maddison habría soltado una carcajada al ver boquear al nuevo marqués, contrariado por sus palabras.

—Hablemos en términos de conveniencia pues, puesto que los románticos han quedado descartados —la acusó con dureza.

Cambió su semblante afable por otro más duro, imperturbable y afectado. Maddison pensó que era la primera vez que lo veía tal cual era desde la lectura del testamento de Arthur.

—Le escucho. —Entrelazó las manos sobre su regazo.

—Podríamos unirnos en matrimonio. El pacto sería beneficioso para ambos.

—Más para usted, puesto que necesita mi dinero para sustentar las posesiones que mi difunto esposo le dejó. Yo al fin y al cabo, tengo todo lo que necesito.

—¿Está segura? Sin la protección de un hombre es vulnerable. Ahora cree que puede confiar en Relish, pero ya le demostró una vez que no tiene honor. Junto a mí, puede mantener el título de mi tío. No sería marquesa viuda, sino marquesa por pleno derecho. Además me encargaría personalmente de que su padre tuviese un hueco entre nosotros. —Maddison supuso que se refería a la aristocracia—. Juntos podríamos aumentar el patrimonio de la familia.

—¿A cambio de qué? No quiero renunciar a llevar las riendas de los negocios que Arthur me dejó.

—Ah, querida —dijo con condescendencia. Ella apretó los labios cansada de aquel apelativo—. Pero ahora es vulnerable. La ayuda de su padre no sirve de nada. Necesita a un hombre de palabra para hacer negocios y todo Londres sabe que ese no es Relish.

—De momento, no se ha demostrado nada de lo que dice.

—¿Esperará a que suceda? ¿Cuánto está dispuesta a perder? ¿Cuántas veces confiará en el hombre que la traicionó de la manera más vergonzosa

posible?

Incómoda, tragó saliva para intentar aliviar el daño que aquellas palabras le ocasionaban.

—Pese a pecar de insistente, le repito que nada de eso ha sucedido ni tiene por qué suceder.

—Ya se verá. Piénselo. Mi oferta seguirá en pie.

Se acercó hasta ella y depositó un beso sobre la mano que ella le tendió. Nada más Ethan salió de la biblioteca, Maddison se apresuró a limpiar el beso con un pañuelo, asqueada.

Más que prestarse a ayudarla, aquello había sido una amenaza velada. Algo que de momento no comentaría con nadie, menos con su padre, porque sabía lo que podría suceder. Mientras, meditaría qué hacer.

Volvió al invernadero a por la carta y el pañuelo de Cameron y se encerró en su habitación. Al abrir el sobre, había esperado una nota como las anteriores, pero boquiabierta, comprendió que era una carta.

*De antemano, te pido disculpas si mis palabras no son todo lo que esperarías de ellas. Pero si algo puedo afirmar y prometer, es que son sinceras. Y sobre todo, mías.*

*El tiempo que viví en la India transitó entre el trabajo incesante, que me impedía pensar la realidad que me esperaba en casa, y la ansiedad por recibir tus cartas. Esas noticias a través de las cuales debía adivinar cómo estaba siendo tu vida se convirtieron en el aliciente necesario para seguir adelante cuando en los días más oscuros me sentía solo. Quizá no en el sentido práctico de la soledad, porque Bangladesh era un hervidero de gente, pero sí en el sentido del alma.*

*Bebí de tus palabras y me convertí en el adivino de tus sentimientos. Comprendí que junto a Cavendish estabas siendo feliz, y lo agradecí y odié a partes iguales.*

*Reconozco que te manipulé. Admito que en todas mis cartas lanzaba anzuelos que sabía que picarías porque habías demostrado una sed de conocimiento admirable y me aproveché de ello para que me preguntases cosas. En un principio porque me dolía el alma por cómo había actuado, pero más tarde comprendí que lo necesitaba para seguir manteniendo un vínculo entre ambos que de no haber sido bajo*

*mi seudónimo jamás habrías consentido.*

*Imaginé una y mil veces tu expresión mientras te hablaba de las flores, de los animales, del clima y de cómo era la vida allí. Vi la ilusión en tus ojos y la sonrisa en tus labios, y sí, también me inventé una preocupación por lo que me pudiese suceder. A cambio, recibía tus (para mí siempre escuetas) noticias como el niño que recibe regalos el día de Navidad. Gracias a ti, me imaginé los campos de algodón que describías, la sociedad que te rodeaba en Charleston y me conformé con saber de tu vida a cuenta gotas. Gotas que me iban envenenando de algo para lo que no podía poner nombre, porque yo mismo me había encargado de matar.*

*Es ahora, cuando te tengo a mi alcance, cuando no puedo permitirme volver a cometer otro error. Es ahora cuando te demostraré que soy digno de ti. Porque o es ahora, o me temo que ya no sea nunca.*

*Cameron Relish.*

Maddison tragó el nudo de emociones que apretaba su garganta. Aquella sí que era su primera carta de amor.

La noche en el club estaba siendo bastante ajetreada. Desde que se anuló la reunión, se había corrido la voz de que Cameron estaba al frente del club, pero no creía que aquello hubiese movido a todos aquellos hombres a abarrotar los salones. Estaba seguro de que la noticia de su escándalo con Maddison los había llevado allí como viejas alcahuetas.

Entre Adam y él supervisaron todas las estancias y cuando comprobaron que estaba todo en orden dejaron al mando a los encargados y se retiraron al despacho que había sido de Cavendish para evitar tener que seguir escuchando cuchicheos a sus espaldas.

Para Cameron, entrar allí supuso recordar aquella noche en la que el marqués le prestó su ayuda. Miró la silla tras el escritorio y se sintió como si ocupase un lugar que no le pertenecía. Al final optó por sentarse en el mismo sillón en el que lo hizo aquella noche.

—Lady Cavendish se alegrará cuando sepa la recaudación de esta noche.  
—Adam llenó una copa de bourbon y llenó otra para su amigo—. De lo que no se alegrará tanto será de saber por qué.

—Quizá no le importe. —Cameron tomó un trago que le quemó la garganta.

—Puede que tengas razón. La verdad no debería ofender.

Cameron lo fulminó con la mirada.

—Maddison no es mi amante.

—Todavía —puntualizó el capataz.

—Ni siquiera si hubiésemos yacido juntos lo sería. Ella siempre será más.

Adam resopló y se sentó frente a él.

—Algún día tendrás que tenerla en tu cama para poner fin a toda una vida de obsesión.

—Tú no lo entenderías. Dudo que me pueda conformar con solo eso.

—Sería una buena forma de empezar.

Harto de que Adam lo presionara y que no lo comprendiera, decidió ser él quien pasara al ataque.

—¿Y qué hay de ti? No te veo pernoctar. ¿No has encontrado ninguna dama a la que perturbar?

Adam se encogió de hombros.

—Más bien sería al revés. Una que me perturba.

Cameron se incorporó y levantó las cejas, curioso.

—¿Y de quién se trata?

—Créeme, no quieres saberlo.

Uno de los encargados llamó a la puerta y cuando escuchó la voz de Cameron entró.

—Traigo una carta de la mansión de lady Cavendish.

Cameron se incorporó de inmediato para recibirla, pero azorado, el hombre retiró la mano cuando Cameron se la iba a quitar.

—Es para el señor Benson, lord Dacre. Y he recibido instrucciones precisas de que solo debo entregársela a él.

Adam borró la sonrisa que había aflorado a sus labios al ver la urgencia de su amigo y se levantó para cogerla. Despachó al sirviente y la abrió mientras Cameron lo fulminaba con la mirada.

*Sigo esperando una respuesta, señor Benson. Quizá me equivoqué y debí buscar atenciones en otro caballero.*

—¿Qué significa esto? ¿Por qué Maddison te escribe una carta? —lo atacó Cameron confuso.

—¿Y quién te dijo que fuese de lady Cavendish? —Adam dobló la nota y la guardó en el bolsillo de su chaleco.

—¿Quién puede ser si no? —Tan pronto pronunció la pregunta lo supo—: ¿Lady Willbur? ¡Olvídalo!

—Ya me gustaría, amigo. Pero la verdad es que me lo está poniendo muy difícil.

Adam se estaba esforzando por darle tiempo para que se arrepintiera, para que comprendiese el alcance de su petición; sin embargo, aquella joven obstinada parecía no tener dudas al respecto. Y lo cierto es que para que otro se aprovechara de ella y de la situación, prefería ser él.

—No puedes comprometer a una dama como ella, Adam, si no vas a casarte. Sé de lo que hablo. Sé lo que le espera a esa muchacha si la mancillas.

—Tendré en cuenta todos tus consejos como tú aceptas los míos.

Palmeó la espalda de su amigo y salió del despacho.

La noche antes de Navidad, Maddison cenó con su familia en Chester Square. Se había pasado el día llorando, aquejada de una tristeza difícil de explicar. En una fecha tan señalada como aquella, acuciaba más la ausencia de Arthur. Recordaba los últimos años en Charleston, las tranquilas cenas y las amenas conversaciones. Un tiempo en el que se había sentido segura y protegida, y sí, querida también de la única manera en que Arthur la podía amar. Ahora parecía que hubiese pasado mucho tiempo, como si el reloj hubiese acelerado sus manijas y de todo aquello hiciese años. Pero no, hacía pocos meses. Y si aquella misma mañana no hubiese releído la carta que su marido le dejó, instándola a seguir con su vida, a buscar y disfrutar de la intensidad de un amor como el que él tuvo, ahora se sentiría una traidora. Una mujer sin moral que había sucumbido a los besos y atenciones de Cameron. Pero que Dios la perdonase y Arthur la ayudase a guiar sus pasos, porque sabía que aquellas tentativas ya no le parecían suficientes.

Durante la cena, su madre se mostró más seria y taciturna de lo normal, cosa que agradeció, puesto que prefería el silencio al veneno que salía de su boca. Eleanor abrió ansiosa los regalos y Coralia compartió con ella el agradecimiento por haberse acordado de ella y tener preparado algún presente. La noche transcurrió entre la música de Eleanor al piano, los

villancicos de Coralia, las copas de su padre y la indiferencia de su madre. Solo cuando pudo, hizo a Emma a un lado, lejos de oídos indiscretos.

—Emma, espero que disculpes mi indiscreción, pero quisiera hablar contigo sin tapujos.

—Puedes confiar en mí, del mismo modo que yo lo hago contigo.

—¿Cómo han sido estos años viviendo como la amante de mi padre? —dijo en un susurro.

Emma mostró su sorpresa y sus mejillas se tiñeron de carmín, pero tras carraspear, habló.

—¿En qué sentido, mi niña? ¿En el romántico o en el práctico?

—En los dos —dudó más que afirmó.

—Al principio no te negaré que existía cierta emoción por vernos a escondidas, porque nunca compartíamos tiempo suficiente y porque todo era muy intenso. Pero también hubo sufrimiento. Cuando la puerta de su habitación se cerraba y yo sabía que tu madre estaba dentro, lloraba en el silencio de mi cuarto. Aunque supiese que dormían en camas separadas, era a ella a quien velaba su sueño. No a mí. Es ella la que lo acompaña a actos sociales. Todo lo que tiene que ver conmigo es a escondidas. Yo no puedo posar mi mano sobre su brazo en público, ni mirarlo con la adoración que siento. ¿Entiendes? Y esa pena me pesa. Hace que a veces quiera discutir con él solo por el resentimiento que tengo acumulado. Porque yo no he hecho nada malo, solo amar a un hombre que me correspondía y que jamás será mío porque en esta sociedad prima más la hipocresía de un desgraciado pero adecuado matrimonio que luchar y rechazar esto —señaló la estancia por la idílica estampa navideña que representaba— por amor.

—Has debido sufrir mucho —tomó sus manos entre las suyas.

—Y lo sigo haciendo, Maddy. —La apretó—. ¿Pero por qué me lo preguntas? ¿Acaso te pretende algún hombre casado? —mostró preocupación.

—No. En mi caso, más bien sería yo la que dominaría la situación —meditó—. ¿Crees que un hombre se sentiría como tú en tu misma condición?

—Si ama, no se me ocurre dónde puede estar la diferencia.

Maddison pensó en las palabras de su institutriz.

—¿Crees que algún día te cansarás de esta relación? —Había temor en aquella pregunta, pero mucho más en su respuesta.

—Esa es la única baza que tenemos los que estamos en mi lado de la balanza, mi niña —sonrió con tristeza—: Que jamás hemos firmado ni

prometido fidelidad ante la Iglesia ni a nadie. Si lo deseo, puedo salir por esa puerta sin tener que dar explicaciones, y ese es el temor de tu padre y lo que hace que no haya perdido todo mi orgullo.

En ese momento fue donde Maddison comprendió que cada uno tiene poder sobre el otro en la medida que se le permita.

# CAPÍTULO 36

*Tan imposible es avivar la lumbre con nieve, como apagar el fuego del amor con palabras.*

William Shakespeare

La invitación para la fiesta de fin de año en casa de la duquesa de Sussex llegó de la mano del sirviente del marqués dos días después de Navidad. Quizá, lo más sensato fuera aceptar aquella invitación, pero por algún motivo aquella idea de aparecer en público con él para acallar habladurías la hacía sentirse demasiado hipócrita. No quería ni necesitaba eso, otra mentira en su vida. Dejó el sobre encima del escritorio y tamborileó con los dedos la mesa. No sabía nada de Cameron desde su encuentro en el invernadero y, muy a su pesar, se preocupó por si había pasado a solas las fiestas o si por el contrario no le había faltado compañía, pensamiento que alejó y relegó a un segundo plano de su mente porque la incomodaba demasiado.

Se puso al día de las cuentas, repasó los números del club de los últimos días y cuando el mayordomo trajo otra carta, confió en que fuese la notificación de que el barco que esperaban había llegado a puerto y estaban descargando el algodón en el almacén sin mayores inconvenientes. Efectivamente, así fue. Cameron le explicaba que había ido al muelle para verificar el estado de las naves y estando allí lo habían avisado de la llegada del barco. Le explicaba que el cargamento había llegado intacto. Sin embargo, junto a la nota, escrita de manera apresurada, había otro papel, más satinado y elegante. Fascinada comprendió que era una entrada para el teatro, la noche de fin de año, para asistir a la representación de *Mucho ruido y pocas nueces*, de William Shakespeare. Su favorita. De entre sus dedos, escapó otro papel mucho más pequeño.

*Adoré esta obra antes incluso de leerla porque tú me la regalaste.  
Disfrutémosla juntos.*

*Espero tu confirmación.*  
*Cameron Relish*

Las pocas ilusiones que había tenido desde su regreso a Londres venían de la mano de Cameron. Sus flores, aquellos pensamientos que daban color al triste invernadero, y ahora aquella invitación. Que él recordara cuánto le gustaba la había halagado, pero aceptar supondría confirmar aquel rumor, declarar al mundo que eran amantes y que no les importaban las habladurías. ¿Sería capaz de hacerlo? Quizá podría encontrar una solución intermedia.

Tomó ambas invitaciones, la del marqués y la de Cameron, cada una en una mano y sopesó los pros y los contras que supondría aceptar cada una de ellas. Pero pronto se dio cuenta de que aquello no tenía sentido, de que sabía lo que tenía, pero sobre todo, lo que quería hacer. Conocía bien a Arthur y sabía que lo traicionaba más si accedía a las intenciones de su sobrino que si cedía a los propósitos de Cameron. Rompió la carta del marqués y escribió una nota en la que se disculpaba por no poder acompañarlo, sin más explicaciones. La selló y la mandó a entregar.

Todavía estaba el sirviente dentro de la biblioteca cuando el mayordomo anunció a Cameron y este entró en la estancia.

—Lady Cavendish —la saludó. Intentó no hacer muy patente el interés que tenía sobre los documentos que había sobre el escritorio, pero los ojos iban una y otra vez hacia su invitación, que distinguía con claridad.

—Lord Dacre —contestó ella consciente de lo que estaba pensando Cameron—. Estaba ocupada declinando una invitación que me parece del todo inadecuada.

Cameron encajó aquel golpe como mejor pudo.

—Entiendo —respondió con seriedad. Levantó el mentón y la miró con dureza.

Maddison tuvo que esconder su sonrisa al ver su reacción. En momentos como aquel, vislumbraba lo que todavía quedaba de aquel joven indomable y orgulloso. Miró al sirviente y le dio la carta.

—Entréguesela a lord Cavendish y dígame que lamento no poder acompañarlo. Tengo otros planes difíciles de rechazar.

—Como ordene, marquesa.

Los sirvientes se retiraron y los dos se quedaron solos.

—Así que tenías una invitación del marqués. —Caminó hacia ella como si

fuese un cazador al acecho de su presa.

Maddison no perdió detalle de sus movimientos y lo dejó acercarse, tanto que tuvo que apoyar el trasero sobre la mesa para ampliar la distancia entre ellos.

—Sí —contestó escueta.

—¿Y es demasiada indiscreción saber a qué te invitaba? —Apoyó las manos, una a cada lado de su cadera, y se inclinó hacia ella.

—Una cena, un baile; nada original.

Los ojos negros de Cameron brillaron con malicia, pero también con satisfacción.

—¿Menos interesante quizá que una representación teatral?

—Sin duda.

—¿Significa esto que aceptas mi invitación? Nos verán juntos. Será como confirmar el rumor del periódico —la tanteó.

—No exactamente. Puedo acudir por mi cuenta, nos podemos encontrar allí... por casualidad. Nadie tiene por qué saber que me invitaste. De hecho, no tienen que vernos juntos.

—Intentas esconderme como si fuese tu amante —receloso, Cameron se cernió más sobre ella.

—No puedes culparme por ello.

El rostro hasta el momento juguetón de Cameron se endureció.

—Creía que no te importaba la opinión de la gente —le reprochó.

Maddison esquivó la acusación y redirigió la conversación al punto que ella deseaba aclarar.

—¿Quieres que acepte la invitación?

No lo engañaron ni la dulzura de su voz ni su aparente inocencia, pero contestó con total sinceridad.

—Por supuesto.

—Entonces debe ser con mis condiciones.

—Soy todo oídos.

A Maddison le resultó difícil poner en orden sus pensamientos con Cameron tan cerca. Absorbía todo su espacio y se adueñaba de la parte racional de su mente. Necesitaba volver a tomar el control. Apoyó las manos sobre el pecho del barón y lo empujó con suavidad al tiempo que se incorporaba. Él, por supuesto, se dejó hacer. Ahora la tenía prácticamente pegada a su cuerpo y podía olerla, de hecho podía hacer más que eso. Levantó

una mano para acariciar aquel rostro de porcelana y ella aprovechó la oportunidad para escapar por debajo de su brazo e interponer el escritorio entre ellos.

Cameron estiró la comisura de sus labios de medio lado.

—Me vas a volver loco.

Ella no pudo evitar sonreír y aquel simple gesto, genuino y sincero, le robó la respiración. Era preciosa cuando reía, cuando bajaba la guardia y se olvidaba de todo el dolor que había sufrido, cuando sus ojos verdes brillaban de ilusión y sus labios, rojos y voluptuosos, lo tentaban a mordisquearlos.

—Acudiré sola, Cameron. He visto que la entrada es para el palco.

—El más discreto y menos observado —la interrumpió.

—Entonces a ti también te preocupaba la opinión pública.

—No, Maddison. Te aseguro que mis intenciones al buscar privacidad solo se basaban en ti y en mí.

Ante aquella insinuación y muy a su pesar, enrojeció.

—Sea como fuere, mi presencia ya llamará lo suficiente la atención. Entraré y me acomodaré, cuando las luces se hayan apagado, ocuparás tu asiento y te retirarás antes de que las vuelvan a prender.

—¿De verdad confías en que nadie me vea? —El tono irónico de su voz no conseguía esconder el enfado que el hecho de que ella lo quisiese esconder le producía.

—En el palco harás lo posible para que no. Fuera, si te ven, pueden suponer que quizá has venido por mí o incluso conmigo, pero nadie tendrá la certeza. No nos verán.

—¿Por qué debería hacerlo? Yo no tengo inconveniente en dejar patente mi interés por ti.

—Pero lo harás por mí. Porque no fui yo la que se presentó en nuestra fiesta de compromiso casada con otro hombre. Ni fui yo la que se marchó. Tengo motivos más que suficientes para querer que los acontecimientos se desarrollen de este modo. Si no estás dispuesto a aceptar, declinaré asistir al teatro.

Cameron blasfemó un insulto. Se incorporó y le dio la espalda para mirar por la ventana. Saber que la manera de actuar de Maddison tenía sentido, que en cierto modo tratarlo así la resarcía de sus ofensas en el pasado, no evitaba que aquello le hiriese. Inspiró hondo y puso en orden sus pensamientos, al fin y al cabo lo que quería era estar con ella. Al precio que fuese. Aunque tuviera

que aceptar sus condiciones.

—De acuerdo —accedió por fin. Giró sobre sus talones y se acercó hasta ella, pero no lo suficiente como para si alargaba un brazo, poder tocarla, que era lo que deseaba—. Pero yo también quiero poner un único requisito.

—No estás en condiciones de exigir nada.

—Sin embargo, lo haré. Después del teatro nos encontraremos en el invernadero. Sin prisas, sin urgencias y sobre todo sin interrupciones.

Maddison pudo decir muchas cosas. Como por ejemplo que no. O que se lo pensaría. Pero hizo lo que Arthur le había insistido tantas veces, se dejó llevar por lo que realmente quería.

—Acepto.

Coralia se encontraba en la sala de costura. Daba puntadas erróneas que la obligaban a descoser una y otra vez la flor que tejía. Sabía que el barón acababa de llegar y que estaba reunido con Maddison, esperó que el señor Benson lo acompañase porque después de su nota, no había vuelto a tener noticias de él, pero al parecer no lo había hecho. Así que debía empezar a asumir el rechazo de otro hombre más. El primero al que había ofrecido algo indecoroso, pero no el único que había declinado volver a verla. Perdida en aquellos pensamientos, comprendió que quizá hubiese llegado el momento de regresar a Charleston. Su amiga había sido muy benevolente al acogerla en su casa y tratarla como a alguien de su familia, pero no olvidaba que el único pariente que le quedaba era su madre, y que, aunque en sus cartas le aseguraba que se iba reponiendo, también le remarcaba que su recuperación avanzaba despacio por la tristeza que le embargaba el alma debido a su ausencia. Tenía asumido que tenía que regresar, solo que al hacerlo, esperaba llevarse consigo experiencias que recrearía en su mente el resto de su solitaria vida.

—Yo que usted, lady Willbur, no me obstinaría más con la costura. Es evidente que no está inspirada.

La voz rasgada de Adam la hizo dar un brinco que causó que los hilos rodasen por el suelo y se pinchara con la punta de la aguja. Al tiempo que se llevaba el dedo a los labios para chupar la gota de sangre, lo miró con enfado.

Los ojos del capataz no se desviaron ni una sola vez del movimiento de los labios de la joven. Aquel gesto del todo inocente lo excitó de tal modo que hasta lo hizo sentir ridículo.

—No tengo nada más interesante que hacer, señor Benson.

—Eso es porque no tiene mi imaginación —dijo con un brillo divertido en los ojos.

—¿Quería algo? —lo atacó molesta.

—Lo cierto es que sí. —Caminó hasta sentarse frente a ella. Se recostó sobre el sofá y estiró las piernas al tiempo que unía sus fuertes y callosas manos sobre el pecho—. Hábleme de su vida en Charleston.

Coralia parpadeó sorprendida.

—¿Qué quiere saber? Soy la hija única de una familia adinerada de Charleston. Mi padre falleció hace algunos años y mi madre, que también es mayor y está delicada de salud, no soporta la idea de que la deje sola. De hecho, si no hubiese enfermado por mi marcha, ya habría viajado a por mí. Mi vida allí consiste en acompañarla allá donde vaya, sentarme a escuchar conversaciones tediosas o rezar con sus amigas.

—¿Jamás ha tenido ningún pretendiente?

—Es evidente que no.

—No entiendo por qué.

—Por las mismas razones que usted ha declinado mi oferta, señor Benson. Porque no resulto atractiva.

Adam no podía creer lo que acababa de escuchar. Se incorporó y apoyó los brazos sobre las piernas sin desviar la atención de ella ni una sola vez.

—En primer lugar, que yo sepa, no ha recibido ninguna negativa por mi parte. En segundo, los americanos son unos necios si no han sabido ver lo que yo aprecié desde que la vi. En tercero, y no se ofenda por lo que le voy a decir, pero con su fortuna, no me encaja que ninguno haya intentado cortejarla. ¿No se ha planteado que quizá el problema sea su madre? ¿Que no quiera que nadie la aleje de ella?

Coralia colocó una mano sobre su pecho y lo miró asombrada. ¿Habría sido su madre capaz de boicotear a sus posibles pretendientes? Recordó todas las veces que había acudido a bailes en los que había descubierto que la miraban y albergado esperanzas de que la sacasen a bailar. Pero luego desviaban la mirada y la evitaban. Por supuesto, siempre había estado su madre presente. Se levantó y pisó los hilos que había en el suelo, incapaz de permanecer quieta. Adam la imitó y se acercó hasta ella, la inmovilizó de los hombros para captar de nuevo su atención.

—Estoy seguro de que puede contraer matrimonio si lo desea. No quiero que se arrepienta de nada, porque una vez la desflores, no habrá marcha atrás.

Nadie querrá casarse con usted. ¿Lo comprende?

—Sé las consecuencias. A las muchachas se nos adoctrina desde jóvenes para evitar que los hombres se aprovechen de nosotras. ¿Usted quiere hacerlo? ¿Quiere convertirse en mi amante?

—Por supuesto. Pero no importa lo que yo quiera, sino lo que usted desee a largo plazo.

—No tardaré en regresar a mi casa, señor Benson, a mi vida aburrida y sin sentido al cuidado de una madre enferma y sobreprotectora. ¿De verdad cree que tengo alguna posibilidad de casarme? Si no lo he conseguido hasta el momento, menos a partir de ahora. Soy prácticamente una solterona y si algo he aprendido durante los años que he estado subyugada a la extrema protección de mis padres, es que los momentos de libertad hay que disfrutarlos. Estoy decidida a regresar con la maleta llena de experiencias que pueda rememorar el resto de mi vida. Prefiero arrepentimiento que duda, desilusión que cobardía. Quiero vivir, señor Benson. Y revivir los momentos felices cuando me sobrevengan los que no lo sean tanto.

—La noche de fin de año —la cortó Adam con más brusquedad de la que debía—. Vendré a buscarla mientras Cameron y lady Cavendish estén en el teatro.

—Estaré preparada —la voz le tembló ante la excitación y los nervios.

Adam asintió y, despacio, se acercó hasta sus labios para depositar lo que en un principio sería un tibio beso. Solo un mínimo contacto para comprobar que ella no lo rechazaba, pero ella se dejó llevar y se reclinó sobre él al tiempo que profundizaba el beso. Solo la duda con la que movía sus labios delataba que era su primer contacto íntimo con un hombre.

—Suficiente por el momento —graznó Adam al tiempo que la apartaba de sus brazos.

—¿He hecho algo mal? —dudó sonrojada.

—Todo lo contrario, querida. Lo ha hecho demasiado bien.

Hizo una breve reverencia y salió de la estancia con rapidez antes de arrepentirse y llevársela mucho antes de lo que habían acordado.

# CAPÍTULO 37

*Somos del mismo material del que se tejen los sueños, nuestra pequeña vida está rodeada de sueños.*  
William Shakespeare

**E**than Bakley estrujó la carta entre sus manos y lanzó una maldición. Su hermano menor, Andrew, testigo de su arrebató, permaneció en silencio a la espera de que le explicara qué tan malas noticias había recibido para propiciar aquella reacción.

—La viuda de nuestro tío ha rechazado mi invitación, después de que informase a la duquesa de Sussex de que sería mi acompañante —escupió molesto.

—Quizá deberías haber esperado su confirmación para avisar a la duquesa. Ethan lo taladró con la mirada.

—Si no consigo ponerla de nuestro lado, no podremos disponer de su dinero.

—Tiene a su padre y al barón Dacre. No veo cómo puedas conseguirlo.

Ethan aborrecía el poco interés que su hermano parecía mostrar por recuperar el dinero que él consideraba suyo y que ahora controlaba Maddison. Lo cierto es que él tampoco lo tenía claro. Solo sabía que Foster odiaba a Relish y viceversa. Tenía que considerar muy bien los pasos a seguir. Solo tenía que ejercer cierta presión y mover algunos hilos para que la débil alianza que de momento unía aquel curioso triángulo se desvaneciera. Y eso era justo lo que iba a hacer. De momento la opción del matrimonio no era viable, pero si todo salía como estaba calculando, más adelante Maddison no tendría otra opción que aceptarlo.

—¿Cómo van tus avances? —cambió de tema y miró a su hermano, que se movió inquieto en el sillón.

—Bien —respondió evasivo.

—¿Crees que has suscitado el interés de la muchacha?

—Sí.

—¿Cuándo volverás a encontrarte con ella?

—Escuché que esta tarde acudiría a tomar el té a casa de su amiga lady Felicity Myers.

—Estupendo. Haz lo posible por encontrarte con ella y ya sabes cómo te tienes que comportar. Al menos hasta la fiesta.

Andrew asintió, incómodo. Se excusó para marcharse de allí y prepararse para su salida, pero Ethan lo detuvo.

El marqués se sentó frente a su escritorio y redactó una carta bajo la atenta y curiosa mirada de su hermano. Una vez hubo terminado, la metió en un sobre y la selló.

—Dile al mayordomo que con discreción entregue esta carta al señor Thomas Bridge.

—¿El reportero? —se sorprendió Andrew.

—El mismo.

—¿Qué vas a hacer, Ethan?

—Voy a mantener ocupado a Foster, haré que baje la guardia porque tendrá que atender varios flancos, y mientras, empezaré a preparar el camino para mi matrimonio con nuestra querida tía.

Maddison se miró en el espejo de su habitación. Su vestido era negro, por supuesto, pero lejos de los sobrios y recatados que había utilizado hasta el momento, este era extremadamente sensual. Para empezar, tenía escote. No muy exagerado, pero sí lo suficiente como para intuir el inicio de sus pechos. Además, estaba adornado con cristales en color negro, de hombro a hombro. El corsé resaltaba su busto y marcaba la estrecha cintura desde la que salía la falda. Esta tenía pliegues que llegaban hasta la cadera, y debajo de ellos, volantes con los mismos cristales que llevaba en el escote, que a cada paso, brillaban bajo la luz de las velas. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se vio hermosa. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios plenos, rojos, resaltados por un ligero toque de carmín que se había atrevido a utilizar. Se acarició el cabello, trenzado pero más suelto de lo normal, y comprobó que el tocado de plumas estaba bien sujeto. Había llegado la hora de ir al teatro.

—¡Dios mío, Maddison! Estás preciosa —la alabó su amiga con evidente satisfacción.

—¿No crees que es demasiado escandaloso? —dudó.

—¿Para quién? Si hablamos del barón, yo apostaría a que le parece recatado. Si hablamos de tu padre, pondría el grito en el cielo. Si hablamos de mí, de nuevo la envidia me corroe.

—¿Y si habláramos de Arthur? ¿Crees que él lo aprobaría? —susurró.

—Creo que él siempre quiso que fueses feliz. Si este vestido, salir al teatro o tener la compañía de Cameron Relish lo hace, estoy segura de que entonces estarás cumpliendo su última voluntad.

Maddison no pudo contenerse y se acercó hasta su amiga para abrazarla. Había dicho las palabras perfectas, las que ella necesitaba.

—¿Estás segura de que deseas quedarte en casa? Puedo conseguirte una entrada más cuando llegue al teatro, estoy segura de que no me resultará difícil.

—No digas sandeces. Ya te dije que prefería quedarme —contestó nerviosa.

—Cora, ¿estás bien?

—Mejor que nunca —sonrió con sinceridad.

Aquello pareció convencer a Maddison, que le devolvió el gesto.

Coralia la ayudó a envolverse en la capa de terciopelo negro y la acompañó hasta la entrada. Se despidieron con un abrazo y solo cuando vio que el carruaje de Maddison se alejaba, corrió escaleras arriba para cambiar su atuendo. Tuvo serias dificultades para abrocharse el vestido y, con las prisas, la mitad de botones se quedaron abiertos, pero se cubrió con una capa de discreto color marrón y no le quiso dar más vueltas. Total, suponía que el señor Benson se lo quitaría, así que le evitaba algo de trabajo. Se asomó a la escalera, no quedaba nadie del servicio a la vista, así que bajó todo lo rápido que pudo y salió de la casa como una exhalación. Aún no había pisado la acera cuando Adam saltó del carruaje que había alquilado y fue a su encuentro. La tomó del codo y con su cuerpo la protegió de miradas indiscretas. Solo cuando la hubo acomodado dentro del coche y dado la orden de que se pusieran en marcha, se permitió observarla a placer.

—¿Dónde vamos? —jadeó por los nervios y la carrera.

—A Gretna Green.

—¿Es un hostel?

Adam sonrió y negó con la cabeza.

—Es un pueblo, querida. Pero antes de llegar a nuestro destino,

pernoctaremos en alguna posada.

—No lo comprendo. Si vamos a pernoctar en una posada, ¿qué sentido tiene viajar hasta ese lugar?

—Porque una vez allí, nos casaremos.

Coralia creyó no haberlo entendido bien. Parpadeó confusa hasta que puso en orden sus pensamientos.

—Lo lamento, señor Benson. Me ha parecido oír algo totalmente descabellado.

—Querida, dadas las circunstancias, creo que deberíamos llamarnos por nuestros nombres. Y no, no has escuchado mal. Si voy a ser el hombre que te comprometa, justo es que me case contigo.

Un tanto asustada, pero un mucho más dolida porque aquel fuese el único motivo por el que él deseara desposarla, negó con la cabeza.

—Ese no era nuestro trato. No quiero un matrimonio por obligación, quiero saber lo que es tener un amante.

—Y para satisfacer tu curiosidad, primero seremos amantes. Y al día siguiente nos casaremos. Así sabrás lo que son las dos cosas.

—¿Y qué explicación se supone que debo dar cuando me pregunten por qué te has casado conmigo?

—Por tu dinero —dijo con total convicción—. Digas lo que digas pensarán que me casé contigo por eso.

—Es que tengo dinero —se exasperó—. ¿Lo haces por eso? —La sangre se le heló en las venas al pensar en esa posibilidad.

—No —negó categóricamente—. Lo hago porque jamás he encontrado a una mujer que me fascine tanto como tú. Y créeme, he conocido a muchas.

—¿Qué diré pues cuando me pregunten por qué yo me he querido casar contigo?

—Es evidente. Porque me amas.

—¿Te amo?! —gritó escandalizada.

—Por supuesto.

—No sé si te amo —dijo obstinada al tiempo que se cruzaba de brazos y sus labios adoptaron un mohín que a Adam le pareció delicioso.

—Dime. —Acortó la distancia con ella e invadió parte de su espacio—. ¿Por qué me elegiste a mí? —No la dejó contestar y se acercó más hasta casi respirar el mismo aire—. ¿Has dejado de pensar en mí en algún momento desde que nos conocimos? ¿Has deseado que te besara? ¿Pasar más tiempo

conmigo? ¿Me has extrañado? ¿Has visto pasar las agujas del reloj rápido las pocas veces que hemos estado juntos y lento cuando deseabas verme? ¿Sentías una extraña emoción cuando nos encontrábamos?

Ella no pudo contestar porque la respuesta a todas aquellas preguntas era afirmativa. Él tenía razón.

—Pues lo mismo siento yo. Así que zanjaremos este asunto de una vez por todas y para siempre. —La levantó de su asiento y la sentó sobre su regazo—. Y vamos a empezar ahora mismo.

La besó, coló la mano por debajo de su capa y desde la cintura ascendió hasta acariciar la prominente curva de sus pechos. Y en ese justo momento, ella perdió todo tipo de pensamiento racional y comprendió que no habría aventura más interesante para ella que desposarse con aquel hombre.

Maddison llegó al teatro y escuchó los rumores a su paso. Recibió la falsa cordialidad de todos ellos y saludó con educación y sí, cierta pose de altanería, a todos y cuantos se cruzaron en su camino. Solo cuando se sentó en la soledad del palco pudo soltar un suspiro de alivio. Era cierto que era discreto, pero aun así, desde enfrente podrían ser advertidos. Y sabía que ella acapararía muchas miradas.

Poco a poco el teatro se sumió en la más absoluta oscuridad y fue entonces cuando lo sintió a su espalda. Cameron no ocupó el asiento contiguo al suyo, sino que se sentó tras ella.

—Buenas noches, Maddison —susurró junto a su oído. La caricia de su aliento le erizó la piel y un escalofrío recorrió su espalda—. Incorpórate un poco, por favor.

—¿P-por qué? —tartamudeó como hacía tiempo que no le sucedía. Quizá porque sabía lo que Cameron esperaba que sucediese después del teatro o quizá porque esa noche se sentía más expuesta. Sea como fuere, cerró los ojos con fuerza, consternada por dejar evidente su nerviosismo.

Menos mal que no pudo ver la sonrisa satisfecha del barón. El pecho de Cameron se hinchó al advertir su tartajeo porque sabía lo que eso significaba. Ella respondía a él, a sus atenciones, como en el pasado.

—Apenas moveré un poco tu butaca —explicó.

—No verás bien el escenario —murmuró nerviosa mientras Cameronladeaba su sillón para poder observarla de perfil.

—Es a ti a quien deseo contemplar.

Como la niña obediente que siempre había sido, levantó apenas el trasero y él acomodó la silla de manera que el cuerpo de Maddison lo ocultara más todavía pero, sin embargo, él pudiese observarla mejor. Colocó una mano sobre su cintura y la guio para que se sentara.

Entre el martilleo incesante de su corazón, que retumbaba en sus oídos, la representación comenzó. Se abrió el telón y la luz del escenario iluminó a algunos de los presentes, al tiempo que sumía en las sombras a aquellos que, como Cameron, no debían ser vistos.

Leonato, el gobernador de Mesina, su hija Hero y su sobrina Beatriz aparecieron en escena. Cameron advirtió el brillo emocionado en los ojos de Maddison, y sorprendido, siguió el movimiento de sus labios, que recitaban el texto de Beatriz como si ella misma estuviese representando la obra. Se embebió de las sonrisas que las chanzas ingeniosas de las protagonistas hacían aflorar a sus labios, mucho más rojos que de costumbre, y apreció cómo al reír, su busto se agitaba. Siguió el movimiento de su mano y envidió aquellos dedos cuando se acarició, absorta en la obra, el elegante collar que abrazaba su garganta.

No. Cameron no prestaba atención a la representación ni a nada que no fuese Maddison. Si estaba allí era por y para ella. Para hacerla feliz.

Despacio, se acercó de nuevo a su oído, y con la nariz acarició con sutileza el cuello de la joven.

—¿Qué pareja es tu preferida? ¿Hero y Claudio o Beatriz y Benedicto?

Maddison se sobresaltó ante aquel íntimo roce que provocó que tuviese que apretar los muslos y encoger los dedos de los pies.

Apenas giró un poco el cuello para contestar y se encontró con los ojos de Cameron a escasos centímetros de su rostro, mirándola con tal intensidad que de nuevo volvió a tartamudear.

—E-en un principio... —Hizo una pequeña pausa para acallar el aleteo de mariposas en su estómago—. Cuando era una inocente muchacha, envidié el amor de Hero y Claudio, una pareja joven de enamorados que debían luchar para estar juntos al margen de las intrigas que se tejían a su alrededor, pero con la certeza de que se amaban. Ahora, sin embargo, veo ese tipo de amor demasiado utópico. Beatriz y Benedicto me parecen más reales, su amor tiene más defectos, y eso lo convierte en posible.

Durante su explicación, Maddison no había apartado la mirada de él ni una

sola vez. Escuchar su opinión lo hizo comprender cuánto habían madurado los dos en aquellos años. Beatriz y Benedicto siempre habían sido sus preferidos porque el pobre Benedicto, aunque víctima de un engaño, se había enamorado de ella sin darse cuenta. Quizá ya lo estuviese durante aquellos años en los que le lanzaba comentarios hirientes que ella encajaba y replicaba de forma ingeniosa para quedar siempre por encima de él. Pero Beatriz siempre había sido la única mujer capaz de hacerlo feliz, como tarde supo que en su caso sería Maddison.

Sentir el susurro de su voz contra sus labios, la intensidad de aquellos ojos verdes y comprobar cómo ella también respiraba excitada supuso tener que contenerse demasiado. Alargó una mano con la que se permitió acariciar el mechón de pelo que rozaba su cuello, subió la mano y rozó el bonito pendiente y volvió a descender con lentitud para seguir la curva que lo llevaba hasta su hombro semidesnudo. Solo tuvo que inclinarse un poco para depositar sobre la redondez de su hombro un beso perturbador, que a ella la hizo jadear y a él, al sentir el tacto de su piel y aspirar su aroma a flores, seguir hasta que no quedase ni un centímetro de su piel que no hubiese probado.

El cuarto acto terminó, los murmullos aprobadores del público y la oscuridad que se cernió sobre ellos se lo hizo saber. Cameron, renuente, volvió a recostarse en su sillón. A Maddison le hubiese gustado salir del palco para tomar un poco de distancia y aplacar la excitación que acabaría por consumirla si Cameron seguía con aquellas atenciones. Pero si lo hacía, corría el riesgo de que alguien lo descubriese.

—Estoy deseando verte en el invernadero.

—¿No estás disfrutando de la obra?

—Menos de lo que me gustaría estar disfrutando de ti.

—¿Qué supones que sucederá? Quizás estés dando por sentado cosas que no van a ocurrir.

—Pronto lo sabremos.

El telón dio paso al último acto y la ilusión volvió a los ojos de Maddison y la sonrisa a los labios de Cameron al contemplarla.

—*¿Vos no me amáis?*

—*No más de lo razonable.*

Confesaban su amor Benedicto y Beatriz. Los ojos de Maddison se empañaron por la emoción.

—Afortunado Benedicto —se lamentó Cameron.

Ella no apartó los ojos de la pareja del escenario, pero no le sorprendió que Cameron sintiese simpatía por el amor en su justa medida de Benedicto, que para ella no era tan exiguo.

—¿Por qué? —no pudo resistirse a preguntar.

—Porque yo sé lo que es amar mucho más de lo razonable —afirmó contundente. Se incorporó para retirarse antes de ser visto puesto que el final se avecinaba y pronto los pasillos del teatro se llenarían de gente—. No olvides que te estaré esperando.

Maddison no pudo responder. Sintió su ausencia en cuanto las cortinas se cerraron y percibió el frío a su espalda, donde él había permanecido cerca, acariciándola con su respiración y calentándola con su mirada.

Los fervorosos aplausos dieron por finalizada la representación. Había llegado el momento de volver a casa.

## CAPÍTULO 38

*Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que van más allá de lo que la razón puede percibir.*  
William Shakespeare

**M**addison llegó a su casa mucho más tarde de lo que había previsto. A la salida del palco, tuvo que detenerse por los pasillos para atender a todos aquellos que parecían tener interés en saber su opinión sobre la obra, aunque sospechaba que era posible que más de uno hubiese visto a Cameron y aquellas frívolas preguntas no tenían otra intención que sonsacarle información.

—¿Ha visto usted la obra sola, marquesa viuda Cavendish? —cuestionó lady Stanford. Maddison apenas si la conocía de un par de fiestas a las que acudió con Arthur antes de trasladarse a Charleston, pero se obligó a actuar con cortesía. No era la primera mujer que la retenía en el pasillo del teatro.

—Es evidente —contestó permisiva aunque con una falsa sonrisa.

—Estaremos nosotras equivocadas, pues. ¿Verdad, querida? —introdujo lady Stanford a su amiga lady Stevens.

—Ruego nos disculpe, marquesa, pero nos ha parecido ver a alguien con usted en el palco.

Las miradas de malicia que se dirigieron ambas la molestaron. Pero hacía tiempo que Arthur le había enseñado a manejarse en todas las situaciones en las que las «elegantes» damas de la sociedad podrían comprometerla.

—Oh. No tienen por qué disculparse. Es algo lógico que a su edad, y debido a las tediosas tardes de invierno, la visión les juegue malas pasadas y deseen darle más emoción a sus monótonas vidas. —Maddison estuvo a punto de soltar una carcajada al ver cómo las bocas de aquellas mujeres se abrían asombradas—. Ahora si me disculpan, ha sido un placer departir con ustedes.

Hizo un saludo cortés con la cabeza y caminó con mucha más lentitud de la que le pedían sus piernas hasta llegar a su coche y poner rumbo a su casa.

El mayordomo la ayudó a deshacerse de la capa y los guantes.

—¿Lady Willbur está en su habitación? —quiso saber.

—Se retiró nada más usted se marchó, señora.

Maddison pensó que ya estaría descansando.

—Gracias. Puedes retirarte.

El mayordomo se despidió y la dejó a solas al pie de la escalera. Maddison miró en dirección al salón que daba al jardín y desde allí al invernadero. Asió el pasamanos y con una sonrisa de suficiencia comenzó a subir hacia su habitación.

Cerró la puerta tras de sí y caminó hacia la ventana. La habitación estaba caldeada y lo agradeció. Frotó las palmas de las manos contra sus brazos para imprimirse calor al tiempo que intentaba divisar algo en la oscura y fría noche. Apenas apartó la cortina para vislumbrar si dentro del invernadero se veía alguna actividad, pero no pudo ver nada. Era posible que tras su tardanza, Cameron se hubiese marchado. Una mezcla de desilusión y satisfacción la invadió. Le estaba bien empleado. No tenía intención de acudir, aunque en un primer momento cedió a su exigencia y pese a que ahora una parte de ella deseaba bajar y reencontrarse con él. Aquella cita en el invernadero supuso recordar la primera vez que disfrutó de intimidad con él, y desde luego ni el lugar ni lo que allí dentro sucedió fue un buen augurio. No obstante, que Cameron se hubiese marchado, que hubiese renunciado tan pronto, la desilusionó.

Suspiró y giró sobre sus talones, sobre los que trastabilló al ver apoyado junto a la puerta a Cameron.

—¿Qué-qué haces aquí?

—Lo mismo te podría preguntar yo cuando se supone que deberías estar en el invernadero. Pero —la interrumpió al ver que iba a protestar— como me imaginaba que no vendrías, he decidido tomar la iniciativa.

—¿Cómo has conseguido entrar hasta aquí?

—Si te lo cuento, no podré hacerlo más —repitió lo que le dijo cuando lo sorprendió en el invernadero.

—¿Qué clase de seguridad se supone que tengo en mi casa? Si tú has podido entrar, cualquiera puede hacer lo mismo.

Cameron no se movió de su posición, con la espalda recostada en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho siguió contemplándola.

—Aquí estás segura. En la casa, me refiero. Conmigo no tanto.

Maddison temblaba como una hoja y no por el frío. La presencia de

Cameron parecía absorber parte del oxígeno y empequeñecía la habitación, pero era su mirada la que caldeaba su piel, la que se deslizaba por su cuerpo y parecía ir desprendiendo una a una las piezas de ropa que la cubrían. Se sintió expuesta, pero también deseada. Había tanto descaro en aquellos ojos, tanto anhelo, tanta ansiedad, que se sintió poderosa. Empezó a sobreponerse de la sorpresa y decidió hacerle frente.

—¿Para qué querías verme? —La cadencia lenta de su voz provocó el efecto que ella deseaba. Vio como Cameron tensaba los músculos y sus ojos brillaban de expectación. Levantó los brazos bajo el atento interés de Cameron y comenzó a desprenderse de las horquillas que sujetaban su cabello. Una a una fueron cayendo sobre la alfombra al tiempo que largos y rizados mechones empezaban a cubrirle los hombros.

—Pocas veces tengo un motivo concreto para querer hacerlo —dijo con voz seductora, fascinado por aquella imagen que, con mucho, era la más erótica que había contemplado en mucho tiempo.

Maddison inclinó la cabeza y sin dejar de mirarlo colocó su larga melena de manera que descansara sobre su hombro izquierdo. Dirigió las manos al broche del colgante y se lo quitó. Le dio la espalda para dejarlo sobre el tocador y al momento lo sintió tras ella.

—Para todo lo demás necesitarás mi ayuda. —Acarició con los dedos la delicada curva de su cuello. Descendió por sus brazos desnudos y volvió a subir para con destreza comenzar a desabotonar la espalda del vestido.

A través del espejo del tocador, Maddison seguía todos sus movimientos, al igual que Cameron se embebía de su imagen, de sus labios entreabiertos y de la expresión de sus ojos.

En nada, el vestido se deslizó por el cuerpo de Maddison hasta quedar a sus pies, donde había caído Cameron fascinado por el corsé de seda rojo que llevaba que apenas si cubría un poco el montículo de sus pechos; lo suficiente para esconder las cimas que él deseaba conquistar. De pronto, sus manos se volvieron más eficientes y veloces hasta dejarla únicamente cubierta por aquella prenda que, estaba seguro, había diseñado el mismísimo demonio para torturarlo. La tomó de la cintura y la giró con rapidez para estrecharla sobre su cuerpo. El corazón le latía desbocado y la presión de sus pantalones comenzaba a resultar insoportable. Pero por algún motivo, antes de seguir, necesitó que ella le confirmase que estaba de acuerdo, que lo deseaba casi tanto como él porque más era imposible.

Maddison leyó la duda en sus ojos, pero no sabía a qué era debida.

—Decide —demandó Cameron con voz rota—: ¿quieres que siga?

—¿Que todavía esté entre tus brazos no te dice nada? ¿Que haya empezado a desnudarme delante de ti no te confirma que acepto ser tu amante?

La mandíbula de Cameron se endureció.

—Serás mucho más que eso.

—De momento, empecemos por ahí —susurró mientras acercaba sus labios a los de él.

Se puso de puntillas y, demostrando una audacia que estaba lejos de sentir, subió los brazos hasta rodearle el cuello, acariciar su nuca y apretar sus pechos contra el torso de él.

—Comencemos, pues.

Cameron enredó en un puño su cabello para inclinarle la cabeza y con el otro la rodeó por la cintura. Ya no había motivo para la contención. Lo que durante años había ansiado, imaginado e incluso había sido motivo de sus fantasías, lo tenía entre sus brazos. Asaltó su boca con la necesidad de tres años de arrepentimientos, de celos por saber que era otro el que la estaba besando y el único consuelo tonto de saber que al menos él había sido el primero en besarla.

Maddison respondió al ardor de aquel asalto como la misma intensidad y la sensación de estar cayendo al vacío, de precipitarse sin remedio hacia un abismo en el que ya había estado y del que ahora dudaba que hubiese salido alguna vez.

Jadeó cuando Cameron le dio un respiro a su boca y la levantó por el trasero para que enlazara las piernas en su cintura. Sentir la presión del miembro de Cameron en su centro le produjo un asombroso pero insuficiente placer. Necesitaba más. Esta vez fue ella la que lo besó y ronroneó en su boca. La espalda de Maddison reposó sobre la cama y sintió el peso del cuerpo de Cameron sobre el suyo. Todavía tenía las piernas alrededor de sus caderas y se movió, como una gata juguetona contra él. Aquello fue demasiado para Cameron. Se incorporó, dejó solo una rodilla sobre la cama y empezó a desnudarse. A desatar el lazo del pañuelo blanco que llevaba al cuello y tras él una a una las prendas que lo cubrían mientras la imagen de Maddison, solo con las medias, el corsé, y el cabello desordenado sobre la cama lo incitaban a darse prisa y al mismo tiempo saborear aquel momento.

Ella no perdió detalle de ninguno de sus movimientos. Inquieta, comenzó a

rozar sus muslos para tratar de calmar el ardor que la consumía. Cameron era un hombre de físico imponente. Todos y cada uno de sus músculos resaltaban en su cuerpo, pero sobre todas las cosas, se erguía ansioso su miembro.

Se precipitó sobre ella porque aquel escrutinio lo estaba matando. Volvieron a besarse y a sentir ambos la presión del cuerpo del otro donde más lo necesitaban. Entonces, para su sorpresa y con un rápido movimiento, Cameron se incorporó y le dio la vuelta. Admiró su hermoso trasero y lo acarició para calmar la mirada inquisitiva que ella le dedicó sobre su hombro. Con rapidez aflojó las cintas del corsé y mientras repartía calientes y húmedos besos por su espalda desnuda, ella se removía, excitada ante el más mínimo roce. Arrastró las medias hasta dejarla tan desnuda como lo estaba él. Entonces, como si no pesase nada y fuera una muñeca entre sus brazos, volvió a girarla.

—Eres magnífica, Maddy.

Aquella piel pálida, con aquel aroma a flores que lo volvía loco, se volvía de un bonito tono rosado cuando se ruborizaba. Los pechos eran hermosos, llenos, con unas aureolas grandes y sonrosadas, coronadas por la cima dura y orgullosa que lo reclamaba, demandaba sus atenciones.

Pero ella no quería oír palabras, no quería halagos ni falsas promesas. Quería acción. Se incorporó hasta rozar sus pechos contra su piel y tiró de él para sentirlo en cada centímetro de su cuerpo. Acarició su espalda y bajó hasta abarcar con sus manos las nalgas prietas de aquel hombre que la hacía perder toda su cordura.

Cameron gruñó y empujó las caderas sin llegar a penetrarla, solo para sentir su cálida y dulce humedad. Abarcó con su boca el enhiesto pezón, jugueteó con él y lo presionó con los dientes para hacerla gritar de placer. Repitió el mismo proceso con el otro mientras se impulsaba para rozar su sexo sin llegar a conquistarlo.

Maddison estaba al borde de la combustión. Necesitaba más, alcanzar el clímax y sentir la embriagadora sensación de satisfacción que lo acompañaba. Con sorprendente fuerza, empujó a Cameron y lo tumbó de espaldas sobre la cama para acomodarse a horcajadas sobre él. Aquella imagen permanecería en su retina durante toda su vida. Maddison era una Venus. Una diosa del deseo que no dudó en moverse para posicionarse y despacio descender sobre él. Ante aquella presión, la sujetó por las caderas porque temía perder el control y acabar haciendo el ridículo, pero aquello era demasiado bueno, demasiado

intenso. Con fuerza, la hizo descender hasta introducirlo del todo. El jadeo de ambos resonó en las paredes de la habitación. Cameron la rodeó por la espalda para acercarla y adueñarse de su pecho mientras ella comenzaba a moverse y lo incitaba a seguir aquel ritmo, rápido, fuerte y duro que los catapultó a ambos al limbo del placer entre gemidos y palabras inconexas.

Con la respiración agitada, Maddison se dejó caer sobre él. El sudor resbalaba por su espalda y sentía la garganta seca. Cameron no se quedaba atrás, notaba el corazón galopar sin control. La rodeó con fuerza para abrazarla y la besó en el cabello. Si en algún momento de estupidez pensó que con tenerla una vez entre sus brazos aquella noche sería suficiente, ahora supo que había sido un necio. Todavía estaba dentro de ella y comenzaba a endurecerse de nuevo.

Maddison levantó la cabeza y lo miró con sorpresa.

—Parece ser que será una noche larga.

Rodó hasta apoyar la espalda de ella sobre la cama y comenzó a moverse de nuevo. Esta vez con mucha más lentitud, con caricias que la veneraban y miradas que todavía la hacían sentirse más adorada. Se dejó llevar de nuevo por aquella conexión, aquella intimidad demasiado intensa que los rodeaba y cedió al éxtasis poco antes de que él la siguiese.

Permanecieron quietos, uno al lado del otro, en un silencio demasiado cómodo y turbador. El sudor comenzó a secarse en su cuerpo y le sobrevino un escalofrío. Atento, Cameron estiró la manta que había a los pies de la cama y los cubrió a ambos al tiempo que la pegaba a su cuerpo para darle calor. Curiosamente, aquel gesto le pareció mucho más íntimo que todas las caricias y besos compartidos. Intentó alejarse, pero él la retuvo.

—Deberías marcharte —carraspeó incómoda.

—Todavía no. Aún falta para que amanezca, deja que te tenga entre mis brazos un poco más.

—No creo que debamos demorar esto. Lo que tenía que suceder ya ha sucedido. —Arrastró la manta con ella para intentar levantarse, pero él la enlazó por la cintura y terminó recostada a su lado de nuevo.

—Si crees que me conformaré con acostarme contigo, con haber hecho el amor contigo y después abandonar tu cama, no has entendido nada.

—Eso es lo que hacen los amantes.

—Los amantes que no se aman. Yo quiero decirle al mundo entero que estoy contigo.

—Eso no va a suceder, Cameron —dijo con ternura—. No estoy preparada para ello.

—¿Dudas de que te ame?

Maddison no tuvo que pensarlo demasiado. Simplemente asintió. Ya la había engañado una vez, podría volver a hacerlo y esta vez quería estar preparada, protegida. Aunque en el fondo supiese que se estaba equivocando y se engañaba a sí misma.

—Te lo demostraré. Te demostraré que puedes confiar en mí y que mis sentimientos son sinceros. Sé que no tengo derecho a preguntarlo y que no lo merezco, pero ¿tengo alguna posibilidad de ser correspondido?

Maddison afirmó.

—Tienes razón, no tienes derecho.

Escondió el rostro en el cuello de Cameron, lo escuchó suspirar decepcionado y cerró los ojos con fuerza mientras él la acariciaba.

—No importa. Yo tengo amor suficiente para los dos —susurró desilusionado, pero con dulzura.

# CAPÍTULO 39

*El amor consuela como el resplandor del sol después de la lluvia.*  
William Shakespeare

**M**addison, entre la bruma del sueño, escuchó cerrarse la puerta de su habitación. Sobresaltada, se incorporó para comprobar que todavía no había amanecido y se encontró en la mesilla de noche una planta de pensamientos con una nota.

*Gracias por haberme recordado lo que es la felicidad. Yo te llevo en mis pensamientos, quédate tú los míos.*

*Cameron Relish*

Sonrió y volvió a recostarse sobre las almohadas. Todavía no podía creer lo intrépida y desinhibida que había sido, cómo se había comportado con Cameron y lo sobrecogida, tanto a nivel físico como emocional, que estaba por toda aquella intimidad compartida. A su memoria acudieron los encuentros con Arthur. Lentos, pausados, que si bien habían sido satisfactorios, jamás había sentido tal nivel de descontrol, como si la pasión la barriese, como si el tiempo corriera en su contra y no tuviese manos ni besos suficientes para agotarlos. Como si solo escuchara la necesidad de su alma.

Cameron se acomodó el abrigo y recogió el sombrero y los guantes de manos del mayordomo.

—No tengo que recordarte que toda discreción es poca, Charles —advirtió.

—No, señor —dijo con solemnidad—. Solo espero que mi señora no se entere de que soy yo quien le ha dejado entrar. Desde niño ha comprometido mi trabajo. No sé cómo sigo cediendo a sus locas ideas.

—Porque en el fondo, el único en esta casa que me comprendía y al que le importaba un poco eras tú.

Le guiñó un ojo y abandonó apresurado la mansión tras asegurarse de que no había vecinos indiscretos.

Maddison se volvió a dormir, agotada como estaba, y abrió los ojos cuando aquella primera mañana de 1882 lució soleada. Tras levantarse y cumplir con su rutina de aseo, se miró en el espejo con desagrado. La noche anterior se había sentido bonita, ahora volvía a usar los austeros vestidos de luto, cerrados hasta la barbilla y de compostura triste, anodina. Bajó hasta el salón con la esperanza de ver a Coralía y la idea de pasar el resto del día con ella. Se sentía culpable por haberla dejado sola, aunque ella insistió en que se marchase y no quiso saber nada de acudir al teatro. Pero no la encontró en el salón. Ni en la biblioteca. Ni en ninguna de las estancias comunes de la casa, por lo que subió hasta su habitación. Tras golpear un par de veces a la espera de respuesta del otro lado, y sin obtener resultado alguno, se atrevió a entrar. Con ojo crítico contempló la estancia. La cama estaba hecha y todo en su sitio. Volvió abajo y preguntó al mayordomo.

—Charles, ¿has visto salir esta mañana a lady Willbur?

—No, señora. Desde que ayer se retiró no la he vuelto a ver. Si lo desea, preguntaré a Margaret, que se ha encargado de ordenar las habitaciones esta mañana.

—Por favor.

El mayordomo se retiró y Maddison entró en el salón a esperar. Se sentía bastante inquieta, pero era imposible que le hubiese sucedido algo sin salir de aquella casa. A no ser... Saltó del sillón como si un resorte la empujara. ¿Podría Coralía haber sido capaz de escaparse para encontrarse con un hombre? No —se reprendió—. No con un hombre cualquiera. Con el señor Adam Benson. Cuando se encaminaba hacia la puerta, se encontró de bruces con el mayordomo.

—Margaret asegura que la habitación de lady Willbur estaba intacta esta mañana.

—¿Y por qué nadie me ha informado?

—Parece ser que lady Willbur arregla su habitación muchos días, por lo que a la muchacha no le extrañó encontrarla ordenada.

—Está bien, Charles. Muchas gracias. Haz que preparen mi coche, por favor. Tengo que salir con urgencia.

—Por supuesto —asintió presto.

—Y sé que sobra decirlo, pero discreción. No comentes con nadie la ausencia de lady Willbur.

—Descuide, señora.

Media hora después, Maddison llamaba con insistencia a la puerta de la casa de Cameron. En cuanto el mayordomo abrió, se coló dentro con la respiración acelerada.

—Necesito hablar con el barón. Es urgente.

—El señor sigue descansando —comenzó a excusarse el mayordomo. Pero al ver la cara de Maddison se apresuró a complacerla—. Me encargaré de despertarlo. Si es tan amable, la acompañaré hasta el salón.

Una vez la dejó instalada, fue en busca de Cameron. Maddison no podía estarse quieta. Paseaba de arriba abajo sobre la mullida alfombra hasta que diez interminables minutos después, un despeinado Cameron, vestido tan solo con un pantalón de pijama y una bata de seda, entraba en la estancia.

Ante la mirada de sorpresa de Maddison, y sí, también de admiración porque hasta con aquel atuendo era capaz de dejarla muda, Cameron le dirigió una sonrisa pícaro.

—No esperaba otro encuentro tan pronto, pero no seré yo el que ponga objeciones a tu impulsividad.

Avanzó hasta ella dispuesto a rodearla por la cintura.

—No es el momento —intentó detenerlo.

—Cualquier momento es bueno. —Y la besó. Y ella cedió al beso porque otra opción no le pareció posible y hubiese cedido a muchas más cosas si la preocupación por Coralia no se hubiese abierto paso en su obnubilada mente. Lo empujó con suavidad hasta que él aceptó el final de aquel contacto.

—Cameron, esto..., esto es serio. —Él la retuvo contra su cuerpo y ella continuó hablando—. Coralia ha desaparecido.

El gesto de Cameron cambió. Soltó su cintura y la tomó de la mano.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿Desde cuándo no la has visto?

—La dejé en casa ayer, antes de salir al teatro. Cuando volví, bueno, tú sabes mejor que nadie en qué estuve ocupada. —Se sonrojó y continuó con rapidez—: Esta mañana me he levantado tarde y cuando he ido a buscarla no estaba. Nadie la ha visto desde ayer.

—¿Crees que se ha fugado?

Maddison negó con la cabeza.

—No se ha llevado nada. Toda su ropa estaba en el armario. Si le ha pasado algo, no me lo perdonaré jamás. Su madre la dejó bajo mi cuidado — empezó a divagar—. Si se entera, morirá del disgusto. Y yo también. No soportaría que le hubiese sucedido nada malo.

—Cálmate. —La acompañó hasta el sillón y tomó asiento a su lado. Levantó la barbilla de la joven con un dedo y habló con templanza—. ¿Te fijaste si estaba su abrigo en casa?

—No. Tendría que haberlo hecho, ¿verdad?

Aquella mirada de indefensión le provocó una inmensa ternura.

—No pasa nada. Solo era un dato a tener en cuenta para saber si había salido.

—Necesito hablar con el señor Benson. Por eso estoy aquí. De hecho, quizá ella esté aquí.

—¿Con Adam? —Los astutos ojos de Cameron parecieron llegar a la misma conclusión que Maddison. Si se confirmaban sus sospechas, mataría a ese maldito cabezota—. Espérame.

Salió de la estancia y subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la habitación de Adam. Ni siquiera llamó porque desde que aquella idea había anidado en su mente, supo que no lo encontraría. Sí que halló una carta sobre el escritorio que llevaba su nombre. Tras una blasfemia, se apresuró a abrirla.

*Me es imposible rechazar el ofrecimiento de lady Coralia Willbur.  
Hemos salido de viaje y no regresaremos hasta dentro de dos noches.  
No te preocupes porque haré lo correcto.*

*Benson*

Cuando volvió al salón, Maddison estaba de nuevo de pie paseándose sin rumbo. En cuanto percibió su presencia y vio el gesto de Cameron, lo supo.

—Se han fugado —confirmó Maddy.

Cameron asintió.

—La nota tiene la fecha de anoche. Según sus palabras regresarán mañana, tal vez pasado.

—No lo comprendo. Si solo querían tener una aventura, no había necesidad de marcharse de Londres. Esto desatará un escándalo, otro más, en realidad —

dijo cansada y volvió a tomar asiento en el sillón que había junto a la chimenea.

Cameron se acuclilló delante de sus rodillas y tomó las manos de Maddison entre las suyas.

—Maddy, se han fugado para casarse —explicó—. Adam dice que hará lo correcto. Creo que se han ido a Gretna Green.

Ella había escuchado hablar de aquel sitio. Era un pequeño pueblo al sur de Escocia famoso porque muchas parejas de jóvenes, aristócratas en su mayoría, se fugaban allí para casarse, ya que en aquel lugar no necesitaban el consentimiento paterno. A Maddison le resultó tan romántica y a la vez tan descabellada la idea que no supo si reír o llorar.

—Si la fuga de su hija no ha acabado con su vida, este supuesto matrimonio sí que lo hará.

—Sé que no es consuelo y no quiero que pienses que justifico su comportamiento, pero Adam es un buen hombre.

—Uno que se ha llevado a mi amiga contra su voluntad o al menos sin que ella tuviera conocimiento de ello. Si no, se habría llevado algo más de ropa.

—Si lady Willbur no hubiese accedido, Adam no la habría obligado.

—Eso no lo sabemos —respondió obstinada.

—Conozco a mi amigo —lo defendió de nuevo.

—Creo que debo irme. —Se levantó molesta. No sabía muy bien por qué. Quizá porque Cameron en el fondo aprobaba lo que había hecho su amigo porque él hizo lo mismo. Casarse a escondidas. Y aquel recuerdo volvió a escocerle en el pecho.

Cameron la imitó y la tomó por los hombros.

—Quédate.

—No digas sandeces. Me habrán visto entrar, mi coche está en la puerta. No puedo alargar mi estancia más. —Intentó deshacerse de su abrazo, pero él no la dejó.

—Estás enfadada conmigo —afirmó—. ¿Por qué?

—No quiero discutir, Cameron.

—Yo tampoco. Quiero volver a hacerte el amor, pero dudo que estés de acuerdo con mis intenciones.

—Tienes razón, no lo estoy.

Logró apartarse y comenzó a caminar hacia la puerta del salón. No llegó a alcanzarla porque él se pegó a su espalda.

—Dime al menos qué he hecho para enfadarte —susurró en su oído. Y su cuerpo traidor reaccionó a aquel roce encendiéndose como los troncos que ardían en la chimenea.

—Lo defiendes. Justificas su comportamiento.

Cameron suspiró y la besó detrás de la oreja, en el único punto donde sus labios podían tocar su piel.

—No lo hago. Creo que las cosas podrían haberse hecho de otra manera, pero no estaba en nuestras manos.

—Te parece bien —continuó ella obstinada—. Lo apruebas porque tú hiciste lo mismo. Te fugaste para casarte con la mujer que amabas.

Cameron se quedó paralizado. Maddison notó cómo se tensaba a su espalda.

—Así que es eso. —Despacio, la giró entre sus brazos para poder mirarla a los ojos—. ¿Crees que yo amaba a Lilith?

—Recuerdo como si fuese ahora cuando la vi entrar contigo del brazo. ¿Sabes lo que pensé? Que jamás había visto una mujer más hermosa, capaz de acaparar tantas miradas de admiración. ¿Y sabes qué le pregunté a tu madre? Si era alguien de vuestra familia. Todavía hoy me avergüenza haber sido tan ingenua. Jamás se me pasó por la cabeza la posibilidad de que me traicionases. Lo peor de todo es que te justifiqué porque entre ella y yo no había comparación posible.

—No. No la había —confirmó afectado—. Donde tú eras luz, ella era oscuridad. Jamás estuve enamorado de ella. Si me casé, fue para castigar a mi familia y a la tuya.

—Y a mí. Sentías rencor hacia mí porque era conmigo con quien te presionaban para casarte. Y yo no te gustaba.

—No. Lo que no me gustaba era esa presión. Si en algo aligera tu pena, te diré que el mayor castigo me lo llevé yo. Lilith fue mi pesadilla. Una mujer amargada, ruin y vengativa. Por mi culpa, lo reconozco. Porque la alejé de Londres y la llevé a un país extraño, con costumbres muy diferentes y desde luego mucho menos glamuroso que Londres. Cuando advirtió que no tenía dinero, se vendió a comerciantes por sus favores. Y yo la dejé. Consentí que viviese su vida como quisiera porque no me importaba y porque pensé que si así podía encontrar algo de felicidad no iba a robársela. Fue por su vida disoluta que contrajo la enfermedad que terminó con ella. No. Definitivamente entre tú y ella jamás existió comparación posible.

—¿Tendrías el mismo interés en mí si no fuese marquesa? ¿Si no hubiese heredado la fortuna de Arthur?

Cameron la soltó. Comprendía que ella necesitaba tiempo para confiar en él y estaba dispuesto a dárselo. Pero aquella desconfianza dolía.

—¿Sabes qué es lo que más me recrimina Adam cada vez que hablo de ti? —Maddison lo miró sin comprender por qué había cambiado de tema—. Que para mí sigues siendo Maddison Foster. Porque mi mente no quiere asimilar que Maddison Cavendish se casó con un hombre bueno, mucho mejor que yo, de hecho. Que la hizo feliz y disfrutó de sus atenciones mientras yo me arrepentí día tras día por haber tomado la peor decisión de mi vida. ¿Sabes cuál era el único consuelo que tenía? Que yo fui tu primer amor.

—También fuiste mi primer desengaño.

—Y tu primer beso.

—Mis primeras lágrimas por amor.

—Tu primera ilusión.

—También mi mayor vergüenza.

—El primer hombre al que deseaste.

—Sin embargo me entregué a mi esposo.

Cameron no quería pensar en aquello. No quería imaginarla desnuda en los brazos del marqués mientras adoraba su cuerpo. Pero había un instinto primitivo, una estúpida competición que lo empujaba a demostrarle a ella misma que con él todo era mucho más intenso. Porque si algo había comprendido la pasada noche, mientras la tenía entre sus brazos, es que jamás había hecho el amor con ninguna mujer que no fuese Maddison.

—Pero conmigo hiciste el amor. Y ahora, *silencio, voy a cerraros la boca*<sup>[\*]</sup>.

Esta vez la asaltó con un beso desesperado. Entreabrió sus labios con la lengua y conquistó su boca, como temía que terminaría haciendo con su corazón. Se rindió a él hasta que comprendió que si seguían, llegarían a un punto de no retorno. Puso una vez más en acción su cordura y despacio se separó de él.

—Debo marcharme —susurró.

—¿Cuándo volveré a verte? —Cameron apoyó la frente sobre la de Maddison y cerró los ojos.

—Mañana deberíamos empezar a trasladar el algodón de los almacenes a

las fábricas.

—Sabes de sobra que no me refiero a eso —le ofreció media sonrisa.

—Hoy visitaré a mis padres, posiblemente me quede a cenar.

—No me importa. Esperaré hasta que llegues.

Maddison supo que una vez más no entraría por la puerta principal.

—Algún día averiguaré por dónde entras a la casa y quién te ayuda.

Cameron soltó una carcajada.

—Cuando esté seguro de que no me cerrarás la entrada, yo mismo te lo diré.

La abrazó e inspiró hondo antes de darle un ligero beso en los labios y dejarla marchar.

No hubo ningún miembro de la familia Foster que no preguntase por Coralia. Exceptuando su madre que había salido con unas amigas, el resto compartían una conversación distendida en el salón.

En un principio, Maddison se planteó decir la verdad, pero tras meditarlo y conocer los antecedentes de su padre, decidió mentir. Adujo que se encontraba indispuesta y que tendría que regresar pronto a casa para ocuparse de ella. Si hubiese confesado la verdad, William habría partido de inmediato hacia Gretna Green para traerla de regreso, y aunque no estaba segura de si Coralia deseaba casarse, desde luego sí tenía constancia de los actos indecorosos que deseaba llevar a cabo, que no eran otros que los mismos que ella la noche anterior.

—Te has puesto colorada —apuntó Eleanor.

—¿Sí? —Se sonrojó todavía más al saberse sorprendida con esos pensamientos.

—Puede que Coralia te haya contagiado. —Emma se acercó solícita y tocó su frente—. No parece tener fiebre, pero quizá convendría que guardaras cama y no cogieses frío.

—Había pensado quedarme a cenar —protestó.

—Es mejor que hagas caso a Emma —intervino William—. Mañana me acercaré al muelle a comprobar que todo está en orden y pasaré a recogerte.

—Cameron también irá.

El silencio cayó denso, como una losa en la estancia. No había dicho lord Dacre, ni el barón, ni siquiera Relish...

—¿Lo has visto? ¿Has hablado con él? —preguntó su padre con suspicacia.

—Trabaja para mí. Es su función ir al puerto mañana y supervisar el trabajo. Así se lo ordené.

Aquello pareció templar un poco a su padre pero no logró engañar a Emma, que escondió una sonrisa tras la tela de costura que supervisaba a Eleanor.

De pronto, su madre abrió la puerta con ímpetu y la cerró de igual modo tras de sí. Soltó el periódico sobre la mesa de té y miró a Emma con inquina.

—Te tienes que marchar.

## CAPÍTULO 40

*En nuestros locos intentos, renunciamos a lo que somos por lo que esperamos ser.*  
William Shakespeare

**L**a sorpresa ante la repentina aparición de Elizabeth y el imperativo lanzado enmudeció a todos hasta que William tomó las riendas de la situación.

—¿Qué estás diciendo, Elizabeth?

—Lo que habéis oído. Emma se tiene que marchar de esta casa de inmediato. El comportamiento deshonroso de nuestra hija ha puesto a esta familia en el punto de mira de ese despreciable periodista. Y al parecer, todo Londres conoce que William Foster se acuesta con la institutriz de la familia.

Emma estaba pálida. El telar rodó de sus manos y cayó al suelo mientras escuchaba la rabia contenida que tenían las palabras de Elizabeth.

William tomó el periódico de encima de la mesa y leyó la noticia en la página de sociedad. El mismo reportero insidioso, Thomas Bridge, la firmaba. Según rezaba en aquellos párrafos, ambos mantenían una relación desde hacía años, sabida por toda la familia y consentida por su mujer. Al parecer, así lo había confirmado al periodista un miembro del servicio de su propia casa.

—Tiene que salir de aquí hoy mismo —insistió su mujer.

—Tranquilízate, Elizabeth.

—Estoy muy tranquila porque sé que harás lo correcto y Emma se irá de esta casa. Hemos luchado durante muchos años para que se nos considere una familia respetable y ahora no pienso echarlo todo a perder. No voy a consentir que piensen que permito tu devaneo.

Maddison no pudo permanecer por más tiempo callada.

—Pero es que lo permite, madre.

Elizabeth la fulminó con la mirada.

—¿Todavía no has aprendido que lo importante no es ser listo, sino parecerlo? Da igual lo que yo consienta en mi casa siempre que nadie se entere. Haz las maletas —se dirigió a Emma—. Te marcharás hoy mismo.

Emma se levantó con piernas temblorosas. Eleanor lloraba en silencio en un rincón, sobrecogida por la frialdad de su madre y el dolor de su institutriz, y William esquivaba su mirada. Solo Maddison se acercó hasta ella para ayudarla y ella lo agradeció infinitamente.

—¡Padre! —llamó Maddison la atención de su progenitor, incapaz de creer que aceptase que Emma saliera de esa casa.

Pero William parecía perdido en sus pensamientos.

—William —musitó Emma.

Aquello pareció hacerlo reaccionar. Aquel tono suplicante en su voz lo destrozó.

—Encontraremos una salida —respondió con tono cansado, pero incapaz de mirarla.

No era lo que ella quería oír. No era la defensa que una mujer enamorada esperaba y aquello la hundió más todavía.

—De momento te trasladarás a Oxfordshire y...

—Ni lo sueñes —presionó su esposa—. No puedes enviarla a nuestra casa de campo porque eso solo serviría para confirmar el rumor. Alejas a tu amante de la capital, pero te la llevas a tu mansión en el campo.

—¿Qué esperas que haga? —se exasperó Foster.

—Dejarla marchar. Todo tiene un principio y un final.

El pánico asaltó a Emma. Siempre había temido que aquella relación se hiciese pública y les obligase a ponerle fin, pero guardó la esperanza de que, llegado el momento, William lucharía por ella. Algo que, empezaba a comprender, jamás llegaría.

—Pensemos con calma. —William intentó ganar tiempo, uno que sabía que no tenía—. Podemos negarlo. Me encargaré de que ese periodista se retracte de sus palabras.

—Claro —respondió irónica Elizabeth—. Es lo que haremos, negarlo y decir que todo responde a una falacia, al despecho de un sirviente que pillamos en alguna falta, lo que se te ocurra. Pero el daño ya está hecho, William. Y si no queremos empeorarlo, debemos actuar ya.

William sintió el suelo moverse a sus pies. Tenía que tomar una decisión: o bien desistía de todo lo que durante años había sido su mayor ambición, ganarse un nombre y que su familia entrase a formar parte de la aristocracia, o renunciar a Emma. Si Eleanor al menos ya estuviese prometida, pero todavía quedaba su hija pequeña. ¿Qué matrimonio podría ofrecerle si su padre

deshonraba a su familia, a su esposa, en favor de su amante? Las esperanzas de casarla con algún noble ya eran escasas, pero después de su decisión serían nulas. Tan solo tenía que aguantar unos meses. Eleanor cumpliría dieciocho años ese verano, sería presentada en sociedad en primavera, y quizá en su primera temporada lograra comprometerse. Era una joven hermosa, mucho más impulsiva de lo que Maddison lo había sido jamás, pero aquello no tenía por qué jugar en su contra. Por un breve instante, creyó posible mantener las dos cosas. Solo hasta que Emma habló.

—Me marcharé de esta casa para siempre, William. Pero también de tu vida.

William cerró los ojos al escuchar aquellas palabras. Lo conocía bien. Sabía que intentaría buscar la forma de conservarlo todo, pero durante aquellos frenéticos pensamientos, no había caído en que aquella relación no solo era cosa suya. Y era evidente que Emma no se rebajaría a ser *desahuciada* y después volver a sus brazos.

—Intento encontrar una solución —dijo más herido que molesto, aunque su tono de voz fue de enfado.

—Sabes que no la hay. Tienes que renunciar a algo, William.

La voz rota de aquella mujer encogió el corazón de Maddison. Parecía tan desvalida, tan triste y al mismo tiempo esperanzada que no dudó en sujetarla de la mano y apretarla para que comprendiese que no estaba sola. Que pasase lo que pasase, ella la apoyaría porque si allí dentro, alguna de aquellas dos mujeres merecía llamarse madre, esa era Emma.

—Hablemos sobre esto a solas. —William llegó junto a ella y la tomó de los hombros—. Vayamos a la biblioteca.

—No. —Negó con la cabeza—. Creo que este asunto concierne a todos los presentes. Son tu familia.

A William jamás le había gustado encontrarse entre la espada y la pared. Si se sentía acorralado, atacaba.

—Me estás presionando —la advirtió.

—Creo que podrás soportarlo. ¿Qué eliges, William?

—¡Maldita sea! —blasfemó y se alejó de ella, desesperado por aquella situación en la que Emma ni siquiera cedía un poco para poder estar a solas y decirle que pasara lo que pasase la amaba.

Aquel gesto confirmó lo que ella ya había intuido.

—Debo marcharme —dijo Emma al fin. Trató de esconder un sollozo y,

con la cabeza erguida, salió de la estancia hacia su habitación.

El silencio fue ocupado por el vacío de la presencia de Emma.

—¿Qué has hecho, padre? —le recriminó Maddison.

—Anteponer el futuro de mi familia al mío propio —se defendió con dureza.

William salió de la habitación como una exhalación y subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la puerta de Emma. Apoyó la frente sobre la hoja de madera e intentó abrir, pero estaba cerrada.

—Ábreme, por favor. —Ninguna respuesta llegó del otro lado—. Te lo ruego —susurró.

Como si alguna vez ella hubiese sido capaz de negarle algo, escuchó la llave al otro lado y la puerta se entornó para cederle el paso. Entró despacio, como quien se adentra en una cueva desconocida y teme resbalarse. Aunque lo cierto es que él ya había caído.

—Necesito que entiendas por qué he tomado esta decisión.

—A todos los efectos, la decisión ha sido mía. Tú no has sido capaz de pedirme que me fuera. Ha sido muy cobarde por tu parte, William.

—Es que no soy capaz de hacerlo. Me ahogo de pensar que no te voy a ver. Te daré dinero hasta que pueda...

—No me insultes, William —le dijo con dureza.

Hasta ese momento, Emma había estado de espaldas a él, guardando sus vestidos en la maleta, pero se giró para encararlo con las mejillas anegadas de lágrimas.

—¿A dónde vas a ir?

—Ahora ya no es de tu incumbencia.

Volvió a darle la espalda, pero él caminó hacia ella y la giró entre sus brazos.

—¿Qué quieres que haga? Eleanor se estrenará esta temporada. Merece un matrimonio en condiciones. Si acepto que te quedes, ¿qué opciones tiene?

Emma negó con la cabeza, desilusionada.

—De todas formas, Eleanor pronto encontrará un hombre bueno con el que casarse y mi función en esta casa habrá terminado. ¿Qué habrías hecho entonces?

—Habría encontrado alguna solución. Ahora no puedo posicionarme si no es al lado de mi familia; Eleanor merece un matrimonio tan bueno como fue el de Maddy.

—¿Qué quieres para ella, William? ¿Con el ejemplo de lo que le sucedió a Maddison no ha sido suficiente? No has entendido que más que un matrimonio ideal, deben encontrar al hombre ideal. ¿Qué importa si no es aristócrata? ¿Crees que a Maddison le hubiese importado que Cameron en lugar de barón hubiese sido abogado? ¿O panadero?

Él la miró horrorizado.

—No me he sacrificado toda mi vida para que mi familia regrese al lodo del que yo conseguí salir.

Ella lo miró con infinita ternura, pero al mismo tiempo decepción.

—Ese es el problema, William. Tú. Tú eres el que desea todo eso y está dispuesto a lo que sea para conseguirlo.

—Pero no quiero perderte. No estoy preparado para dejarte marchar. —Apoyó la frente contra la suya y con los pulgares limpió las lágrimas que no dejaban de derramarse por su rostro. La besó con ternura, como si temiese que fuera a romperse entre sus brazos—. Dime qué hago.

—Si tengo que pedírtelo —sollozó—, si después de todo este tiempo todavía me lo preguntas, solo mereces mi adiós.

Se alejó de sus brazos y continuó haciendo la maleta. William fue incapaz de permanecer allí viéndola preparar su equipaje.

—Te quiero, Emma. Te he querido y siempre te querré.

Ella se detuvo de espaldas a él hasta que lo escuchó abandonar la habitación.

—Pero no lo suficiente —lloró desconsolada.

Maddison salió del salón poco después de que su padre se marchara, harta de las advertencias de su madre de que no podía alojar a Emma en su casa porque eso sería como posicionarse al lado de su institutriz y ella era su madre. Los lazos de sangre por encima de los del corazón, le había dicho. Pero no para ella. Por supuesto que se llevaría a Emma a su casa y luego ya pensarían una solución. Lo que tenía claro es que no la dejaría en la calle.

La imagen de Emma bajando las escaleras envuelta en un mar de lágrimas hizo que corriese a su encuentro y la abrazase con fuerza.

—Vendrás conmigo —le aseguró.

—Sabes que no debo hacerlo.

—Sin embargo, lo harás.

La instó a caminar hacia la salida, donde su cochero aguardaba. Emma giró sobre sus talones una última vez para despedirse de aquella casa cuando Eleanor corrió a su encuentro, igual de afectada que ella.

—Te echaré de menos. Esta casa no será lo mismo sin ti. Por favor, dime que me escribirás.

Emma se abrazó a la joven y la besó en la cabeza.

—Prométeme que no me olvidarás —le pidió con la voz rota.

—Jamás —juró Eleanor.

Se abrazaron una última vez antes de que Maddison le asegurase que cuidaría de ella y la mantendría al tanto de todo lo que sucediese. Después, la puerta se cerró a su espalda.

Maddison dejó a Emma instalada en una de las habitaciones y aguardó hasta que se tomó el té que había ordenado que le prepararan. La dejaría descansar, llorar su pena a solas, sin testigos, pero con la confianza suficiente de saber que ella estaría pendiente, que no estaba sola, como ella había hecho cuando Cameron la abandonó.

Antes de bajar, pasó por la habitación de Coralia por si había regresado, pero sabía que no. Todavía no habían pasado las dos noches que el señor Benson dijo en su carta.

Emocionalmente destrozada, se dirigió al invernadero. Esta vez no se sorprendió de encontrarse a Cameron allí, pero sí de que una tela cubriera el suelo y él estuviese colocando cojines de varios colores sobre ella. También descubrió una nueva maceta de pensamientos, preciosa, como todas, y de un intenso color amarillo.

—Has venido mucho más pronto. No me ha dado tiempo de prepararlo. — Sonriendo caminó hacia ella, pero el gesto murió en sus labios cuando advirtió que había llorado y que parecía muy triste—. ¿Qué te sucede?

Maddison no quiso llorar. No delante de él. Pero las lágrimas, traidoras, se rebelaron y rodaron por sus mejillas mientras ella intentaba limpiárselas sin éxito.

—Maddy... —susurró preocupado mientras la rodeaba con los brazos y la pegaba a su cuerpo con ternura.

—Lamento que te hayas tomado la molestia, pero hoy no es un buen día para..., para...

—¿Crees que solo es eso lo que me interesa de ti? —dijo con suavidad—. Acepto esta situación porque es la única manera de tenerte.

Ella sollozó más fuerte y enterró la cara en su pecho.

—Cuéntamelo, por favor. Deja que te escuche y si está en mi mano, que te ayude.

Las palabras empezaron a brotar de los labios de Maddison porque las penas compartidas pesaban menos. Porque entre sus brazos sintió la confianza suficiente para contarle el secreto a voces de su familia y porque necesitaba que él la consolase. Porque por algún motivo, estar pegada a él hacía que pudiese volver a respirar hondo.

—¿Está Emma aquí?

Maddison asintió.

—Mi madre dice que no debería quedarse en esta casa.

—¿Y qué quieres tú?

—Yo no quiero que se sienta sola.

Cameron la acompañó y la ayudó a sentarse sobre los cojines porque cada vez parecía que la fuerza de sus piernas fuera menguando. Él lo hizo a su lado, le tendió un pañuelo y la tomó de la mano.

—Pero entiendes la razón que te ha dado tu madre —dijo al fin.

—Si acepto que Emma se quede, el sacrificio de mi padre no habrá servido para nada.

—Valiente despropósito de sacrificio.

Aquello llamó la atención de Maddison por el tono de reproche en su voz.

—¿Qué habrías hecho tú en su lugar? —preguntó con curiosidad, pero sin acritud.

—Yo creo que ya he cometido suficientes errores en mi vida como para tener una perspectiva bastante clara de lo que quiero, y desde luego no tiene nada que ver con mi posición social. Ni ya puestos, con el dinero, que lo necesito para vivir, pero que no me da la vida. ¿Comprendes?

—¿Qué necesitas?

—Para sentirme vivo, solo te necesito a ti.

Maddy se ruborizó como a él le encantaba que hiciera, pero no apartó los ojos de los suyos.

—¿Quieres decir que de haber sido tú mi padre, habrías elegido a Emma?

—¿Tú no?

—No has contestado a mi pregunta.

—Sí, Mad-Maddy. Habría elegido quedarme con la mujer que amo. No me creo lo que voy a decir —sonrió de medio lado—, pero siento compasión por todo lo que sufrirá tu padre. Porque llegará el día en que comprenderá la magnitud de su error y entonces quizá sea tarde.

—Ya es tarde —se lamentó Maddison.

—Mientras hay vida hay esperanza —sonrió—. Puedo llevarme a Emma a mi casa e instalarla allí si crees que eso facilitaría las cosas.

—¿Lo harías?

—Si te aliviara la pena y te restara una preocupación, sin dudarlo.

Maddison pareció dudarlo, pero al final negó con la cabeza.

—Pero eso levantará más chismorreos. Que la amante de mi padre ahora se traslade contigo solo hará que se avive más el rumor y que vean tu gesto y el de Emma como una provocación o una afrenta a mi familia.

—El problema es que a mí no me importa lo que piensen los demás. Yo lo hago por ti. Porque sé cuánto quieres a tu institutriz y comprendo que estás en una situación complicada. Mientras, pensaremos qué hacer.

El hecho de que Cameron hiciese el problema suyo también la conmovió. Llevaba tiempo esforzándose por no dar valor a las declaraciones directas, los detalles materiales y los que no lo eran tanto con tal de no darle crédito, de no volver a creer en él y en sus supuestos sentimientos, pero la verdad es que se lo estaba poniendo muy difícil.

Se lanzó a sus brazos y le rodeó el cuello. Lo pilló tan de sorpresa que a punto estuvo de acabar tumbado sobre los cojines, como en un principio había previsto aquella velada.

—Gracias —susurró junto a su garganta.

Cameron cerró los ojos e inspiró ese momento de felicidad. Maddison había bajado un poco la guardia y él se permitió asaltar sus sentimientos.

—No hay nada que no fuese capaz de hacer por ti.

# CAPÍTULO 41

*El amor es un loco tan leal, que en todo cuanto hagáis, sea lo que fuere, no halla mal alguno.*

William Shakespeare

Cameron y Maddison abandonaron el invernadero y se dirigieron al salón. Ya había oscurecido y pronto se serviría la cena. Al final, él la había convencido para que hablase con Emma y que fuese ella misma la que decidiese si quería trasladarse con él.

Ambos se sorprendieron al encontrarla sentada en un sillón, todo lo erguida que lo destrozada que estaba le permitía, y con la maleta a su lado. Al verlos aparecer juntos, no pudo evitar que una pequeña sonrisa asomara a sus labios.

—¿Qué ocurre, Emma? —Maddison corrió a su lado.

—Ambas sabemos que mi estancia aquí no es posible —dijo con tristeza.

—Cameron..., lord Dacre —rectificó— se ha ofrecido a que te traslades a su casa.

Emma se negó en rotundo.

—Sabes tan bien como yo que esa tampoco es una buena opción. —Suspiró y le acarició la mejilla con ternura—. Escúchame, Maddy. Tengo que ser coherente y consecuente con mis actos. Yo decidí quedarme al lado de tu padre y sabía cuáles eran las condiciones. Viví como su amante por elección propia, pero jamás quise lastimar a nadie. Tenía claro que si llegado el momento, alguien debía sufrir, esa sería yo. Lo mejor es que me traslade a un hotel hasta que encuentre otro trabajo —la voz se le rompió y tuvo que aguardar unos segundos para poder seguir hablando—. Tengo algunos ahorros y puedo vivir así durante un tiempo.

—No. Yo no quiero que estés sola en una fría habitación de hotel —negó con vehemencia.

—Elegiré uno que tenga una buena chimenea —bromeó con ella.

—Creo que es una buena solución —interrumpió Cameron—. Las puertas de mi casa están abiertas, pero temo que nuestro acto de buena fe se desvirtúe y sea un motivo más para atacar a los Foster. Algo que a mí no me importa,

pero que entiendo que a usted y a Maddison sí. Si está de acuerdo, yo mismo me encargaré de reservarle habitación en un hotel con privacidad. Mientras, puedo hablar con mi amigo Harald, por si supiese de alguien que necesitase una institutriz.

Para Emma fue como si viese a Cameron Relish por primera vez.

—Si alguien me hubiese dicho que aquel muchacho rebelde, estirado e insoportable se convertiría en el hombre que hay ahora ante mí, jamás lo hubiese creído.

—Es todo un halago —Cameron sonrió.

—Desde luego —confirmó Emma.

—Ahora me marcharé y reservaré habitación antes de pasar por el club. Enviaré un coche de alquiler para que la lleve con total discreción.

—Gracias. —Suspiró aliviada Emma.

Cameron se inclinó, besó la mano de Maddison y aprovechó para acariciar el interior de su muñeca.

—Volveré mañana para concretar los detalles de nuestro próximo encuentro. —Maddison se ruborizó y él, pícaro, no dudó en sacarla del apuro —. De negocios, por supuesto.

—Por supuesto —confirmó ella.

—Es evidente —intervino Emma con desenfado.

Una vez Cameron abandonó la habitación, Emma no dudó en hablar.

—¿Sabes, mi niña? He sido experta durante años en perfeccionar gestos y caricias que para los demás pasaran desapercibidas.

Maddison suspiró. No tenía sentido ocultarle a aquella mujer nada.

—Es cierto que somos amantes. —El rojo intenso de sus mejillas la hizo agachar la cabeza.

—No te avergüences. —Levantó la barbilla de la joven y escrutó su mirada — ¿Lo amas?

—Cameron insiste en que me quiere. Que se dio cuenta de su error cuando se marchó. Que durante años me ha amado y sufrido por mi matrimonio y que ahora que ha regresado no piensa dejarme escapar.

—No es eso lo que yo te he preguntado.

—Siento que no estoy preparada para asumir nada. Yo... Tengo miedo, Emma.

—Si temes, es porque aunque sea un poco, ya ha entrado en tu corazón.

Cameron echó de menos a Adam cuando llegó al club. Estaba lleno, como todas las noches si no más. Había pasado por allí antes de ir al hotel solo para echar un vistazo, cuando el encargado lo avisó de que un cliente tenía un interés especial en hablar con él con discreción.

—Le espera en la antesala de su despacho —le informó.

Le dio las gracias y mientras saludaba a algunos conocidos que parecían haberse olvidado de sus afrentas pasadas, iba avanzando hacia las escaleras. Pero nada lo preparó para encontrarse al nuevo marqués Cavendish esperándolo.

En cuanto Ethan lo vio, se levantó y lo saludó con cortesía.

—Lord Dacre.

—Lord Cavendish —respondió del mismo modo.

Cameron abrió la puerta con llave y antes de entrar, le cedió el paso. Tras cerrar, ocupó su lugar detrás del escritorio.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¡Oh! Simplemente se trata de una vista de cortesía.

Cameron se recostó en el sillón, entrelazó las manos y lo contempló con interés.

—Un honor.

—Lo cierto es que estoy un poco preocupado por la marquesa viuda.

El pulso de Cameron se alteró, pero no lo dejó traslucir en ningún momento.

—Me temo que no le sigo.

—Estará al tanto, supongo, sobre la noticia que ha salpicado hoy de nuevo a los Foster. Un nuevo escándalo... —chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Primero el rumor que los relacionaba a usted y a lady Cavendish —hizo una pausa para calcular su reacción, pero Cameron no hizo ningún movimiento—, y ahora a Foster con la institutriz.

—La vida social de Londres se mantiene a base de ese tipo de rumores.

—Pero seguro que usted está más que satisfecho. Yo en su caso lo haría. Primero porque lo relacionen con una marquesa viuda, joven, hermosa y además adinerada. Y luego porque el destino ha querido que ahora fuera Foster quien estuviese en el ojo del huracán cuando hace años fue usted.

—Desde luego, dicho así, soy el hombre más feliz del mundo —ironizó.

El marqués sonrió.

—Debe ser difícil para usted tratar con un hombre como él, que además le arruinó la vida.

—Si le soy sincero, no lo hago. Es a las órdenes de lady Cavendish que estoy. No de Foster.

—Mucho más satisfactorio, sin duda.

Cameron no respondió. Se limitó a estudiar al marqués y encontrar el sentido de aquella conversación.

—¿Lo ha perdonado? —Ante la mirada de incompreensión de Cameron, Ethan aclaró—: Usted a Foster. ¿Lo ha perdonado por todo lo que le hizo?

—Había mucho que perdonar —respondió ambiguo—. ¿Quiere una copa?

Ethan asintió y Cameron se levantó para servirla.

—Imagino que para Foster supondría casi una traición que mi tío le ayudara.

De espaldas a él sonrió. Por muy sibilino que intentase ser, Cameron sabía hacia dónde se dirigía, lo que intentaba saber era para qué.

—Para Foster todo lo que se salga de sus planes es una traición. —Giró sobre sus talones y entregó la copa a Ethan mientras él daba un sorbo de la suya.

—No sé cómo pudo marcharse de Londres y vivir todos esos años exiliado, sin su fortuna y trabajando sin parar para recuperar algo del dinero que le fue... se podría decir estafado, ¿no cree?

—Bueno, me marché porque no tuve opción.

—¿Qué hay de sus tierras?

—Foster las disfruta. —Evitó decir que si él quisiese reclamárselas, se las tendría que devolver. Pero no las necesitaba, al menos de momento, y le satisfacía que Maddison las ocupara.

—¿No le gustaría recuperarlas?

Cameron pareció meditarlo.

—¿No resarciría eso parte de su orgullo? —lo presionó el marqués.

—Por supuesto.

Ethan sonrió, apuró la copa y la dejó sobre la mesa. Acto seguido se levantó y Cameron lo imitó.

—Eso pensaba yo. Seguiremos en contacto, lord Dacre. Ha sido un placer charlar con usted.

Le tendió la mano y Cameron la aceptó con la extraña sensación de estar haciendo un pacto con el diablo cuando en realidad no había dicho, ni mucho

menos hecho, algo comprometedor.

—Lo mismo digo, marqués. Vuelva cuando lo desee.

—Pronto, se lo aseguro.

El coche de alquiler llegó a casa de Maddison casi a medianoche con una nota de Cameron en la que le indicaba el hotel en el que se hospedaría Emma y la informaba de que se pasaría por la fábrica de madrugada para ver que estaba todo preparado para trasladar el algodón.

Le dolió ver a aquella mujer que consideraba una madre escabullirse de su casa entre las sombras de la noche, con discreción, como si fuese una delincuente que huía de alguna fechoría cuando el único error que había cometido había sido enamorarse del hombre equivocado.

Habían acordado cartearse, pero no verse de momento, no al menos hasta que la atención no estuviese tan centrada en su familia. Pero Maddison no podía obviar la sensación de estar dándole la espalda cuando en realidad ella no lo habría hecho jamás.

Aquella fue una noche desapacible, de ratos de insomnio y pesadillas por las que al final desistió de seguir en la cama. Estaba empezando a amanecer cuando decidió que no tenía sentido permanecer más tiempo acostada. Solicitó la ayuda de su doncella para vestirse y bajó al salón a desayunar. Se estaba preparando una tostada cuando escuchó murmullos y risas en la entrada. Aguzó el oído y percibió pasos rápidos dirigirse hacia la escalera. Apartó la silla y caminó resuelta hacia el origen de aquellas voces. En cuanto abrió la puerta, sorprendió a Coralia cargada sobre el hombro de Adam casi a mitad de la escalera.

Su amiga la vio primero porque él estaba de espaldas.

—¡Maddison!

Adam se detuvo y giró sobre sí mismo para verla.

—Lady Cavendish —la saludó educado, como si no tuviese a una mujer en su hombro y la mano apoyada en el trasero de esta.

—¡Gírate, Adam! Así no la veo —protestó Coralia.

—Quizá sea mejor que te deje en el suelo —apuntó Maddison todavía sorprendida.

—Es cierto —rio a carcajadas su amiga—. Bájame, Adam.

—¿Va a ser toda la vida así? —protestó este—. Gírate, Adam. Bájame, Adam.

La dejó en el suelo a su lado, con cuidado de que no perdiera el equilibrio en el escalón.

—Bésame, Adam —dijo con adoración.

—Eso ya me gusta más.

La rodeó por la cintura y la besó como si Maddison no estuviese al pie de la escalera, en medio de una escena que bien podría haberse sacado de una obra de teatro. Soltó una tosecilla incómoda cuando vio que Adam dirigía las manos al trasero de su amiga y esta pareció de pronto recobrar algo de sentido común.

—Lo siento, Maddison.

—Creo que será mejor que bajéis y hablemos en el salón.

No les esperó, se encaminó hacia allí y tomó asiento en la mesa en la que estaba desayunando. Su vida parecía una noria. Por un lado su relación con Cameron, por otra la situación de su padre y Emma, y ahora aparecían Coralia y el que se suponía su esposo. Se frotó la frente ante el incipiente dolor de cabeza.

La pareja entró en la estancia y ella les invitó a tomar asiento.

—¿Tienes idea de lo preocupada que he estado por ti? —le dijo a Coralia llena de resentimiento.

—Lo lamento, Maddy —dijo afectada. Al menos así la creyó, arrepentida por el modo en el que había hecho las cosas.

—Quizá debemos mantener esta conversación a solas —sugirió.

Adam asintió.

—Volveré más tarde para que te dé tiempo a recoger tus cosas. —La besó en la mano y se despidió de Maddison.

Cuando Adam se marchó, Coralia todavía tenía una sonrisa tonta en la cara, pero Maddison tuvo que admitir que estaba radiante.

—¿Te raptó?

Cora pareció meditarlo.

—Se podría decir que sí. No sabía que nos casaríamos, solo le propuse una aventura. Una noche para saber lo que era tener un amante y...

—Me hago a la idea —la cortó incómoda—. ¿Te obligó a casarte con él, Cora?

—Lo cierto es que yo no quería, al principio. Pero luego me convenció. Aquella noche en la posada fue la más maravillosa de mi vida. —Estaba sonrojada y eufórica.

—Estás casada, entonces.

—¡Oh, Maddison! Ha sido maravilloso. Todo. Jamás pensé que podría ser tan feliz. Que hubiese lugares para besar tan íntimos e intensamente satisfactorios.

—Coralia, por favor. Céntrate —le pidió Maddison—. Una cosa es tener relaciones con un hombre como su amante y otra muy distinta es haberte desposado con él. ¿Estás segura de lo que has hecho?

Su amiga entrecerró los ojos sin comprender.

—Maddison, me da la sensación de que te parece más aceptable que tenga un amante que un esposo.

Solo tuvo que pensarlo un poco para comprender que esa era la impresión que debía dar.

—No, por supuesto. Ya te dije que me parecía una locura lo de tener un amante. Pero es que no sé si el señor Benson te hará feliz. No es lo mismo una noche de pasión que no tienes que volver a repetir si no lo deseas, que toda una vida atada a un hombre que no ames o no te ame.

—Entonces despreocúpate. Yo le amo y él me ama.

Maddy estaba segura de que ella le amaba, lo leía en sus ojos, pero él...

—¿Te lo ha dicho?

—Sí —respondió un poco enfadada—. ¿No crees que pueda quererme?

—¡Por supuesto!

—No. No lo crees. Piensas que se ha aprovechado de mí o que quizá se casó conmigo porque mi familia tiene dinero.

Maddison se sintió culpable, pero así había sido. Había pensado mal de él desde que supo que se la había llevado sin su consentimiento.

—No es por ti —empezó a explicarle con tiento y sí, también con ternura, porque lo último que quería era herirla—. No dudo que despiertes el amor en ese hombre, ni en cualquiera, en realidad, porque eres una mujer extraordinaria. Es su manera de proceder lo que me ha puesto en alerta y me hace desconfiar.

—Pues quédate tranquila. En todo momento me sentí a salvo y tuve la oportunidad de volver. No me retuvo contra mi voluntad. Si nos casamos fue porque quisimos.

Maddison suspiró.

—¿Eres feliz?

—Jamás en mi vida lo he sido tanto.

—¿Me prometes que serás feliz?

—Te prometo que lo intentaré con toda mi alma.

—Si tu esposo no se comporta como todo un señor, házmelo saber.

Coralia soltó una carcajada.

—Ahora has hablado como tu padre.

Maddison también sonrió.

—Supongo que me enseñó bien. —Alargó la mano y apretó la de su amiga

—. ¿Qué haréis ahora?

—Adam quiere que me traslade con él a casa del barón, al menos unos días. Hasta que salga el barco que nos lleve de regreso a Charleston. Ha llegado la hora de volver y de presentarle mi esposo a mi madre.

—Os deseo mucha suerte a ambos. Me alegro de que al menos alguien sea feliz.

—¿Por qué dices eso?

Suspiró con tristeza.

—Se trata de Emma.

La puso al tanto de todo lo acontecido, de cómo se habían desencadenado las cosas y de que ahora la institutriz estaba en un hotel y que debía buscar otro empleo. De lo impotente que la hacía sentir todo eso y de lo triste que le parecía la situación. No pudo evitar llorar de nuevo al recordar su despedida.

—Puede que yo tenga una solución. —Coralia apretó las manos de su amiga—. Si Emma acepta, puede viajar conmigo a Charleston. Tarde o temprano espero tener hijos y mientras necesitaré a alguien que atienda a mi madre. Ahora no puedo dedicarme en exclusiva a ella y aunque esto pueda sonar mal, quiero también disfrutar de mi matrimonio. No me malinterpretes, quiero a mi madre y estaré a su lado, pero no cada minuto como había sido la tónica de mi vida hasta que me escapé.

—Te comprendo y no te puedo negar que es una buena solución. Es solo que me entristece la idea de que Emma se marche. Si te vas tú y te la llevas, ¿qué me queda?

—Te queda encontrar la felicidad, Maddison. Te lo mereces.

Abrazó a su amiga. Ya la echaba de menos y todavía no se había marchado. Parecía que todas las personas importantes de su vida la dejaban sola.

Ayudó a Coralia a recoger sus pertenencias y ya preparada para que Adam viniese a buscarla, esperaron de nuevo en el salón.

—Señora —interrumpió el mayordomo—. Lord Dacre necesita hablar con usted. Dice que es urgente.

—Hazlo pasar, por favor.

Solo tuvo que ver la cara de Cameron para comprender que algo no andaba bien.

—Maddison... —se interrumpió al ver a Coralia y se dirigió a ella—. Lady Willbur, ¿dónde está Adam?

—Se ha ido a casa, pensé que estaría con usted.

Cameron negó con la cabeza.

—He estado en el puerto desde antes del amanecer para cargar y trasladar las balas de algodón. ¿Se ha limitado a dejarla aquí? —preguntó a modo de reproche.

—Se han casado, Cameron. Volverá a por ella en breve, dime por favor qué sucede —intercedió Maddison.

Cam se centró en ella, se acuclilló a sus pies y la miró con preocupación.

—Como he dicho, estaba cargando las balas de algodón para trasladarlas cuando han venido a avisarme. La fábrica de tu padre está en llamas, Maddy. El incendio comenzó de madrugada y todavía no han podido extinguirlo. Me he acercado para ver cómo estaba la situación y casi puedo asegurar que poco o nada quedará en pie.

—¡Dios mío! —Maddison palideció. Horrorizada, colocó una mano sobre su garganta para intentar calmar su pulso—. ¿Hay heridos?

—Hay trabajadores que todavía no han sido encontrados —dijo con delicadeza.

—Cielo santo —murmuró afectada—. ¿Mi padre ya estaba allí?

—Ha acudido cuando lo policía lo ha avisado.

—Estará destrozado. Tengo que ir. —Se levantó resuelta, pero él la tomó por los hombros con una familiaridad que sorprendió a Coralia, testigo mudo de aquella tragedia.

—No allí. El espectáculo es dantesco. Iré yo y le prestaré mi ayuda en lo que necesite. Cuando esté todo calmado, volveré y te acompañaré a su casa.

—Iré de todas formas, Cameron. Por un lado, no creo que a mi padre le alivie tu presencia, y por otro, no necesito tu aprobación. Coralia...

—Vete, Maddison. Esperaré a que llegue Adam, pero por favor, mantenme al tanto.

—Gracias —susurró. Miró a Cameron con determinación—. No perdamos

más tiempo.

—Eres realmente obstinada —se lamentó el barón. Pero la siguió hasta la salida y juntos se dirigieron hacia el lugar del incendio

# CAPÍTULO 42

*La lealtad tiene un corazón tranquilo.*  
William Shakespeare

Cuando Cameron la advirtió de que la imagen de la fábrica era dantesca, no llegó a imaginarse hasta qué punto. Alrededor del perímetro que había hecho la policía se arremolinaba la gente, muchos de ellos gritando nombres, seguramente de familiares, y otros lloraban desesperados. La piel de Maddison se erizó ante el sufrimiento de aquellas personas y se contagió de su tristeza. Lloró lágrimas silenciosas mientras con la mirada buscaba a su padre. Lo vio dentro de la zona acordonada, hablando con la policía. Intentó abrirse paso con cuidado, pero recibió empujones que la vapulearon. Solo las manos de Cameron consiguieron que no cayese al suelo. La tomó por la cintura y la guio fuera de aquel círculo mientras ella protestaba.

—Quiero estar con mi padre.

—Pero por ahí no lo conseguirás, ven conmigo.

La alejó de allí y por un callejón estrecho, en el que también había gente, pero mucha menos, pudieron llegar hasta el lateral de lo que había sido la fábrica y donde había uno de los cordones del perímetro. Cameron llamó al policía que había más cerca, que en un principio lo miró de mala manera y contestó que no sabía nada de ningún trabajador.

—La señora es la marquesa Cavendish, hija del señor Foster.

—Mi padre me está esperando —apuntó ella un tanto a la desesperada.

El policía pareció dudar, pero finalmente su atuendo caro lo convenció de que no eran de la clase obrera y los dejó pasar.

Maddison se cubrió la nariz con el antebrazo y avanzó entre las ráfagas de humo que el viento enviaba, con un olor casi se podría decir fétido, hasta llegar junto a William.

—Padre —lo llamó y colocó una mano en su brazo.

—¿Qué haces aquí? No deberías haber venido —le recriminó.

—¿Se sabe cómo ha sido? —obvió el regaño.

—No. Todavía es pronto para eso y quizá nunca lo sepamos. Toda esa gente... —se lamentó William mientras miraba a sus trabajadores, los que se habían salvado y estaban heridos, y los que no, cuyos cuerpos empezaban a llevarse.

Maddison jamás había visto a su padre tan hundido. Tenía profundas ojeras y estaba pálido como la cera.

—Señor Foster —llamó su atención el jefe de policía—, el incendio parece controlado. Aquí poco puede hacer ya. Márchese a su casa y en cuanto tengamos noticias se las haremos saber.

—¿Han aparecido todos los trabajadores?

—Quedan algunos cuerpos por retirar de debajo de algunas vigas.

—De acuerdo —dijo rendido.

Se dejó guiar por su hija hasta el coche entre gritos de la gente y algunos abucheos. Como si él hubiese querido aquella desgracia o que su última fábrica, en la que más dinero había invertido para utilizar la maquinaria más innovadora, quedara devastada. No fue hasta que subieron al coche que se percató de la presencia de Cameron.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo con dureza.

—Acompañar a la terca de su hija —respondió escueto.

—Todavía no has trasladado tu algodón, ¿verdad?

—No. Sigue en el puerto —contestó ella.

—Al menos a ti no te he perjudicado.

—Usted no ha causado el incendio, padre. Ha sido una desgracia que nadie ha podido prever. Volveremos a construir una fábrica nueva y más segura.

William por toda respuesta palmeó la mano de su hija y desvió la mirada hacia la ventana. Desde ayer su vida se había convertido en un infierno. Si al menos Emma estuviera en su casa, si pudiese abrazarla para volver a respirar.

—¿Dónde está ella? —preguntó a su hija.

—En un hotel —susurró.

Asintió y desistió de seguir indagando. Ahora tenía que preocuparse por esto, más tarde pensaría qué hacer con Emma.

Al llegar a su casa, el duque de Sussex lo esperaba. La noticia del incendio había corrido como la pólvora por todo Londres y el duque venía a exigir una compensación por las pérdidas que aquella desgracia le habían ocasionado. Actualmente estaban fabricando para el duque piezas de seda, que este se

encargaba de vender.

La situación se complicaba para Foster, porque mientras se es un buitre, nadie osa ofenderte. Pero de buitre a carroña se puede pasar en cuestión de minutos y ahora, muchos de aquellos que se habían sentido presionados por sus poco ortodoxas maneras de llevar los negocios, estarían frotándose las manos y esperando su oportunidad para hacerlo caer.

Tras dejar a su padre en casa a solas con el duque, y bastante preocupada por su situación, Maddison y Cameron regresaron a la mansión de la marquesa. Una vez en la biblioteca, él expresó en voz alta lo que ambos ya sabían.

—No podemos tener el algodón en el puerto durante mucho más tiempo y el próximo cargamento llegará en tres semanas.

—Lo sé.

—Al menos para procesar este tendremos que buscar otra fábrica. Si no, la humedad de Londres lo echará a perder —dijo con tiento.

—Lo entiendo, pero es como si traicionara a mi padre. Desde que Arthur y él comenzaron a trabajar juntos, todos los tejidos que salían hacia la India eran fabricados por la maquinaria de mi padre.

—¿Crees que con sus otras dos fábricas podremos sacar adelante todo el algodón?

Él sabía que no, pero necesitaba que Maddison llegase a la misma conclusión.

—No —contestó al fin.

Sabía que las ilusiones de su padre estaban en la fábrica que se había quemado y que había dado prioridad a esta, trasladando maquinaria de las otras y dejándolas para encargos mucho más pequeños que los que el negocio de Maddison requería.

—Empezaré a buscar aquellas que sean de fiar y no nos exijan demasiado dinero.

—Me gustaría hablarlo con mi padre antes de cerrar ningún trato.

Cameron la entendió. Se acercó hasta ella y la tomó de los hombros.

—Todo se solucionará —susurró antes de pegarla a su cuerpo.

Ella apoyó la mejilla en su pecho y suspiró.

—Desde hace un tiempo me despierto con la incertidumbre de no saber qué malas noticias me traerá el día. Es como si no tuviese respiro. A veces me

siento asfixiada por toda esta situación. Por los negocios, por los problemas de mi familia, por la desaparición de Coralia y por...

—Por mí —confirmó él.

Ella guardó silencio porque sí, tenía razón. Él era un gran problema en sí mismo, y al mismo tiempo, el que le permitía sobrellevar todos los demás.

—No quiero perjudicarte ni hacerte daño. No soy el enemigo, ya no quiero que me veas así y no sé cómo hacer para que lo entiendas.

—Dame tiempo —musitó.

La separó para mirarla a los ojos y que ella viera la verdad en los suyos.

—Te daré todo lo que me pidas.

Agachó la cabeza y la besó. La necesitaba con desesperación, solo esperaba que ella llegase a sentir lo mismo algún día. Mientras, seguiría intentando enamorarla.

Aquella noche, Adam apareció por el club para hablar con él. No se habían visto desde que había regresado porque él había pasado la tarde con Maddison y el capataz con su esposa. Pero había llegado el momento de rendirle cuentas a su amigo. Se encerraron en el despacho en silencio, y tras servirse una copa, Adam fue el primero en hablar.

—Sé que no he hecho las cosas al uso.

—Las has hecho de pena —confirmó Cameron.

—Mi esposa no estaría de acuerdo contigo. —Sonrió con picardía, lo que propició el mismo gesto en su amigo—. El hecho es que quiero que sepas que no lo he hecho por compromiso.

—¿Qué de todo? ¿Seducirla, casarte? —preguntó escéptico.

—Todo. Coralia me gustó desde la primera vez que la vi y, por supuesto, deseé aceptar su proposición desde el primer momento en el que se atrevió a expresarme su deseo de convertirme en su amante. Porque no era que ella se convirtiera en la mía, sino al revés. Y eso me gustó. Luego, comenzaron a asaltarme pensamientos. Cabía la posibilidad de que después de estar conmigo, quisiese estar con otro hombre. Y no me gustó la idea. En absoluto. Así que decidí convencerla de que se casase conmigo porque no encontraría nunca a nadie tan loco como yo, porque mejores seguro que sí, pero que la entendiesen y fueran capaces de hacerla feliz, lo dudo.

—Y tú quieres hacerla feliz.

—Dedicaré mi vida a ello. Bueno, y a yacer con ella. Y a discutir. Y a cometer locuras como la que hemos hecho. Lo que haga falta para sentirnos tan vivos como lo hacemos cuando estamos juntos.

Cameron lo miró como si de repente le hubiesen salido dos cabezas.

—Jamás lo habría imaginado.

—Brindemos por las sorpresas, pues. —Chocó el vaso con el de su amigo y prosiguió—. Coralia quiere regresar a Charleston. Dice que ha llegado el momento de hacerlo, que tiene que poner fin a su aventura y por supuesto viajaré con ella. Lamento dejarte solo.

—No te disculpes por eso. Es lo que tienes que hacer. ¿Cuándo os marcharéis?

—Sale un barco la semana que viene. Esta tarde compré los tres pasajes.

—Supongo que la señora Emma ha decidido acompañaros.

Adam asintió. La misma Coralia había ido al hotel en el que Maddison le había dicho que se hospedaba para hacerle el ofrecimiento y Emma había aceptado.

—Lamento marcharme ahora que ha surgido la complicación con la fábrica de Foster.

Cameron negó con la cabeza y bebió de su copa.

—Saldremos adelante.

—Mañana puedo visitar algunas fábricas, tú otras y contrastar información.

—Sería estupendo —sonrió Cameron—. Gracias, amigo.

Tras un rato más de charla intrascendente, Adam se retiró a casa con su esposa y él permaneció un poco más en el club mientras ajustaba las cuentas. Ya entrada la noche, cuando estaba dispuesto a marcharse, el marqués lo visitó de nuevo. Ocultó lo desagradable que le resultó la visita y se limitó a seguir estudiando qué pretendía aquel hombre.

—Una catástrofe lo de la fábrica de Foster —dijo yendo al grano.

—Lo que en verdad es una desgracia son las vidas que se han perdido y la gente que ha resultado herida.

—Por supuesto —se apresuró a aclarar.

—¿A qué ha venido, lord Cavendish?

No estaba Cameron aquel día para juegos estúpidos. Deseaba irse a casa de Maddison, colarse en su habitación y pegarla desnuda a su cuerpo, pero dadas las horas, tendría que posponer sus planes.

—¿No le alegra saber que Foster está siguiendo los mismos pasos que lo

llevaron a usted a la ruina? Primero su romance con la criada, que socialmente lo ha dejado más tocado si cabe, y ahora las pérdidas económicas que ese incendio le producirán. Cualquiera diría que sus plegarias han sido escuchadas.

Cameron entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¿Insinúa que yo he tenido que ver en algo de eso?

Ethan pareció ofendido.

—Espero que no. No creo que a la marquesa le guste saber que su aman..., disculpe, su hombre de confianza, fraguó la desgracia de su padre.

—¿Es una amenaza velada lo que estoy escuchando?

—No, por favor —sonrió restándole importancia a la situación tan tensa que se había creado—. Estamos del mismo lado, lord Dacre. No se ponga a la defensiva conmigo. Bueno, es demasiado tarde. Creo que ha llegado el momento de que me retire. Como siempre, un placer.

Como cada vez que se encontraba con aquel hombre, un sentimiento desagradable le recorría la espalda. Suspiró y decidió que había llegado el momento de marcharse, el día había sido demasiado largo y estaba exhausto.

Maddison, inquieta, daba vueltas en la cama. Era incapaz de conciliar el sueño. La imagen del incendio se reproducía en su mente cada vez que cerraba los ojos. Casi podía sentir el olor del humo y oír los gritos agónicos de los heridos y el llanto por la pérdida de los seres queridos por parte de los familiares. En la oscuridad, apenas vencida por la luz de la luna que se colaba por un hueco de la cortina, escuchó la puerta de su habitación abrirse. Alerta, se incorporó, pero no pudo ver nada. Estaba a punto de levantarse cuando sintió como la cama cedía ante el peso de otra persona y la rodeaban por la cintura. Ahogó un grito cuando escuchó la voz de Cameron a su espalda.

—No te asustes —susurró—. Perdóname, Maddy, pero te necesitaba.

Ella suspiró y poco a poco se relajó entre sus brazos, se dejó arrastrar hasta quedar ambos tumbados. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Cameron mientras escuchaba el latir acompasado de su corazón.

—No podía dormir —le confesó—. Cada vez que cierro los ojos, las imágenes del incendio me torturan y ese olor...

—Te dije que no era buena idea que fueras —le recriminó con suavidad.

—Y yo que no te volvieras a colar en mi casa y aquí estás.

Escuchó la carcajada, ronca, brotar de su pecho.

—Si nos cernimos a la verdad, me dijiste que averiguarías cómo lo lograba, no que no lo hiciese.

—Supongo que el hecho de cambiar todas las llaves de acceso a la casa no fue suficiente para ti.

—No necesito llaves. No habrá puertas, paredes ni rejas que me impidan acercarme a ti. A menos que tú me pidas que no lo haga.

Maddison notó como Cameron contenía el aliento y sonrió en la oscuridad.

—¿Lo harás? —la presionó. Pero ante su silencio giró la cabeza para intentar verla y con sus ojos acostumbrados a la oscuridad, vio el atisbo de su sonrisa—. ¿Te ríes de mí?

—Es que lo preguntas como si fuese importante.

—Para mí lo es —confirmó.

Ella guardó silencio. Se limitó a acariciar los botones de la camisa de Cameron mientras él con un brazo la rodeaba por la cintura y con el otro dejaba resbalar las hebras de su pelo entre los dedos.

—¿No sería maravilloso disfrutar de esto todas las noches? —Ni siquiera se paró a pensarlo. Las palabras fluyeron de su boca y aunque lo sorprendieron, no se arrepintió de haberlas pronunciado, de hacerle saber a ella que quería más.

La sintió tensarse entre sus brazos e intensificó sus caricias. No quería escuchar un no de sus labios, quizás ella no estaba preparada para creerle, pero él tampoco para un rechazo. La besó antes de que contestara, la tumbó de espaldas y mientras sus bocas se saboreaban y sus lenguas se tentaban, fue deshaciéndose de su ropa hasta que solo quedaron sus pantalones.

—No era esta la idea inicial que me impulsó a colarme en tu habitación. — Se apoyó en los antebrazos para no aplastarla y acarició con los pulgares sus mejillas, tersas, suaves y coloradas—. Tan solo quería descansar a tu lado. Sentir un poco de paz, pero creo que no soy capaz de contenerme.

—No tengo ninguna objeción al respecto.

—Gracias a Dios.

Se incorporó para quitarle el camisón y en nada ambos estuvieron desnudos. Pese al cansancio, al sueño y a los problemas que los rodeaban, aquella noche hicieron el amor entregados por completo el uno al otro. Cameron adoró su cuerpo con devoción y se sorprendió cuando Maddison tomó la iniciativa de nuevo y recorrió el suyo con su boca. Estuvo a punto de perder el sentido y dejarse llevar, pero si lo hacía, sería en su interior. La

tumbó en la cama y sin poder esperar más, entró en ella. Adoró su suspiro y se enorgulleció de sus jadeos, de la forma de retorcerse debajo de él, pero sobre todo de la manera en la que pronunciaba su nombre. El suyo, el de nadie más. Porque no tenía más certeza en la vida de que él le pertenecía, como ella a él, aunque no lo admitiese.

# CAPÍTULO 43

*Nuestras dudas son traidores que muchas veces nos hacen perder el bien que podríamos ganar si no temiéramos buscarlo.*

William Shakespeare

Cameron había dormido a su lado hasta el amanecer. Había sentido el calor de su cuerpo y sus fuertes brazos rodeándola durante lo que restaba de la noche y solo así pudo desterrar las pesadillas y conciliar el sueño. Cuando el alba empezaba a despuntar, sintió el frío de su separación. De nuevo, había dejado otra nota de despedida.

*Esta tarde te regalaré más pensamientos. Mientras, regálame tú los tuyos.*

*Cameron Relish*

A mitad de febrero, Cameron seguía colándose en su habitación todas las noches y ella hacía semanas que había asumido cuánto ansiaba ese momento. Ya fuese para dormir abrazados, hacer el amor de manera ardiente o pausada y delicada, aquellos momentos eran lo mejor de cada día. Cameron había vuelto a entrar en su vida y, lo que era peor, en su corazón. Todas las noches le confesaba su amor y ella le respondía con el mutismo de su miedo. Él dejaba pensamientos en el invernadero y ella se los dedicaba a todas horas del día. La visitaba para tratar los negocios y discutían por sus diferentes puntos de vista, pero hasta aquellos momentos los disfrutaba, porque sabía que durante la noche llegaría la reconciliación y volvería a escuchar los susurros de amor en sus oídos y los ruegos de Cameron para que no lo abandonase nunca. Algo que no tardaría en prometerle porque cada vez le resultaba más difícil negar lo que hacía tiempo que debería haber asumido: que lo amaba.

Por otro lado, el algodón que llegaba al puerto ya estaba en otra fábrica, cuyo coste de producción resultaba mucho más caro y Maddison había comprobado que las telas no tenían la misma calidad que las que salían de la

fábrica de su padre, lo que no le estaba proporcionando las ganancias esperadas.

Por suerte, los trabajos para retirar los escombros del edificio quemado habían terminado y pronto empezarían a construir de nuevo. Maddison tuvo que hacerse cargo de pagar parte de la indemnización que el duque de Sussex reclamaba y su padre empezó a presionar a aquellos que le debían dinero para poder cubrir gastos. Algo que no hizo más que acrecentar su fama de usurero. William, al que muchos habían acusado de pactar con el diablo por su robusta apariencia, en apenas un mes había envejecido lo que durante años no lo había hecho. Los problemas con los negocios y la desolación por la pérdida de Emma le estaban pasando factura. El día que se enteró de la partida de la institutriz a Charleston, montó en cólera. Eleanor se vio en la necesidad de avisar a su hermana para que acudiese a calmarlo y Maddison lo vio como nunca lo había visto: fuera de sí, desolado y muerto de angustia por la pérdida de Emma. Su padre no dudó en recriminarle que no lo hubiese puesto al tanto de las intenciones de la institutriz, porque al habérselo ocultado, le había negado la posibilidad de recuperarla. Pese a comprender su dolor, Maddison no pudo evitar dejarle claro que él eligió perderla cuando permitió que se marchara, cuando eligió una posición social a la mujer que se suponía que amaba. Pero eso todavía lo enfureció más, porque por encima del estatus que siempre había deseado, estaba su familia y no podía hacerle aquello a la joven Eleanor ahora que pronto sería presentada en sociedad. Maddy solo logró tranquilizarlo cuando le aseguró que lo mantendría al tanto cada vez que ella escribiera y le contaría cómo transcurría su vida en Estados Unidos. Un ligero respiro dentro de una situación que cada día lo asfixiaba más.

Apenas quedaba un mes para que llegara la primavera y aquel día Maddison se levantó bastante indispuesta. Quiso ir a ver su padre, pero no se sintió capaz. Lo máximo que pudo hacer fue enviar una carta para saber cómo iban las obras y responder a la carta de Emma, que seguía preocupada por William y expresaba cuánto echaba de menos a su hermana y a ella, pero reconocía que la distancia le había hecho bien. Lady Camelia Willbur era una mujer de carácter controlador, pero al menos le ofrecía conversación y disfrutaba de los paseos por la ciudad. También le habló de la amistad que había profundizado con Coralia y le aseguró que su amiga parecía muy feliz en su matrimonio, algo que le supuso un disgusto, con su consiguiente desmayo, a

lady Camelia cuando su hija le presentó a su esposo. No obstante, Adam había demostrado ser un hombre más que versado para tratar con el carácter de su suegra y, aunque ella lo negaba, tardó poco en ganársela. Tanto era así que muchas veces echaba a su hija para que no desatendiera a su marido. De todo ello, Maddison se alegró. Reconocía que en ocasiones soñaba con la idea de regresar a Charleston, ocupar la casa de Arthur, volver a la tranquilidad de la hacienda y revivir la vida sin sobresaltos que su esposo le había proporcionado. Podría tratar los negocios desde allí, como hacía él, y vivir lejos de Londres. Pero aquel anhelo se disolvía como el humo cuando comprendía que no le dolería dejar muchas cosas atrás, pero que la destrozaría separarse de Cameron.

A media tarde, después de descansar y tomar algunas infusiones para el dolor de cabeza y de estómago, recibió la sorprendente visita de su hermana Eleanor. Desde que había llegado a Londres, pocas habían sido las veces que se había presentado en su casa, y siempre con su padre y Emma. Ahora lo hacía sola, con una criada.

Eleanor se había convertido en una joven preciosa, alegre y poco dada a disimular sus emociones. Y aquella vez no fue distinto. Maddison se percató de las ojeras que todavía hacían palidecer más su rostro y del movimiento nervioso de sus manos.

—¿Cómo están las cosas en casa? —Maddy se acomodó junto a ella en el sofá y apoyó una mano sobre las suyas para calmarla.

—Madre hace como si nada hubiese ocurrido, sigue saliendo con sus amigas y fingiendo que tenemos una vida idílica. Padre no habla mucho. Se encierra en el despacho y solo accede a las visitas del señor Stone. A veces le escucho hablar sobre indemnizaciones y pérdidas. Sé que el alcance de lo sucedido es grave, no solo por el dinero invertido y que ahora se ha lanzado a perder, sino por las vidas que ya no se recuperarán.

Maddison estuvo de acuerdo con ella. Lo peor de todo era la desolación de esas familias, a las que habían dado una suma de dinero que jamás repararía el daño causado, pero que al menos les ayudaría a vivir.

—Por el dinero no tiene sentido que padre sufra. He ayudado económicamente y lo seguiré haciendo. —Su hermana asintió, pero aquellas palabras no parecieron calmarla—. ¿Qué es lo que te preocupa, Eleanor?

—Escuché decir a padre que todo esto podría perjudicar mi presentación en sociedad. Que nuestra familia, ya de por sí, no cuenta con demasiada simpatía y que todo esto no hará más que darles la razón a aquellos que no nos ven dignos de sentarnos junto a ellos.

—¿Te preocupa no casarte bien? ¿Es eso?

Eleanor agachó la cabeza, avergonzada, y lo negó.

—Sé con quién me gustaría desposarme, pero su familia es noble y temo que todo esto arruine un posible enlace.

Aquellas palabras sorprendieron a Maddison. Era evidente que su hermana pequeña había crecido y que al parecer estaba enamorada. Pero había estado tan ocupada centrada en sí misma y en sus problemas, que el desarrollo de Eleanor le había pasado desapercibido, algo que la hizo sentir mucho más culpable.

—¿Él comparte tu interés?

—Estoy convencida. —Levantó la cabeza y Maddison descubrió en sus ojos el mismo brillo de ilusión que ella había tenido a su edad.

—¿Quién es, Eleanor?

—No puedo decírtelo todavía —dijo avergonzada—. Le prometí que guardaríamos el secreto hasta mi presentación en sociedad.

—A mí puedes contarme lo que sea. Tus secretos están a salvo conmigo —la presionó cada vez más asustada. Si había hablado sobre eso con aquel hombre es que habían tenido cierta intimidad para tratar el tema.

—Él me ha pedido tiempo para actuar bien y con precaución, y yo voy a respetarlo.

—Ten cuidado, Eleanor, por favor. No quiero desilusionarte, pero ten siempre presente lo que me sucedió a mí. No hagas nada que pueda arruinar tu reputación y asegúrate de que sus intereses son sinceros.

—No tiene que repetirse la historia, Maddy. Yo confío en él, le creo —respondió convencida.

Maddison sonrió con tristeza porque ella también creyó a Cameron. Lo creyó en sus cartas falsas y en las mentiras de sus declaraciones de amor y, lo que es peor, ahora lo volvía a hacer.

—¿Cuándo lo conoceré?

Eleanor pareció dudar, pero finalmente decidió atreverse a pedirle lo que había ido a decir.

—Dentro de dos semanas habrá una fiesta en casa de la duquesa de

Wellington. La primera de la temporada, me preguntaba si podrías acompañarme. Madre quiere venir y lo hará, diga lo que diga, pero me sentiría más segura si tú estuvieses allí conmigo. Sé que no has accedido a asistir a ninguna por tu duelo, pero te necesito a mi lado, Maddy.

—Y allí estaré —le prometió.

La tristeza de Eleanor se diluyó tan rápido como lo hacía el azúcar en el té.

—Eres la mejor hermana del mundo.

—No —sonrió—. No lo soy. Pero a partir de ahora procuraré serlo.

Después de la visita de Eleanor, Maddison se retiró a su habitación. Volvía a sentirse indisputada, más débil y cansada que de costumbre. Se planteó llamar al médico si en dos días no mejoraba su situación. De momento, esperaría la llegada de Cameron y descansaría entre sus brazos.

Sonrió cuando escuchó la puerta cerrarse y en la oscuridad contempló el espectáculo que suponía ver a Cameron desnudarse, contemplar su torneado cuerpo y embeberse del movimiento de sus músculos. Retiró la colcha y lo recibió entre sus brazos. Inspiró hondo cuando la apretó contra su cuerpo y se sació del sutil aroma de su loción de afeitar.

—¿Me has echado de menos? —susurró junto a su oreja mientras la besaba en el cuello.

—Sí —jadeó.

Cameron levantó la cabeza de pronto y la miró con preocupación.

—¿Sí? ¿Así de fácil? No he tenido que insistir para que lo confesaras, ¿sucede algo? —Acarició con su pulgar la mejilla de Maddison.

—Hoy no me he sentido bien y la visita de Eleanor me ha dejado preocupada —le confesó. Lo empujó con suavidad para que se tumbara sobre la almohada y recostó la cabeza en su pecho. Sentir el latido de su corazón la calmaba.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma? —Que hubiese temor en su voz le gustó. En realidad cualquier muestra de que ella le importaba la hacía sentirse mejor, más segura.

—Solo un poco indisputada. Creo que los nervios me están pasando factura.

—Bueno, es lógico que ahora que parece todo encaminado, sientas cierta debilidad. No tienes nada de lo que preocuparte, lo tenemos todo bajo control. La fábrica de tu padre volverá a procesar el algodón y pronto las aguas

volverán a su cauce. Además, esta última remesa de telas se ha vendido mejor que la anterior. —Siguió acariciando la espalda de Maddison para calmarla mientras ella rozaba la nariz en su cuello.

—También estoy preocupada por Eleanor.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —Maddison lo abrazó con fuerza, inmensamente agradecida porque antes de saber de qué se trataba ya estaba dispuesto a ayudarla en lo que fuese.

—Al parecer tiene un pretendiente y está preocupada por si todo lo acontecido con mi familia puede arruinar un futuro compromiso.

—¿Sabes quién es él?

Maddison negó con la cabeza.

—Me preocupa el hecho de que él le haya hecho prometer que no desvelará su nombre. Temo que...

—Que le suceda lo mismo que a ti —terminó Cameron la frase por ella. Ante su elocuente silencio, Cameron prosiguió—: Hablaré con mi amigo Harald. Suele moverse por los círculos de sociedad mucho más que yo y puede que consiga algo de información.

—No quiero que Eleanor sepa que indago, quiero que confíe en mí.

—Lo haré con la máxima discreción y estoy seguro de que Harald también.

—Quizá lo conozca en la fiesta de lady Wellington. Me ha pedido que la acompañe.

Sintió como Cameron se tensaba bajo su cuerpo.

—Vas a asistir a tu primera fiesta de sociedad —afirmó como si tratase de hacerse a la idea.

—Lo hago por Eleanor, en realidad no me apetece.

—Pero asistirás sola. Sin acompañante.

—Lo haré con mi madre y mi hermana, Cameron. ¿Dónde está el problema?

—Muchos de los hombres que asistan se fijarán en ti. Intentarán acercarse, entablar conversación, agasajarte.

—Puede que incluso me pidan matrimonio —ironizó ante el repentino ataque de celos de Cameron.

—Llegará el día en el que lo harán, Maddison.

—No adelantemos acontecimientos —intentó desviar el tema de conversación y para ello, se subió a horcajadas sobre las caderas de Cameron.

Tardó poco en reaccionar, al momento sintió la presión del miembro de Cameron en el punto exacto que necesitaba.

—Si me dijeras que solo te plantearías la opción del matrimonio conmigo, no viviría tan atormentado. —Empujó hacia arriba para presionarla más mientras retiraba el camisón de su cuerpo y la contemplaba desnuda.

—Creo que el mayor tormento lo tienes ahora entre las piernas —bromeó al tiempo que se movía de forma sugerente sobre él.

—Ese lo saciaré pronto, el otro no me deja vivir. —Soltó un sonido ronco y la atrajo hacia su boca al tiempo que la penetraba de una estocada.

Maddison jadeó por la sorpresa, mezcla de dolor y placer. Al momento sus cuerpos se movían desesperados mientras buscaban una liberación que los hiciese sentir más próximos el uno del otro.

—Asistiré a esa fiesta —dijo con la voz entrecortada mientras se movía dentro de ella.

—No, no puedes. —Maddison intentó moverse, pero él giró su cuerpo y la aprisionó contra el colchón.

—Puedo y lo haré. —Se retiró y volvió a empujar hondo—. No te perderé de vista ni un momento.

La espalda de Maddison se arqueó contra el colchón y soltó un grito ahogado.

—Y no protestarás —prosiguió Cameron mientras la llevaba al límite—. Dilo. Di que quieres que esté allí contigo.

Las gotas de sudor resbalaban por su frente y por la espalda debido al ejercicio de contención que realizaba.

—Cameron... —rogó cuando él se retiró de nuevo dejándola al borde del éxtasis.

—Dilo. —La presionó con un nuevo envite.

—No puedes asistir conmigo —negó completamente desesperada—. Cam..., por favor.

—Estaré allí contigo. Puede que no a tu lado, puede que no entre contigo del brazo, pero iré.

Comenzó a moverse con ímpetu mientras ella se revolvía buscando la liberación.

—Consiente —exigió Cameron entre dientes. Se detuvo en seco, al límite, a la espera de su rendición.

—¡Está bien! —gritó frustrada—. Asiste a la maldita fiesta.

—En eso habíamos quedado —sonrió satisfecho. A partir de ese momento no le dio tregua hasta que la hizo gritar su nombre para acto seguido dejarse

llevar por el orgasmo más satisfactorio.

Jadeante, se dejó caer de espaldas y la arrastró contra su pecho. Al cabo de unos minutos de silencio, su respiración se ralentizó y Maddison supo que no tardaría en dormirse.

—Te quiero, Mad-Maddy —murmuró prácticamente en sueños.

Maddison sonrió y esperó hasta que supo que se había dormido.

—Te quiero, Cameron Relish —susurró con voz casi inaudible.

# CAPÍTULO 44

*De lo que tengo miedo es de tu miedo.*  
William Shakespeare

**L**a noche de la fiesta en casa de los Wellington había llegado. Maddison puso tanto esmero a la hora de arreglarse como lo había hecho para asistir al teatro. Recogería a su madre y a su hermana en el coche con el emblema de los Cavendish y acudirían juntas a la fiesta.

Que Eleanor estaba radiante era algo que destacaba a simple vista. El vestido de un suave tono azul la dotaba de cierto halo de dulzura, al tiempo que las perlas y los cristales que componían las flores que adornaban su escote hacían que la atención se desviara hacia ese punto en concreto y resultara casi atrevido.

—Estoy segura de que no lo ha elegido madre —susurró junto a su oído antes de que Elizabeth entrara al coche.

—Aprendí de ti que hay cosas por las que merece la pena luchar para tener el control. Aunque me costase un disgusto.

—No lo dudo.

Elizabeth entró y se acomodó frente a sus hijas. Las contempló con ojo crítico y terminó por hacer una mueca de disgusto.

—Si vuestro padre no hubiese hecho fortuna, habría tenidos dos hijas dignas de trabajar en un burdel.

Eleanor abrió los ojos con sorpresa, pero Maddison se permitió sonreír.

—Una vez leí que los hijos heredan las costumbres de sus padres.

Su hermana jadeó por el desparpajo de su hermana y miró con temor a su madre, que enfurecida, frunció los labios y desvió la mirada hacia la calle.

—Será mejor que no hablemos hasta que llegemos a la fiesta. No quiero que los invitados perciban los disgustos que mis hijas me dan.

—Estamos de acuerdo. Mejor no hablar.

Maddison palmeó las manos de su hermana y la miró con picardía. Al menos había evitado un trayecto lleno de advertencias y recordatorios sobre

cómo debe actuar una dama de sociedad.

La mansión de los Wellington, decorada hasta el último detalle con elegancia, estaba casi llena cuando llegaron. Maddison, pendiente en todo momento de Eleanor, la vio revisar todos los salones por los que pasaban hasta que al parecer encontró lo que andaba buscando en la sala de baile porque insistió en permanecer allí. Con su madre pegada a ellas, poco o nada podía hablar con su hermana. Prestaba atención a todos los caballeros del salón en búsqueda de alguno que mirara en su dirección, pero muchos eran los que las contemplaban con interés.

—Querida marquesa viuda, no sabe el placer que me proporciona verla.

Maddison se sobresaltó cuando escuchó la voz de Ethan Bakley a su lado. Al momento, el marqués había tomado su mano enguantada y depositado un ligero beso.

—Lord Cavendish —cabeceó.

Desvió la mirada, incómoda, por la manera en la que Ethan la contemplaba y coincidió con los ojos de Cameron al otro lado de la sala. Estaba serio y parecía bastante molesto. Hizo un movimiento para intentar aproximarse, pero Maddison negó imperceptiblemente con la cabeza. Aquel gesto fue suficiente para que el marqués se percatara de con quién mantenía una silenciosa conversación la marquesa y para que Cameron se detuviera con el ceño fruncido. Sonrió lascivo y se acercó al oído de Maddison.

—Es indudable, querida, que levanta pasiones.

Maddison no contestó. Se limitó a guardar una distancia prudencial con el marqués hasta que este se cansara y decidiese marcharse.

—Veo que la acompañan su adorable madre —saludó a Elizabeth con educación, que respondió halagada de igual modo, y al momento se giró para hablar con otra invitada—, y su bella hermana —ronroneó.

Aquello lanzó una señal de alarma a Maddison, a la que tampoco le gustó la manera de mirar a Eleanor, ni mucho menos la sonrisa vergonzosa que ella le dedicó.

—Es usted muy amable, lord Cavendish, como siempre —respondió su hermana.

Como siempre, había dicho. ¿Cuándo se habría encontrado Eleanor con él?

—Espero que disfrute de su primera fiesta, no me cabe ninguna duda de que

será memorable.

—Le aseguro que ahora que lo he visto, lo haré —sonrió misteriosa.

La cabeza de Maddison comenzó a dar vueltas. Su hermana parecía interesada en el marqués. ¿Sería él aquel hombre del que ella le había hablado? Se sintió mareada por el temor de que sus sospechas fuesen ciertas.

—Lord Cavendish, ¿podríamos hablar en privado?

Eleanor estaba al lado de su madre y ella podía permitirse alejarse unos momentos, apartar el peligro de su hermana.

—Por supuesto —aceptó Ethan y le tendió el brazo.

El estómago se le revolvió cuando percibió como el marqués guiñaba un ojo a su hermana. Rodeó el salón con él mientras sentía la mirada de Cameron clavada en su espalda, hasta que Ethan le cedió al paso a la terraza que daba al jardín de la mansión. Maddison apoyó las manos sobre la barandilla de piedra y miró las llamas de las velas que alumbraban las figuras de piedra y los arbustos.

—Usted dirá, querida —la presionó Arthur mientras se posicionaba a su lado.

—¿Siente usted algún interés romántico por mi hermana? —preguntó a bocajarro y con toda la atención puesta en él.

Ethan sonrió, satisfecho.

—¿Le molestaría?

Una pareja pasó por detrás de ellos y se acomodó al otro lado del balcón. Desde dentro del salón ambos eran visibles, ya se había encargado Maddison de no ir más allá con él. Guardó silencio hasta que estuvo segura de que nadie les escuchaba.

—No me agradaría porque es mi hermana, no porque yo tenga algún interés por usted.

—Creo que me lo ha dejado claro en varias ocasiones, querida tía —ocultó el golpe a su orgullo tras la ironía—. No obstante, si ella decidiese atender a mis afectos, no sé si podría hacer algo al respecto.

—Podría buscar las atenciones de otra dama y dejarla en paz.

—No —soltó una carcajada Ethan—. Me refería a que poco podría hacer usted. Yo desde luego no tendría ningún interés en desencantar o herir a una joven tan dulce y... deseable.

—Estoy segura de que existiría alguna manera de convencerle.

Ethan chasqueó la lengua.

—No se rebaje todavía, querida. No es ella el centro de mi interés.

Maddison se debatió entre suspirar aliviada, golpearlo por su desfachatez o temer por la respuesta que pudiese encontrar. Por lo tanto, se limitó a guardar silencio.

El marqués miró el reloj y de nuevo hacia el salón.

—Acompáñeme, querida. —Maddison odiaba aquel apelativo, no obstante, se dejó guiar hacia el salón de regreso con tal de perderlo de vista y buscar a Cameron.

Cuando llegaron donde estaba su madre, se percató de que Eleanor no estaba con ella. Miró a las parejas que bailaban y no la encontró. Un mal presentimiento le oprimió el pecho. Se acercó hasta su madre y con discreción preguntó por ella.

—Creí que estaba contigo. Para eso viniste, para no dejarla sola —le recriminó.

Desesperada, buscó a Cameron, pero no lo encontró. Intentó dar dos pasos, pero Ethan se interpuso de nuevo.

—¿Busca a su hermana? Quizá pueda ayudarla.

—No se preocupe. Podré arreglármelas. —Intentó esquivarlo, pero se interpuso de nuevo. Cuanta menos gente se percatara de la desaparición de Eleanor, mejor.

—Acepte mi ayuda, querida. —Más que un consejo, aquello sonó a advertencia.

—¿Tiene idea de dónde pueda estar?

Ethan hizo un gesto con el brazo y le cedió el paso.

—Detrás de usted.

Cameron los vio salir del salón y apuró la copa de champán que tenía en la mano dispuesto a ir tras ellos. Cuando desaparecieron hacia los jardines estuvo a punto de sufrir un infarto. Pero tras moverse por el salón, comprobó que Maddison no se había alejado de la puerta para estar siempre visible. Cuando a los pocos minutos volvieron a entrar, se movió con rapidez para acercarse a ella, pero no contaba con que lady Penélope Thorpe le cortara el paso. Hacía años que no la veía, en realidad, desde aquella noche en la que bailó con ella por aquella estúpida apuesta con Harald.

—Lord Dacre —lo saludó con efusividad.

—Lady Thorpe —correspondió educado.

—Sabía de su regreso, bueno, todo Londres en realidad, pero no habíamos tenido ocasión de saludarnos.

—Cierto. —Cameron miró por encima de la cabeza de lady Penélope y se percató de que Maddison buscaba a alguien, y algo le dijo que le necesitaba.

—Seguro que tiene muchísimas anécdotas interesantes que contar sobre su vida en la India. Estaría encantada de escuchar alguna.

—Quizá en otro momento, ahora si me disculpa... —Intentó esquivarla cuando vio que Maddison salía de nuevo del salón acompañada del marqués, pero otra vez aquella mujer se interpuso en su camino.

—Sé que no es muy adecuado —susurró al tiempo que miraba alrededor—. Pero me preguntaba si podría dedicarme un baile. Como aquella noche, ¿recuerda? Es posible que el hecho de que usted se anime a sacarme a bailar haga que los demás caballeros sigan su ejemplo.

—Estaría encantado de que me dedicase un baile, pero ha surgido algo que me impide permanecer por más tiempo en el salón.

—¡Oh! —murmuró decepcionada. Estaba seguro por su expresión que lady Penélope no creía ni una sola de sus palabras.

Miró alrededor y vio a Harald hablar con algunos de sus amigos.

—Tal vez pueda ayudarla —comentó con delicadeza—. Discúlpeme un minuto.

Llegó hasta donde estaba su amigo y lo separó a un lado.

—Necesito que saques a bailar a lady Penélope Thorpe.

Harald pareció escandalizado.

—¿Es esta otra apuesta? ¿Es eso?

—No se trata de ninguna estúpida apuesta. Necesito que lo hagas y punto.

Su amigo giró sobre sí mismo y le dedicó una mirada cargada de recelo.

—¿Por qué?

—Porque es una buena muchacha y necesita que alguien la saque a bailar.

—Pues hazlo tú.

Cameron resopló y se movió nervioso.

—Además me lo debes. No averiguaste nada de lo que te pedí sobre la hija pequeña de Foster.

—Ya te dije que la muchacha es muy discreta y que nadie ha visto ni oído nada.

—Sea como fuere, hazlo por mí. He perdido a Maddison de vista. Hazte

cargo de lady Penélope, por favor.

—Si esa mujer no te vuelve loco, acabarás por hacerlo tú mismo con esa maldita obsesión por ella.

Cameron se abstuvo de explicar que donde Harald veía algo tan feo como la obsesión, él solo sentía amor.

—Por ello necesito que mi amigo me mantenga cuerdo y me facilite un poco más las cosas.

Harald resopló.

—Está bien —accedió de malas maneras. Estiró la chaqueta de su traje y miró en dirección a lady Thorpe.

—Una cosa más —lo interrumpió cuando Harald ya se marchaba—. Trátala bien, Harald.

—¿Por quién me tomas? Soy un caballero —respondió ofendido. Caminó hacia lady Penélope y le tendió la mano para invitarla a acompañarlo a la pista de baile. Por supuesto, ella accedió de inmediato con una sonrisa de infinita gratitud.

Cameron aprovechó el momento y salió en búsqueda de Maddison.

Maddison dejó que Ethan guiara sus pasos porque parecía saber hacia dónde se dirigían. Caminaron por varios salones y en el trayecto se cruzaron al duque de Sussex con el que el marqués no dudó en pararse a saludar, lo que obligó a Maddison a hacer lo mismo y a corresponder a las palabras del duque. Permaneció seria y disgustada porque le pareció totalmente fuera de lugar que tuviese que hablar con aquel hombre después del incidente en la fábrica y de que hubiese exprimido a su padre para sacarle el máximo dinero posible.

—He visto pasar a su hermana, marquesa viuda.

Aquello llamó su atención.

—¿Sabe hacia dónde se dirigía?

El duque pareció dudar; no obstante, empezó a caminar y tanto Maddison como Ethan le siguieron.

—Creo recordar que ha sido por aquí.

Maddison miró a su alrededor, aquella parte de la casa no estaba tan concurrida como el resto, sin embargo, todavía había gente merodeando.

—Creo que la he visto entrar aquí —continuó el duque, que sin llamar, abrió de sopetón. Algo pareció no convencerlo porque su expresión se tornó

de desconcierto.

Maddison se abrió paso y comprobó que la estancia, que resultó ser una sala de música, estaba vacía.

—No se preocupe, lord Sussex. Lo más seguro es que mi hermana haya regresado. No quisiera molestarlo más.

El duque miró a Ethan, que pareció igual de confundido, puede que incluso molesto, por la manera en que le palpitaba un músculo de la mandíbula.

De pronto, el duque miró a su alrededor.

—O quizá fuese aquí —abrió otra estancia con igual resultado. Algo que pareció alterarlo, al igual que al marqués, porque ambos comenzaron a abrir cuantas estancias se encontraron a su paso mientras ella les seguía e intentaba hacerles entender que aquello no tenía sentido.

—Lord Sussex, lord Cavendish. Creo que esto no es necesario. Mi hermana no hubiese accedido a adentrarse en ninguna de estas habitaciones. Creo que lo mejor es volver al salón principal, quizá solo salió a la terraza a tomar un poco de aire fresco —intentó detenerlos.

—O quizá no —murmuró el duque que tras abrir la puerta más alejada de todas le cedió el paso.

Lo que Maddison vio la dejó paralizada. Aquella imagen le trajo tantos recuerdos que se sintió como si la que estuviese entre los brazos de aquel hombre fuese ella. No obstante, reaccionó con rapidez e hizo lo que le habría gustado que hicieran con ella, entró y cerró la puerta dejando al marqués y al duque fuera.

Eleanor la miró arrepentida.

—Maddison, lo siento —empezó a disculparse entre lágrimas.

—No te disculpes —murmuró con la respiración acelerada. Estaba mareada, así que avanzó unos pasos hasta que alcanzó un sillón y tomó asiento.

—Maddy —Eleanor se arrodilló a sus pies—, yo no quería que sucediese esto. Andrew y yo solo queríamos estar a solas un momento. Fuimos discretos.

—Es evidente que no lo suficiente —Maddy apoyó la cabeza en sus manos. Escuchaba llorar a su hermana y al hombre que había allí con ellas consolarla. Andrew, había dicho que se llamaba. Ni siquiera se había fijado en él. Solo había visto a su hermana en una situación comprometida y eso fue lo suficiente para que el suelo se tambalease a sus pies.

—No llores, Eleanor. Esto no significa nada, habíamos planeado casarnos de igual modo —susurraba aquella voz que parecía afectada por el llanto de

su hermana.

—No quería que las cosas sucediesen así —siguió sollozando—. Tú hermano y el duque de Sussex nos han sorprendido, mi reputación estará arruinada antes de que termine la noche.

Aquello fue el detonante para que Maddison levantara la cabeza, saliese de sus propios pensamientos y reparara en quién era él. El hermano menor del marqués Cavendish consolaba a Eleanor. Y en aquel momento, todos los acontecimientos de aquella noche encajaron en su cabeza. Cómo Ethan la había despistado haciéndola creer que tenía interés en Eleanor para que su hermano pudiese llevársela, el casual encuentro con el duque de Sussex y que este hubiese visto, de manera fortuita, hacia dónde había ido su hermana. El hecho de que tanto el marqués como el duque se empeñasen en encontrarla... Todo, absolutamente todo había sido una trampa.

—Eleanor —llamó su atención al tiempo que se levantaba—, ven conmigo. Nos marchamos.

—Marquesa viuda... —empezó a hablar Andrew, pero ella lo detuvo.

—Ni una palabra más —lo miró con recelo—. Dígale a su hermano que le espero mañana a la hora del té en mi casa, como seguro había previsto.

Tomó a su hermana del brazo y la obligó a salir de allí mientras protestaba. Llegó a la entrada y avisó a un sirviente para que buscara a su madre. Mientras se ponía la capa y los guantes, seguía lidiando con las protestas de Eleanor hasta que Cameron apareció a su lado.

—¿Dónde estabas? —La tomó por el codo y la apartó lejos de oídos indiscretos.

—Ahora no, Cameron. No es buen momento.

—¿Qué sucede? —Vio la palidez de su rostro y se percató de su nerviosismo.

—Vuelve a la fiesta. No puedo hablar.

—Esta noche cuando vaya...

—¡No! —lo interrumpió—. Será mejor que lo dejemos para mañana. No me siento bien.

—Cuidaré de ti. —Acarició con suavidad su mano enguantada.

Maddison suspiró, agotada. Alargó la mano y la posó sobre su pecho. Le hubiese encantado que la abrazara, que la llevase a casa y poder desahogarse con él. Pero si le contaba lo sucedido a Cameron, no dudaría en ir en búsqueda del marqués. Aquello tenía que resolverse con la máxima discreción

posible.

—Te echaré de menos. Pero hoy necesito descansar. Por favor, Cam.

Dudó, pero la vio realmente agotada. Aquella sería la primera noche en meses que no acudiría a su cama.

—Mañana —prometió.

Maddison asintió. En aquel momento llegó su madre, disgustada por las prisas, y tuvo que lidiar con sus protestas. Bajo la atenta mirada de Cameron, abandonaron la mansión de los Wellington.

# CAPÍTULO 45

*Te juro que es mejor ser engañado que sospecharlo una pizca.  
William Shakespeare*

**E**l marqués Cavendish llegó a casa de Maddison a la hora del té. No obstante, en lugar de hacerlo pasar al salón, el mayordomo lo guio hasta la biblioteca. Ella lo esperó sentada en el sillón que había detrás del escritorio, por lo que Ethan corroboró lo que ya sabía, que no sería una visita de índole social, sino de negocios.

—Lady Cavendish. —Realizó una reverencia y le tomó la mano para depositar un beso. Tras aquel roce, ella se apresuró a retirarla.

—Tome asiento, por favor. —En cuanto el marqués lo hizo, Maddison no se anduvo con rodeos—. ¿Qué quiere a cambio de su silencio?

Ethan se retrepó en la silla y sonrió con malicia. Él tampoco tenía intención de demorar más sus intereses. Cada día que pasaba corría en su contra, ya había esperado lo suficiente y necesitaba reclamar lo que era suyo.

—Quiero los negocios de mi tío.

Maddison se sorprendió, pero no lo demostró. Había esperado que le pidiese una suma ingente de dinero, pero desde luego no que ella renunciase a la parte de la herencia de Arthur.

—Eso es algo del todo imposible. Dígame un precio —respondió resuelta.

—No quiero una cantidad de dinero que tenga caducidad. Quiero una fuente de ingresos constante y eso solo me lo puede proporcionar ser dueño de los negocios de mi tío.

—Entonces mucho me temo que poco tenemos que tratar. Arreglaremos el matrimonio entre nuestros hermanos y yo le daré una cantidad de dinero para que pueda invertirla y sacar beneficios donde considere.

Ethan borró la sonrisa de su rostro y acortó las distancias con ella apoyando las manos en la mesa.

—Hablemos claro, Maddison —dijo cortante a la vez que la tuteaba—. Existe un pequeño inconveniente, y es que mi hermano no se casará con su

hermana. La reputación de la joven Eleanor está comprometida. No solo yo fui testigo, el duque de Sussex también. Andrew no aceptará casarse con ella hasta que tú, querida, lo hayas hecho conmigo. Algo que me concederá todo el control sobre los negocios.

—Jamás consentiré en convertirme en tu esposa —exclamó furiosa.

—¡Oh, querida! No seas dramática. —Le dedicó una sonrisa de condescendencia que todavía la enervó más—. Seré un marido muy benevolente. Podrás seguir manteniendo a Relish como tu amante, no me opondré mientras lo hagas con discreción. No te exigiré nada, ni siquiera yacer conmigo, a menos que lo desees, por supuesto; en cuyo caso no tendré ningún inconveniente en cubrir tus necesidades en la cama.

—Eleanor encontrará a otro hombre que se despose con ella. Si intentas difundir lo sucedido, mi padre se ocupará de...

—¡Ah, sí! Tu padre —la interrumpió—. Ese hombre al que casi toda la aristocracia odia. El usurero que les está presionando para que paguen sus deudas porque el terrible incendio ha menoscabado gran parte de su dinero. Un terrible accidente el incendio, por cierto. Un hecho fortuito que podría volver a suceder...

—¿Es eso una amenaza? —Maddison palideció.

—Una advertencia me gusta más.

—Fuiste tú —lo acusó, incapaz de comprender cómo podía llegar alguien hasta tal extremo.

Ethan tuvo la desfachatez de parecer contrariado.

—¿Yo? No, querida. Fue Relish. —Aquella afirmación la golpeó en el pecho tan fuerte que sintió como si su corazón fuera a detenerse.

—Cameron no haría algo así —murmuró.

—¿Por qué no? Odia a tu padre y lo golpeó donde más le dolía. Como hizo Foster con él. Primero hizo pública la relación con su amante y así se aseguró de que en el ámbito social quedara tocado, y luego incendió la fábrica para intentar hundirlo económicamente. Tengo testigos que lo vieron en la fábrica aquella noche y que lo asegurarán ante las autoridades si yo se lo pido. Sería fácil convencer a todo el mundo de que lo hizo.

Maddison se levantó. Las rodillas le temblaban, pero necesitaba ganar distancia con aquel hombre. La estaba acorralando por todos los frentes que sabía que a ella le importaban. Por un lado estaba su hermana y el hecho de que si Andrew Cavendish no consentía casarse con ella, estaría arruinada para

siempre. Por otro su padre, un nuevo golpe a sus negocios lo harían hundirse y sabía que era cierto que la mayoría de los nobles disfrutarían con su declive. Y por último Cameron. Ella sabía que aquella noche había estado en la fábrica, tenía guardada la nota en la que le decía que acudiría para cerciorarse de que todo estaba bien. Por lo tanto, era muy posible que Cavendish sí tuviese testigos.

—Pero no fue él —lo defendió más para sí que para el marqués.

—No obstante, tiene motivos más que suficientes para que un juez se convenza de que sí. —Ethan chasqueó la lengua—. Pero nada de todas esas desgracias tienen que suceder. Eleanor se puede casar con mi hermano, tu padre puede reconstruir la fábrica y Relish puede seguir besando el suelo que pisas.

—A cambio de casarme contigo —susurró.

—¿Ves? Una nimiedad. Ya te casaste con mi tío por interés, puedes hacerlo de nuevo.

Podría plantearse renunciar a la herencia. El marqués saldría ganando y no tendría que seguir amenazándola, pero si lo hacía, si se lo entregaba todo, ¿quién ayudaría a su padre? Ahora la necesitaba, le urgía disponer de su dinero más que nunca. Una liquidez que Maddison debía asegurarse de disponer, aunque fuese casada con aquella rata inmunda.

—En el hipotético caso de que aceptara —empezó Maddison a hablar—, firmaríamos un documento mediante el cual yo podría disponer del dinero de igual modo.

—En cuanto aceptes —la rectificó el marqués consciente de que no tenía otra salida—. Firmaremos una asignación mensual para que vivas según tu condición de marquesa. Desde luego, habría que reponer tu armario de esos tristes vestidos negros y tendremos que asistir a fiestas de sociedad.

—Yo elegiré la asignación.

Ethan se encogió de hombros.

—Si eso te hace sentir que mejor...

—Necesito tiempo para pensarlo.

—Lo comprendo, pero tampoco mucho. Mañana volveré a esta hora para escuchar tu respuesta.

—También quiero hablar con tu hermano.

—Andrew te dirá lo mismo que yo.

—Quiero conocer al hombre del que mi hermana está enamorada.

Asegurarme de que la tratará bien.

—¡Ah! Andrew es un blando. No tienes que temer por Eleanor, siempre y cuando ella guarde el secreto de su vergüenza. Encárgate de que se mantenga en silencio porque si no, las cosas podrían complicarse y no queremos que eso suceda, ¿verdad?

—No —susurró.

—Dicho esto, que Andrew me acompañe mañana. Querida, será un placer casarme contigo. —Se inclinó y caminó hacia la puerta de la biblioteca—. Por cierto, una última advertencia: si me entero de que pones al corriente a Foster o Relish sobre lo que aquí se ha tratado, me veré en la obligación de tomar medidas mucho más drásticas. Piensa que ya no tendré nada que perder y que no soy hombre de hundirme solo en la miseria. Despídete de tu amante esta noche, al menos hasta que estemos casados. Buenas tardes, querida —repitió con ironía.

En cuanto el marqués salió del despacho, Maddison se derrumbó sobre el sillón. Tenía que poner en orden sus pensamientos, volvería a hablar con Eleanor, quizá hubiese otra salida. Una que ella ahora no veía.

Llegó a Chester Square casi a la hora de la cena y sin avisar. Pensó en hablar primero con Eleanor, pero en el último momento entró a la biblioteca a ver su padre. William tenía la mirada perdida en el fuego que crepitaba en la chimenea hasta que ella se acercó y le tocó el hombro.

—Padre.

—Hoy me han dicho que las obras de la fábrica se retrasarán. Debo invertir más dinero porque nos han robado parte de los materiales.

Maddison cerró los ojos con fuerza y se arrodilló a los pies de su padre. Apoyó la cabeza en sus piernas y las lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por sus mejillas. Pese a la conversación de aquella tarde, Ethan seguía presionando.

—Algún día averiguaré quién de todos esos aristócratas hipócritas es el que está detrás de todo esto y se lo haré pagar —siguió William.

—No se preocupe por eso, lo repondremos y contrataremos a más hombres para que se encarguen de la seguridad.

William guardó silencio, absorto de nuevo.

—¿Qué sabes de ella? —susurró.

Maddison sintió pena de su padre. En cada encuentro repetía la misma pregunta.

—Está bien. Le gusta Charleston y se está acostumbrando a su nueva vida.

—¿Pregunta por mí?

Tras unos momentos de pensar si ser sincera o no, decidió otorgarle un respiro y fallar a la promesa que le había hecho a Emma.

—Sí.

—¿Le dirás que me intereso por ella? Dile que no pasa ni una maldita hora que no la extrañe.

El nudo que Maddison traía en su garganta se apretó aún más. Solo pudo asentir antes de levantarse, besarlo en la frente y subir a buscar a su hermana.

Encontró a Eleanor en su habitación, todavía llevaba la bata, por lo que intuía que no había salido de allí en todo el día. En cuanto entró, se echó a sus brazos.

—Tengo miedo, Maddy. Temo bajar al salón y que los sirvientes cuchicheen a mis espaldas porque se ha difundido el rumor. Temo que mi nombre aparezca en el periódico y disgustar a padre de nuevo... Si nuestra madre se entera...

—No tienes de qué preocuparte. Nadie sabe nada y así debe seguir siendo. Prométeme que no le dirás a padre lo que sucedió en la fiesta de los Wellington. Necesito tu palabra, Eleanor —la presionó.

—Si estoy así es justo porque temo que se entere y su estado se altere más.

—Exacto —aprovechó Maddison para convencerla—. Si no queremos que padre termine enfermando, guardaremos silencio.

—Está bien —accedió—. Tampoco he recibido noticias de Andrew. Debería haberse preocupado por mí, ¿no crees? Aunque quizá no lo ha hecho para protegerme.

—Eleanor, ¿desde cuándo conoces a Andrew Cavendish?

—Hace algunos meses que me lo encontré por casualidad. Desde entonces, se ha interesado por mí. Hemos coincidido en casa de amigos comunes, por el parque... Es un hombre maravilloso, Maddison. Y me quiere. Nos vamos a casar, estoy segura. Pero no quería que fuese en estos términos. Me dijo que vendría a pedir mi mano y que en verano nos casaríamos.

—Le quieres —confirmó.

—Cómo no hacerlo. Es maravilloso conmigo.

—¿Estás convencida de que él siente lo mismo?

Su hermana la miró ofendida.

—Por supuesto. Me dijo que lucharía por mí, costara lo que costase.

Aquello llamó la atención de Maddison.

—¿Contra quién tendría que luchar por ti?

Eleanor se encogió de hombros.

—Pensé que se refería a que si padre se oponía a nuestro enlace, lo convencería. Ten en cuenta que el marqués es su hermano, él no tiene título como tal.

—Eleanor, por favor. Sé sincera, ¿no crees que puede ser un capricho pasajero?

—No tengo la menor duda de que lo amo, Maddy —respondió con vehemencia—. Durante estos meses muchos caballeros han querido regalarme sus favores, pero jamás he dudado de mis sentimientos por Andrew. Si no me caso con él, no podré hacerlo con nadie, y no porque me haya comprometido, es que preferiría la soledad a compartir mi vida con alguien que no fuese él. ¿Qué sucederá ahora, Maddison?

Desesperada, Eleanor prorrumpió en llanto.

—Ya verás como todo se arregla. Me encargaré de ello. —Besó la frente de su hermana y la abrazó hasta que se calmó lo suficiente y pudo regresar a casa.

Ansiaba encerrarse en su habitación y llorar, gritar y maldecir por aquella maldita encerrona que la obligaba a sacrificarse por los que más quería.

Ordenó que le subiesen una sopa caliente y se retiró a su cuarto. Cuando entró, ahogó un grito al ver a Cameron apoyado sobre su tocador, con los pies cruzados, esperándola. Sintió ganas de llorar y correr hacia sus brazos, de enterrar la cabeza en su cuello y sentir las caricias de sus labios en su piel. Pero las ponzoñosas palabras de Cavendish se repetían en su mente como una letanía.

—¿Qué está pasando, Maddison? —Cameron tampoco parecía estar de humor para andarse con rodeos.

—No sé a qué te refieres. —Avanzó hasta llenar un vaso de agua y bebérselo de a poco a poco.

—¿Ah, no? Pues quizá debas empezar a explicarme qué pasó ayer en la fiesta. Por qué Cavendish no se alejó de ti en ningún momento y por qué te

retiraste con tanta prisa.

—Solo eso quieres saber —dijo irónica.

—Para empezar —rebatío él.

—No tengo que darte explicaciones, Cameron.

En apenas cuatro pasos lo tuvo frente a ella. La tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Ya lo creo que sí. Esto que compartimos no tendrá un nombre, pero yo te considero mía tanto como lo soy tuyo.

—Sí tiene un nombre. Somos amantes. Ni más ni menos.

—No frivolices nuestra relación. —Había un brillo de rabia y dolor en sus ojos que la traspasó.

—Mira, Cameron —empezó a explicar como si él fuese un niño pequeño —, cuando empezamos esto, ambos sabíamos que no duraría para siempre. Lo hemos pasado bien, pero...

—¿De qué demonios estás hablando?! —estalló.

Tenía que acabar con aquello. Tenía que conseguir que Cameron se fuese aunque al marcharse volviera a llevarse su corazón hecho pedazos.

—De que se terminó —dijo con la valentía que le otorgaba saber que le estaba salvando. Que hacía aquello por él. Que se sacrificaba para no saberlo preso y conformarse con verlo alguna vez por la calle—. No quiero seguir contigo.

Intentó apartarse, pero Cameron no se lo permitió.

—Mientes.

Para ocultar su nerviosismo, soltó una carcajada.

—¿Qué necesidad tengo de hacerlo?

—Eso es lo que voy a intentar averiguar.

—Sigues siendo el mismo ególatra, arrogante y pretencioso que puede rechazar a cuantas mujeres se le antoje, pero que no soporta que ninguna lo deje.

Cameron la miró confuso, cada vez más enfadado y sí, aterrorizado ante la posibilidad de que aquello fuese el final. No podía perderla, no cuando sentía que ella empezaba a confiar en él, que creía en sus sentimientos, cuando veía el brillo emocionado de sus ojos o se entregaba a él con aquella devoción. Aquello no podía estar sucediendo.

—¿De qué hablas, Maddy? ¿He hecho algo que te haya disgustado? Podemos hablarlo, tratar cualquier cosa y solucionarla.

—No. Te estoy dejando, Cameron. ¿Qué tal sienta eso?

Lo había dicho. Había pronunciado las palabras que no quería oír. Con un nudo en la garganta se sinceró con ella.

—Como si me estuvieses matando —respondió.

Vio la verdad de sus palabras en sus ojos, vio tanto dolor que temió romper a llorar en cualquier momento y arruinar toda aquella farsa.

—Pues ahora ya sabes lo que sentí yo —dijo con dureza. Procuró mantener la mirada altiva y le retó con la obstinación de su barbilla.

—¿De eso se trata? ¿De vengarte de mí? Pues déjame decirte que has acertado de lleno en la diana. Nada me duele más que tu rechazo, nada podría desesperarme más que perderte y lidiar con el fracaso de tener que asumir que no he sido capaz de volver a enamorarte. Solo tienes que decirme que amas a otro para terminar de hundirme.

La culpabilidad que advirtió en aquellos ojos verdes le dio la respuesta y a ella la salida que necesitaba.

—Ahora cuento con los favores de otro hombre. No te necesito, ni en mi cama ni en los negocios. Toda relación contigo se termina ahora.

Se ahogaba. Jamás pensó que unas simples palabras podrían causar la muerte hasta que estas salieron de los labios de la mujer que amaba. Se dejó caer en el suelo, de rodillas, incapaz de mantenerse erguido. El dolor era tan profundo que le impedía respirar, tragar, vivir.

Maddison ahogó un sollozo cuando lo vio caer a sus pies. Necesitaba que se fuera y al mismo tiempo que no la creyera y la obligara a confesar la verdad. ¿Pero, y luego qué? Luego solo podrían venir más desgracias. Aprovechó que no la miraba, que estaba perdido en su amargura, para asestarle el golpe final.

—Date por satisfecho. —Hizo una pausa para asumir el dolor que la envenenaba con la pronunciación de cada una de aquellas palabras—. Al menos yo no te he dejado delante de un salón repleto de gente. Agradécemelo.

Le dio la espalda para dirigirse a la puerta, la abrió con rapidez y se agarró con fuerza a la madera para evitar desvanecerse.

—Vete, Cameron. Sal de mi vida como debiste haber hecho hace años.

Despacio, lo contempló intentar levantarse. Apoyó una mano en la cama para darse impulso y trastabilló. Maddison avanzó un paso en su dirección para ayudarlo, preocupada, pero al momento regresó a su posición de mujer frívola. Solo cuando él la miró a los ojos, con aquel dolor descarnado, se

sintió desnuda y totalmente expuesta. Rezaba para que aquel sufrimiento cesara ya, porque cuando creía que podría volver a ser feliz de nuevo con él, lo perdía. Esta vez por elección propia.

—Siempre te regalaré pensamientos, aunque no los merezcas, porque no he sabido hacer otra cosa en toda mi vida —murmuró Cameron antes de levantar una mano y acariciar su pálida mejilla. Derrotado, salió de la habitación

# CAPÍTULO 46

*Cuando vienen las desdichas, no vienen como exploradores aislados, sino en legiones.*  
William Shakespeare

**M**addison cerró la puerta de la habitación despacio, apenas sin fuerzas, mientras tomaba cortas inspiraciones para intentar aliviar el dolor que tenía en el pecho. Aquello solo consiguió sofocarla más y que el llanto desgarrador se abriera paso en su garganta. Cayó de rodillas, como había hecho Cameron, y se abrazó la cintura mientras se convulsionaba por los sollozos que no podía controlar. Si alguna vez durante estos escasos meses que estuvieron juntos dudó de si realmente él la amaba, aquella noche obtuvo la confirmación de que sus sentimientos eran sinceros. Aquella desilusión no podía ser fingida, ni el dolor de sus ojos, ni la desesperación de sus gestos.

No supo cuánto tiempo estuvo en el suelo, despachó al sirviente que le traía la cena de malos modos y a su doncella, que acudía todas las noches para ayudarla a desvestirse. Cuando empezó a notar el dolor en las rodillas, empezó a incorporarse, caminó hasta el tocador, se sentó y con manos temblorosas buscó la carta de Arthur. Aquella que el abogado le dio el día del testamento. La leyó de nuevo deseando que él estuviese allí, como el amigo que había sido, como el mentor que la enseñó a desenvolverse en un mundo hipócrita, como el hombre en el que confiaba para pedirle consejo.

*Siempre he querido que fueras feliz. Y siempre he pensado que amamos de verdad una vez en la vida. Busca a esa persona. Busca ese amor y no dejes que nadie decida por ti.*

No dejes que nadie decida por ti. Aquellas palabras comenzaron a repetirse en su mente, una y otra vez. Dobló con cuidado la carta y la dejó en su sitio. Había dejado de llorar, ahora solo alguna lágrima rebelde humedecía su mejilla para recordarle cuánto le dolía lo sucedido, pero otros pensamientos

empezaron a silenciar ese dolor. Solo quedaba ir hacia delante y decidir por ella misma.

Cameron llegó al club por inercia. No había guiado sus pasos hacia allí, de hecho, no recordaba bien cómo había logrado llegar porque desde que salió de la habitación de Maddison fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuesen sus palabras.

No respondió al saludo de nadie, no contestó al encargado, simplemente llegó al despacho y cayó desmadejado en el sillón. Se había acabado. Maddison lo había echado de su vida cuando ya ni recordaba quién era él antes de conocerla. Lo peor de todo es que se seguía sintiendo culpable, ahora más que nunca, por su error de juventud. Porque si no la hubiese rechazado, haría años que sería suya.

Recordó la carta de Arthur Bakley, aquella que el abogado le entregó y que guardaba a buen recaudo en su casa. Tenía razón en todo. El Cameron de hacía años no estaba preparado para ella, para amarla como se merecía y para entregarse en cuerpo y alma a ella. Sin embargo, Arthur creía en él y estaba convencido de que algún día repararía su error.

—Lo lamento, Arthur, pero te equivocabas. —Tomó de la licorera que tenía al lado la botella de bourbon y ni siquiera se planteó usar el vaso. Bebió como hacía años que no lo hacía hasta que perdió el conocimiento.

Al igual que el día anterior, Maddison recibió al marqués y a su hermano en la biblioteca. El porte autosuficiente de Ethan denotaba que sabía perfectamente que ella accedería a aquel matrimonio porque no le había dado más opción. Sin embargo, Andrew Bakley no parecía tan satisfecho de sí mismo como su hermano. Estaba serio y a Maddison le dio la sensación de que quizá algo avergonzado.

—Me gustaría hablar a solas con su hermano, marqués.

Ethan levantó las cejas con sarcasmo.

—Querida, no tiene sentido que disimules delante de mi hermano. Ya sabe que estamos prometidos. —Hizo una pausa y esperó a que ella asintiera para confirmarle que aceptaba su proposición. La sonrisa de Ethan le provocó arcadas—. Respecto a tu petición de quedarte a solas con Andrew, me temo

que eso no será posible.

—¿De qué tienes miedo, querido? —replicó con retintín aquel apelativo que la ponía de los nervios.

—Digamos que se trata de precaución. —Tomó asiento a la espera de que Maddison comenzara a hablar.

Andrew permaneció de pie, con la mirada fija en ella.

—¿Cómo está su hermana? —preguntó cuando Maddison iba a empezar a hablar.

—¿Acaso le importa o es simple curiosidad? —lo atacó.

No le pasó desapercibida la mirada de soslayo que Andrew le dedicó a su hermano.

—Puede pensar lo que desee, marquesa viuda —terminó por contestar de forma tirante.

—Para su información, le diré que está afectada, como es normal.

Maddison no perdía detalle de las reacciones de aquel joven. Sus palabras le hicieron pestañear con rapidez y desviar la mirada de sus ojos por unos segundos.

—¿Quiere de verdad casarse con ella? —insistió Maddy.

—Sí —respondió con rapidez, quizá demasiada, porque su hermano intervino de inmediato.

—Sí, siempre y cuando nosotros nos desposemos primero. Luego se anunciará la pedida de mano de Andrew a la adorable señorita Eleanor y todo Londres comentará la encantadora coincidencia del matrimonio entre dos hermanos con dos hermanas.

—Andrew —dijo con tiento al tiempo que dejaba de lado su trato de cortesía—, me casaré con tu hermano de igual modo aunque no desees a mi hermana por esposa. Prefiero causarle daño ahora, con tu rechazo, antes que abocarla a un matrimonio que la haga sufrir. Me sacrificaré para que no se sepa su deshonra, tanto si decides seguir adelante como si no. Pero si es que sí, por favor, que sea para hacerla feliz.

—¡Oh, Maddison! Qué palabra tan fea para referirte a nuestro feliz enlace: sacrificio. —intervino Ethan.

—Me casaré con su hermana —se apresuró a aclarar Andrew.

—Lo que intento que me digas es si en verdad lo desees.

—¡Oh, por Dios, Andrew! Prométele de una vez que tratarás bien a la joven y que no tiene nada de lo que preocuparse.

Maddy empezó a desesperarse porque cada vez que creía haber llegado al punto en el que el muchacho podría sincerarse, el marqués intervenía.

—Le prometo que la haré feliz —dijo al fin.

—¿Ves? —Ethan dio una palmada y se levantó del sillón—. Todos tranquilos. Andrew, regresa a casa, mi prometida y yo tenemos que hacer una visita.

—No deseo salir —objetó molesta.

—Pero lo harás. Ahora, querida, sube a arreglarte. Debemos ir a casa de tu padre a informarle de nuestro próximo matrimonio.

—No es necesaria tanta prisa —saltó alarmada.

—Yo diría que sí. Pronto saldrá en los periódicos el anuncio y no queremos que el señor Foster se entere por la prensa antes de que nosotros le informemos. La familia siempre lo primero.

Decir que el inminente enlace de Maddison con el nuevo marqués Cavendish causó conmoción en casa de los Foster sería quedarse corto. Elizabeth por primera vez en su vida se quedó muda, Eleanor no hizo más que repetir que no lo entendía y William se limitó a mirarlo con suspicacia. No hubo ninguna felicitación, solo cuando Elizabeth consiguió hablar, lo hizo para empezar a planear una boda por todo lo alto.

—Maddison, ven conmigo. —William se levantó y esperó a que ella pasara delante.

Ethan hizo mención de seguirlos, pero Foster no tuvo inconveniente en negarse.

—Marqués Cavendish, deseo hablar a solas con mi hija. Puede aguardar aquí. No tardaremos.

Tampoco le gustó a William el gesto de desagrado del marqués ni la mirada intimidatoria que le dedicó a Maddison. Caminaron en silencio hasta la biblioteca y una vez la puerta se cerró a sus espaldas, no se anduvo con rodeos.

—¿Qué está pasando aquí?

Maddison había temido ese momento desde que llegaron. Sabía que su padre era demasiado avisado y que la atosigaría a preguntas.

—El marqués me propuso matrimonio y yo acepté —dijo simplemente.

—¿Por qué aceptaste?

—Deseo tener hijos. Ya lo deseaba casada con Arthur, pero él jamás quiso.

—Lo puedo entender, pero te lo preguntaré de otro modo: ¿Por qué con Ethan Bakley?

—Es un hombre apuesto y con mi matrimonio podría recuperar la herencia de Arthur.

—Y él disponer de tu dinero.

—Pensé que me apoyaría en mi decisión, padre —se puso a la defensiva—. Solo le pido comprensión y que me facilite las cosas, nada más.

—Yo estaré siempre a tu lado, Maddison. —Se acercó hasta ella, tomó su rostro entre sus manos y la miró fijamente a los ojos. Aquel gesto la hizo temblar porque sabía que su padre podría llegar a ver la verdad en su mirada. Después de unos segundos que le parecieron eternos, William suspiró y la abrazó con fuerza.

Al día siguiente, la nota de prensa escrita por la propia Maddison apareció en todos los periódicos de sociedad. Anunciaba que dentro de unas semanas se realizaría la fiesta de su compromiso en la mansión del marqués Cavendish. Cameron recibió la novedad en su casa, después de que Harald lo encontrase medio inconsciente en el club y lo llevase de regreso. Tenía un dolor de cabeza infernal y el estómago revuelto, pero aquello no impidió que sufriera un estallido de ira y que arrasara con todo lo que había a su paso. No quedó jarrón, cristalería ni candelabro que no saliese disparado. Se casaba. Lo había dejado porque iba a contraer matrimonio y ni más ni menos que con el odioso de Ethan Bakley. Si ayer estaba destrozado, hoy además estaba desesperado.

—Lord Dacre —lo interrumpió con tiento el mayordomo.

—¡Lárgate! —gritó todavía fuera de sí.

—Tiene visita.

—¿Te parece que me apetece ver a alguien? ¡Qué se vaya todo el mundo al infierno!

—Vaya, Relish, verle en este estado no tiene precio.

Aquella voz lo hizo girarse hacia la puerta. William Foster lo contempló con una mueca de disgusto.

—Si ha venido a regodearse, ya ha visto suficiente.

Sin embargo, William entró y cerró la puerta para dejarlos solos.

—Me ha costado mucho decidirme a venir, así que no me tientes porque las

ganas de golpearte cada vez que te veo no han menguado con los años. ¿Estás así por mi hija, Relish?

Una carcajada hueca salió de la garganta de Cameron.

—Quieres hundir más el dedo en la llaga —lo tuteó como él estaba haciendo—. No te conformas con verme así. ¿Por qué no sonrías? Deberías estar contento. Maddison... —Apretó una mano contra su pecho por el dolor que le causaba pronunciar su nombre—. Tu hija ha cumplido con creces con su venganza.

William vio el periódico hecho añicos junto con los cristales de la licorera.

—Estabais juntos —confirmó.

—No desvelaré sus intimidades ni las mías.

—Una cosa es que me haga el ciego y otra es que no pueda ver. Sé que has visitado a mi hija todas las noches como también sé que ella no se ha visto con nadie más. A ti te puse vigilancia desde el principio, a ella a raíz de los problemas con la fábrica.

Cameron negó con la cabeza. Cómo no. Foster no podría actuar de otra manera. Una sonrisa triste afeaba su rostro.

—Pues es evidente que algo se te pasó por alto, viejo zorro. Porque ella está con el indeseable de Cavendish y se va a casar con él.

—Tú conoces a mi hija, Relish. O al menos has tenido tiempo para ello. ¿Crees que Maddison quiere hacerlo?

—¿Por qué lo aceptaría si no? —dijo derrotado.

—Eso es lo que quiero que me ayudes a averiguar.

Cameron levantó la cabeza de golpe y su mente empezó a despejarse.

—¿Crees que la está obligando de algún modo? —preguntó esperanzado y asqueado a partes iguales.

—No me cabe la menor duda. Pero necesito saber con qué la presiona.

—Espérame. Subiré a cambiarme y hablaremos en mi despacho.

Aquello le hacía ver las cosas desde otra perspectiva y la esperanza comenzó a florecer en su pecho de nuevo. No tardó más de quince minutos en asearse y estar de regreso.

—Al menos ahora tengo la sensación de hablar con un hombre, no con un desecho humano —puntualizó William cuando lo vio entrar.

—Sin embargo, yo no puedo decir lo mismo. Estás fatal, Foster. Más viejo y más delgado.

—Ahora que ya hemos expresado nuestro aprecio mutuo, vayamos al grano.

Necesitamos conocer dónde está el punto de inflexión. ¿Apreciaste algún cambio en Maddison estos días?

—No hasta que me dejó. —Giró hacia la ventana y rememoró los acontecimientos de los últimos días hasta que dio con el momento exacto—. La fiesta de los Wellington.

Aquella revelación le hizo ver lo que sucedió aquella noche con otros ojos.

—Cuéntamelo todo —exigió William.

Cameron comenzó a pasear de pared a pared para ordenar sus pensamientos.

—Desde que Cavendish se acercó a ella en la fiesta, no la dejó a solas ni un momento. De hecho, desaparecieron del salón. Maddison parecía estar buscando a alguien. Pensé que sería a mí, pero no llegué a tiempo a retenerla. Se marchó con Cavendish y tardé en encontrarlos. Cuando lo hice, recuerdo que estaba nerviosa, esquivaba mi mirada y no quiso que la visitase aquella noche.

—Esta última información no era necesaria —William protestó, incómodo.

Cameron lo miró, pero no cesó su particular paseo.

—Eleanor estaba con ella cuando la encontré, pero no al salir del salón. Puede que no fuese a mí a quien quería encontrar, es posible que fuese a su hermana.

—Elizabeth no ha hecho ninguna referencia a que Eleanor se perdiese —lo interrumpió—. De hecho, solo habló de frivolidades a las que no le presté la menor atención. Si hubiese hecho alguna alusión a mis hijas, mis señales de alarma se habrían disparado.

—Debemos hablar con Eleanor. Puede que ella nos dé alguna pista —dijo con resolución. Se encaminó hacia la puerta del despacho dispuesto a salir con Foster hacia su casa.

—Déjame a mi hija a mí, Relish —lo detuvo.

Cameron se paró y lo fulminó con la mirada.

—Ahora no puedes dejarme al margen, Foster. Si Maddison corre peligro o si ese malnacido le ha hecho algo... —La garganta se le cerró ante la idea de que la hubiese forzado.

—No lo haré. Tienes mi palabra de que te mantendré al tanto.

William se marchó y dejó a Cameron en un estado de inquietud que no le permitía estarse quieto. Después de meditarlo mucho, se puso el abrigo y los guantes, se caló el sombrero y se marchó.

Maddison recibió a su abogado en la biblioteca. El señor Stone también se mostró sorprendido por la noticia de su inminente boda.

—Permítame, marquesa, que abuse de la amistad que une a nuestras familias desde hace años y me permita aconsejarle que desista de ese enlace.

Ella sonrió con tristeza, agradecida por la sinceridad de aquel hombre.

—No puedo, señor Stone, ni quiero. Disculpe que lo haya hecho desplazarse, pero los temas a tratar requieren de mucha discreción y confío en que la conversación que mantendremos ahora sea secreta. Nadie debe enterarse, y cuando digo nadie, es en especial mi padre.

—Puede contar con ello.

Maddy suspiró.

—Está bien. Lo primero que necesito que haga es que anuncie a lord Dacre que no deseo que siga trabajando para mí. Y lo segundo, necesito su ayuda.

# CAPÍTULO 47

*Prudente padre es el que conoce a su hijo.*  
William Shakespeare

**E**scondido en el fondo del invernadero, oculto como si fuese un ladrón, la esperó durante lo que le parecieron horas. Con el corazón zumbando en sus oídos y la respiración acelerada, intentó controlar el ansia de verla con la suficiente frialdad para apreciar su reacción. Escuchó la puerta abrirse y el ruido de sus tacones sobre el suelo. A través de los huecos de los tablones de madera, la vio. Y el anhelo lo golpeó tan fuerte que a punto estuvo de salir de su escondite y descubrirse ante ella. Inspiró hondo y se embebió de su imagen. Había ido, había acudido a por el presente que él le había prometido. Como siempre, encima de la mesa de hierro blanco estaban sus pensamientos.

Maddison miró a su alrededor para asegurarse de que estaba sola y caminó con rapidez hasta alcanzar las flores. Tomó la maceta entre las manos y la acercó a su boca. Dejó que los pétalos acariciaran sus labios como si Cameron la besara y lloró de nuevo. Dejó que sus lágrimas regasen aquellas flores antes de depositarlas con cuidado junto a las demás y leer la nota.

*Pronto se marchitarán los pensamientos y nuevas flores darán color a tu invernadero. Pero los míos, mis pensamientos, son tuyos y jamás morirán.*

*Te quiero.*

*Cameron Relish*

Un sollozo escapó de sus labios y apretó la carta contra su pecho. Y ahí estaba todo lo que Cameron necesitaba saber. La confirmación de que Cavendish la estaba manipulando y la obligaba a aceptar aquel enlace. Suspiró y cerró los ojos, aliviado en cierto modo, de que no lo hubiese dejado porque no lo amase. Ella lo amaba, estaba seguro. No había otra posibilidad a lo que

acababa de presenciar. Ya la dejó sola una vez abocada a una situación que no deseaba, y cuando decidió recuperarla se prometió que aquello no se repetiría jamás. Y eso era justo lo que iba a hacer.

Cuando la vio marcharse, giró sobre sus talones y salió por la parte trasera del jardín. Esperaba que William averiguase algo lo más pronto posible porque no sabía cuánto tiempo aguantaría sin buscarla y reclamar de sus labios la verdad de lo que estaba sucediendo. Por lo pronto, empezaría a mover él sus propios hilos.

Al llegar a su casa, se encerró en el despacho para enviar una nota a Harald que lo citase en su casa cuando la visita del señor Stone lo interrumpió. El abogado de Maddison no se anduvo con rodeos, nada más saludarlo con cortesía, dejó sobre la mesa unos documentos.

—La marquesa viuda desea que cese todo trato comercial con ella.

—Dígale que me lo exprese ella misma en persona —lo interrumpió exasperado. Si lo alejaba de su lado, no podría ayudarla.

—Me temo que no podrá atender a su petición —continuó Stone—. Aquí tiene parte de los honorarios que le corresponden más una indemnización por haber faltado al acuerdo estipulado de un año —extrajo un sobre y lo dejó sobre la mesa—. Que me permita recordarle que no era vinculante y mi cliente podía romperlo en cuanto deseara. Como ha sido el caso ahora.

—No quiero su dinero —protestó ofendido—. Lléveselo.

—Y aquí —continuó el abogado sin hacerle caso—, los documentos que le aconsejo que lea con detenimiento. La marquesa esperará su respuesta.

—¿Qué sucederá si no lo hago? ¿Qué hará la marquesa si no se los devuelvo? ¿Vendrá ella misma a buscarlos? —dijo con ironía.

—Usted léalos primero con detenimiento, lord Dacre. Luego tome una decisión.

Sin más, Stone salió de la casa de Cameron dejando tras de sí las blasfemias del barón.

Maddison ahogó un grito cuando al volver a entrar en el salón con la carta en las manos, se encontró al marqués Cavendish esperándola.

—Buenas tardes, querida. Debo reconocer que me has sorprendido con tu anuncio. No esperaba que tomases la iniciativa ni te mostrases tan ansiosa.

Ella evitó contestarle.

—Me has asustado. —Comenzó a caminar y, una vez recuperada del susto, empezó a dejar patente su desagrado por la nueva visita de Ethan. La estaba asfixiando y aquella sensación no le gustaba en absoluto.

—Un prometido debe visitar a su futura esposa a diario para demostrar su interés. —Dirigió la mirada a la carta que ella intentaba ocultar y entrecerró los ojos—. Espero que el asunto con el barón Dacre ya esté solucionado.

—Por supuesto. Hoy mismo mi abogado le habrá enviado la notificación de que ya no trabajará más para mí.

Ethan asintió.

—Sé que el señor Stone ha estado aquí.

Aquello llamó la atención de Maddison, que lo fulminó con la mirada.

—¿Me estás vigilando?! —se indignó.

—Yo no, querida. Pero no le quito mérito a mi informador; reconozco que es agotador y todo un aburrimiento vigilar a alguien con tan poca vida social como tú.

—Entonces dile que no lo haga.

—La semana que viene celebraremos nuestra fiesta de compromiso en mi mansión, tal y como tú te has encargado de propagar, y tres semanas después la boda. Hasta entonces me seguirán informando.

—La precipitación de nuestro matrimonio dará que hablar.

—Pero cuando vean que no estás embarazada, esos rumores se perderán en el olvido. Como tantos otros. Y necesito el dinero, querida. Así que perdóname que no te corteje durante más tiempo.

Maddison caminó hacia la puerta que daba al jardín y miró el invernadero con anhelo. Después de que Ethan se marchase, volvería. Solo para sentir la huella de la presencia de Cameron. Imaginarlo allí hacía que lo sintiese más cerca.

—Marqués Cavendish —irrumpió la doncella para traer el té, algo que Maddison no había pedido, pero que era evidente que Ethan sí. La sirvienta rellenó dos tazas y entregó una al marqués. Maddison declinó la suya y volvió a mirar hacia fuera. Todavía no podía creerse cómo el nombre de Cavendish, que durante tanto tiempo le había reportado alegrías y asociado a uno de los mejores momentos de su vida, ahora le causase tanta repulsión.

Una vez a solas de nuevo, Ethan la reclamó.

—Maddison, mírame. —Aquella orden no le gustó nada, por ello, se giró con suma lentitud—. Necesito dinero para nuestra fiesta de compromiso.

—Habla con mi abogado. Él te explicará de cuánto dinero dispones.

Ethan no reprimió su disgusto.

—¿Me pones límites?

—Y así seguirá siendo hasta que cumplas con todas las partes de nuestro acuerdo, tu hermano se case con mi hermana y firmes un documento que libere a Cameron de futuras acusaciones.

Si las miradas matasen, Maddison habría muerto en aquel instante.

—No veo el momento de estar casado contigo, querida —la amenazó con rencor.

Eleanor llegó al despacho de su padre como la niña que sabe que va a ser reprendida, pero con el firme propósito de mantenerse imperturbable y negar cualquier hecho que le imputaran.

—¿Cómo estás? —La recibió William con un abrazo y un beso en la frente.

Aquello la sorprendió y también la asustó, porque podía lidiar con su padre cuando iba de frente, pero no estaba segura de poder hacerlo si empezaba a manipularla. Y tenía que hacerlo porque se lo había prometido a Maddison y sabía que lo que había ocurrido era lo suficientemente importante como para hacerle caso a su hermana. No en vano la vio sufrir durante años por su vergüenza.

—Bien, padre. —Le ofreció una sonrisa falsa y dejó que la guiase hasta sentarla al lado de la chimenea y hacer él lo propio frente a ella.

William asintió. Conocía bien a sus hijas y sabía que fuera lo que fuese lo que había ocurrido en la fiesta, ambas se protegerían, por lo tanto debía empezar su particular partida de ajedrez para poner a Eleanor en jaque.

—Me alegra saber que alguien de esta familia está bien. Hace mucho que no tenemos una conversación a solas.

—Desde que se marchó Emma —puntualizó Eleanor con añoranza.

William volvió a sentir el dolor por la pérdida de la mujer que amaba. Si ella estuviera allí, todo sería mucho más fácil, su vida sería mucho más fácil. Había perdido todo interés por los negocios y cada vez le parecía menos importante relacionarse con los miembros de la sociedad.

—¿La echas mucho de menos, verdad? —preguntó comprensivo.

—Sí. ¿Y usted?

—Ya eres mayor, Eleanor. Ya eres capaz de comprender la complejidad de

las relaciones matrimoniales porque pronto tú misma te casarás.

Ella asintió, incómoda por el cariz que estaba tomando aquella conversación.

—Entiendo que tiene sentimientos por Emma, que ella también comparte, y que la relación con madre es más de conveniencia que de amor. Lo he vivido desde mi más tierna infancia.

William asintió satisfecho.

—Nunca habíamos hablado de ello. Creo que siempre te he visto como a mi niña pequeña y he intentado protegerte, quizá demasiado, para aliviar la culpa por no haberlo podido hacer con tu hermana. Para que no sufrieses como lo hizo ella.

Eleanor se movió nerviosa y entrelazó las manos sobre los muslos.

—Lo entiendo.

—¿Cómo fue la fiesta en casa de los Wellington? —preguntó de forma despreocupada, cuando la realidad era muy distinta y por dentro la inquietud por lo que podría estar sufriendo Maddison lo estaba torturando.

—Estuvo bien, padre. —Eleanor desvió la mirada hacia la luz que se filtraba por la ventana y que hacía que las motas de polvo flotasen en el aire. Aquel podía ser un buen entretenimiento para despistar la mente, seguir aquellas minúsculas partículas.

—¿Solo bien? Estabas muy ilusionada con esa fiesta. ¿Es que acaso no suscitaste el interés que deseabas de los caballeros asistentes?

—¡Padre! —exclamó ruborizada.

—No tienes de qué avergonzarte, pequeña. Para eso están esas reuniones de sociedad. ¿Algún pretendiente que te interese?

Eleanor lo dudó durante unos momentos, pero finalmente, y para evitar más preguntas, negó con la cabeza con vehemencia.

—¿Y tú hermana? ¿Estuvo con su reciente prometido todo el tiempo?

—Sí... —vaciló mucho más de lo que debía.

—No parece muy segura. ¿Acaso te dejó sola en algún momento?

—No —se apresuró a aclarar—. Quiero decir que estuve con ellos toda la noche.

—¿Estás segura? —La miró con seriedad—. Intenta hacer memoria. Quizá te ausentaste en algún momento, o eso afirma tu madre cuando me ha dicho que Maddison te estuvo buscando.

Eleanor palideció. No había reparado en que su madre se pudiese percatar

de su marcha. La dejó, como siempre, alardeando de frivolidades, y como Maddison tampoco estaba...

—Vi tu cara cuando tu hermana nos anunció ayer su compromiso. Tú tampoco lo esperabas. Te pilló demasiado de sorpresa para haber estado la noche de la fiesta con ellos. No advertiste interés, y mucho menos que iban a prometerse.

—Es posible que no les prestara la suficiente atención —se excusó.

—Tengo la sensación de que tu hermana no quiere casarse y estoy seguro de que compartes mi opinión. Maddison ha sufrido mucho y creo que merece ser feliz. Primero por el desengaño amoroso de Cameron, después por la muerte de Arthur y ahora, sería muy injusto que accediese a un matrimonio que no desea por obligación. ¿No te parece?

La expresión de culpabilidad de Eleanor y el dolor por la situación de su hermana se hicieron patentes cuando agachó la cabeza para evitar mirarlo.

—Ojalá no fuese así —susurró.

—Creo no equivocarme cuando supongo que con tu ayuda, yo podría impedirlo. ¿Quieres contarme algo, Eleanor?

—No puedo, padre —confesó compungida al tiempo que los ojos se le aguaban.

—¿Por qué? —William intentó modular el tono de su voz para sonar comprensivo.

—Lo he prometido.

—¿Qué sucederá si faltas a tu promesa? ¿Cabe la posibilidad de que ocurra algo muy malo? —la presionó.

A Eleanor le dio el tiempo suficiente de asentir antes de comenzar a llorar de manera desconsolada.

—Está bien. Vamos a hacer una cosa: los dos queremos ayudar a Maddison, y puesto que no puedes contarme nada, ¿qué te parece si te limitas a asentir o negar con la cabeza? —William no le dio tregua y lanzó la primera pregunta —: ¿Está el marqués extorsionando a tu hermana para que se case con él?

Eleanor agachó la cabeza y asintió.

—¿Le ha hecho algo que la comprometa? —insistió con el corazón en un puño.

Eleanor negó. William se detuvo un momento a pensar, si aquella manipulación no tenía que ver con ella, sería con alguien de su familia.

—¿Tiene algo que ver contigo?

Un sollozo brotó del pecho de su hija antes de que asintiera. Tan solo le llevó unos segundos encajar las piezas que le había proporcionado Cameron: Eleanor desapareció en la fiesta, Maddison salió en su búsqueda y después sintió la urgencia de marcharse.

—¿Quién te ha comprometido? —exigió con dureza.

Eleanor lo miró asustada ante lo rápido que su padre había encontrado el motivo por el que Maddison estaba haciendo todo aquello. No podía decirle la verdad a su padre, no obstante, hiciera lo que hiciese, perjudicaría a su hermana.

—¡Contéstame, Eleanor! —la presionó.

Ella saltó en el sillón cada vez más atemorizada. De pronto, escucharon voces en el corredor y al momento la puerta de la biblioteca se abrió de par en par.

William se levantó en el acto y miró al intruso con disgusto. Detrás de él, el mayordomo se excusaba por no haberlo podido detener a tiempo.

—Lo lamento, señor —habló de manera atropellada—. He abierto la puerta y este hombre ha entrado sin más. Ha preguntado por usted y le he dicho que estaba ocupado, pero ha insistido en buscarlo él mismo.

—Necesito hablar con usted, señor —interrumpió el intruso—. Es urgente y no podía exponerme más tiempo en la calle a ser visto.

—Ahora no puedo atenderle. Si no se retira, ordenaré a mis hombres que lo saquen a patadas.

—Si me da la oportunidad de hablar, no se arrepentirá. Traigo las respuestas a todas las preguntas que seguro se está haciendo. Confíe en mí —insistió.

Tras meditarlo durante unos segundos, William accedió.

—Puedes retirarte —excusó Foster a su mayordomo, que desapareció de inmediato—. Eso espero, que sea importante. Eleanor, continuaremos con esta conversación más tarde.

—No —se apresuró a negar ella al tiempo que lo hacía el tercero en discordia.

William los miró de hito en hito, sin comprender, hasta que advirtió la mirada que los unía a ambos.

Andrew Cavendish cerró la puerta tras de sí, caminó hacia Eleanor y la tomó de la mano con infinita ternura y arrepentimiento.

—He venido para pedir la mano de su hija, señor Foster, y para contarle

toda la verdad.

# CAPÍTULO 48

*Si el dinero va delante, todos los caminos se abren.*  
William Shakespeare

*Londres*  
*Marzo 1882*

**M**addison se miró en el espejo, inspiró hondo y colocó ambas manos sobre su abdomen para calmar la excitación que la embargaba. Hoy era el día. El coche la esperaba en la puerta y los invitados ya llenarían la mansión del marqués. Hoy se definiría su futuro, otra vez. Hoy acudiría a su tercera fiesta de compromiso. Para la ocasión, dejó el vestido de luto a un lado y eligió uno en color granate y adornos de cristales en negro. Si no fuese por el desasosiego de lo que iba a ocurrir, habría disfrutado del hecho de deshacerse de aquellos tristes y austeros trajes que hacían que el simple hecho de llevarlos le recordaran la pérdida de Arthur. Él viviría siempre en su corazón, en una parte llena de infinito agradecimiento, cariño y sí, también amor. El negro no era un color bonito para recordarlo. Eso lo supo siempre. Como también sabía que él comprendería lo que estaba a punto de hacer.

En cuanto el coche se detuvo delante de la escalinata de la mansión Cavendish, no pudo evitar recordar aquella misma escena de hacía seis años. Parecía tan lejano, y al mismo tiempo los acontecimientos estaban tan vivos en su cabeza...

—¿Preparada? —murmuró su padre a su lado.

—Sé que no aprueba lo que voy a hacer, padre —susurró—. Pero agradezco que esté a mi lado de igual modo.

—Ningún hombre me ha parecido nunca digno de ti. Te confesaré que ni siquiera Arthur. Pero reconozco que algunos me desagradan menos que otros. Este, suscita muchos recelos por mi parte, muchísimos, pero respetaré tu opinión.

Maddison suspiró, antes de asentir y dar permiso para que su padre saliese y la tomase de la mano. Las cartas de su futuro estaban echadas.

Ethan la contempló satisfecho cuando la vio entrar en la mansión. Durante unos minutos, y tras ver el retraso, había temido que no se presentara. Pero sabía que tenía en su baraja las cartas ganadoras. Si Maddison faltaba a su promesa, hundiría a su familia y a su querido barón para siempre.

—Estás espectacular, querida. —Tomó la mano de Maddison y la besó.

—La ocasión lo merece —respondió escueta.

—No podría estar más de acuerdo. Señor Foster —saludó con una leve reverencia—. Un placer y un honor que me entregue a su hija.

—No puedo corresponder ni a una cosa ni a la otra.

Ethan desoyó el desplante de su futuro suegro y tendió el brazo a Maddison para que lo tomara.

—Ha llegado el momento. En el salón nos esperan.

Maddison miró con nerviosismo a su padre, que se limitó a esperar cualquier señal que le dedicara, dispuesto a sacarla de allí lo más rápido posible si se retractaba.

—Entremos —. Maddison irguió los hombros, levantó la cabeza y forzó una sonrisa para entrar en el salón, que enmudeció cuando la marquesa puso un pie dentro para a continuación empezar a reverberar los cuchicheos a su alrededor.

Cameron aguardó con discreción en una esquina del salón a que Maddison apareciese. Aquella semana había sido la más larga y desesperante de su vida. Ella no había accedido a verlo ni una sola vez. No había bajado al invernadero a su hora acostumbrada, pese a que no había faltado ni un día a entregarle sus flores. Suponía que acudía en algún otro momento del día, porque cuando a la tarde siguiente regresaba, las flores estaban junto con todas las demás.

Apretó los dientes cuando la vio entrar del brazo de aquel indeseable y se tuvo que reprimir para no correr hacia ellos, golpear al marqués hasta dejarlo inconsciente y secuestrarla. Pero todavía no podía intervenir. Debía esperar el momento indicado.

Maddison saludó a todos y cuantos invitados encontró a su paso, pero sus pies se detuvieron y el corazón los imitó cuando vio a Cameron en una esquina, con una copa en la mano. Nerviosa, colocó una mano sobre su pecho e inspiró hondo para tratar de serenarse. Él correspondió a su atención dedicándole un silencioso y serio brindis. Aquello todavía la alteró más porque temió que Cameron reaccionase con impulsividad. Ethan, atento a cualquier movimiento de su futura esposa, miró en la dirección en la que ella lo hacía y sonrió al ver al barón. Caminaron hasta alejarse de oídos indiscretos y él la sujetó por la cintura mientras veía como Cameron lo fulminaba con la mirada.

—Pensé que disfrutarías viendo cómo sufre tu amante. Es una bonita venganza que te obsequio como regalo de compromiso. Pero no temas, mi hermano se encargará de que no arruine nuestro anuncio —susurró junto a su oído.

Maddy vio a Andrew cerca de Cameron y, en silencio, rezó para que aquella noche terminara lo más pronto posible.

—Te agradezco el obsequio, pero no es suficiente. Hay algo más que quiero que hagas por mí —susurró.

—Pequeña avariciosa —dijo al tiempo que la miraba con lascivia—. ¿Qué deseas?

—Firma el documento que exime a Cameron Relish de cualquier acusación y en ese mismo momento yo anunciaré nuestro matrimonio. El compromiso es un hecho —insistió cuando lo vio dudar—. Al margen de lo que suceda con Cameron, el honor de mi hermana está en peligro. Ambos lo sabemos. Y yo podría ser mucho más generosa a la hora de facilitarte dinero.

Ethan parecía querer leer en sus ojos una verdad que no alcanzaba a imaginar.

—He anunciado el compromiso. Estoy aquí. Has ganado, Ethan —insistió.

—De acuerdo —accedió como si le regalase una limosna—. Mañana iremos al despacho de tu abogado y firmaré.

—Tiene que ser ahora, antes del anuncio. Tú firmas y yo tomo la palabra. Es solo un pequeño sacrificio que te pido a cambio de lo que me estás obligando a hacer. A partir de este momento, mi destino quedará sellado.

—Anunciarás el compromiso de inmediato —la advirtió.

—Ni siquiera me esperaré a que empiece el primer baile —le prometió.

—Acompáñame —la instó.

Salieron del salón y se dirigieron a la biblioteca. En cuanto entraron,

Maddison sacó el documento que llevaba doblado en la limosnera y se lo tendió, ansiosa por regresar a la fiesta. Ethan dio la espalda y lo leyó con detenimiento.

*Yo, lord Ethan Bakley, marqués Cavendish,  
Confirmando que las acusaciones a lord Cameron Relish, barón Dacre,  
sobre el incendio de la fábrica del señor Foster son falsas y que  
corresponden a una extorsión por parte de algunos maleantes con el  
único afán de enriquecerse a costa de un inocente. Para dar mayor  
veracidad a mis palabras, confirmo que lord Dacre estuvo conmigo en  
el momento de los hechos y me comprometo a defender su inocencia  
bajo mi propio nombre y en el caso de que el barón Dacre sea  
acusado, yo también sufriré el peso de la justicia ya que yo habría  
acompañado al culpable de tan deleznable delito.*

Tras unos minutos que a Maddison le parecieron eternos, Ethan accedió.

—De acuerdo, querida. Aunque mucho me temo que el precio de mi firma me lo cobraré, además de en dinero, en ciertas atenciones que se espera de la esposa de todo hombre.

Maddison no disimuló el desagrado que aquella insinuación le proporcionaba.

—No era ese el trato inicial que hicimos —protestó.

—Pero es lo que se espera de toda mujer, que satisfaga a su marido, y yo no seré menos.

Ethan se giró hacia el escritorio, tomó una pluma y estampó su firma con una sonrisa ladeada. Le entregó el papel y ella se apresuró a guardarlo.

—Regresemos —ordenó nerviosa.

—No tan deprisa, querida. ¿Disfrutabas de la intimidad con mi tío? —preguntó el marqués al descuido.

—¿Perdón? —respondió exaltada.

—Es algo que siempre me he preguntado. Quizá no y por eso Relish te resulta más atractivo en la cama.

—No considero esta conversación en absoluto adecuada. —Maddison se alejó con rapidez y abrió la puerta.

Ethan se unió a ella y empezaron a caminar hacia el salón de nuevo. La detuvo al sujetarla del codo y la miró con intensidad.

—Podré tener amantes al igual que tú, pero tarde o temprano ejerceré mi derecho.

Justo cuando Maddison iba a replicar, la condujo dentro.

—Entremos, querida. Es tu turno.

Las manos de Maddison comenzaron a temblar y un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda. Tenía la garganta como una lija y las piernas de gelatina, pero cogida del brazo de Ethan entró en el salón y lo siguió hasta llegar al lugar en el que los músicos amenizaban la velada. Escuchó como les pedía que cesasen de tocar y al momento la atención de todos los presentes estaba fija en ellos. Ethan le entregó una copa de champán y él se quedó con otra.

—Da-damas y caballeros —titubeó Maddison.

—Sabes, querida —la interrumpió Ethan con un susurro en su oído mientras el silencio se instauraba en el salón—, ese documento no significa nada. Cameron podría haber ordenado que alguien lo hiciese y mis testigos servir de igual forma. —Se alejó de ella y la animó a seguir—: ¡Adelante!

La atención de todo el salón estaba centrada en ellos, Maddison sentía las miradas curiosas de todos los presentes fijas en ella. Giró y encaró a Ethan justo antes de dejar aflorar una sonrisa a sus labios.

—Lo sé, querido. ¿Pero, qué testigos? —murmuró antes de alzar la voz—. Damas y caballeros, permítanme que les agradezca su presencia en un día tan importante. Quiero expresar en primer lugar mi gratitud al marqués Cavendish por todo lo que está haciendo por mí. Por organizar esta fiesta en mi honor y haber antepuesto mi felicidad a sus propios intereses. Es un digno heredero de mi difunto esposo, que supo hacerme feliz.

Ethan, que tras la respuesta de Maddison se mantuvo receloso, ante aquellas palabras sonrió henchido de orgullo.

—Todo es poco por la felicidad de lady Cavendish.

La mayoría de los asistentes sonrieron mientras el resto permanecía atento a las palabras de Maddison. Desde un rincón, percibió como Cameron empezaba a avanzar hacia ella a grandes zancadas. Nerviosa, tomó de nuevo la palabra.

—Ha llegado el momento de hacer el anuncio. —Sintió su mirada clavada en ella—. Disculpen mi nerviosismo y lo inusual de querer hacerlo yo misma y no mi prometido, pero es algo que llevo deseando mucho tiempo.

—Oh, querida —la animó Ethan con una sonrisa de satisfacción.

—Sin más preámbulos... —Cameron intentaba llegar a ella con rapidez,

pero esquivar a los presentes no resultaba fácil. El tiempo se agotaba, tenía que alcanzarla. Su ímpetu empezó a llamar la atención de los invitados, que lo miraban sin entender y empezaron a cuchichear. Por ello, Maddison dejó de lado todos sus miedos y se lanzó al vacío—. Les anuncio mi compromiso con lord Cameron Relish, barón Dacre.

Cuando levantó la mirada, lo vio frente a ella. Había llegado. Ambos respiraban con la misma dificultad y tenían el mismo brillo emocionado en sus ojos. Las exclamaciones de sorpresa ensordecieron su alocado corazón por unos instantes, hasta que Cameron alargó una mano y tiró con suavidad de ella para acercarla a él.

—Creía que no lo ibas a decir nunca —susurró frente a sus labios.

—Y yo que no llegarías a tiempo a mi lado —murmuró alterada—. Por si no lo recuerdas, todavía no has confirmado nuestro compromiso.

—¿Qué significa esto? —Con los dientes apretados, y rojo de ira, Ethan intentó coger a Maddison del brazo, pero la rápida intervención de Cameron lo evitó.

—No intente tocarla. Jamás.

—Hundiré a tu familia —la amenazó en susurros.

Cameron hizo oídos sordos y reclamó la atención de los asistentes de nuevo.

—Tras esta insólita petición de mano, entenderán, qué no haría un hombre enamorado por la mujer que ama —bromeó con confidencialidad Cameron, lo que provocó algunas risas entre el público—. No me queda más que confirmar que hace años que deberíamos haber celebrado esta unión. Como muchos sabrán, mi destino estuvo atado a esta extraordinaria mujer, que no supe apreciar como merecía. No hasta que la perdí y con el paso del tiempo asimilé el enorme error que fue dejarla escapar. Desde entonces no ha pasado ni un solo día en el que no haya sido dueña de mis pensamientos. El destino nos dio la oportunidad de encontrarnos de nuevo, o quizá fue el difunto lord Cavendish el que así lo quiso —continuó con afecto—. Y no soy tan necio como para cometer el mismo error dos veces. Amo a esta mujer más que a mi propia vida y solo me resta pedirle que comparta mis despertares malhumorados, mis noches de vigilia y las manías de mi día a día como el hombre imperfecto que soy. A cambio, yo le prometo intentar hacerla tan feliz como ella lo hace conmigo.

Durante su discurso no dejó de mirarla a los ojos ni una sola vez. Años

atrás, Maddison habría dado cualquier cosa que le pidieran por aquella declaración, pero ahora comprendía cuán satisfactorio era recibirla sin haberla pedido.

—Lady Cavendish, ¿acepta casarse conmigo? —El corazón de Cameron galopaba sin control. Por su mente pasaron todos los momentos que había compartido con ella: la primera vez que la vio y ella se escondió de su mirada, cuando rompió su flor favorita en el invernadero, el primer beso en su ventana, los paseos a los que lo obligaban, cuánto le agradaba escucharla hablar cuando nadie la observaba, el cariño con el que lo trataba y el amor con el que lo miraba. También recordó el dolor en sus ojos, su desconcierto y las cartas en la distancia. Toda una vida de pensamientos lejos de aquella mujer, sin poder tenerla, era demasiado tiempo.

—Será un placer, lord Dacre —murmuró emocionada.

El salón prorrumpió en aplausos ante aquella escena digna de ser representada en teatros.

Ethan, que hasta entonces se había mantenido en segundo plano, todavía incrédulo ante lo que estaba sucediendo, decidió que si él se hundía, no lo haría solo. Levantó una mano y reclamó a gritos la atención de los presentes.

—¡Qué emocionado discurso! —comenzó a hablar rojo de ira.

—¡Oh! —lo interrumpió Maddison con prontitud—. Qué descorteses hemos sido. Hemos dejado al anfitrión olvidado, algo del todo imperdonable —continuó con fingido arrepentimiento—. Marqués, en agradecimiento por todo lo que ha hecho por nosotros, no solo por el barón Dacre y por mí, sino también por mi querida hermana Eleanor —hizo una pausa y la atención de los presentes se dirigió a la joven, que permanecía al lado de su madre, su padre y de Andrew—, me gustaría que mi padre se uniese a nosotros, puesto que también tiene algo importante que anunciar.

William avanzó por el pasillo que habían formado los invitados hasta colocarse frente a su hija y depositar un suave beso en su mejilla.

—Ya te dije que no consideraba a ningún hombre digno de ti y a Relish menos —susurró—. Pero dudo que otro pueda hacerte brillar como lo hace él.

Se apartó de su hija, palmeó el brazo de Cameron con resignación y fulminó con la mirada al marqués antes de darse la vuelta y mirar a los presentes.

—Es para mí un honor anunciarles que gracias al marqués Cavendish, que ha propiciado que se conocieran, he aceptado la petición de mano del joven

Andrew Bakley a mi hija Eleanor. Lord Bakley, será un placer entregároslo en matrimonio.

Levantó la copa en un silencioso brindis al que se unieron Cameron y Maddison. Más exclamaciones de estupor llenaron la sala, donde los invitados miraban de hito en hito a todos los miembros de la familia Foster.

Eleanor y Andrew se mostraron sonrientes.

—El honor es mío al poderme desposar con su hija, señor —contestó Andrew correspondiendo al gesto de alzar la copa.

—Por todo ello —continuó Maddison con fingida dulzura—, y en recompensa por su altruista intervención en la felicidad de mi familia, le ruego, marqués Cavendish, que acepte que le ceda el control sobre el negocio de la venta de nuestras telas a los comerciantes en la India.

—Un regalo sin duda generoso que durante el tiempo que tuve el honor de llevar, hizo que reencauzara mi vida —intervino Cameron—. Es muy afortunado, marqués.

—Además de cederle parte de la fortuna familiar —tomó de nuevo la palabra Maddison—. Ruego me disculpen, yo no entiendo mucho de números —sonrió con inocencia—, pero mi abogado tiene todos los detalles. Todo ello, por supuesto, si lord Cavendish acepta estos presentes en muestra de mi agradecimiento.

Toda la atención se centró en Ethan, que se vio acorralado. Maddison se la había jugado, eso era indudable. De pronto, cayó en el detalle de la nota de prensa y de que no había anunciado con quién se prometería, sino que la fiesta se realizaría en su casa. Todo el mundo, incluido él, había dado por hecho que se casaría con el marqués. Además lo había manipulado para que firmara aquel documento que eximía a Cameron de las falsas acusaciones. Recordó la conversación de hacía unos minutos. Durante todo este tiempo había pensado que tenía el control de la situación cuando era ella la que a sus espaldas lo había manipulado. No le quedaba nada. O aceptaba lo que ofrecía, o bien sabía que iría abocado a la ruina social y económica.

—¿Marqués? —lo reclamó Maddison con dulzura.

—Será un placer aceptar —respondió escueto.

El salón prorrumpió en aplausos y Cameron se apresuró a ordenar a la orquesta que comenzase a tocar. Tomó del brazo a su prometida y se acercó al marqués.

—Tenemos que hablar —exigió con seriedad.



## CAPÍTULO 49

*Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea  
mentira, pero no dudes jamás de que te amo.  
William Shakespeare.*

**W**illiam, Maddison y Cameron se encerraron en la biblioteca de la mansión con Ethan. En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, el marqués comenzó a maldecir y a acusar a Maddison de manipularlo.

—Tranquilízate, Ethan. Si algo me enseñó mi padre y tu difunto tío, es que no debemos dejar que el control sobre nuestro futuro se escape de nuestras manos.

—¿Te crees que has salvado el honor de tu hermana? Haré correr el rumor de que Andrew la comprometió, el duque de Sussex dará fe de ello y de igual modo su reputación quedará comprometida. Y ese papel que tienes guardado —soltó una carcajada hueca—, ¿Crees que significa algo? No sirve para nada.

William, harto de las acusaciones, intervino.

—Si el nombre de mi hija es mancillado, no verá ni un centavo del dinero que Maddison le ha prometido. Y lo necesita. Porque si de algo me ha servido moverme por los bajos fondos, ese mundo que tanto odian los aristócratas, es de que te enteras de los negocios sucios que muchos de ustedes llevan entre manos y para los que necesitan dinero. Y yo tengo mucha información, marqués. Prostitutas que pueden airear sus más secretas perversiones y testigos que confirmarán que perdió el dinero de su difunto padre por su adicción al juego. ¿Qué clase de credibilidad le otorga eso?

Ethan palideció.

—Quizá también haya llegado el momento de que aclaremos lo del incendio —intervino Cameron—. No hay ni habrá testigos que lancen acusaciones sobre mí. Porque si aparecen, si lanzan falsos testimonios, lo perderá todo. Ahora tiene cierta seguridad e ingresos fijos que pueden mantenerle en una posición digna. Podemos pensar que todos hemos perdido

algo o por el contrario que hemos ganado mucho más de lo que se esperaba, dada la situación.

Maddison suspiró cansada.

—Ethan, te ofrezco una salida decente. Si actúas en nuestra contra, tienes mucho más que perder.

—Me ofreces la única salida, querrás decir.

—Así es —confirmó ella.

Dos golpes en la puerta los interrumpieron. Andrew entró en la biblioteca sin demora. Le dolió la mirada de resentimiento de su hermano, pero le hizo frente. Dio la cara porque aquello era lo que debía hacer.

—Me has traicionado —lo acusó, herido.

—¿Cuántas veces traicionaste a nuestra familia al arruinar la herencia de nuestro padre? ¿Cuántas veces pensaste en madre o en mí, mientras yo la cuidaba en su enfermedad cuando salías de fiesta y gastabas más de lo que teníamos? ¿Cuántas veces tuve que, avergonzado, pedir dinero a nuestro tío por tu mala cabeza? Gracias a él no vivimos en la calle. No, Ethan. No intentes hacerme sentir culpable.

—Pero accediste a mis planes. Consentiste en enamorar a Eleanor Foster para ayudarme —insistió Ethan para dejar patente que no era tan inocente como parecía.

—Sí —confirmó Andrew—. Reconozco que acepté porque nos vi en una situación desesperada. Pero solo tuve que conocerla para enamorarme de ella y no estoy dispuesto a perderla.

—Si hubieses continuado con el plan, podrías haberte casado con ella de igual modo —lo acusó como si fuese un inepto.

—No a costa de mentiras y de hacerle daño. No empezaré una nueva vida con ella basándome en una farsa. Eleanor merecía conocer la verdad. Y su familia también.

—Has antepuesto su familia a la tuya.

—He hecho lo correcto.

—Para mí has muerto. No eres mi hermano —le espetó con dureza.

Andrew no pudo ocultar la tristeza de aquellas palabras.

—Yo, sin embargo, siento que perdí al mío hace muchos años, cuando empezaste su particular camino de perdición. Que te vaya bien, Ethan.

Salió de la biblioteca y los dejó de nuevo solos.

—Puedes pasar mañana por el despacho de mi abogado para firmar los

documentos que te darán acceso al dinero y al control sobre el negocio en Bangladesh —lo informó Maddison.

Derrotado, Ethan solo pudo asentir.

Cameron tomó a Maddison de la cintura y la acompañó hacia la puerta. Tras salir, William aguardó para asegurarse de que estaban a solas.

—Nadie amenaza ni intenta hacer daño a mi familia. ¿Sabe por qué, marqués? —Ethan ni siquiera contestó—. Porque para mí son lo primero y los defenderé hasta la muerte y, como muchos saben, tengo un pacto con el demonio.

Sin más, abandonó aquella estancia y, poco después la casa acompañado de su familia.

Una semana antes...

La rabia consumió a Cameron cuando escuchó al abogado de Maddison decirle que deseaba que cesase todo trato comercial con ella. No podía creer que llegase tan lejos, pero por encima de todo, no podía permitir que lo alejara de su lado porque si no, no podría ayudarla.

—Usted léalos primero con detenimiento, lord Dacre. Luego tome una decisión.

Sin más, Stone salió de la casa de Cameron dejando tras de sí las blasfemias del barón.

Como un león enjaulado se movió por la estancia. Vio el sobre encima de la mesa, junto con los documentos, y tuvo el impulso de romperlo. Pero la curiosidad pudo más y abrió el sobre. Para su sorpresa había una carta escrita por Maddison.

*Querido Cameron:*

*No sabes cuánto me duele cómo nos despedimos. Lamento todo lo que te dije para que te marchases de mi casa. No había ninguna verdad en mis palabras, pero sí mucho dolor y, sobre todo, afán de protegerte. Ethan Cavendish pretende que me case con él, de hecho, me chantajea para que lo haga. Afirma que, si no consiento, te acusará de haber incendiado la fábrica de mi padre porque asegura tener testigos. Confío en ti. No he dudado en ningún momento de que miente. Pero*

*debo encontrar la forma de salvaros tanto a ti como a mi familia.*

*Arthur me dijo que tenía que luchar por aquello que amaba, que no me rindiera nunca y que no dejase que nadie decidiese por mí. Te confieso que desde lo que nos ocurrió aquella fatídica noche de nuestro compromiso, he tenido mucho miedo a la hora de sincerarme, incluso conmigo misma. Pero aquel temor no es nada comparado con el que tengo de perderte de nuevo. Porque ahora mis sentimientos no son los mismos. Son más maduros, profundos e intensos. He vuelto a confiar en ti, a creer en tus palabras, en tus gestos y en tus besos, pero sobre todo, he vuelto a quererte con una intensidad que creía que jamás podría alcanzar.*

*Ahora te pido que confíes tú en mí. Que te mantengas al margen mientras soluciono esta situación y que acudas a la fiesta de compromiso. Si estás allí, entenderé que tu respuesta es un sí. Después de todas estas confesiones, puedes imaginarte cuánto me cuesta escribir estas palabras.*

*Cameron Relish, ¿aceptarías casarte conmigo?*

*Te quiero,*

*Maddison*

Una risa loca escapó de su garganta. Lo amaba. Es más, quería casarse con él. No había suficiente oxígeno en su pecho y la euforia que corría por sus venas no podía mantenerlo quieto. Si pensaba que la dejaría sola, estaba muy equivocada. Tal y como iba vestido, se puso el abrigo y fue a casa de Foster.

Una vez allí, se encontró con el hermano del marqués y descubrió el resto del chantaje. Paciencia, le había pedido Maddison, pero el saber que estaba sufriendo no lo ayudaba.

Si algo había separado a William y Cameron durante aquellos años había sido Maddison. y si había alguien capaz de unirles, no podía ser nadie más que ella.

Durante aquella semana, William pareció despertar del sueño que lo había tenido adormecido durante aquel largo e infernal mes. Habló con su hija y la ayudó a elaborar el plan que se llevaría a cabo la noche del compromiso. Movié sus hilos y guardó testimonios para tenerlos a su favor. Mientras, Cameron se aseguró de demostrarle a Maddison que no estaría sola con cada flor que dejaba en su invernadero. Supuso que Cavendish la tendría vigilada.

Después de una semana de infarto, no la vio hasta la noche de la fiesta.

El coche se detuvo en casa de Maddison. Cameron bajó, le tendió la mano y sonrientes entraron en la casa. Era tarde y estaba física y psicológicamente agotada, pero al mismo tiempo se sentía entusiasmada. Era una sensación extraña. Sabía que si se retiraba a descansar no podría dormir por muy cansada que estuviese. Los acontecimientos de aquella noche se repetían en su mente sin orden ni concierto. Tan pronto veía a Cameron de pie frente a ella, tendiéndole la mano, como estaba en la biblioteca con Ethan viéndolo firmar aquel papel, para acto seguido escuchar las palabras de su padre sobre Eleanor. No se podía creer que todo hubiese terminado.

—Ven. —Cameron la tomó de la mano y, prodigándole suaves caricias, la condujo hasta el invernadero.

—Es el mejor sitio al que me podrías haber llevado —sonrió.

—Sé que estar aquí te tranquiliza.

Maddison asintió y lo rodeó por la cintura. Se pegó a su cuerpo y suspiró aliviada cuando él correspondió a su abrazo.

—¿Dudaste en algún momento de que no iría? ¿De que no aceptaría casarme contigo? —preguntó con voz grave.

Ella lo pensó durante unos instantes, pero al final negó con la cabeza.

—Entonces me crees. Confías en mis palabras cuando te digo que te quiero —afirmó todavía algo inseguro de que así fuera.

—Hay veces que una parte de mí se empeña en recordarme que puedes hacerme mucho daño, pero hay otra que me grita cada vez más fuerte, que puedo confiar en ti.

—¿Qué debo hacer para que esa parte silencie a la otra? No soy el mismo hombre, Maddison. Este que está aquí, delante de ti, jamás haría nada que te perjudicase. Te quiero demasiado para perderte y te lo demostraré. Cada día y cada noche.

—Creo que así vas bien —sonrió.

Cameron se apartó de ella, enmarcó el rostro de Maddison entre sus grandes manos y la miró con absoluta fascinación.

—Has sido muy valiente. Temeraria hasta tenerme al punto de sentir que me explotaría el corazón, pero audaz e inteligente. Estoy orgulloso de ti —acarició con sus pulgares las mejillas de Maddison y acercó los labios para

besarla con devoción.

Maddison se separó despacio, aún con los ojos cerrados, y saboreó el beso.

—¿Cuándo te diste cuenta de que estabas enamorado de mí? —Sus ojos verdes brillaban de emoción y Cameron no tuvo ninguna duda de cuál era la respuesta.

—Cuando te regalaba todos y cada uno de mis pensamientos.

# EPÍLOGO

*¿Sabía yo lo qué es amor? Ojos jurad que no. Porque nunca había visto una belleza así.*  
William Shakespeare.

*Septiembre 1882*

Maddison se asomó a la proa del barco. Ahora apreciaba con satisfacción el rumor constante del mar, el rugir enfadado cuando las olas chocaban contra el armazón y el olor salado que lo impregnaba todo. Inspiró hondo, levantó la cabeza y dejó que el sol calentara sus mejillas.

—Estás aquí —Cameron se puso a su espalda y la rodeó por la cintura—. Te he buscado por todas partes.

—Necesitaba subir y reconciliarme con él. —Señaló con la cabeza al horizonte.

—¿Con el mar? —dudó Cameron.

Maddison asintió.

—Lo odié la primera vez porque me alejaba de mis seres queridos, y lo odié del mismo modo cuando regresé a Londres porque dejé a un ser muy querido atrás.

—¿Y ahora? —murmuró Cameron.

—Ahora me lleva con mi marido, el hombre que más amo, a encontrarme con mis amigos y mi familia.

Cameron acarició la cintura redondeada de su esposa y la besó en el cuello, sin importarle que alguien pudiese verlos. Aquellos meses habían sido los más felices de su vida. Tras su boda, a principios de verano, habían vivido en una eterna luna de miel. Una dicha que no pudo más que aumentar cuando Maddison le confesó que estaba embarazada. Aquel viaje era una cuenta pendiente, una necesidad que Maddison tenía y que Cameron no dudó en satisfacer. Sin embargo, no habían podido viajar hasta que Eleanor y Andrew contrajeron matrimonio, hacía apenas un mes.

—Deberíamos bajar al camarote y descansar un rato antes de la hora de la cena —aconsejó Cameron.

Maddison sonrió y giró entre sus brazos.

—¿Seguro que lo que quiere es descansar, lord Dacre?

—Después de venerarla un poco más, lady Dacre—apuntó con picardía.

—No me opondré a tan irresistible proposición.

—Sabia decisión. Soy muy afortunado, ¿sabe, lady Dacre? Tengo una mujer hermosa, dulce y apasionada, pero sobre todo inteligente.

—Muchos verían una amenaza donde tú ves un motivo de orgullo —bromeó con él.

—Eso es porque son demasiado inseguros y cobardes para tratar con mujeres como tú.

—Pero tú no —afirmó.

—Por supuesto que no. A mí me encanta tal y como eres. No cambiaría nada de ti.

Maddison soltó una carcajada y apoyó las manos sobre el pecho de su marido.

—Me ha convencido, barón. Necesito descansar.

### *Charleston, Carolina del Sur*

El barco atracó en el puerto de Charleston a media tarde. Adam les esperaba con el coche preparado y ansioso por reencontrarse con ellos. Nada más verlos, los abrazó con afecto.

—Coralia no ha podido venir —explicó—. Su avanzado estado de embarazo se lo prohíbe. —Ayudó a cargar las maletas en el coche y los invitó a entrar—. Pero está deseando verlos. Estamos en la casa de la capital y su madre se ha trasladado con nosotros para asistir al alumbramiento.

—Es una noticia maravillosa que lady Willbur esté aquí —miró a su izquierda y sonrió—. Me alegrará verla, pero no puedo ocultar mi emoción por reencontrarme con mi querida Emma.

—Me consta que la señora Emma también está muy ilusionada por verla, a todos en realidad. Será toda una sorpresa —murmuró las últimas palabras antes de sentarse frente a ellos.

Durante el trayecto, Adam les puso al día de su trabajo en la hacienda, pero

también expresó su temor a que llegase la hora del parto.

—Solo espero que sea pronto y rápido. Cada vez que escucho a alguien hablar sobre las complicaciones que pueden surgir, siento ganas de dejarlo sin dientes.

Maddison sonrió porque vio en los ojos de Cameron que hasta aquel momento no había pensado lo que sufriría en el parto.

—Todo irá bien —comentó tanto para Adam como para su marido.

Cameron apretó su mano y la acarició con ternura, pero a partir de ese momento se mostró pensativo, incluso demasiado preocupado por cualquier bache del camino o muestra de cansancio por su parte. Pero no todo el estado de ánimo de Maddison se basaba en el agotamiento por el viaje o las molestias de su embarazo. Volver a Charleston y recorrer sus calles le trajo recuerdos que la emocionaron. Allí se curó el alma y sanó su corazón. Allí encontró una libertad que Londres le arrebatara. Allí vivió los años más felices de su vida, hasta ahora.

Llegar a casa de Coralia no supuso menos emoción. Había pasado muchas tardes en su compañía mientras esperaba a Arthur o simplemente por el gusto de compartir conversación con ella. Ya tenía los ojos húmedos de las lágrimas, así que cuando Coralia fue a su encuentro, no pudo reprimirse más y ambas lloraron emocionadas, en un cálido abrazo.

—Tienes muchas cosas que contarme —la acusó Coralia—. Lord Dacre, ya sabía yo que usted era un hombre de armas tomar y que hasta que no asaltara y conquistara a mi amiga no pararía.

Cameron soltó una carcajada antes de besarla en la mano.

—Lo más justo sería decir que ella fue la que me conquistó a mí, mucho antes de que yo me diese cuenta, incluso.

La atención de Coralia se dirigió detrás de ellos, donde el hombre que los acompañaba aguardaba en segundo plano y miraba a todos lados, inquieto.

—Señor Foster, es un placer recibirlo en mi casa.

William dio un paso y sonrió con afecto.

—El placer es mío.

Ante el estado expectante de William, Coralia no quiso hacerlo sufrir más.

—Mi madre ha ido a tomar el té a casa de una amiga con la señora Emma. No demorarán su regreso.

Maddison agarró el brazo de su padre y lo apretó con cariño.

—Estoy segura de que se alegrará de verte.

William no lo tenía tan claro. Aquellos meses sin ella habían sido un infierno. Así se lo confesó a Cameron una noche mientras charlaban en el despacho del club, cuando su ahora yerno lo instó a que tomase una decisión sobre su futuro. Y allí estaba.

—Pasemos al salón, espero que me disculpen, pero ya no puedo aguantar mucho tiempo de pie —les interrumpió Coralia.

Apenas llevaban allí media hora, cuando las risas en la entrada llegaron hasta ellos. William se levantó de inmediato y miró con tal intensidad la puerta que Maddison lo acusó de querer fundir la madera con sus ojos.

Lady Willbur entró primero, sonriente, hasta que vio el salón lleno y soltó una exclamación de sorpresa. Pero su reacción no fue nada comparada con la cara de Emma cuando traspasó el umbral y lo primero que vio fue a William allí. De pie. Mirándola.

La pequeña limosnera que llevaba cayó de sus manos y tuvo que sujetarse a la manilla de la puerta para no perder el equilibrio.

—¡Lady Cavendish! —exclamó lady Camelia—. No la esperábamos tan pronto.

—Ahora lady Dacre, madre —la rectificó su hija con una sonrisa comprensiva—. Te recuerdo que Maddison quiso tomar el apellido de su marido.

—Lo lamento —se disculpó—. Esta cabeza mía me juega malas pasadas. Supongo que este joven tan apuesto es su marido.

Mientras procedían a las presentaciones, Emma y William no dejaron de mirarse ni un solo momento. Escuchaban la conversación que tenía lugar a su alrededor, a lo lejos, como si ocurriese en otra habitación, hasta que lady Camelia reclamó la atención de William.

—Señor Foster, su visita sí que ha sido toda una sorpresa.

—De eso se trataba, lady Willbur —confirmó él.

La dama tomó asiento y siguió con su particular interrogatorio.

—Coralia dice que su hija se quedará aquí durante algunos meses. ¿Cuánto tiempo contaremos con su visita?

William miró de nuevo a Emma. Ahora, estando frente a ella, no comprendía cómo había sobrevivido todos aquellos días sin verla, sin poder tocarla, sin escuchar su voz.

—Disculpe, lady Willbur, pero necesito hablar con la señora Emma. —Se acercó hasta ella, que fue incapaz de moverse, la tomó del codo y la sacó de la

estancia—. ¿Dónde podemos hablar? —exigió con premura.

Ella titubeó nerviosa, hasta que dijo lo primero que le vino a la mente.

—Detrás de esa puerta está la sala de costura.

—Servirá.

La condujo hasta allí y, una vez dentro, se permitió mirarla de cerca y acariciar su rostro con sus manos. No mucho tiempo, solo hasta que Emma reaccionó y se apartó de él.

—¿Qué quieres, William?

—Pedirte perdón. Excusarme por haberte hecho daño, tanto como el que me hice a mí por haberte alejado de mi lado.

—Han pasado más de siete meses, William. Llegas tarde.

—Tarde sería si ninguno de los dos estuviésemos en este mundo.

—O si yo hubiese encontrado a otro hombre.

Aquel golpe lo dejó sin respiración y aturdido. ¿Sería posible que Emma lo hubiese olvidado? ¿Habría otro hombre en su vida?

—No tengo derecho a exigirte nada porque tú soportaste compartirme con Elizabeth durante muchos años —dijo con voz grave, dolida—. Ahora, estoy dispuesto a mantenerme en segundo plano mientras peleo por ti, porque no volveré a olvidar que eres mi prioridad.

Aunque aquellas palabras le acariciaron el alma, Emma no se dejó amilantar.

—No, William. Tu prioridad es tu posición social y tu familia.

—Mi familia también eres tú. Eres mi compañera, mi mujer a todos los efectos aunque no exista ningún papel que lo confirme. Ahora repite la pregunta de lady Willbur: pregúntame hasta cuándo me quedaré aquí. —Al verla dudar, insistió—: Hazlo.

—Está bien —replicó hastiada—. ¿Hasta cuándo, William?

—Estaré aquí mientras tú estés. Llevaré la hacienda de Maddison y viviré allí contigo, si me aceptas. Si no, ya sea en la misma casa o en la de al lado, no volveré a dejarte sola. No cometeré el error de intentar vivir sin ti.

Emma no pudo evitar la sorpresa de aquellas afirmaciones.

—¿Y qué hay de tu afán por querer escalar socialmente?

—He descubierto que no soy más feliz. Que he conseguido muchas cosas en mi vida porque me las he ganado y que esto tiene mucho más mérito que el haberlas heredado. No necesito estar a su altura porque muchos de ellos jamás llegarán a la mía.

—¿Y Elizabeth? —murmuró confusa.

—Elizabeth seguirá viviendo en Londres, manteniendo las mismas apariencias que hasta el momento. Sabe a qué he venido y que no pienso volver. —Se acercó hasta Emma y la tomó de los hombros—. Lo único que no puedo prometerte es un papel de matrimonio firmado. Pero sí que aquí, y a todos los efectos, serás mi mujer. —Sacó del bolsillo una caja de terciopelo y la abrió ante sus ojos—. Si me aceptas.

El anillo relució frente a los ojos de Emma.

—No puedo aceptarlo. No estoy preparada para darte una respuesta ahora.

Sus labios se morían por murmurar un sí, pero todavía estaba demasiado desilusionada para ceder con tanta premura al primer intento que había hecho William por conquistarla.

—Esperaré el tiempo que sea necesario. —Decepcionado, William guardó el anillo en su bolsillo. Comprendía a Emma, se merecía muchas más demostraciones que solo el hecho de haber viajado desde Londres para regalarle los oídos y más siete meses después de su separación—. Voy a cortejarte —resolvió con convicción—. Durante el tiempo que haga falta, hasta que me perdones y vuelvas a amarme con la misma intensidad.

Los ojos de Emma brillaron de emoción.

—Aguardaré su visita mañana, señor Foster.

### *Siete meses después*

Cameron, desesperado, escuchó los quejidos de Maddison a través de la puerta e intentó entrar de nuevo. Pero otra vez su suegro y Adam se lo impidieron. Soltó una maldición que los hizo sonreír y volvió a desgastar la alfombra con sus pasos acelerados.

—Vamos, Relish. No pienses que a mí no me duele. Es mi hija la que está gritando ahí dentro.

—Sabemos lo que estás pasando. Todavía tiemblo cuando recuerdo el parto de Coralia, pero el médico y las mujeres están con ella. Todo saldrá bien.

—Están tardando demasiado —Negó con la cabeza y se pasó las manos por el pelo para despeinárselo un poco más si cabía—. Algo no anda bien. Tendrían que haber salido a decir algo. Hace horas que sufre y yo estoy aquí como un pasmarote incapaz de hacer nada por ella.

—Mantener la calma sería algo bueno para ella y para nosotros —apuntó Adam.

Un grito desgarrador le heló la sangre, seguido de un llanto agudo y potente. Aquello lo paralizó y aguantó la respiración hasta que la escuchó gritar de nuevo y no pudo soportarlo más. Arrasó con la robusta presencia de Adam y de William y entró en la estancia justo cuando un segundo bebé llegaba al mundo y gritaba con todas sus fuerzas su presencia. Caminó despacio, como si temiese que el suelo cediera y se acercó a la cama. Maddison yacía cansada, sudorosa, pálida, pero feliz con los dos bebés en brazos.

Acarició la frente de su esposa y depositó un suave beso sobre ella, para al momento desviar la atención a los dos pequeños que habían cesado de llorar en cuanto su madre los tomó en brazos. Jamás había visto algo tan hermoso.

Tanto Coralia como Emma la dejaron a solas con su esposo. Una vez fuera, Emma se acercó hacia William.

—Ya es abuelo de dos preciosas criaturas, señor Foster.

—Creo que esos niños merecen tener también una abuela.

Su mente le decía que no, que lo rechazase para seguir disfrutando de todas las atenciones que había recibido a lo largo de aquellos meses y que lo hiciese sufrir un poco más. Pero su corazón le dijo que ya había padecido suficiente, que durante años había esperado aquel momento y que su orgullo no merecía tanto dolor.

—Aunque acepte, no significa que te haya perdonado del todo —apuntó.

—No serías mi Emma si no me exigieses más —replicó emocionado—. Esto te pertenece.

Sacó el anillo de su bolsillo, donde lo había llevado todos y cada uno de sus encuentros, y lo sacó de su caja.

Hecha un mar de lágrimas volvió a mirar el anillo y extendió el dedo.

—Acepto —susurró.

William dejó escapar todo el aire que había estado reteniendo y se lo colocó. La abrazó por la cintura y la besó con el hambre de meses de necesidad.

Cameron miraba con incredulidad a sus hijos. Cómo había podido participar en la creación de algo tan hermoso como aquellos niños.

—Son un niño y una niña —dijo Maddison emocionada.

—Son perfectos —murmuró mientras contaba los dedos de sus manos y de sus pies.

Después de que el médico la examinara una última vez, los dejaron solos.

—¿Cómo los vamos a llamar? —Cameron miraba con infinita ternura a sus hijos.

—He pensado que Arthur sería un buen nombre para él —dijo Maddison con tiento.

Cameron la miró y sonrió comprensivo.

—Lo es. Hola, Arthur Jason Relish —saludó a su hijo incapaz de borrar la sonrisa de sus labios—. ¿Y para ella?

—Elígelo tú —lo animó Maddison mientras lágrimas de alegría bañaban su rostro.

Tomó a su hija en brazos con extremo cuidado y la acurrucó contra su pecho cuando la escuchó protestar. Tenía un precioso tono rosado de piel y le adivinó un genio bastante importante cuando comenzó a llorar de nuevo hasta que se la entregó a su madre.

—Rose —dijo Cameron sonriente—. Es tierna y dulce como una rosa, pero es indudable que también tiene espinas. Hola, Rose Marie Relish —saludó también a su hija.

Horas después, Maddison dormía mientras él, sentado en el sillón, acunaba con cuidado a sus dos hijos en brazos.

—Todavía no me conocéis, pero soy vuestro padre —murmuró incapaz de apartar sus ojos de ellos—. ¿Sabéis lo que hace un padre? Yo tampoco —dijo con tristeza—. Pero sé lo que haré yo: cuidaré de vosotros, os escucharé, ayudaré y protegeré porque os quiero más que a mi vida.

Besó con adoración sus pequeñas frentes y al levantar la cabeza se encontró con la mirada cargada de amor y felicidad de Maddison.

—¿Y a mí qué me prometes? —sonrió emocionada.

—A ti, además de amarte, siempre te regalaré pensamientos.

FIN

# NOTA DE AUTORA

Es justo que os diga que al escribir esta historia me he permitido ciertas licencias en pro de la historia de amor y para ser fiel al argumento principal.

Durante el reinado de la reina Victoria, y muy especialmente tras la muerte de su marido Alberto, tanto las costumbres sociales como las rígidas normas de sociedad exigían ciertos protocolos. Como ejemplo anecdótico, los manteles de las mesas debían tocar el suelo para evitar que los caballeros advirtieran los tobillos de las damas. Del todo indecoroso, convendréis conmigo.

La sociedad victoriana fue muy estricta moralmente, influenciada por la Iglesia y por la rectitud que, en apariencia, exhibían las clases dirigentes. Al margen de toda esta escenificación había todo un mundo de perversión y libertinaje que todos sabían, pero ignoraban a conciencia. Recordemos que los hechos de Jack el Destripador ocurrieron en 1888.

Dicho esto, el luto de Maddison es demasiado corto para la época. Tras la muerte del marido de la reina, esta impuso un período mínimo de tres años de luto riguroso. Es evidente que yo me he permitido desobedecerla. Confío en que la reina hubiese entendido mis motivos y espero que vosotros tampoco me lo tengáis en cuenta.

Me gustan las protagonistas fuertes, que en apariencia se las califique como débiles y dóciles, pero que se crezcan ante las adversidades. Era una tentación demasiado grande, dentro de una sociedad como esta, no construir un personaje como Maddison, o incluso como Coralia. Es evidente que en aquella época, las mujeres (salvo algunas excepciones) se dedicaban a leer el manual de la buena esposa (que existe en verdad) y a comportarse como se esperaba que fuesen: correctas, silenciosas y serviciales. Maddison ya habrás advertido que no es así. Ella forja su futuro en la medida en la que se lo permiten las circunstancias, toma las riendas de su vida y busca su felicidad.

William y Arthur también fueron hombres avanzados a su tiempo. El

primero instruyó a su hija en economía y la capacitó para poder llevar los negocios, y el segundo le dio la oportunidad de demostrarse a ella misma, sobre todo, que podía hacerlo y que confiaba en ella.

Algo que me he permitido matizar también es el hecho de que el padre de Cameron ceda sus propiedades para el uso de la familia Foster. Las tierras de los nobles pertenecían a la Corona, por lo que podían disfrutarlas, pero no venderlas. En este caso, William Foster las “arrenda” como venganza por su falta de palabra.

Abajo os dejo algunos de los artículos que he ido recopilando para la novela por si deseáis saciar vuestra curiosidad. Encontrareis escenarios, tipo de vestuario, tratamientos, localizaciones y alguna que otra peculiaridad más de la era victoriana. Es tentador usar la documentación de forma estricta, pero en este caso, no quería escribir un tratado de historia, sino una ficción romántica en una época en concreto, que espero hayáis disfrutado.

Sobrehistoria.com: *La era victoriana*. 21 abril 2017.

<https://sobrehistoria.com/la-era-victoriana/>

Nuevatribuna.com: *La sexualidad en la época victoriana*. 3 diciembre 2017.

<http://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203171816145989.html>

Visitbritain.com: *9 lugares de rodaje de Downton Abbey*.

<https://www.visitbritain.com/es/es/9-lugares-de-rodaje-de-downton-abbey#IWMQFKzdlJUjX>  
[Oi.97](#)

Wikipedia.org: *Oxfordshire*.

<https://es.wikipedia.org/wiki/Oxfordshire>

Rincondelvago.com: *Inglaterra y la época victoriana*.

<https://html.rincondelvago.com/inglaterra-y-la-epoca-victoriana.html>

Wikipedia.org: *Nobleza británica*.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Nobleza\\_brit%C3%A1nica](https://es.wikipedia.org/wiki/Nobleza_brit%C3%A1nica)

Sociedadvictoriana.blogspot.com: *Sociedad victoriana*. 27 junio 2014

<http://sociedadvictoriana.blogspot.com.es/>

Lacasavictoriana.com: *La vida en la Época Victoriana*. 31 diciembre 2009

<https://lacasavictoriana.com/2009/12/31/la-vida-en-la-epoca-victoriana/>

Escriberomantica.com: *La nobleza inglesa en la Novela Romántica. Siglos XVIII-XIX*  
<http://www.escriberomantica.com/2011/12/la-nobleza-inglesa-en-la-novela.html>

Theglobe.foroactivo.com: *Títulos y nombres de la nobleza inglesa*. 22 noviembre 2015  
<http://theglobe.foroactivo.com/t552-titulos-y-nombres-de-la-nobleza-inglesa>

Trucoslondres.com: *Ver el Londres victoriano*. Marzo 2018  
<https://trucoslondres.com/londres-victoriano/>

Lacasavictoriana.com: *Reina Victoria: curiosidades*. 11 septiembre 2018  
<https://lacasavictoriana.com/>

Mirandakellaway.blogspot.com: *Romance histórico-romance de regencia*. 3 diciembre 2012  
<http://mirandakellaway.blogspot.com.es/2012/12/romantica-historica-romantica-de.html>

Misteriolondres.blogspot.com: *Londres victoriano: coches de punto, cabriolés y omnibuses*. 13 septiembre 2009  
<http://misteriolondres.blogspot.com.es/2009/09/londres-victoriano-coches-de-punto-y.html>

Anacronicosrecreacionhistorica.blogspot.com: *La temporada londinense durante la era victoriana*. 20 junio 2013  
<http://anacronicosrecreacionhistorica.blogspot.com.es/2013/06/la-temporada-londinense-durante-la-era.html>

Eliberico.com: *Los clubes más selectos de Londres*. 22 julio 2016  
<http://www.eliberico.com/los-clubes-privados-mas-selectos-londres/>

Elcubildeldragon.wordpress.com: *Londres – Ambientación de la época. 1888*. 7 abril 2011  
<https://elcubildeldragon.wordpress.com/2011/04/07/londres-ambientacion-de-la-epoca-1888/>

Listindiario.com: *Charleston, joya de Carolina del Sur*. 28 noviembre 2012  
<https://www.listindiario.com/la-vida/2012/11/27/256706/Charleston-joya-de-Carolina-del-Sur>

# AGRADECIMIENTOS

Cuando me desperté una mañana de domingo con esta historia en la cabeza y corrí a escribirla en mi libreta, reconozco que mi marido me miró como si estuviese loca. «La he soñado», le repetía una y otra vez mientras garabateaba la trama y le contaba en qué consistiría la novela que acabas de leer. Me escuchó, paciente, y aguantó mis divagaciones hasta que levanté la cabeza y lo miré, extrañada por su mutismo. Sonrió y me dijo: «Pues adelante». Por todos esos *adelantes* que me impulsan a seguir es por lo que te estoy y estaré siempre inmensamente agradecida. Te quiero.

A mis hijos, por su paciencia y amor infinitos. A Carmen, porque espero que de mí aprenda que la constancia al final se traduce en estar orgullosa de ti misma y del trabajo que realizas. Y a Martín, porque todavía es pequeño y de vez en cuando, mientras escribo, viene unos segundos a abrazarme y a decirme: «Te quiero, mami». Gracias a los dos por aceptar que es mi trabajo y por soportar mis interminables achuchones cuando cierro el ordenador. Que no se os olvide que todo mi tiempo de calidad es vuestro y que os quiero con locura.

A mi madre, porque es un pilar fundamental en mi vida. Por su ayuda, y porque espero que siempre esté orgullosa de mí, no tengo suficientes palabras de agradecimiento. Te quiero, mamá.

A mis queridas lectoras cero:

Ana y María, vais en *pack*. Gracias por resaltar ante mis ojos aquellas cosas que necesitaba mejorar. Por pedirme más y por reñirme cuando lo estimáis oportuno. Por ayudarme siempre y, además, tener el placer de llamaros amigas.

A Maribel, que me ha dicho muchas veces que me gusta complicarme la vida y que con cada novela que publico, más. Yo siempre lo he negado. Hasta que me puse a escribir *Te regalaré pensamientos* y me zambullí en el Londres victoriano de finales del s. XIX. Sin que sirva de precedente, te doy la razón y

las gracias por ser como tú misma dices, tan tiquismiquis.

A Pepa, por haberla leído en tan poco tiempo y ayudarme con la época, muchas gracias.

Contar con Noemí como lectora cero supone la ansiedad que produce la espera hasta que lo termine y escuchar (o no): NO SE PUEDE MÁS. Entonces sabes que le ha gustado, que le ha tocado la fibra y puedes respirar tranquila porque es muy crítica y coherente. Gracias por tu sinceridad y comprensión.

Que Yolanda la haya leído ha supuesto una inyección de positividad cuando, al terminarla, las dudas sobre si la historia entre Maddison y Cameron llegaría a emocionar me asaltaron. Con sus audios, que atesoro con gran cariño, me hizo sonreír y alimentó una parte de ilusión que había perdido al decirles adiós. Por ello, gracias.

Cuando Patricia A. Miller me dijo: «¿Podré leer el manuscrito?» Contesté: «¿Lo dudabas?». Después de meses de conversaciones divertidas, de discutir sobre los personajes, los giros de la trama, la edad del marqués y todo lo que os podáis imaginar, que haya querido leer mi novela y ayudarme ha sido todo un honor. Gracias por estar ahí siempre que te he enviado un mensaje desesperado y por los buenos momentos compartidos.

A Syra, porque me enorgullezco de que tenga que practicar su asertividad conmigo y no me pueda decir que no a una corrección de mis novelas, gracias.

A mis amigos por sumarse a mi ilusión y poder contar con ellos para lo que necesite. Por su entusiasmo y su promoción boca a boca que saben hacerla como nadie. Sois los mejores.

Y a vosotros que leéis estas líneas, tanto a los que me acabáis de conocer como a los que me seguís desde hace años, me habéis pedido más y demostrado vuestro cariño ya sea en persona, en los eventos a los que asistimos, o a través de las redes sociales, gracias infinitas porque sin vosotros mis novelas no existirían.

¿Seguimos soñando juntos?

Tessa C. Martín.

# OTRAS NOVELAS DE TESSA C. MARTÍN

## Lo que sea, pero contigo

Necesitaba escribir una historia. Lo que a mí me hubiese gustado leer en cierto momento y se me ocurrió la historia de Mark y Daniela. ¿Qué es lo peor que le puede pasar a una mujer que tiene complejos con su físico? Que un hombre impresionante la seduzca como parte de una apuesta, porque él jamás se acostaría con una mujer como ella. ¿Qué le puede pasar a un hombre que no quiere compromisos con las mujeres? Conocer a una que lo haga caer rendido a sus pies sin siquiera proponérselo. ¿O no es lo peor? ¿Y si es lo mejor que les puede pasar?

Siempre guardaré en un lugar especial esta historia de amor, porque además de ser la primera, me permitió recibir el cariño de los lectores también por primera vez.

## Misión Hippy

¿Qué os puedo contar de esta alocada historia de amor? Pues que fue una experiencia muy satisfactoria mientras la escribía en el blog. Un militar cuadrulado, serio y esquivo que se ve en jaque por una hippy desobediente y liberal que lo único que busca es que la valoren por ella misma. Dos personas de mundos e ideologías totalmente distintas que tendrán que hacer frente a todos los obstáculos, y no son pocos, que se cruzarán en su camino. El primero de ellos, llegar a entenderse.

¿Quieres pasar un buen rato de lectura? Pues no te pierdas la historia de amor de Martín y Zoe.

## Lo que quiero contigo

La historia de amor de Cleo y César me ha llevado de cabeza casi desde el mismo momento en que, gracias a vuestra insistencia, me decidí a escribir su novela. Y es que esta pareja ha sido una de las más difíciles que he escrito. Pocas veces he empatizado más con el personaje masculino que con el femenino, pero en este caso, debo confesar que César me ganó desde el momento en que empecé a escribir. Y es que este gentleman, que no esconde sus sentimientos y lucha por aquello que quiere, no solo robó el corazón de la esquiva Cleo. Lo que me lleva a hablaros de ella. ¡Ay, Cleo! Es una mujer que se esconde detrás de una apariencia frívola y despreocupada por temor a exponerse demasiado y resultar herida. Es tierna, alegre y sincera, menos cuando se trata de confesar sus propios sentimientos.

Una pareja que me hizo disfrutar con sus duelos verbales y sus escenas románticas.

Espero que coincidas conmigo.

## Palabra de McKenzie

Para una apasionada de las novelas de highlanders como yo, escribir esta historia supuso disfrutarla por partida doble. Por un lado, me empapé de la documentación necesaria para enclavar la historia de amor de los McKenzie y los Campbell dentro de un contexto real como fue la Gran Causa escocesa y por otro, pude recrearme en la parte romántica con unos personajes (principales y secundarios) que adoro. Recibir el premio de Mejor Romance Histórico Nacional por la web por excelencia de novela romántica en España, como es el Rincón de la Novela Romántica, fue el colofón a una novela que no ha hecho más que darme alegrías. Y todo eso gracias a vosotros, lectores.

---

[\*] William Shakespeare: *Mucho ruido y pocas nueces*, 1599.